

LAS TINIEBLAS Y LA GLORIA

Su copa y la gloria desde Getsemaní hasta la ascensión

Greg Harris

Kress Christian Publications

LAS TINIEBLAS Y LA GLORIA
Su copa y la gloria desde Getsemaní hasta la ascensión

Título original: *The Darkness and the Glory—His Cup and the Glory from Gethsemane to the Ascension*,
© 2008 Greg Harris por **Kress Christian Publications**,
P.O. Box 132228
The Woodlands, TX. 77393
www.kresschristianpublications.com

Edición en castellano: *Las tinieblas y la gloria—Su copa y la gloria de Getsemaní a la ascensión*, © 2010
por **Kress Christian Publications**. Todos los derechos reservados.

A menos de que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son tomadas de la Reina-Valera
versión de 1960, © 1964 por Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados. Usado con
permiso.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, compartida en un sistema de archivos, o
transmitida en forma o medio algunos—ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o algún
otro—excepto por citas breves incluidas en revistas o reseñas impresas, sin previo permiso por escrito de
la editorial.

ISBN

Traducido por Luis Contreras, Adriana Powell y Omar Cabrera

Editado por Guillermo Powell

Al Dr. Imad Shehadeh,
fundador y presidente del Jordan Evangelical Theological Seminary,
hombre de Dios y amigo querido,
cuya copa involucra ministrar
con frecuencia en medio de oscuridad profunda.

Jesús entonces dijo a Pedro: “Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?”

[-Juan 18:11](#)

Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.

Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: “Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

[-Mateo 26:45-46](#)

Entonces él les dijo: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!

¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?”

[-Lucas 24:25-26](#)

CONTENIDO

Prólogo por John MacArthur

El principio—su copa

Capítulo 1 El desafío

Capítulo 2 La vista

Capítulo 3 Las tinieblas

Capítulo 4 La separación

Capítulo 5 Los límites

Capítulo 6 El complot

Capítulo 7 La ayuda

Capítulo 8 El intercambio

Capítulo 9 El posicionamiento

Capítulo 10 La gloria

PRÓLOGO por John MacArthur

Jesús nazareno, Rey de los judíos.

Su nombre por sí solo trae a la mente imágenes poderosas. Algunos inmediatamente piensan en él como un bebé en un pesebre, el Cristo de Navidad. Otros lo ven como un niño creciendo en el hogar de un carpintero, confundiendo a los líderes religiosos en el templo. Y aún otros piensan en un predicador valiente que impresionó a las multitudes y provocó el enojo de los fariseos. Otros piensan en un pastor y maestro compasivo, el modelo perfecto de bondad, justicia, y confianza en Dios.

Pero si hay una imagen que sobrepasa a todas estas, es la de Jesucristo en la cruz. Ahí, con su cuerpo golpeado y rasgado, su cabeza penetrada con una corona de espinas manchada con sangre, y sus manos y pies fijados con clavos a la madera áspera. Él fue colgado vergonzosamente entre dos revolucionarios políticos, siendo el objeto de la burla y el escarnio de las multitudes enojadas hasta que murió.

Sin embargo, a pesar de los tormentos horribles que Jesús soportó, no fue su angustia física lo que le causó el mayor sufrimiento en la cruz. Lo que sucedió en el Calvario fue infinitamente más profundo que el dolor corporal y la tortura despiadada. Su sufrimiento trascendió mucho más allá de lo físico o lo temporal. Su agonía más profunda fue espiritual y relacional, conforme la furia total de la ira divina fue arrojada sobre él, al sentir, por primera vez en la eternidad, la soledad amarga de ser desamparado por su Padre.

Conforme miramos hacia atrás a la cruz, casi dos mil años después del suceso, quedamos estupefactos ante todo lo que fue logrado a nuestro favor. Vemos la cruz de Jesucristo como ese acto mediante el cual él obtuvo nuestra salvación; mediante el cual nos salvó del pecado y la muerte y el infierno y el poder de la carne; mediante el cual nos libró del reino de las tinieblas y nos colocó en el reino de su amado Hijo; mediante el cual nos llevó a ese lugar en donde somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales; mediante el cual nos libró de la ira venidera; mediante el cual nos tomó, siendo sus enemigos, y nos hizo amigos de Dios; y mediante el cual nos concedió vida eterna y todo lo que esto involucra. La vemos desde nuestro punto de vista y es legítimo hacerlo.

Pero nuestra perspectiva no es la única que es digna de ser considerada. Por ejemplo, los discípulos miraron hacia adelante a la cruz, preguntándose lo que querría decir y en últimas, enfrentándola con enorme terror. Cuando finalmente vino, no podían ver nada más que la vista opresiva de tragedia, sorprendidos de que su Maestro hubiera sido súbitamente quitado de ellos. Los enemigos de Cristo, tanto humanos como demoníacos, vinieron a la cruz con la sonrisa burlona de triunfo. Finalmente habían ganado la victoria sobre su enemigo el Hijo de Dios, o por lo menos eso pensaron. Pero su conquista momentánea fue en realidad su derrota final. También hubo otros en la cruz: Simón de Cirene, una visita escogida para ayudar a cargar la cruz; dos criminales, uno de los cuales fue salvo ese día; y un centurión romano quien afirmó con sorpresa, “Verdaderamente éste era Hijo de Dios.”

Pero ¿cuál fue la perspectiva de Cristo mientras soportaba la cruz? El dolor físico, el ridículo emocional, el rechazo social, y sobre cualquier otra cosa la realidad espiritual de llevar el pecado

y ser desamparado por su Padre. Fue ahí en donde soportó el castigo por el pecado en su propio cuerpo por todos los que creerían en él; fue ahí en donde, con un dolor de corazón, clamó agonizante, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

La muerte de nuestro Señor fue inmensamente diferente a nuestra propia muerte, en la cual experimentaremos liberación de nuestro cuerpo pecaminoso. Su muerte no involucró la liberación de un cuerpo de pecado. Más bien su cuerpo sin pecado fue despojado y aplastado conforme su persona infinita sintió el peso completo de la ira de Dios derramada sobre él por los pecados que no cometió. No obstante, él esperaba la cruz con un corazón dispuesto. Y la soportó fielmente por causa del gozo puesto delante de él y la gloria que fue planeada para él desde antes de la fundación del mundo.

Al examinar la cruz desde la perspectiva de Cristo, *Las tinieblas y la gloria* provee una fascinante mirada ‘detrás del escenario’ de la profunda realidad espiritual y teológica del Calvario. Estas son realidades que trascienden lo físico, conforme la ira del hombre fue sobrepasada tanto por la ira de Satanás como por la ira de Dios en última instancia. Con inteligencia teológica y entendimiento pastoral, Greg Harris invita a los lectores a seguirlo en un viaje a la cruz que nunca olvidarán. Doctrinalmente sano pero cálidamente devocional, este libro centrado en Cristo es recomendado ampliamente para todos los que deseen tener un mejor entendimiento de las glorias de la cruz.

Conforme lea las páginas que siguen, que el sufrimiento infinito y el triunfo definitivo de Cristo reavive su adoración de corazón, alabanza y gratitud.

John MacArthur

EL PRINCIPIO SU COPA

Cuando terminé de escribir *La copa y la gloria*, sabía que Dios me había ministrado maravillosamente a través de su Palabra. El buen Pastor realmente me había perfeccionado, confirmado, fortalecido y establecido ([1 Pe. 5:10](#)). Sin embargo, después de que el libro fue escrito, sabía que algo le faltaba; pero no podía pensar en lo que era. Reflexioné en esto de manera continua hasta que finalmente me di cuenta de que el problema estaba en el quinto capítulo. Aquellos de ustedes que han leído el libro saben que el capítulo cinco se titula “La participación”. Sin embargo, ese no era su título o contenido original.

El título original del capítulo iba a ser “La cuenta” o “El libro de cuentas,” tomado de [Filipenses 3:7–8](#): “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo.” Pablo empleó terminología de contador en estos versículos: en un lado del libro de cuentas está la columna de pérdidas; del otro lado está el de ganancias. La contabilidad de Pablo en su libro de cuentas consideraba la pérdida de todas las cosas; pero más allá de las pérdidas, ganaba al Señor Jesucristo y esto era imposible de contar.

Aun cuando hubo otras razones por las cuales se cambió ese capítulo (vea “*La escritura de La copa y la gloria*” en *La guía de estudio de La copa y la gloria*), además de que Dios no me concedió paz en absoluto de lo que había escrito, la razón más importante por la que ese capítulo no encajaba, era que habría colocado el énfasis en que *yo* contara el costo y que *yo* sufriera la pérdida (y la ganancia). [Filipenses 3:10](#) es mucho más apropiado para el flujo general y el enfoque del libro: “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte.” Dicho de una manera simple, “La participación” trata de su sufrimiento, no el nuestro. Cuando llegamos a entender aún de manera remota lo que este versículo enseña, valoramos mucho más lo que Jesús soportó por nosotros. Comparamos su sufrimiento con lo pequeño que el nuestro es/fue, y nos humilla apuntándonos a la adoración de él, o por lo menos debería. Sabemos que fracasamos y luchamos y con frecuencia nos quejamos en medio de nuestras pruebas, pero sus sufrimientos excedieron por mucho lo que podemos concebir en nuestras mentes. Y así será hasta que partamos para estar con el Señor. Entonces el capítulo de “La participación” tiene dos características únicas: por un lado, se convirtió en el único capítulo del libro que fue totalmente reescrito de principio a fin y por otro lado, aunque se encuentra colocado a la mitad del libro, fue el último capítulo escrito. Podemos valorar “La participación” mejor cuando regresamos al texto original en donde comencé mis estudios, [Marcos 10:35–41](#). Cuando Jacobo y Juan le preguntaron a Jesús si podían sentarse a su lado en su gloria ([10:35–37](#)), Jesús respondió con una respuesta que los sorprendió, como debería sorprendernos a nosotros: “Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?” ([Marcos 10:38](#)). Como muchos de ustedes saben, a partir de este texto se originó la parte de “La copa” del

título *La copa y la gloria*. Quizás hubiera sido apropiado analizar con mayor detenimiento lo que involucra “beber la copa” porque sería muy significativo para nuestro estudio. La copa de la cual Jesús habló en [Marcos 10](#) únicamente es para sus discípulos; ningún incrédulo llega a calificar para esto. No es la copa de salvación, sino más bien la que los verdaderos discípulos beben al seguir a su Señor después de ser salvos. Además, la copa a la que Jesús se refirió no es sólo un evento que sucede una vez en la vida. Incluye lo que viene a lo largo de una vida de seguir a Jesús: a donde quiera que eso lleve, y signifique lo que signifique. Para aquellos que caminan con Jesús, su copa termina o en su propia muerte cuando parten para estar con el Señor, o, si están vivos, cuando el Señor regrese por los suyos.

Podemos ver el espectro amplio de lo que la copa implica al examinar Escrituras relacionadas. Por ejemplo, en la epístola que Pablo escribe al borde de su muerte, mientras que no usa de manera específica la palabra “copa”, él expresa el mismo concepto. Poco antes de su ejecución por la causa de Cristo, el apóstol Pablo escribió en [2 Timoteo 4:7](#), “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”. Las afirmaciones de Pablo son parecidas a lo que [Hebreos 12:1](#) enseña, “corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”. Pablo estaba terminando su batalla, su carrera—y su copa.

Segunda de Corintios describe algunos de los elementos contenidos en la copa que el apóstol Pablo bebió en su servicio al Señor:

¿Son ministros de Cristo? (como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias ([2 Co. 11:23–28](#)).

Encima de todas estas pruebas que Pablo enlistó en Segunda Corintios, y lo demás que soportó por causa de Cristo que sucedió después de que escribió esa carta, todo culminó con su muerte. Esto también será el caso para muchos otros, sea por muerte natural o martirio.

Pero regresemos al relato de [Marcos 10](#) porque hay tantas minas de oro dentro de este texto que muestran con mayor detalle lo que hemos visto. [Marcos 10:38](#) registra estas palabras, “Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?” Jesús usó el tiempo presente, no el tiempo futuro, en referencia a su copa y su bautismo. El tiempo presente podría ser correctamente traducido, “La copa (vaso) que estoy bebiendo en la actualidad” y “el bautismo con el que estoy siendo bautizado.” Jesús ya estaba bebiendo la copa; no era algo reservado para él exclusivamente en la cruz, lo que sucedería aproximadamente un año después de este incidente en [Marcos 10](#). En armonía con lo que ya hemos visto, beber la copa no es un evento que sucede una vez; beber la copa consiste de eventos múltiples y colectivos. La copa para Jesús entonces consistía en *todo* acerca de su vida que era necesario para que él fuera el Mesías. Esto incluía, entre otras cosas imposibles de enumerar, vivir cada segundo de cada día en perfección sin pecado, soportar la tentación de cuarenta días por parte de Satanás, calificar como un varón de dolores, ser victorioso sobre los ataques múltiples de sus adversarios terrenales, como también el cansancio resultante de un ministerio increíblemente ocupado, tal como es detallado especialmente en el Evangelio de Marcos.

La culminación de esto y la parte más horrenda de su copa aún estaba por ocurrir en Jerusalén. El relato paralelo en [Mateo 20:22](#) coloca el énfasis en su culminación futura: “Entonces Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber *del vaso que yo he de beber...*?” De momento no tenemos tiempo para acampar en esta rica sección de las Escrituras (quizás regresaremos a ella en el futuro); pero aunque los relatos son parecidos, los dos Evangelios enfatizan diferentes aspectos de la persona y obra de Jesús. Mateo presenta a Jesús como el Rey prometido, y la pregunta presentada a él se refiere a rango dentro de su reino, el cual sus discípulos esperaban que viniera inmediatamente ([Lucas 19:11](#)). En línea con esto, Jesús dirige su respuesta en relación a la entrada futura del Rey, y la muerte del Rey, en Jerusalén. El Evangelio de Marcos presenta a Jesús como el Siervo de Yahvéh quien está bebiendo su copa en la actualidad y ya está siendo bautizado con su bautismo al estar sirviendo constantemente a Dios y a otros. Además, note esto también, Jacobo y Juan, que habían sido testigos de la gloria de la Transfiguración en [Marcos 9:1-8](#), preguntaron acerca de sentarse en la gloria de Jesús. Pero él respondió de manera apropiada a lo que pidieron. Hay más. Pero debemos avanzar.

Mientras que Jacobo y Juan no sabían lo que estaban preguntando con respecto a lo que se requería para sentarse en su gloria o al aseverar que podían hacer lo que fuera necesario, Jesús les informó que ellos, de hecho, beberían de la copa que el bebió: “Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, *beberéis*, y con el bautismo con que yo soy bautizado, *seréis bautizados*” ([Marcos 10:39b](#)). Así como fue el caso para Jesús, las copas para Jacobo y Juan (y otros) eran un proceso continuo. La copa que cada uno debía beber tendría diferentes porciones a lo largo de su vida, con divergencias particulares para cada uno—y cada uno determinado precisamente por la voluntad del Padre. La copa para Jacobo terminó en [Hechos 12:1-2](#) cuando Herodes lo decapitó. La copa de Juan duró varias décadas más, algunas de las cuales incluyeron trabajar como esclavo en la isla de Patmos, y terminó cuando murió de muy anciano. Más adelante, Jesús le reveló a Pedro en [Juan 21:18-19](#) cómo terminaría su copa: muerte por crucifixión. Pero así como fue el caso para Jesús, las copas que estos amados discípulos habrían de beber incluirían muchos otros asuntos. Por ejemplo, ser flagelados en Jerusalén ([Hechos 5:33-40](#)) fue un componente de sus copas, además del encarcelamiento, y quien sabe cuántas otras cosas que las Escrituras no revelan. Todo esto como parte de la manera de beber la copa que Jesús bebió.

Las copas que cada discípulo verdadero debió / debe beber pueden tener semejanzas, pero la copa que Jesús bebió fue diferente de la de cualquier otra persona que ha nacido o nacerá. Las Escrituras revelan esto de manera repetida. Para comenzar, la mayoría de “los versículos de copa” están enmarcados por alguna pregunta o afirmación acerca de “poder hacerlo”. En el pasaje de [Marcos 10:38-39](#), Jesús pregunta, “¿Podéis beber del vaso...?” Jacobo y Juan responden en inocente ignorancia, “sí podemos.” Es vital para nuestro entendimiento señalar que la palabra “podemos” (*dynamai* en el griego) tiene el sentido de tener la capacidad o habilidad de hacer algo. Es la raíz de nuestra palabra “dinamita.”

Puede leer más acerca de este concepto en el capítulo seis del libro *La copa y la gloria* titulado “Las huellas”, pero la naturaleza restrictiva de la copa de Jesús es claramente vista en [Juan 13:31-38](#). El pasaje comienza inmediatamente después de que Jesús despidió a Judas de la cena pascual: “Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le *glorificará*” ([Juan 13:31-32](#)). Recuerde que Pedro, Jacobo, y Juan habían visto su gloria en [Marcos 9](#). Si Jesús no hubiera continuado hablando, es muy probable que se hubieran levantado de estar reclinados en la Pascua esperando el despliegue inmediato de la gloria de Dios. En lugar de esto, Jesús reveló una verdad que sacudió a los presentes—

especialmente a Pedro: “Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir” ([Juan 13:33](#)). La frase “vosotros no podéis ir” es la misma forma verbal usada en las afirmaciones de [Marcos 10](#). Literalmente dice, “no pueden venir.” Como en el caso anterior, esto no es falta de permiso para ir con Jesús; esta es la incapacidad total de poder hacerlo. Jesús le respondió a Pedro con una afirmación idéntica en [Juan 13:36](#), diciendo, “A donde yo voy, no me puedes [no eres capaz; no tienes la capacidad de] seguir ahora; mas me seguirás después.”

Los primeros apóstoles no tuvieron la habilidad o capacidad de beber la copa que Jesús bebió, pero de ninguna manera está limitado a ellos. Nadie más ha podido y de hecho nunca podrá. Esto es una realidad a lo largo de la eternidad. En [Apocalipsis 5:1–3](#) el apóstol Juan fue transportado al cielo y registró estas palabras:

Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?

Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía [*dynamai*—tenía la habilidad de hacerlo; la capacidad de hacerlo] abrir el libro, ni aun mirarlo.

Juan registró su respuesta y la subsecuente afirmación de victoria en [Apocalipsis 5:4–5](#): “Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos”. Él y únicamente él pudo.

Dicho contraste en capacidades no debería sorprendernos. Cuando Pablo escribió Primera de Corintios, expuso una promesa de Dios que es maravillosamente confortante para nosotros, especialmente en medio de nuestras propias luchas: “fiel es Dios, que no os dejará ser tentados *más de lo que podéis*” ([1 Co. 10:13](#)). Pablo empleó la misma forma de la palabra que antes: “más allá de la capacidad que tienen” o “más allá de la habilidad que tienen”. Qué regalo de gracia por parte de Dios que él mide soberanamente y restringe, y obviamente sabe, cuánto puede soportar cada uno. Por eso nos maravillamos, o por lo menos deberíamos maravillarnos de Jesús. ¿Hasta qué profundidades pudo él ser tentado más allá de lo que nosotros podemos? ¿Puede llegar a ser comprendido aún de manera remota? ¿Medido? ¿Explicado? Lo que Jesús pudo recibir o soportar sobrepasaba infinitamente la amplitud de lo que la totalidad del hombre caído podía recibir. Simplemente no podemos comprender mentalmente cuánto Jesús pudo ser tentado y soportar. Nuestro único medio de comparación para el tiempo actual son nuestros propios inadecuados fracasos. Como fue escrito en *La copa y la gloria*, aún si hubiéramos podido hacerlo al nacer, la cual no podíamos, nos habríamos descalificado tempranamente de acompañar a Jesús a donde él iba en base a nuestra multitud de fracasos pecaminosos. La copa que Jesús bebió fue únicamente de él y sólo de él, e inimaginablemente profunda. Sólo él puede; sólo él es digno.

Vemos esta verdad desarrollada en otras partes de las Escrituras. Como fue señalado en [Marcos 10:38](#), en cierto grado Jesús ya estaba bebiendo la copa (tiempo presente) que el Padre le había dado. Sin embargo estaba por llevarse a cabo el componente indescriptiblemente horrendo conforme se dirigía a su cruz. Él entendió completamente esto; sus oraciones en Getsemaní lo revelan. Fue la remoción de su copa lo que se encontraba en el núcleo de las oraciones de Jesús, las cuales son imposibles de medir en su intensidad. En los tres diferentes segmentos de la oración Jesús imploró a Abba para que quitara, si fuera posible, lo que se encontraba frente a él

([Marcos 14:32–41](#)). [Marcos 14:36](#) registra las siguientes palabras: “Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.” Su copa era tan inescrutable, tan severa, que en su tormento y agonía el Hijo herido invocaba a Abba repetidamente. [Lucas 22:44](#) describe a Jesús “estando en agonía” en esta oración. Aquellos de nosotros que amamos al Señor no tenemos una verdadera base de comparación con tal agonía en oración porque estamos protegidos por el Padre; más allá de esto, no podemos comenzar a comprender su peso.

Debemos señalar que, desde el punto de vista práctico, la copa podía haber sido quitada de Jesús—pero las Escrituras hubieran sido quebrantadas (lo cual no puede suceder), y el Hijo hubiera estado fuera de la voluntad del Padre (lo cual no podía hacer). Entonces en un sentido, no, no había otra manera. *Nadie* hubiera sido salvo. El dominio de Satanás nunca terminaría, y el reino de Dios nunca vendría—si Jesús se hubiera rehusado a beber o hubiera fracasado al no beber de la copa colocada frente a él.

Observe cuidadosamente, amado, el cambio que ocurre entre las sesiones de oración agonizante y momentos después cuando fue arrestado. En Getsemaní se había concretado el asunto para Jesús. El tiempo de pedirle a Abba se había terminado; el Hijo se sometería de manera total a la voluntad del Padre. Habiendo despertado a sus tres discípulos que estaban dormidos, Jesús se encontró con los que veían a arrestarlo ([Juan 18:1–11](#)). En [Juan 18:10](#), Pedro aún intenta evitar que el Mesías fuera a su cruz ordenada por Dios: “Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco”. Jesús respondió inmediata y majestuosamente en [Juan 18:11](#): “Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?”

Note la vasta diferencia entre la oración en Getsemaní apenas unos minutos antes, y la sustancia de lo que Jesús dice:

—“La copa”—no “una copa.” La copa de él es única y claramente definida.

—“que el Padre”—Jesús usó *pater* en el griego, de donde obtenemos nuestra palabra “paternal” y esta era la palabra que Jesús usaba de manera rutinaria cuando se refería al Padre. No empleó *Abba* (“Papá” o “Papito”) frente a sus enemigos; únicamente usó ese término de intimidad en el huerto.

—“me ha dado”—un perfecto activo indicativo en el griego. Esto denota una acción completada que apunta a resultados continuos. El Padre no iba a definir la copa que el Hijo debía beber conforme pasara el tiempo; ya ha sido definido y dada por el Padre. Ahora dependía del Hijo beber lo que el Padre ya ha determinado.

—“¿no la he de beber?”—Jesús usó la negación más fuerte que se encuentra disponible en el griego (*ou me*) que podría ser traducida, “¿acaso de ninguna manera en absoluto la beberé?” Es exactamente la misma negación que Pedro usó en [Mateo 16:22](#) cuando Jesús anunció por primera vez su muerte. Pedro declaró, “en ninguna manera [de ninguna manera en absoluto (*ou me*) jamás] esto te acontezca”.

Jesús dio un paso al frente en su arresto para terminar de beber de la copa que el Padre le había dado. Él debía beberla solo—hasta la última gota. Como veremos, y sin exageración en absoluto, el que Jesús bebiera su copa excede de manera incalculable la suma de todos los redimidos bebiendo sus propias copas.

Aún sin entender de manera total lo que todo esto quiere decir, podemos identificar y

maravillarnos ante algunos de los componentes que hicieron de su copa algo sólo para Él. Una manera en la que podemos ver esto es a través de [Isaías 53](#). Esta maravillosa porción de las Escrituras ha fascinado por mucho tiempo a los estudiantes de la Biblia porque ofrece un relato vívido del ministerio de Jesús, siglos antes de que caminara en la tierra. Al igual que el [Salmo 22](#), la Trinidad insiste en que veamos este capítulo con Jesús en mente. Por ejemplo, el eunuco etíope de [Hechos 8](#), después de leer [Isaías 53:7-8](#), ponderó este pasaje que habla de uno que fue llevado a la muerte como cordero. Después de que un ángel le indicó que fuera al camino por el que iba el eunuco, Felipe se acercó a su carro. En [Hechos 8:34](#) el etíope hizo preguntas simples y directas: “Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto; de sí mismo, o de algún otro?” El siguiente versículo dice, “Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús.” Otros, especialmente los escépticos de la Biblia, intentan relacionar [Isaías 53](#) con algún individuo o grupo en particular de la historia pasada o presente. No obstante, no sólo nadie más encaja con la descripción dada en este pasaje, sino que la Biblia repetidamente apunta a Jesús como el Siervo sufriente de Yahweh, que fue profetizado. Existen múltiples verdades mesiánicas en [Isaías 53](#), tales como la profecía de que la sepultura de Jesús estaría asociada con un hombre rico ([Is. 53:9](#); [Mt. 27:57-60](#)).

Más allá de profecías tan detalladas como ésa, [Isaías 53](#) presenta una descripción del papel sacrificial del Mesías. [Isaías 53](#) es de hecho teología maravillosa del Nuevo Testamento, tal como lo determinó la Trinidad. Isaías profetizó, “no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos” ([53:2-3](#)). Como un resumen del ministerio sacrificial expiatorio que sólo el Siervo de Yahvéh podía traer, Isaías concluyó, “por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos... derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” ([53:11b-12](#)). Pero hay más. Mientras que con frecuencia no es reconocido por muchos lectores de la Biblia, [Isaías 53](#) de hecho comienza con los tres versículos previos, esto es, [Isaías 52:13-15](#). Recuerde que las divisiones de capítulo y versículo son añadiduras hechas por el hombre para nuestra comodidad. Estos últimos tres versículos de [Isaías 52](#) contienen un resumen de lo que sigue en [Isaías 53](#):

He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto. Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres, así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído.

Aquí hay otro ejemplo de un profeta de Dios prediciendo los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos ([1 Pe. 1:10-11](#)). Una vez más vemos los beneficios expiatorios de su sacrificio en que “asombrará él a muchas naciones”. Esta frase también puede traducirse “rociará él a muchas naciones”, usando terminología veterotestamentaria particularmente asociada con el Sumo sacerdote y el día de la Expiación.

Pero considere la siguiente pregunta por un momento: ¿Acaso [Isaías 52:14](#) es una afirmación verdadera, o es una hipérbole—esto es, meramente una exageración para efectos de impacto? ¿Hablando de Jesús, realmente “fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”? Para comenzar, debemos esperar que esta descripción no sea una afirmación exagerada por parte de Dios, porque si lo fuera, entonces los efectos de su sacrificio acepto también serían exagerados para efectos de impacto y entonces, podríamos no

estar limpios del todo. También debemos señalar que [Isaías 52:15](#) comienza con la palabra “así”—esto es, conecta el asombro de las naciones, con las palabras del verso [14](#) que alteró de tal manera su parecer, más que la de cualquier otra persona en la historia. Nada indica que [Isaías 52:14](#) es una exageración, excepto la presuposición de alguien. La hermosura y parecer de esta persona fue de hecho desfigurada mucho más allá de la de cualquier hombre que ha vivido o vivirá jamás. No sabemos exactamente cuando sucedió esto; pudo haber sido una progresión que terminó en su muerte. De igual manera, la apariencia de Jesús difirió de manera incalculable de la de los dos hombres que fueron crucificados a ambos lados de Él. Esto habría sido evidente para todas las personas que los vieron, incluyendo al ladrón en la cruz adyacente que terminó siendo salvado, como también el centurión y los que estaban cumpliendo su turno con él. Estos soldados *nunca* antes habían sido testigos de algo como fue la muerte de Jesús—ni ninguna otra persona en ese entonces ni jamás.

Hay tantos artistas que pintan un retrato de la crucifixión o de Jesús después de que lo bajaron de la cruz, fracasan de manera miserable en sus intentos por pintar esta escena con precisión. De acuerdo a lo que vemos en muchas pinturas, Jesús no se veía tan mal en su muerte. Dichas pinturas parecen concentrarse en lo que la gente percibe como verdad bíblica. Cansado y agotado—y muerto—pero por lo menos se podía reconocer quién era. No obstante, eso no fue cierto para aquellos que estuvieron presentes en la crucifixión. Si la cabeza de Jesús no hubiera estado conectada a su cuerpo y hubiera sido descubierta por alguien en un campo, podría haber incitado preguntas acerca de si realmente era una cabeza humana.

Pero aún así, ¿por qué? Millones han sido salvajemente golpeados; multitudes han sido azotadas; cientos de miles han sido crucificados. La historia indica que no era raro para los que eran crucificados, permanecer en agonía en la cruz durante varios días antes de que eventualmente sucumbieran. ¿Qué hubo en esta crucifixión relativamente corta de seis horas, que excedió por mucho lo que ninguno de los descendientes de Adán jamás había—o llegará a soportar? ¿Hay alguna manera, aún de manera remota, de saber qué o por qué?

Además de esto, un punto más debe ser considerado. En [Juan 19:31–36](#) los oficiales judíos se acercaron a Pilato pidiendo que las piernas de los que fueron crucificados fueran rotas para que pudieran morir y ser quitados de la cruz antes del día de reposo (sábado). Los soldados rompieron las piernas de aquellos que fueron crucificados junto con Jesús, pero no las de Él; Jesús ya estaba muerto. El apóstol Juan afirmó la importancia de lo que había sido testigo ([Juan 19:35–36](#)): “Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo”. Esta es una cápsula reveladora que Dios da y que es sumamente importante. Jesús fue azotado ([Mt. 27:26](#); [Mr. 15:16](#)) y sin embargo, ni una de sus costillas fue rota. [Mateo 27:30](#) afirma, “Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza”. [Marcos 15:19](#) se concentra en los actos repetidos de violencia en contra de Él: “Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias”. Si la caña hubiera sido una vara de hierro, como la que Él blandeará contra las naciones ([Sal. 2:7](#)), no hubiera roto un hueso de este que había puesto su rostro como un pedernal ([Is. 50:7](#)). Independientemente del trato brutal en contra de Él, su quijada no fue rota; no hubo la más pequeña fractura en sus huesos faciales. A pesar de esto, aun cuando no tenía ni siquiera un hueso roto, “fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres” ([Is. 52:14](#)). *Algo* más allá del trauma físico normal debió haber ocurrido.

Aquí está entonces la pregunta frente a nosotros: ¿hay alguna manera de saber lo que contenía la copa que su Padre le había dado? O dicho de otra manera, ¿hay alguna manera de

ver—aún en un espejo oscuramente—alguno de los elementos que hicieron que la copa que Jesús bebió, excedió a todas las demás copas combinadas? De hecho, la hay. Dios nos presenta la respuesta en su Palabra. La Biblia revela que la copa que Jesús bebió tenía por lo menos tres componentes únicos, que causaron que su muerte fuera diferente de cualquier otra e hicieron que su parecer fuera desfigurado más que la de cualquier otro hombre. Las tres partes estuvieron escondidas para la humanidad que estuvo presente en la crucifixión—y en muchos casos aún permanecen escondidas para lectores actuales de la Biblia. Las tres facetas son el mismo tipo de verdades espirituales “detrás del escenario” (tales como asuntos relacionados con el nacimiento de Jesús), que no serían conocidos ni siquiera por los elegidos a menos de que Dios escogiera revelarlas en su Palabra. Las tres medidas que hicieron que la copa que Jesús bebió fuera tan repulsiva se encuentran dentro de las páginas de las Escrituras. Identificaremos cada una de ellas, pero de ninguna manera llegaremos a definir las o describirlas apropiadamente y de ninguna manera nos acercaremos remotamente a agotar su importancia. De hecho, necesitaremos toda la eternidad para entender las profundidades de lo que Jesús soportó por nosotros.

Venga: observemos, aún como niños, y a distancia—la copa que el Padre le dio al Hijo. Y maravillémonos de lo que sólo Él pudo hacer.

CAPÍTULO UNO

EL DESAFÍO

Para comenzar a entender cómo la copa de Jesús difirió de todas las demás, necesitamos regresar en las Escrituras a un tiempo antes de llegar a la cruz. Después de todo, si la cruz fue el pináculo de la copa que estaba a punto de beber ([Mt. 20:22](#)), y sin embargo ya estaba bebiendo en cierta medida la copa a lo largo de su ministerio entero ([Mr. 10:38](#)), entonces esto apunta a que no debemos ir directamente al final. Perderíamos mucho de lo que soportó; pero más aún, perderíamos verdades muy estratégicas dentro de la Biblia que son relevantes para su cruz. Consideremos una verdad que se encuentra en la Palabra de Dios y después una pregunta a la que da lugar. En [Mateo 16:21–23](#), después de que Jesús reveló a sus discípulos los detalles de su muerte próxima, Pedro le reprendió por decir semejante cosa. Jesús entonces le respondió diciendo, “¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”. Aquí Satanás intentó usar a Pedro como un medio de evitar que Jesús llegara a su destino divinamente establecido. Sin embargo, meses después en [Lucas 22:3–4](#) leemos: “Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce; y éste fue y habló con los principales sacerdotes, y con los jefes de la guardia, de cómo se lo entregaría”. Ambos pasajes contienen pistas importantes. Cada uno tiene características en común: la presencia de Satanás, un apóstol de Jesús, y Jesús mismo. Los relatos son parecidos, sin embargo difieren de manera significativa —y esto es importante. En ambos casos Satanás usó a un apóstol de Jesús como el medio para estorbarlo o atacarlo, pero la tarea que el maligno intentó que ellos desempeñaran fue diferente. Una vez que las pistas son presentadas, emerge una simple (pero frecuentemente repetida) pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué Satanás intentó evitar que Jesús fuera a la cruz por medio de Pedro en [Mateo 16](#), pero más adelante en [Lucas 22](#) usó a Judas para ayudar a llevar a Jesús a la cruz? Esto es desconcertante. Parece contradictorio. En el primer relato Satanás intenta evitar que Jesús se dirija hacia la cruz; en el otro Satanás opera de manera activa para causar la muerte de Jesús mediante la crucifixión. ¿Por qué el cambio en estrategia? ¿Por qué Satanás alteró sus tácticas? ¿Qué esperaba lograr Satanás en cada caso?

Para formular una solución bíblica a este misterio —y los muchos misterios relacionados con este que surgirán, primero tenemos que examinarlo cuidadosamente. Como cualquier buen detective, debemos descender al mundo de aquellos presentes y considerar todos los factores relevantes disponibles. Dicho de una manera simple, debemos observar la escena del crimen para encontrar pistas. Comenzaremos con el primer intento de Satanás para evitar que Jesús llegara a su cruz.

[Mateo 16:16](#) es el relato bíblico de la declaración de Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Habiendo tomado a Pedro aproximadamente tres años para llegar a esta conclusión, Jesús, como casi todas las veces, sorprendió a aquellos que oyeron la proclamación vocal del discípulo principal. Después de la pronunciación de Pedro de que Jesús era el Cristo

divinamente prometido; el Mesías mismo reveló la fuente original de la afirmación, diciendo, “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” ([16:17](#)). Después de la declaración de Pedro y la afirmación del Señor, Jesús inesperadamente restringió a los discípulos, advirtiéndoles que no le dijeran a nadie en ese momento, que Él era el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Prohibir a los que estaban ahí presentes de decirles a otros de esta verdad fundamental, fue una limitante inesperada impuesta sobre los predicadores apostólicos, a quienes Jesús había comisionado previamente para que anunciaran que el reino de los cielos se había acercado ([Mt. 10:7-14](#)). Sin embargo Él tenía mucho más que enseñarles. En el mismo capítulo Jesús sacudió a su rebaño aún más al predecir su propia muerte ([Mt. 16:21](#)). Él había hecho referencia a su muerte en ocasiones previas, pero el relato de [Mateo 16](#) fue la primera instancia en la que Jesús habló abiertamente de ello (“Desde entonces...”). La afirmación de Jesús habría evocado desconcierto total en los discípulos. Su profecía era un anuncio trágico, horrible, sorprendente para los apóstoles escogidos del Mesías. O quizás lo que Jesús dijo no era verdad. No es que ellos hubieran considerado que Jesús fuera un mentiroso, pero quizás lo que acababa de decir era simplemente otra manera de enseñar algo a sus discípulos. Por ejemplo, en un episodio sucedido tan solo unos meses antes, Jesús sorprendió a los doce cuando le dijeron que despidiera a los cinco mil hombres (más las mujeres y los niños), porque era tarde, y no tenían comida. En [Lucas 9:13](#) Él les dio la siguiente instrucción, “Dadles vosotros de comer”. El relato paralelo en [Juan 6:4-5](#) añade detalles que nos ayudan a entender mejor la situación, incluyendo el papel clave que Felipe jugó en esto: “Y estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos. Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?” [Juan 6:6](#) revela la verdad estratégica de que Jesús usó esta circunstancia humanamente imposible para instruir a Felipe: “Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer”. Jesús sabía que Felipe no podría pasar esta prueba por sí mismo. Él simplemente llevó a Felipe a que llegará a la deducción obvia que Jesús tenía en mente: él y los otros discípulos no tenían suficientes recursos para alimentar a la multitud; sólo Dios los tenía. Pero afortunadamente, Felipe estaba en la presencia de Emanuel—Dios de hecho estaba con ellos. Entonces quizás lo que Jesús dijo en [Mateo 16](#) con respecto a su muerte, era una prueba parecida para ver como los discípulos responderían. Después de todo, Jesús les había instruido previamente diciéndoles, “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor... y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” ([Mt. 10:24, 38-39](#)). Quizás lo que Jesús quería traer en esta ocasión, era la primera prueba para los discípulos después de la declaración divinamente inspirada de Pedro, acerca del Cristo. *¿Quién es la persona o qué es lo que aman de manera suprema: Jesús o su supervivencia personal?* Jesús afirmó que Él de hecho era Cristo, el Rey, lo cual hacía de aquellos que estaban presentes, los súbditos de su reino. ¿Acaso un “caballero” en alguna guardia élite, permanecería de pie sin hacer nada cuando el rey le acaba de advertir de su muerte cercana y no ofrecer algún tipo de intervención a favor de su soberano? ¿Acaso un caballero al servicio del Rey de reyes haría algo menos que esto?

Pedro no toleraría nada de estas declaraciones absurdas de que Jesús sería muerto. Jesús le había dado a Pedro (y a los otros) posiciones de autoridad en la iglesia que Él mismo edificaría con la siguiente promesa: “todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” ([Mt. 16:19](#)). Habiendo recibido esa autoridad, lo primero que Pedro quiso “desatar” fue lo que Jesús acababa de predecir con respecto a su muerte—una muerte que Jesús más tarde reveló sería mediante crucifixión. Pedro empleó una

doble negativa en el griego cuando reprendió a Jesús, una fuerte respuesta que puede ser traducida, “de ninguna manera en absoluto esto te acontezca” ([Mt. 16:22](#)). Pedro afirmó en los términos más fuertes que tenía disponibles, que Jesús nunca probaría la muerte que acababa de predecir.

Pero observe esto: tanto Mateo ([16:23](#)) como Marcos ([8:33](#)) reportan que Jesús le estaba dando la espalda a Pedro y a los otros discípulos, cuando Pedro intentó corregirle e instruirle. Quizás en ese momento Jesús no podía entrar en una discusión cara a cara con Pedro, debido a que el pronunciamiento de su muerte estaba demasiado fresco aún para Él. Razonar con un hombre como un hombre quizás hubiera sido demasiado para sobrellevar. La cruz fue algo que Jesús soportó, menospreciando el oprobio ([Heb. 12:2](#)), no obstante algo a lo cual fue fiel hasta la muerte ([Fil. 2:8](#)). Sin importar la razón, Jesús no los estaba mirando cuando Pedro le prohibió que cumpliera con su destino ordenado por la Trinidad. Luego Jesús se volteó. Algo en la manera en la que Pedro se había dirigido a Jesús, provocó la reacción y respuesta. Jesús *sabía*, inmediatamente discernió, *cuál era la fuente* detrás de la afirmación de Pedro.

En los versículos anteriores Jesús había revelado que la declaración de Pedro acerca de Él, no había sido de carne y sangre: esto es, no fue mediante el razonamiento humano o terrenal. Otra fuente había inspirado a Pedro, específicamente, Dios Padre. Los otros discípulos que estaban presentes no necesariamente habrían llegado a la misma conclusión. Esta revelación divina no había sido como la antigua revelación de Dios, que inspiró terror en los israelitas en el Monte Sinaí, casi mil quinientos años antes. Tampoco se parecía a la afirmación gloriosa del Padre acerca de su Hijo en su nacimiento o bautismo. Una voz del cielo acompañada por la señal física del Espíritu Santo descendiendo como paloma, está más en línea con la manera en la que los discípulos habrían esperado la revelación divina, no de la boca de uno de sus asociados, especialmente uno que había mostrado sus falencias. No habrían percibido que Dios era la fuente de la declaración de Pedro a menos de que Jesús lo hubiera revelado como tal. De igual manera, cuando Pedro habló por segunda vez. Quienes estaban presentes en [Mateo 16](#) —incluyendo Pedro— no habrían sabido jamás que Satanás estaba detrás, era la fuente, de la segunda declaración de Pedro, a menos que Jesús lo hubiera expuesto como tal. El engaño sutil de Satanás había pasado desapercibido, excepto para Jesús. De la misma manera que los discípulos no habrían concluido que Pedro habló de parte de Dios, ciertamente no habrían considerado que Pedro jamás hablaría de parte de Satanás. Pedro estaba con Jesús, no en contra de Él y todos sabían esto. Satanás también lo sabía y usó el amor y lealtad que Pedro tenía por Jesús y que expresaba de manera abierta, para sus fines al hacer que Pedro fuera un vocero ingenuo de su trama satánica.

Sin duda, una razón primordial por la que Jesús apropiadamente identificó la fuente de la afirmación de Pedro, fue que Jesús había nacido como el Dios encarnado y conocía los pensamientos de todos los hombres ([Jn. 2:24](#)). Pero existe otra razón. Jesús se había encontrado con esta misma forma de tentación satánica años antes. [Marcos 1:12-13](#) y [Lucas 4:1-2](#) reportan que Satanás tentó continuamente a Jesús por cuarenta días. El tiempo del verbo presente indica que la tentación no ocurrió sólo al final de los cuarenta días sino continuamente, a través de ataques repetidos, incesantes. La tentación final de Satanás en contra de Jesús durante esa etapa de su vida, consistió en atajos en el cumplimiento de su obra y gloria mesiánicas. Cualquiera de estos, habría hecho que la vida terrenal de Jesús, hubiera sido mucho más fácil —y su copa infinitamente menos dolorosa— pero también lo hubieran descalificado como el Cordero de Dios sin mancha, que quita el pecado del mundo ([Jn. 1:29](#)). Cada una de las tres tentaciones finales que Satanás ofreció, se relacionaron con la comodidad de Jesús o con una vía alterna para

alcanzar su dominio definitivo. No obstante, Jesús no vino con el propósito de alcanzar una vida de comodidad. Jesús vino como un siervo, como un rescate, como un redentor —y alcanzar esto, le costaría todo lo que tenía. De hecho, demandaría de Él más de lo que cualquier persona que jamás ha nacido, había tenido que pagar por algo. Cuando Pedro reprendió a Jesús e intentó disuadirlo, fue una tentación disfrazada para hacer que Jesús abandonara el plan eterno de Dios de redención, el cual requería un único sacrificio santo, sin pecado, aceptable a Dios.

Años después, en referencia a nuestra salvación, el Espíritu Santo inspiraría a Pedro a escribir “...que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” ([1 Pe. 1:18–19](#)). No obstante, aún la desviación más insignificante de la voluntad del Padre, equivaldría a desobediencia y rebelión abiertas en contra de Dios. El más mínimo rastro de mancha o imperfección, descalificaría permanentemente a Jesús como el Cordero de Dios sin mancha. De hecho, si en su vida entera Jesús pecara una sola vez, entonces Él mismo habría necesitado un salvador, pero ningún otro salvador hubiera venido ni por él ni por la humanidad no redimida, porque ningún otro redentor existía.

[Mateo 16:22](#) nos dice que Pedro comenzó su reprensión diciendo, literalmente en el griego, “[Dios sea] misericordioso a ti, Señor”. Sin embargo ser misericordioso era el propósito de Dios, pero sólo para aquellos que realmente necesitaban la misericordia que Él tenía en mente. Estas personas eran aquellas que estaban contaminadas y atrapados por los efectos del pecado de Adán. Jesús encarnó la misericordia y la gracia, que Dios ofrecía gratuitamente a los habitantes totalmente contaminados, de un mundo contaminado al máximo nivel.

Quizás el hecho de que Jesús le estaba dando la espalda a Pedro, causó que el Señor se concentrara en las palabras en sí, sin ningún factor humano asociado a las mismas. Pero al volverse y mirar “a los discípulos” ([Mr. 8:33](#)), Jesús discernió inmediatamente la fuente original de la afirmación. Esta revelación de que Satanás era la fuente original de lo que Pedro había dicho, fue igual de sorprendente que la revelación de unos cuantos versículos anteriores, en donde Dios era la fuente original de la verdad mesiánica que Pedro había afirmado. Al final del tiempo de tentación en [Mateo 4](#), Jesús mandó a Satanás diciéndole, “...Vete...” ([4:10](#)) —*hypage* en el griego. Jesús respondió a la tentación en la que Pedro había participado, usando exactamente *la misma* palabra griega. “...¡Quítate (*hypage*) de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” ([Mt. 16:23](#)).

La última parte de la respuesta de Jesús, tiene que ver más con Pedro personalmente, porque Satanás nunca tiene los intereses del hombre en mente. No obstante, la esencia satánica estaba presente, aunque no se cumplió el resultado deseado por Satanás. Este último había fallado al no poder desviar a Jesús, para que no se dirigiera a su cruz, pero su fracaso no fue causado por una falta de esfuerzo. Satanás había atacado mediante una tentación al culminar de un ayuno de cuarenta días, que había debilitado a Jesús. Pero la Palabra viva de Dios empleó la palabra escrita de Dios, tanto para identificar la tentación como para reprender al tentador. La segunda tentación presentada a través de Pedro, fracasó de manera parecida al no causar el tropiezo de Jesús. En [Génesis 3](#), el primer hijo de Dios, Adán ([Luc. 3:38](#)), había caído rápidamente y con un esfuerzo relativamente pequeño por parte del engañador. Satanás no usó una estrategia muy elaborada. Él no había ofrecido la totalidad del dominio del mundo, únicamente la simple tentación de escoger la criatura por encima del Creador —y funcionó de manera perfecta. Sin embargo este Hijo de Dios ([Luc. 3:22](#)), el postrer Adán ([1 Cor. 15:45](#)), era diferente al primer Adán. Jesús no había caído durante el encuentro prolongado con Satanás. Jesús tampoco tropezó a causa del ruego satánicamente inspirado de un amado amigo. Jesús permaneció firme —y permaneció de pie,

después de que la tentación terminó.

En el relato de [Mateo 16](#), a Jesús le quedaba alrededor de un año de vida terrenal. A partir de ese entonces, el Mesías comenzó una procesión lenta pero firme hacia la cruz, que lo estaba esperando aún desde antes de que Dios fundara el mundo ([1 Pe. 1:17-21](#)).

Pero ¿qué era exactamente lo que Satanás deseaba? ¿Por qué trató de manera repetida de hacer caer a Jesús? Sabemos que Satanás trató de desviar a Jesús de la cruz, ¿pero que perdería Satanás si Jesús llegara a la cruz? Para entender esto mejor, necesitamos regresar en el tiempo al contacto inicial entre Satanás y el hombre, esto es, al origen de la batalla de este mundo en la esfera espiritual.

En [Génesis 3](#), después de que el pecado afectara a la raza de Adán, Dios juzgó a Satanás al pronunciar que uno de la simiente de la mujer, heriría o aplastaría la cabeza de la serpiente ([Gn. 3:15](#)). Esto quiere decir que alguien que nacería de mujer, llevaría a Satanás a su destrucción eterna. Dios pudo haber juzgado a Satanás de manera inmediata en [Génesis 3](#), y haberlo enviado al infierno, que originalmente fue preparado para él y sus ángeles ([Mt. 25:41](#)). Dios no necesitaba agentes intermediarios para darle a Satanás el castigo que merecía justamente. En lugar de esto, Dios escogió usar a un futuro descendiente de la mujer, y en aquel momento, encubierto, que causaría la destrucción total de Satanás. Dios no dijo quién ni cuándo vendría. Pero declaró que alguien vendría. Por esta razón, tanto desde una perspectiva humana como satánica, a partir de [Génesis 3](#) y a lo largo de la historia, hubo un torrente interminable de libertadores potenciales que nacieron de la raza de Adán. Sin embargo, todos los millones de candidatos previos, habían fracasado de manera miserable, comenzando con los primeros dos aplastadores potenciales de la cabeza de Satanás: Abel y Caín. Todos los millones de descendientes de Adán ni siquiera se habían acercado a condenar a Satanás. Cada uno de ellos nació y a excepción de Enoc ([Heb. 11:5](#)) y Elías ([2 Re. 2:1-11](#)), murió tan contaminado y esclavizado por el pecado, como su ancestro Adán después de la caída. Ninguno de ellos fue el redentor sino por el contrario —cada uno de ellos necesitaba un redentor— y sólo Jesús lo era; o como Satanás razonaría, Jesús *podría* ser dicho redentor. Satanás conocía la santidad cuando estaba en su presencia, y él no había encontrado esto en ningún otro humano desde el Huerto de Edén. Adán también en una ocasión había demostrado esta misma santidad sin contaminación —pero Adán había fracasado y había caído rápidamente. Quizás ahora también la santidad de Jesús no moraba en Él de manera permanente. Quizás la misma tentación que hizo tropezar a Adán, también haría tropezar a Jesús.

Debido al estándar estricto de santidad de Dios, Satanás no necesitaba matar a Jesús, aunque sin duda alguna lo hubiera hecho si hubiera podido, porque Satanás era un homicida desde el principio ([Jn. 8:44](#)). Satanás hubiera matado a Jesús si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo, como lo vemos poco después de su nacimiento ([Mt. 2:1-18](#)), pero no tuvo autoridad por parte de Dios para hacerlo. En [Juan 10:17-18](#) Jesús reprendió a los fariseos incrédulos diciendo, “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre”. Quizás debido a esta revelación de Jesús, matarlo no era la estrategia primordial de Satanás. Satanás concentró su atención en evitar que Jesús fuera a la cruz. Él usaría diferentes métodos para forzar a que Jesús no cumpliera el plan redentor de Dios —y la más mínima desviación sería suficiente. A Satanás no le importaba lo que funcionaba, siempre y cuando algo funcionara. Apeló a los sentidos físicos. Satanás le ofreció comida a Eva, así como lo hizo con Jesús al ofrecerle pan ([Mt. 4:1-3](#)). Satanás le prometió a Eva que sería como Dios. Satanás hizo lo mismo hasta cierto punto con Jesús, al tentarlo a desplegar sus

atributos divinos de una manera altanera, fuera de la obediencia al Padre ([Mt. 4:6](#)). Para este entonces, Adán y Eva habían caído en su hora de prueba —mientras que Jesús resistía. Entonces Satanás añadió una atracción más, que con toda probabilidad, le habría ofrecido a Adán, si este último no hubiera ya sucumbido: una vista panorámica de la historia mundial. Todas las naciones... toda la gloria del mundo. Todo esto dado gratuita y gustosamente a Jesús sin la cruz, sin la brutalidad, sin que nunca sufriera - sin la copa. Todo transferido a Él después de una mera petición aunada a un simple acto de adoración ([Mt. 4:8-9](#)).

“Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” ([Mt. 4:10](#)). “¡Vete/Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” ([Mt. 16:23](#)).

Ahora Satanás sabía, Éste era diferente. Éste era único. Éste se mantuvo de pie. Hasta aquí, Jesús había resistido lo que todos los hijos de Adán anteriores ni siquiera se habían acercado a resistir. No obstante, mientras que Jesús había resistido únicamente una probada de tentación, no había resistido *todo* lo que Satanás tenía que ofrecer. Satanás aún tenía mucho más que usar contra Jesús, pero después de [Mateo 16](#) la batalla necesitaba un cambio de estrategia.

Frecuentemente la Biblia presenta acontecimientos desde la perspectiva de dos realidades diferentes: una física y otra espiritual. En otras palabras, las fuerzas espirituales —tanto divinas como maléficas— están en operación aunque el lado espiritual permanece escondido de la observación humana a menos de que Dios escoja mostrarlo. Los acontecimientos que llevaron a la muerte de Jesús demuestran esto. [Lucas 22:1-2](#) describe las actividades visibles en el plano terrenal: “Estaba cerca la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la pascua. Y los principales sacerdotes y los escribas buscaban [tiempo imperfecto en el griego, repetidamente buscaron una y otra vez] cómo matarle; porque temían al pueblo”. El siguiente versículo registra un elemento detrás del escenario en el mundo espiritual: “Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce” ([Luc. 22:3](#)). Dos planos diferentes existían; uno que podía ser observado por la humanidad y uno que no podía ser observado —pero ambos reales y extremadamente activos. Entonces aunque el componente terrenal no sabía del otro, las Escrituras de hecho presentan tanto los enemigos terrenales *como* espirituales de Jesús, trabajando agresivamente en contra de Él.

Los líderes religiosos deben haber celebrado su abrupto cambio de circunstancias. Después de sus concilios e intentos fallidos por matar a Jesús, su oportunidad buscó audiencia con ellos. La ironía de tener a uno de los apóstoles mismos de Jesús, sirviendo como su títere, también debe haberles provocado un dejo de maligna satisfacción. La Biblia revela que a partir de ese entonces, Judas conscientemente “buscaba una oportunidad para entregárselo a espaldas del pueblo” ([Luc. 22:6](#)). La cuenta regresiva para la crucifixión había iniciado.

Sin embargo, esto nos lleva de regreso a la pregunta original y a un problema aparente. *Si la muerte sacrificial de Jesús significó la derrota y ruina de Satanás, y si Satanás había intentado evitar que Jesús fuera a la cruz a lo largo de su ministerio terrenal, como [Mateo 16](#) lo indica, entonces ¿acaso Satanás no haría un esfuerzo aún mayor por evitar que Jesús fuera a la cruz, conforme se acercó la Pascua?* En ninguna manera Satanás iba a actuar como un espectador apático. Su reino, su dominio, su juicio divino —literalmente su condenación eterna— dependían de que hiciera que Jesús tropezara, que se desviara. Me parece que lo *último* que Satanás haría, sería ayudar a Jesús a llegar a la cruz. Sin embargo, [Lucas 22](#) registra que eso es precisamente lo que Satanás hizo. Después de una mirada superficial esto parece absurdo. No obstante, debemos considerar esto: Satanás es muchas cosas, pero tonto no es una de ellas (excepto por no adorar y servir al Dios verdadero). Continuamente planea, maquina. El enemigo siempre está activo y

siempre trabaja con un propósito e intención en mente, y es bastante bueno en lo que hace y nunca hace algo motivado por intenciones puras. Entonces en esta coyuntura crucial, Satanás seguramente tenía un plan en contra de Jesús, y estaba arriesgando su dominio y existencia enteros en el éxito de dicho plan.

Además de descubrir el plan para matar a Jesús, tanto por parte de sus enemigos físicos como espirituales, [Lucas 22](#) también nos da el relato que registra la última cena de la Pascua, y la oración agonizante de Jesús en el huerto de Getsemaní. El capítulo contiene también la revelación de Jesús a Pedro: *“he aquí Satanás os ha pedido [o “ha obtenido permiso al preguntar”] para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”* ([Luc. 22:31–32](#)). En estas cortas frases de Jesús, vemos a Satanás trabajando de manera activa detrás del escenario. Estas acciones tenían que ver con los acontecimientos que estaban llevando a la crucifixión y como un aspecto de su estrategia, concentraría su atención en Pedro y los otros discípulos (el “os” en [Luc. 22:31](#) es plural, “os [plural] ha pedido para zarandearos como a trigo”. Como lo vimos antes, ni Pedro ni ningún lector futuro de las Escrituras, habría sabido de las actividades ocultas de Satanás a menos de que Dios escogiera revelarlas. También descubrimos que la fe de Pedro fracasaría, pero que más adelante sería restaurado. Jesús cambió al singular cuando se dirigió a Pedro en [Lucas 22:32](#). Si la experiencia de Pedro se hubiera dicho de Jesús, entonces el drama divino habría terminado antes de que el telón se hubiera abierto. El estándar de justicia de Dios no permitía a Jesús tener la opción de fracasar y ser restaurado. El más mínimo resbalón en sus deberes mesiánicos, la más pequeña mancha en una vida sin tacha, hubiera demandado un Cordero adicional de parte de Dios. Pero ningún otro Cordero existía en el cielo o en la tierra. Sólo había uno y fue conocido desde antes de la fundación del mundo ([1 Pe. 1:20](#)). El destino del cielo, el infierno, la tierra, y la totalidad de la humanidad —el destino de la historia entera, pasada, presente, y futura— sería decidido en menos de veinticuatro horas.

El reloj eterno de Dios estaba avanzando. Las básculas del juicio divino estaban siendo preparadas. El Cordero sin mancha estaba presente. Sus ejecutores también lo estaban. Su sangre estaba lista para ser derramada en el altar de Dios. Satanás se dio cuenta de que tenía que actuar rápido para aprovechar la más mínima posibilidad de derrotar a Jesús. De hecho, Satanás ya había entrado en acción mucho antes de que el Cordero enmudecido llegara para su muerte propiciatoria.

Horas antes, cuando Jesús le informó a Pedro que Satanás lo zarandearía como a trigo, Jesús no le reveló todo lo que sabía con respecto a lo que el Padre había concedido. No sólo Dios Padre le había concedido a Satanás permiso con respecto a Pedro, sino que el Padre también le había concedido permiso con respecto a su propio Hijo. [Lucas 22:52–53](#) señala que en su arresto Jesús reveló, “¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; *mas ésta es vuestra hora, y la potestad de la tinieblas*”. En el griego, Jesús dice literalmente, “Ésta es la hora de ustedes [plural] y el poder [autoridad] de las tinieblas”. Tres artículos definidos son usados: la hora, el poder, las tinieblas. Cada una de estas frases, es una indicación muy precisa de algo permitido por Dios de manera específica, no una referencia a algo en general. Dios le había concedido a Satanás *la hora y la autoridad de las tinieblas* para hacerle a Jesús todo lo que Satanás quisiera. La palabra “hora” puede significar un periodo determinado de tiempo que va más allá del uso normal del periodo de sesenta minutos. Esto lo vemos por ejemplo, en [Apocalipsis 3:10](#) en donde Dios promete, “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la

tierra”. Entonces Dios le había concedido a Satanás un periodo específico de tiempo, para ejercer su autoridad de las tinieblas en una situación única, con un principio y fin definidos.

Aunque algunas veces no vemos la relación, ésta es la segunda vez en la que nos encontramos con una situación así en las Escrituras, en donde Dios le permitió a Satanás ejercer su autoridad en una situación única, durante un periodo de tiempo, para infligir dolor a alguien. [Job 2:4-6](#) revela esta asombrosa verdad:

Respondiendo Satanás, dijo a Jehová: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.

Y Jehová dijo a Satanás: He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida.

La palabra hebrea traducida “mano” es usada con frecuencia, para referirse a un poder autoritario sobre algo o alguien. En el Cántico de Moisés, Dios declara “Ved ahora que yo, yo soy, Y no hay dioses conmigo; Yo hago morir, y yo hago vivir; Yo hiero, y yo sano; Y no hay quien pueda librar de mi mano” ([Dt. 32:39](#)). [Job 2:7](#) demuestra lo que Dios permitió y que estaba totalmente oculto de los amigos de Job: “Entonces salió Satanás de la presencia de Jehová, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza”.

Aunque [Primera de Corintios 10:13](#) aún no había sido escrito, la verdad bíblica ya existía: a pesar del tormento horrendo, Dios no permitiría que Job fuera afligido más allá de lo que podía (*dynamai*) resistir. En este segundo relato del permiso divino concedido a Satanás para atormentar, el Cordero de Dios poseía una capacidad totalmente diferente para ser tentado más allá de lo que Job —o cualquier otro descendiente de Adán— podría (*dynamai*) soportar.

Entonces, a excepción de su muerte, *cualquier cosa* que la mente y naturaleza malignas de Satanás planearan, *cualquier cosa* que fuera parte de su arsenal entero de maldad perversa, podía ser usado libre y completamente en contra de Jesús, pero sólo por un período de tiempo limitado y designado. Este era un aspecto de la copa que el Padre le había dado a beber al Hijo —y lo que Satanás quería hacer durante su hora dada por Dios, es inconcebible a nivel humano.

Mientras tanto, Simón Pedro tenía su propio plan que implementar. Permaneció firme en su intención de cumplir lo meses atrás había dicho, “en ninguna manera esto te acontezca” ([Mt. 16:22](#)). La seriedad de la última Pascua, junto con las advertencias y predicciones de Jesús acerca de la caída y fracaso de Pedro, hicieron que este último estuviera en guardia a nivel físico. La maldad lo rodeó y debió haberlo sentido. Pedro tenía razón en estar alarmado. En [Lucas 22:35-36](#) Jesús sobrecargado por lo que venía, advierte a los discípulos del cambio inminente que vendría de lo que ellos habían experimentado previamente en sus ministerios. Hasta este punto, Jesús los había guiado y protegido, enseñándoles y dirigiendo sus actividades. En poco tiempo, los discípulos se convertirían en los perseguidos. Jesús aún los guiaría y protegería, pero después de Su ascensión, lo haría desde una perspectiva celestial —y lejos desde su punto de vista físico.

Jesús necesitaba preparar a Sus escogidos, para esta alteración tan seria de su andar con Él. Dicho cambio no sería fácil para Sus discípulos confundidos, especialmente con las expectativas que tenían del advenimiento inmediato del reino y su gloria. Unas cuantas semanas antes, después de que el joven rico se rehusó a abandonar la búsqueda de sus metas mundanas, para recibir el tesoro ofrecido por Jesús, Pedro había hecho una pregunta simple en [Mateo 19:27](#), “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” Jesús le contestó con una asombrosa respuesta diciéndoles, “De cierto os digo que en la regeneración,

cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel” ([Mt. 19:28](#)). Qué promesa les había hecho Jesús al responderles, uniendo la recompensa de ellos con Su propia gloria. Lucas revela detalles de las expectativas de sus discípulos, conforme partían de Jericó a unos 24 kilómetros del lugar en el que Jesús sería crucificado unos días después. Antes de que el Mesías entrara en Jerusalén con las multitudes reconociéndolo como el Hijo de David prometido, Jesús tenía que corregir los pensamientos y expectativas de sus discípulos: “Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente” ([Luc. 19:11](#)).

Así que en la noche de su traición y arresto, en medio de su Pascua final con los suyos, Jesús les habla de su muerte ya cercana, en lugar de la gloria del reino. El Rey les anuncia que estaba a punto de morir. No sólo eso, sino que los mismos enemigos que persiguieron a Jesús, pronto buscarían destruir a sus seguidores también. En lugar de recibir posiciones de alto rango en el reino en ese momento, aquellos que eran leales a Jesús, pronto tendrían que soportar muchas de las mismas hostilidades que Él mismo había sufrido. El reino vendría con gloria total —y con la gloria plena del Rey— pero no en ese momento. Hasta que Jesús regresara por ellos los discípulos tendrían que cultivar una mentalidad de guerrero. Claro que todos los verdaderos guerreros tienen armas, y los discípulos también necesitarían las suyas.

Jesús comenzó una lección que sabía que no podía terminar de momento. Aún tenía tanto por enseñarles a los once, pero la hora del maligno se acercaba, y dejaba poco tiempo para instruirles en detalle. Jesús comienza a guiar a su acobardado rebaño al tema de su cambio inminente de estatus, al recordarles de su cuidado y provisión anteriores: “Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó algo? Ellos dijeron: Nada. Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una ([Luc. 22:35–36](#)). “Pues ahora” —era diferente; la situación estaba por cambiar. En medio de la hora más oscura de los discípulos, Jesús aconseja a sus seguidores que obtuvieran espadas que necesitarían aún más que su atuendo externo. No obstante, a la luz de las restricciones que Él establece más adelante para el uso de dichas armas físicas, entendemos que Jesús se refería a espadas de una manera figurada. Eventualmente, los discípulos entenderían que las armas de la batalla de un creyente, consisten en la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios ([Ef. 6:17](#)), la misma espada que Jesús había usado para resistir a Satanás en [Mateo 4](#). Por experiencia y discipulado divino, ellos aprenderían lo que el Espíritu Santo inspiraría a Pablo a escribir décadas después en [2 Corintios 10:3–4](#): “Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas”. Éstas son armas tales como la oración de batalla llevada a cabo en el poderoso nombre de Jesús. Las armas que los discípulos necesitaban serían “en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra” ([2 Cor. 6:7](#)). No obstante, en esta noche, cada discípulo jugó el papel de soldado espiritual, como un niño pequeño intentaría imitar a su padre guerrero, y cada uno de ellos se vio a sí mismo como el más grande apóstol ([Luc. 22:24](#)), mientras que el Rey se acercaba inexorablemente hacia su hora determinada por Dios.

“Señor, aquí hay dos espadas”, le dijeron algunos de los discípulos. Pero Él simplemente respondió, “Basta” ([Luc. 22:38](#)). Las conclusiones de los discípulos eran incorrectas, pero de momento no había tiempo para desarrollar esta enseñanza. Esa noche, Jesús había plantado una semilla que era la lección que germinaría hasta que les volviera a enseñar después de su resurrección.

El consejo de Jesús de conseguir espadas fue la primera buena nueva que Pedro había escuchado en toda la noche. *¡Finalmente!* Esta era enseñanza de Jesús con la que Pedro se podía identificar. Sus acciones subsecuentes demuestran la manera en la que Pedro interpretó la enseñanza de Jesús. “Espada física, guerra física. Necesitamos nuestras armas para tener éxito. Demostraré mi amor y devoción a Jesús. Él cree que lo negaré pero voy a prepararme. Que nadie se acerque a mi Señor —el que lo haga, tendrá que vérselas conmigo”. Así Pedro siguió a Jesús a Getsemaní. Estaba preparado, por lo menos físicamente; por lo menos hasta donde podía ver. Sin embargo, dos miserables espadas contra la multitud de soldados enviados para arrestar a Jesús, difícilmente serían suficientes. Tampoco servirían para repeler el ataque espiritual, previamente anunciado, que le esperaba a Pedro y a los demás. Cuando las multitudes se acercaron para arrestar a Jesús, Pedro atacó, cortando la oreja del esclavo del sumo sacerdote. A nivel humano, Pedro demostró valentía y lealtad a Jesús, pero a nivel espiritual, falló en la obediencia, confianza y sumisión a su Señor.

En el pasaje de [Juan 18:11](#), Jesús le dio una orden a Pedro: “Mete tu espada en la vaina...” después de todo, “la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?”

En el pasaje paralelo del mismo acontecimiento, Mateo revela un elemento crucial de información que finalmente ayuda a explicar la estrategia de Satanás. Después de sanar la herida que Pedro había causado con su espada, Jesús reprendió a sus discípulos preguntándoles, “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” ([Mt. 26:53–54](#)). Jesús no estaba instruyendo a los discípulos acerca del número de ángeles que hay en existencia. Él simplemente les recordó que nadie le quitaba la vida; Él la entregaba voluntariamente. Sólo Él tenía el poder de ponerla y sólo Él tenía el poder de volverla a tomar.

El número de ángeles que Jesús reveló que tenía a su disposición, demuestra con mayor claridad su fortaleza interna y control de sí mismo. Jesús poseía más ángeles de los que necesitaba, para poner fin a su sufrimiento si esa hubiera sido su intención. Una legión romana estaba constituida por 6.000 hombres. Doce legiones entonces equivalían a 72.000 soldados. Jesús había dicho que el Padre gustosamente hubiera enviado más de doce legiones de ángeles. Esto es, por lo menos más de 72.000 ángeles para ayudarlo y rescatarlo del peligro. No obstante, Jesús no tenía el propósito de escapar, y nunca llamó a su multitud de ángeles. La existencia misma y disponibilidad de los ángeles guerreros, dispuestos y deseosos de ayudar en cualquier momento, simplemente hacía que la tentación de Jesús fuera más fuerte. Una cosa es estar abrumado y no tener ayuda en una situación que está completamente fuera de su control. Otra cosa es tener el medio para escapar, listo y disponible en cuanto lo requiera, pero rehusarse a usar lo que apropiadamente es suyo. Jesús poseía la fortaleza y control interno de la Deidad, enfrascado en un paquete frágil, humano, y Satanás estaba a punto de descargar su ira completa en contra del que fue designado Cordero de Dios.

Debemos señalar algo importante: mientras que Jesús podía llamar a sus ángeles, Satanás también podía reunir a sus fuerzas angélicas. A diferencia de su adversario, Satanás no vaciló en absoluto en llamar a sus guerreros a la batalla, y la cantidad de fuerzas que trajo contra Jesús, nos asombran. Pero ¿quiénes son los ángeles de Satanás? ¿Cuántos hay? ¿De dónde salieron?

Para responder, debemos examinar varios pasajes de las Escrituras. Poco antes, en [Mateo 25:41](#), Jesús reveló que el infierno consiste en el “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”. Entonces es evidente que Satanás tiene ángeles y en cantidades enormes. En [Lucas 8](#), cuando Jesús les preguntó a los demonios su nombre, respondieron “Legión. Porque muchos

demonios habían entrado en él” ([Lucas 8:30](#)). Dentro de este hombre estaba una de las legiones de Satanás, la cual, si las palabras significan lo mismo, constaba aproximadamente de 6.000 demonios dentro de este hombre. Cuántos demonios hay en total, no podemos saberlo a menos de que Dios escoja revelarnos más información.

Afortunadamente, algo nos revela. [Apocalipsis 12:4](#) dice que cuando Dios expulsó a Satanás de su morada celestial, “su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo”. Es muy probable que esta sea una referencia a los ángeles que siguieron a Satanás en su insurrección en contra de Dios, especialmente debido a que [Apocalipsis 9:1](#) contiene un relato de una estrella descendiendo del cielo, y se muestra que fue un ángel de Dios. Entonces, sea cual sea la población de los ángeles, un tercio de ellos siguió a Satanás en su rebelión y fueron instantánea y permanentemente cambiados, de ser ángeles de Dios a ángeles del diablo, convirtiéndose en sus siervos. Normalmente la Biblia se refiere a dichos ángeles caídos como demonios. Ninguna fuente terrenal puede saber exactamente cuántos ángeles creó Dios, pero la cantidad es enorme. Algunos eruditos bíblicos creen que existen por lo menos tantos ángeles, como el número de personas que han nacido a lo largo de la historia. Sin embargo, más allá de la especulación humana, ciertas referencias en las Escrituras indican las multitudes innumerables de huestes angelicales. En una visión que Dios le dio a Daniel, el profeta describe la morada de Dios en [Daniel 7:9–10](#):

Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como nieve, la y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente.

Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos.

El hebreo podría ser traducido “diez mil veces diez mil” o “cientos de millones”. Las multitudes angelicales son incontables para Daniel, pero no para el Creador Dios omnisciente, quien los hizo y conoce a cada uno de ellos.

De la misma manera, cientos de años después, el Apóstol Juan fue transportado al cielo en una visión. Ahí él registra virtualmente la misma descripción de las huestes angelicales, que rodean el trono de Dios en [Apocalipsis 5:11–12](#):

Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.

Aunque escrita en griego en el libro de Apocalipsis y no en hebreo, la misma frase “millones de millones” que se usa en Daniel, vuelve a mostrar el incontable número de huestes celestiales de Dios. Entonces, sea cual sea el número de millones de millones, un tercio del número original siguió al engañador y se convirtieron en sus ángeles. La tercera parte se convirtió en huestes demoníacas.

De los millones de millones de ángeles, Jesús restringió el número a solo doce legiones de ángeles, unos 72.000, que estaban dispuestos y listos a venir a su rescate inmediato. Aplicando el mismo cálculo a los ángeles de Satanás, podríamos decir que un número similar o aún mayor podría estar a disposición de Satanás. Y como ya lo vimos, esto es meramente una fracción de ellos. Mientras que no igualan a la cantidad de ángeles celestiales, la profundidad y diseño de las

huestes demoníacas de Satanás, está mucho más allá de la comprensión y poderío del mundo humano.

Nuestro conocimiento acerca de los demonios es muy limitado, porque Dios únicamente ofrece vistazo fugaz de ellos en las Escrituras. Quizás Dios quiere que los creyentes concentren su atención más en Él y su verdad, que en las atracciones seductoras del reino de las tinieblas. Aun así, la Biblia revela ciertos aspectos de las actividades demoníacas. [Efesios 6:12](#) presenta a los ángeles de Satanás como una fuerza organizada en categorías específicas, afirmando que “no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. La Biblia no da mucha información para distinguir entre las cuatro categorías, como por ejemplo, ¿cuál es la diferencia entre principado y potestad? Pero muestra rango, autoridad, y organización. Estas huestes demoníacas operan activamente en todo el mundo, porque [1 Juan 5:19](#) afirma, “el mundo entero está bajo el maligno”. En otras palabras, ninguna parte del mundo está fuera del alcance de su actividad. Además de esto, de alguna manera, la actividad satánica se lleva a cabo dentro de la esfera de la atmósfera, porque la Biblia presenta a Satanás como el “príncipe de la potestad del aire” ([Ef. 2:2](#)). También sabemos que los demonios están activamente involucrados en la diseminación de falsa doctrina, especialmente dentro de lo que se consideran iglesias e instituciones cristianas. [Primera de Timoteo 4:1](#) afirma, “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios”. En el cielo veremos lo eficaces que estos seres demoníacos fueron, al propagar dichas doctrinas falsas entre muchos.

Necesitamos considerar más información acerca de los seres demoníacos, porque esto nos ayuda a entender mejor cómo operan. Los demonios se involucran únicamente en actividades malignas, tan malas y corruptas como Satanás. No existe bondad alguna en ninguno de ellos. No tienen misericordia, su maldad nunca se sacia. No tienen consciencia, no tienen compasión y nunca se arrepienten. Debe subrayarse el hecho de que los demonios son inmensamente poderosos. [Daniel 10:11-13](#) presenta el relato de un ángel santo comisionado por Dios, para hablarle al profeta Daniel. Sin embargo, aún con las instrucciones de Dios, un demonio extremadamente fuerte estorbó la misión de este ángel durante veintiún días. Eventualmente, el arcángel Miguel tuvo que ser enviado a la batalla en contra de las fuerzas demoníacas. Estas fuerzas angelicales pelearon en una batalla espiritual, fuera de toda percepción humana, una batalla que ningún humano podría haber sobrevivido ni siquiera por un instante —nadie excepto El que se dirigía a la cruz.

Los demonios tienen una capacidad única que debemos reconocer. En el juicio de la quinta trompeta en el libro de Apocalipsis, Dios desatará a demonios previamente encarcelados en el abismo, y los enviará a la tierra. Aunque son seres espirituales que con toda probabilidad, no serán visibles por los que estén en la tierra, tendrán la capacidad de causar tremendo dolor en los seres humanos. [Apocalipsis 9:4-6](#) describe hasta cierto punto lo que pueden hacer:

Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes.

Y les fue dado, no que los matasen, sino que *los atormentasen* cinco meses; y su *tormento* era como *tormento* de escorpión cuando hiere al hombre. Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.

Todo esto sucederá bajo la estricta soberanía de Dios. Estos demonios selectos vienen

únicamente cuando son llamados. Las personas a quienes atacan y la duración de su ataque (en este caso, cinco meses) están restringidos. Por el decreto soberano de Dios, no se les permitirá matar, pero se les permitirá atormentar “como tormento de escorpión cuando hiere al hombre”. El texto no dice cómo llevarán a cabo este tormento, simplemente dice que lo harán. De hecho, la palabra “tormento” se usa tres veces en este pasaje. No sabemos qué más Dios permite a los demonios hacer o no hacer en la actualidad. Vemos rasgos de lo que Dios en ocasiones permite como muestra [Job 1-2](#), y en la batalla espiritual en contra de los cristianos en [Efesios 6](#). Sin embargo, cuando Dios se lo autoriza, los demonios pueden atormentar a los humanos al grado que la muerte será considerada por sus víctimas como algo mucho mejor que la vida.

Algo que es interesante, es que los demonios no sólo pueden atormentar a otros, sino que también ellos pueden ser atormentados. Esto era su gran temor cuando se encontraron con Jesús, como [Lucas 8:28](#) lo indica: “Éste, al ver a Jesús, lanzó un gran grito, y postrándose a sus pies exclamó a gran voz: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes”. En el relato paralelo de [Mateo 8:29](#), por la pregunta que le hicieron a Jesús, vemos que los demonios entienden claramente que un juicio divino específico les espera: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” Es significativo señalar que al referirse a su tormento, los ángeles de Satanás usan la misma palabra que se usa en [Apocalipsis 9](#), para referirse al tormento demoníaco. Los demonios tienen la capacidad tanto de atormentar como de ser atormentados.

Gracias a Dios porque [Apocalipsis 9](#) es aún futuro. Gracias a Él porque el tiempo en el que la esfera de Satanás recibirá el juicio apropiado, espera el calendario soberano de Dios. Pero la noche en la que Jesús fue traicionado fue diferente —inmensamente diferente de cualquier otro momento en la eternidad pasada o presente. Esta era su hora y el poder de las tinieblas era de ellos.

Considere la magnitud de maldad de los miles de demonios, además del poder de Satanás mismo. *Todos* habrían sido convocados para operar en contra de Jesús. *Todos* se congregarían en un monte en Jerusalén, *todos* con su atención fija en un individuo. Ninguna otra batalla en la totalidad de la creación de Dios existía o importaba en esa mañana. El único campo de batalla era el Calvario y Jesús era el único enemigo. La totalidad del poder de Satanás junto con sus fuerzas demoníacas, concentraría su poder colectivo de maldad, en contra de un hombre golpeado, debilitado y azotado. Con la excepción de matarlo, Satanás y sus ángeles podrían usar todo lo que estuviera a su alcance para atormentar a Jesús, sin amenaza alguna de que Miguel o ningún otro ser vinieran a ayudar a Jesús. La legión a quien Jesús había expulsado en [Lucas 8](#), con toda probabilidad también estaría ahí. Sólo Dios sabe, pero quizás hasta pudo haberles permitido salir temporalmente a los demonios que actualmente están confinados al abismo de [Apocalipsis 9](#), para apoyar el ataque contra Jesús. Lo sabremos cuando estemos en el cielo. No obstante, lo que sí es claro es lo siguiente: fuera cual fuera la totalidad del arsenal que Satanás tenía a su disposición, nada estaría ausente ese día. Era su hora dada por Dios para congregarse.

Para el momento en el que la batalla final comenzó, Jesús ya estaba agotado, tanto física como espiritualmente. Getsemaní fue mucho más arduo que los azotes y golpes físicos que recibiría después. La tortura física ciertamente añadía a la carga ilimitada. La resolución de un hombre de menor virtud habría terminado mucho tiempo antes de llegar a este punto. Jesús aún permaneció de pie, aunque enfrentaría su batalla solo, como Él previamente le había informado a los suyos la noche anterior, “A donde yo voy, vosotros no podéis [no tienen la capacidad de] ir” ([Jn. 13:33](#)). La asistencia celestial le sería dada únicamente si Jesús la pedía. Pero si pidiera, si clamara “¡Suficiente!” o “¡Basta!” O simplemente dicho, si hubiera dejado de beber de su copa

antes de que estuviera vacía, entonces la batalla habría terminado tan pronto como sus palabras dejaran su boca. Jesús y sus ángeles habrían regresado al lugar que les correspondía con el Padre en el cielo —pero habrían regresado solos. Ninguno de los nacidos de la raza de Adán, jamás podría haberlos seguido allá. Satanás hubiera mantenido su dominio mundial y el pecado y la muerte hubieran continuado reinando. Toda esperanza para la vida futura perecería y el apóstol Juan no hubiera sido el único llorando, porque nadie se habría hallado digno de tomar el rollo de la mano de Dios y abrir sus sellos ([Ap. 5:1-5](#)).

Este entonces, en paráfrasis, es el desafío que Satanás le presentó a Jesús en el Calvario: *“Tú, Jesús, me resististe a lo largo de tu vida en la tierra, pero nuestros encuentros fueron grandemente restringidos. Ahora la verdadera batalla comienza. Mientras que es verdad que te rehusaste a participar, en lo que Adán y los innumerables fracasados desde entonces no pudieron dejar de participar, todavía no has terminado conmigo. Ves tu cruz delante de ti. Te desafío... puedo traerte tanta aflicción, un tormento de tal magnitud, una agonía del alma tan grande, que me detendrás mucho antes de que mi autoridad y mi hora sean disminuidos. Antes de que termine contigo, gustosamente pedirás la asistencia celestial que está dispuesta y lista a venir para ayudarte.*

“¡Que trate de resistirse a mí! Él cree que conoce la profundidad de mi poder. ¡Yo soy el Adversario! ¡Yo reino sobre el dominio de las tinieblas! ¡Yo soy el dios de este mundo, el gobernador de este siglo! Tus ángeles me reverencian y reconocen apropiadamente mi poder exaltado por encima de ellos. Pero también tengo mis ángeles. Normalmente los coloco de manera estratégica alrededor del mundo, pero hoy he llamado a todos al Calvario. Me sirven a mí y únicamente a mí. Hoy traeré la fuerza total de mi poder y legiones en contra de ti. Todo gobernante de la esfera espiritual, toda potestad de maldad, toda fuerza mundial de las tinieblas, toda fuerza espiritual de maldad en las regiones celestes, todos se reunirán en contra de Ti y únicamente de Ti. Tú resististe mis tácticas de menor fuerza. Veamos cómo enfrenas la batalla abierta, no como el Hijo de Dios, sino como el Hijo del Hombre envuelto en el mismo atuendo terrenal como aquellos mortales tontos, por quienes pareces estar tan preocupado por tener”.

“Hice lo que quise con Adán y haré lo que quiera contigo. Tengo autoridad de Él para hacerlo. Ahora ningún ángel te ministrará, a menos de que escojas rendirte y llamarlos. Tampoco habrá fortalecimiento ni asistencia divina. Estás solo conmigo y eres mío. Tienes un cuerpo humano capaz de recibir dolor y poseeré el poder espiritual más grande en el cielo o el infierno para atormentarte más allá de cualquier descripción”.

“Y fracasarás — y ganaré. Y todo lo que poseo será mío para siempre”.

En realidad, aquí nuevamente Satanás trataba de estorbar a Jesús, para que no llegara a la cruz. O dicho de otra manera, de terminar su trayectoria mesiánica, que culminaría con su muerte en la cruz. En los encuentros previos, Satanás había incluido en su tentación las atracciones agradables relacionadas con la supervivencia física de Jesús, o su reino terrenal. Los acontecimientos exhibirían el horror de la estrategia de Satanás, que siempre había sido. Satanás buscaba torturar y atormentar a Jesús, más allá de la capacidad de todo el sufrimiento humano combinado. Lo único que tenía que hacer, era causar que Jesús se diera por vencido antes de que terminara su misión —y la copa— que el Padre había designado que debía beber, y Satanás sería el ganador. Aquellos de nosotros que hemos sufrido o que hemos sido tentados, nunca hemos sufrido algo semejante —Dios no lo permitiría ([1 Cor. 10:13](#)). Aún de una manera más directa, nosotros nos hemos descalificamos a nosotros mismos de poder entrar, aún a los confines más remotos de esta área restringida de batalla. Además, nosotros que hemos sufrido, nunca hemos

tenido los medios ni la oportunidad de salirnos de la situación, como Jesús la tuvo. La pregunta es, ¿soportaría Él hasta el final?

Aquí estaba la hora de la oportunidad que Dios le había dado a Satanás. Él estaba listo junto con sus legiones.

El desafío había sido presentado y el destino eterno, tanto del mundo humano como espiritual, dependía de la respuesta de Jesús.

CAPÍTULO DOS

LA VISTA

Desde que David lo compuso, el [Salmo 22](#) ha fascinado a los estudiantes de la Biblia. Casi mil años antes de la muerte de Jesús, David registró un vívido relato de su desesperanza y miseria total delante de Dios. Es un salmo que comienza con desesperación, David clamaba incesantemente al Dios que con toda certeza podía rescatarlo, pero también al Dios que aún no había actuado a su favor. David sabía que Dios era fiel, pero estaba perplejo por no conocer la razón por la que Dios no le contestaba. En el [Salmo 22:2–5](#) David se lamenta, “Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo. Pero tú eres santo, Tú que habitas entre las alabanzas de Israel. En ti esperaron nuestros padres; Esperaron, y tú los libraste. Clamaron a ti, y fueron librados; Confiaron en ti, y no fueron avergonzados”. Más allá de esto, como muchos lectores de la Palabra saben, David describió —bajo la inspiración del Espíritu Santo— muchos elementos y eventos asociados con la crucifixión de Jesús. Dios inspiró al salmista para revelar verdades mesiánicas, que quería que nosotros aprendiéramos acerca de eventos que sucederían siglos después de la situación que David vivía cuando compuso el salmo.

Los cristianos no se reunieron y decidieron que el [Salmo 22](#) realmente se refería a Jesucristo. Sino más bien, el Trino Dios insiste en que asociemos el [Salmo 22](#) con Jesús, especialmente con respecto a su muerte. Una de las últimas cosas que Jesús hizo antes de entregar su espíritu, fue clamar a su Padre, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ([Mt. 27:46](#)). Esta es una cita directa del [Salmo 22:1](#). Esta famosa frase ligó para siempre a los testigos originales de la crucifixión de Jesús con el [Salmo 22](#), y también la ligó con los millones de lectores de la Palabra de Dios desde ese entonces. Además de esta cita, los Evangelios contienen otras dos citas del [Salmo 22](#), que se relacionan con eventos asociados a la muerte de Jesús. [Mateo 27:43](#) hace referencia al [Salmo 22:8](#), en relación con la multitud hostil que se burló de Jesús: “Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere”. Con respecto a la túnica sin costuras que Jesús había usado, [Juan 19:24](#) registra cómo razonaron los soldados, “No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será”. Juan enfatizó la importancia de este acontecimiento al concluir que eso fue hecho “para que se cumpliese la Escritura, que dice: “Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes”, citando el [Salmo 22:18](#).

Uno de los aspectos asombrosos del [Salmo 22](#), es que la crucifixión no había sido inventada cuando David escribió este salmo. La crucifixión no se convertiría en un medio de ejecución sino hasta muchos siglos después. De hecho, la descripción dada en el [Salmo 22](#) es tan precisa y vívida, que los críticos de la Biblia dicen que algún autor desconocido debió haber compuesto este salmo cientos de años después del tiempo de David. En otras palabras, el salmista ofrece un relato tan confiable, que concluyen que debió haberlo escrito *después* de la invención de la crucifixión, ya que de acuerdo a ellos, el salmo es una descripción *demasiado exacta* como para creer que un hombre pudo haberlo escrito por sí solo. Quizás están en lo correcto. Quizás el [Salmo 22](#) es un fraude.

O Dios pudo haberle dado al mundo un adelanto del acontecimiento más importante en toda

la historia.

Lo que muchas personas que estudian este salmo pasan por alto, es que el [Salmo 22](#) no es una descripción de alguien que está viendo una crucifixión y que luego es relacionado con Jesús y la cruz. Sino que es escrito desde el punto de vista del que la está sufriendo. El autor escribió el salmo en primera persona (“yo”) y no en tercera persona (“él”). Los versículos [14-17](#) demuestran la perspectiva personal del autor, entre otros aspectos que encontramos dentro del salmo:

He sido derramado como aguas, Y todos mis huesos se descoyuntaron; Mi corazón fue como cera, Derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, Y mi lengua se pegó a mi paladar, Y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; Me ha cercado cuadrilla de malignos; Horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; Entre tanto, ellos me miran y me observan.

De la mano con esta perspectiva personal, el salmista también identifica a sus enemigos del momento que estaban en contra de él. Esta fue una realidad para David en una situación de su vida, en la que sus enemigos lo rodearon y lo persiguieron. Es muy probable que la situación que vivió, fuera una de las muchas veces en las que el rey Saúl intentó matarlo. También hace referencia al supremo Hijo de David, a Jesucristo, siglos después de la vida de David. En los versículos [11-13](#), el salmista clama a Dios para que le ayude, debido a la magnitud de sus enemigos: “No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; Porque no hay quien ayude. Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente”. Basán era un área fértil al este del río Jordán. Los toros de Basán eran famosos en la tierra de Israel por su enorme fuerza física. El autor del [Salmo 22](#) empleó este término vívido para describir el poder enorme que sus enemigos poseían, la fuerza bruta que pretendían usar en contra de él.

Aun así, debido a que hay tanto en este salmo que se relaciona con la crucifixión de Jesús, parecería que la descripción de los enemigos se aplicaría a sus enemigos. Otras referencias de las Escrituras nos pueden ayudar a ampliar nuestro entendimiento. Por ejemplo, unos mil años después de David, el apóstol Pedro, a quien Jesús preparó personalmente durante más de tres años, escribiría una advertencia usando terminología semejante a la del [Salmo 22](#). Pedro advirtió a sus lectores diciéndoles, “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo [no “vuestro adversario el Imperio Romano” o “vuestros adversarios los oficiales judíos”], como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” ([1 Pe. 5:8](#)). Dios es tan preciso con su Palabra, que sería razonable concluir que este versículo puede describir a los mismos enemigos a los que se hace referencia en el [Salmo 22](#), especialmente porque en ambos pasajes se usa el término “león rugiente” ([Sal. 22:13](#)). Además, el [Salmo 22:12-13](#) contiene una mezcla extraña de metáforas. La mayoría de la gente no teme la boca de un toro, es su fortaleza y cuernos y pezuñas lo que causan terror.

A lo largo de los relatos de los Evangelios, Jesús había demostrado su conocimiento tanto de las conspiraciones humanas, como satánicas que se estaban llevando a cabo en contra de Él. Y especialmente en lo que se relaciona con su traición, arresto, y crucifixión, como vimos en [Lucas 22:1-3](#). Fuerzas terrenales actuaron, pero también lo hicieron fuerzas espirituales. Debido a dichos factores, esta es una buena pregunta que podemos considerar: *Debido a que las Escrituras relacionan el [Salmo 22](#) con la crucifixión de Jesús, ¿acaso los enemigos a los que se hace referencia en este salmo, describen a los enemigos terrenales de Jesús, o a sus enemigos espirituales, específicamente Satanás y sus legiones?*

Quizás la mejor respuesta es que el [Salmo 22](#) se refiere tanto a enemigos humanos como espirituales. Sin embargo, si un enemigo recibe mayor prominencia, Satanás y sus agentes serían los designados debido a que la Biblia enfatiza mucho más su involucramiento en la muerte de Cristo. Los enemigos físicos de Jesús fueron cómplices genuinos, pero los enemigos espirituales fueron la fuerza motriz, fueron “los actores intelectuales”. Si ése es el caso, entonces el [Salmo 22](#) revela que el que fue crucificado, vio más que a los agentes físicos que llevaron a cabo la crucifixión. De alguna manera, es casi seguro que Jesús también vio a sus enemigos espirituales.

Esto nos lleva a una pregunta imposible de contestar, pero reflexionar en ella, aún en nuestro entendimiento limitado, debería hacernos valorar aún más a Jesús: *¿Qué vio Jesús desde la cruz?* Unos cuantos ejemplos bíblicos muestran que esta es una pregunta digna de considerar. Por ejemplo, en los días del profeta Eliseo, el rey de Siria peleó contra el reino septentrional de Israel: “Entonces envió el rey allá gente de a caballo, y carros, y un gran ejército, los cuales vinieron de noche, y sitiaron la ciudad [de Dotán]” ([2 Re. 6:14](#)). El siguiente versículo muestra la respuesta del siervo de Eliseo, conforme observaba los enemigos físicos: “Y se levantó de mañana y salió el que servía al varón de Dios, y he aquí el ejército que tenía sitiada la ciudad, con gente de a caballo y carros. Entonces su criado le dijo: ¡Ah, señor mío! ¿qué haremos?” ([2 Re. 6:15](#)). Entonces el profeta de Dios hizo una petición de oración extraordinaria:

Él le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos.

Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo ([2 Re. 6:16–17](#)).

Muchas verdades pueden ser deducidas a partir de este relato. En primer lugar, el lado espiritual, en este caso, los ángeles de Dios se presentaron como un ejército, pero estaban ocultos virtualmente de todos los que estaban presentes. No obstante, estos ángeles poderosos estaban preparados y activos. En segundo lugar, aún el siervo de Eliseo, quien asumimos era redimido, no tenía la capacidad por sí mismo de ver a los agentes espirituales ocultos. En otras palabras, no eran meramente los enemigos físicos quienes eran incapaces de ver esta congregación de ángeles santos. En tercer lugar, el lado espiritual, tanto bueno como malo, permanece completamente invisible a menos de que Dios escoja revelarlo. Invisible no quiere decir inexistente. La oración de Eliseo fue que Dios abriera los ojos del siervo, para que viera lo que ya estaba allí, no que Dios enviara ayuda angelical. También debemos señalar que la petición de oración es singular, “sus ojos”, no “nuestros ojos”. Eliseo ya sabía que los ángeles estaban presentes, o Dios ya le había concedido la capacidad espiritual para ver. ¿Acaso estos mismos ángeles y/o otros también estuvieron presentes en el Calvario? Después de todo, si Dios consideró apropiado que sus ángeles estuvieran presentes durante esta batalla relativamente oscura en Dotán, archivada en el Libro de Reyes, ¿cuánto más se esperarí su presencia en la muerte del Hijo de Dios? ¿Acaso estos ángeles guerreros serían el mismo tipo de ángeles, por los que Jesús dijo que podía “orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” ([Mt. 26:53](#)). No hay manera alguna de saber con certeza, pero definitivamente podemos aprender a partir de este texto, que los agentes espirituales debieron haber estado presentes, para esta exhibición nunca antes vista, de la gracia de Dios que estaba a punto de ser demostrada.

También vale la pena considerar esto: poco antes de que Esteban se convirtiera en el primer mártir de la nueva iglesia cristiana, exclamó, “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios” ([Hec. 7:56](#)). ¿Qué vio Jesús mientras estaba acostado de

espaldas sobre la cruz, cuando los soldados comenzaron a clavar sus manos y sus pies? Él habría estado mirando hacia el cielo. ¿Acaso Él también vio el cielo abierto? Si fue así, Él habría visto desocupado el lugar al cual solo Él tenía derecho junto al Padre. Él y el Padre se volverían a reunir no muchos días después de este, pero antes de su ascensión a casa, el Hijo debía beber la copa que el Padre había determinado.

Pasando a un tema más nefasto, al estar clavado a la cruz mientras estaba acostado de espaldas, Jesús no solo estaría mirando hacia el cielo, sino que también estaría viendo directamente el dominio del “príncipe de la potestad del aire” ([Ef. 2:2](#)). Más adelante, en la misma epístola, Pablo explica en parte, la esfera de la impiedad de Satanás, con la que los cristianos tienen que luchar: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” ([Ef. 6:12](#)). ¿Acaso Jesús vio alguna de las “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes [literalmente, “en las celestiales”]”? Es significativo señalar que esta misma palabra es usada cinco veces en Efesios ([1:3](#), [20](#); [2:6](#); [3:10](#); [6:12](#)), en referencia a una esfera espiritual que está más allá de la tierra, algunas de estas se refieren al dominio divino, otras a la esfera de Satanás. ¿Acaso Jesús vio a la enorme cantidad de demonios moviéndose activamente o dando vueltas sobre el Calvario, quizás como parte del cumplimiento de lo que siglos antes, se había profetizado que serían los enemigos que rodearían a Jesús ([Sal. 22:12](#))? Los demonios vinieron preparados para luchar por su dominio y existencia. ¿Acaso Satanás se los manifestó a Jesús como un medio de intimidación? ¿Acaso Satanás necesitó manifestarlos? Jesús podría haberlos visto sin necesidad de alguna manifestación. De la misma manera, ¿acaso Jesús vio sus legiones de ángeles guerreros, en formación y listos para la acción en caso de que fueran llamados a hacerlo?

No sabemos lo que Jesús vio debido a una razón simple: Dios no quiso revelarnos esto por el momento. Aun así, el concepto es irresistible: *¿Qué vio Jesús mientras padecía la cruz?* Mientras que Dios no descubrió todas las verdades que se relacionan con la muerte de Jesús, estableció pistas clave que frecuentemente pasamos por alto en su Palabra. Las Escrituras contienen gemas de valor incalculable, que nos ayudan a tener una mejor perspectiva y un mayor aprecio, de la victoria de nuestro Salvador. Pero necesitamos indagar minuciosamente para descubrir estos tesoros más profundos.

Ciertamente algo que Jesús vio desde la cruz, fueron los agentes humanos que lo ejecutaron. Aún entonces el Salvador mostró su amor sin paralelo, que sobrepasa las tinieblas profundas del odio y la ignorancia del hombre. Aunque los enemigos terrenales de Jesús jugaron un papel importante su muerte, estas personas no fueron sus verdaderos enemigos —Jesús estaba muriendo por el mundo que Dios amó ([Jn. 3:16](#)). De hecho, algunos de los mismos líderes religiosos que en un momento se opusieron a Él, eventualmente creerían que Jesús era el Cristo y encontrarían su salvación en Él ([Hec. 6:7](#); [15:5](#)). Pero aún más allá de los enemigos actuales, cualquier persona que ha sido o será salva, en un sentido también estaba en la cruz. [Romanos 5:6](#) afirma, “Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”. [Romanos 5:8](#) continúa, “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. [Romanos 5:10](#) indica el grado de nuestra hostilidad antes de la salvación: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”. Cristo murió por nosotros, los impíos, mientras aún éramos pecadores —y más que eso, mientras éramos sus enemigos.

¡Qué gracia manifestó Jesús en medio de su agonía! En contraste con una terrible amenaza de venganza de la ira de Dios, que hubiéramos esperado ante un pecado tan terrible, las primeras

palabras registradas que Jesús habló desde la cruz, expresan una reacción totalmente opuesta: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” ([Luc. 23:34](#)). Aquí entonces está la actitud de Jesús hacia los perdidos, por quienes estaba muriendo para salvarlos, y nos ayuda a conocer su perspectiva. De acuerdo a Jesús, los agentes humanos no conocían intelectualmente lo que hacían. Sabían lo que estaban haciendo en la crucifixión; pero no entendían la trascendencia de su crimen, ni aún, especialmente, en contra de Quién lo estaban cometiendo. Aquéllos que jugaron algún papel en la muerte ilegal de Jesús, aún serían responsables ante Dios, por *todos* sus pecados, incluyendo este —a menos de que se arrepintieran y recibieran salvación eterna mediante la sangre de Cristo. No obstante, en el meollo de todo esto, ellos actuaron en ignorancia: ignorancia vana, rebelde, inexcusable, pero, ignorancia sin duda.

La petición de perdón por parte de Jesús por aquellos que no sabían lo que estaban haciendo, no podía ser hecha en referencia a todas las partes involucradas. Satanás y sus huestes con toda certeza sabían lo que estaban haciendo —y a quién se lo estaban haciendo. Las fuerzas reunidas de las tinieblas sabían muy bien quién era Jesús: en su nacimiento, durante su vida, en su muerte. Satanás conocía las profecías, habría visto la estrella anunciando el nacimiento del Salvador, habría observado a los ángeles manifestándose a los pastores a las afueras de Belén. Antes de eso, habría oído la conmoción de la gente cuando conversaba acerca de las circunstancias anormales que rodearon el nacimiento de Juan el Bautista, aquél de quien la palabra santa de Dios había profetizado que se convertiría en el precursor del Mesías. Satanás siempre supo quién era Jesús, y lo más probable es que siempre supo en dónde estaba Jesús en todo momento de su vida. ¿Habría algún instante en el que Satanás dejaría de pensar en Jesús? Él era la Simiente prometida a la mujer de [Génesis 3:15](#), quien llevaría —o como Satanás seguramente concluyó— *podría* llevar, a Satanás a su caída. El maligno vigilaría de cerca al niño Jesús quien llegaría a ser el hombre Cristo. Las Escrituras guardan silencio en cuanto a algún contacto personal que Satanás intentara establecer con Jesús, hasta que llegó a ser un hombre y por lo tanto, es mejor no entrar en áreas en donde Dios no ha escogido revelar información. Sin embargo, la naturaleza de Satanás no le permitiría sentarse sin hacer nada, sin ninguna intención de atacar. Él habría hecho todo lo que podía en contra de Jesús, desde su nacimiento en adelante, pero parece que Dios el Padre restringió a Satanás de atacar, quizás de una manera parecida a cuando Dios protegió, o puso un cerco alrededor de Job ([Job 1:10](#)). El Padre pudo haber protegido a su Hijo de Satanás hasta que Él decidiera que el tiempo era el correcto, y el tiempo que el Padre escogió llegó inmediatamente después del bautismo de Jesús, al principio de su ministerio público.

El bautismo de Jesús es uno de los acontecimientos más impactantes que jamás hayan sido registrados en las Escrituras. Identificó de manera pública a Jesús como el Mesías prometido por Dios. Cristo o Mesías significa “el ungido”, y el bautismo fue el momento de su unción. En ese momento el Espíritu Santo invistió a Jesús para su ministerio mesiánico. De hecho, sólo después de ser capacitado por el Espíritu Santo, las Escrituras hacen referencia a que Jesús realizó milagros. Parecería que con el despojo voluntario de sí mismo y el haber hecho a un lado, de manera voluntaria, el uso independiente de sus atributos divinos ([Fil. 2:5–8](#)), Jesús tendría que haber sido capacitado por otra fuente. Aún Jesús afirma esto cuando estaba discutiendo con los fariseos, al decirles, “Pero si yo *por el Espíritu de Dios* echo fuera los demonios...” ([Mt. 12:28](#)). El Ungido de Dios fue entonces investido de poder, tal como la Trinidad lo había planeado, conforme el Espíritu Santo descendió sobre Jesús y capacitándolo para hacer todo lo necesario en el cumplimiento de su ministerio como el Mesías. El bautismo de Jesús también marca la reducción de la prominencia de Juan el Bautista. Jesús debe incrementar, Juan debe disminuir ([Jn. 3:30](#)). A partir de ese momento, Jesús comenzó a reunir discípulos: Andrés, Simón Pedro y

Felipe ([Jn. 1:35–43](#)), cada uno de los cuales eventualmente asumiría el oficio de apóstol ([Mt. 10:1–4](#)).

Sin embargo, más allá de estos factores tan importantes, hay un hecho simple que acompañó el bautismo de Jesús: Dios Padre dio testimonio público de que era su amado Hijo. En caso de que existiera alguna duda en la esfera satánica, en referencia a quién era Jesús. Pero es poco probable que no hubieran sabido quién era el segundo miembro encarnado de la Trinidad. Dios dio testimonio de manera audible desde el cielo, algo que rara vez había ocurrido en las Escrituras. Mateo señaló este pronunciamiento importante con una palabra de exclamación que se traduce “he aquí” (como en *LBLA*). El texto griego es muy enfático al presentar lo que Dios dijo. [Mateo 3:17](#) podría ser traducido, “Éste es mi Hijo amado” [o “el Hijo mío el Amado”] usando dos artículos definidos dentro de esta designación, Jesús es *el* Hijo; Él es *el* amado —único, sin paralelo, sin igual. Más adelante, Dios ofrecería este mismo testimonio acerca de Jesús en el monte de la Transfiguración, pero ahora había un propósito diferente.

Sin duda alguna, Satanás también oyó la declaración de Dios. El pronunciamiento de Dios fue en cierta manera un llamado a la batalla, ya que Jesús pronto iniciaría su ministerio terrenal. No sólo anunció Dios de manera pública la identidad y advenimiento del Mesías, sino que también lo hizo en el inicio del ministerio de Jesús de restitución y reclamación de aquello que se había perdido. Habiendo ungido a Jesús, lo primero que el Espíritu hizo después de su bautismo, fue guiar a Jesús “al desierto, para ser tentado por el diablo” ([Mt. 4:1](#)). El relato de Marcos es breve pero muy descriptivo, afirmando que después del bautismo de Jesús, “luego (o inmediatamente) el Espíritu le impulsó al desierto” en donde sería tentado por Satanás ([Mr. 1:12–13](#)). Marcos empleó el mismo verbo traducido “impulsó”, que más tarde usaría para describir cuando Jesús echaba fuera demonios. Un movimiento fuerte por parte del Espíritu arrojó al Hijo al desierto. A diferencia del episodio en los inicios de la vida humana, en el que Satanás se acercó a Eva en el huerto, en esta ocasión Dios de manera específica guió al Hijo del Hombre a la presencia de Satanás, para que se llevara a cabo el primer encuentro terrenal en la guerra espiritual de las edades. La batalla para el gobierno soberano del mundo —y del más allá— había comenzado. Sólo uno saldría victorioso. El ganador se llevaría todo, incluyendo a sus habitantes, mientras que el perdedor perdería todo.

Existe una relación directa entre el bautismo de Jesús y la tentación de Satanás en su contra, que siguió de manera inmediata. En este relato de la tentación, vemos otra pista de que Satanás entendía perfectamente quién era Jesús, por la manera en la que se dirigió a Jesús. Satanás usó el mismo título dos veces que el Padre había usado en el bautismo de Jesús: “Si eres *Hijo de Dios*” ([Mt. 4:3, 6](#)). Sin embargo, en el texto griego, encontramos un indicio de la forma de pensar de Satanás. En realidad, lo que Satanás dijo fue una manera sutil de expresar con otras palabras lo que Dios había dicho. Pero es sustancialmente diferente en su esencia. En ambos casos Satanás no usó el artículo definido antes de la palabra “Hijo”. Frecuentemente los traductores agregan “el” para que la redacción sea más uniforme (por ej., “el Hijo de Dios”), pero el texto original no contiene esto. Lo que Satanás literalmente dijo fue, “Si Hijo de Dios eres...” o “Si eres *un* Hijo de Dios...” Esto era una distorsión de lo que Dios había dicho, como la naturaleza de Satanás tiende a hacer, tal como lo hizo antes con Eva. Unos cuantos años después, los discípulos que recibieron a Jesús en el barco, después de que había caminado sobre el agua, dijeron virtualmente lo mismo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios [o ‘un Hijo de Dios’]” ([Mt. 14:33](#)). Al igual que las palabras de Satanás, no hay un artículo definido presente. Para los discípulos, tenían una preparación extendida por delante. Gradualmente, Jesús los llevó a un entendimiento claro de Su identidad, culminando con la declaración hecha por Pedro y que había sido

divinamente inspirada en [Mateo 16](#). En [Mateo 14](#) todos los discípulos comenzaron a comprender mejor la identidad verdadera del Mesías, pero su comprensión no era completa. La proclamación de Pedro que vendría más tarde en [Mateo 16:16](#), muestra un contraste con lo que los discípulos habían concluido antes acerca de Jesús: “Tú eres *el* Cristo, *el* Hijo *del* Dios [*el*] viviente”. Dios mismo se aseguró de que los cuatro artículos definidos fueran incluidos, al inspirar a Pedro a decir lo que Él quería que dijera de la manera exacta que Él quiso. Lo que los discípulos gradualmente aprendieron acerca de Jesús, Satanás ya lo sabía.

A este punto de la confrontación, Satanás pudo no haber creído o aceptado que Jesús era *el* Cristo. El Cristo —o Mesías— es un título, un oficio. En lo que concernía a Satanás, Jesús aún no había cumplido con su función. Quizás nunca cumpliría con ella. En esta etapa en su vida, Jesús aún no estaba totalmente calificado para ser Mesías. [Hebreos 2:10](#) da una indicación de algunos de los medios que Dios escogió para llevar a cabo de manera total, todo lo que Él tenía en mente para Jesús: “Porque convenía a aquel [esto es, Dios Padre]... que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, *perfeccionase* por aflicciones al autor de la salvación de ellos”. “Perfeccionase” es usado en el sentido de plenitud o algo completo, no de corregir algo que tiene defectos. Los sufrimientos del Mesías apenas estaban comenzando de manera intensa, conforme Dios perfeccionó hasta la madurez a su Mesías, quien no sólo redimiría a los perdidos de su pecado, sino que también se identificaría con los sufrimientos de ellos ([He. 2:14–18](#)). Eso fue parte de la copa que Jesús estuvo bebiendo a lo largo de toda su encarnación.

Satanás odiaba a Jesús con un aborrecimiento que sobrepasaba a cualquier nivel de odio humano. Esto es demostrado por la manera en la que Satanás se acercó a Jesús. A diferencia de los demonios, quienes a lo largo de los Evangelios, siempre se acobardaron en presencia de Jesús, Satanás nunca lo hizo. Satanás, quien se considera a sí mismo digno de toda adoración, honra, gloria y alabanza, no estaba dispuesto a reconocer el título o estatus de Jesús sin pelear, y la pelea apenas comenzaba durante esta tentación inicial de Jesús. Aún la manera en la que se dirigió a Jesús fue un insulto, una provocación. No reconoció el estatus único de Jesús; sino simplemente lo tentó reconociéndole como un hijo de Dios. Jesús no era el primero que había sido designado de esa manera. Adán había sido originado como hijo de Dios ([Luc. 3:38](#)) y Adán no había sido un contendiente difícil para Satanás.

Debe señalarse que la referencia a Adán como hijo de Dios en [Lucas 3:38](#), es el último versículo antes de que Lucas presente la tentación de Jesús en el [4:1](#). Mateo, Marcos y Lucas registran que la tentación siguió de manera inmediata al bautismo. Lucas presenta el bautismo de Jesús ([3:21–22](#)), terminando con la afirmación hecha por Dios, de que Jesús era *el* Hijo de Dios y después añade una genealogía. Cuando usted lee el relato de Lucas, la idea de incluir “una genealogía aburrida,” después de un acontecimiento tan tremendo en el Evangelio, parece ser algo casi absurdo. Sin embargo, Lucas tiene un propósito en mente al colocar la genealogía en esta parte de su Evangelio. A diferencia de la genealogía de Jesús en [Mateo 1](#), la cual presenta la conexión de Jesús con el linaje davídico y el derecho de gobernar, Lucas rastrea el linaje de Jesús hasta Adán. A diferencia del relato de Mateo, Lucas escribió en orden descendente, comenzando con Jesús hasta llegar a Adán. Lucas concluye con esta importante afirmación, “Adán, hijo de Dios” ([3:38](#)), muy parecido a lo que Dios acababa de anunciar en el bautismo de Jesús. El siguiente versículo muestra que Jesús fue guiado por el Espíritu al desierto para ser confrontado por Satanás ([Luc. 4:1](#)). Al primer hijo de Dios, Adán, no le fue muy bien en su conflicto contra Satanás. Su enfrentamiento fue corto y decisivo. Este próximo Hijo tendría que permanecer de pie de una manera mucho más firme; de lo contrario, se uniría a la lista interminable del linaje contaminado y descalificado de Adán.

Satanás provocó a Jesús, esencialmente diciéndole, “Si tú eres un Hijo de Dios,” —no *el* Hijo de Dios. “Tú eres Uno, no el Único. No eres diferente al primero, Adán”.

Pero este Hijo era diferente.

Así que cuando Jesús oró en la cruz, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Jesús únicamente se refería a los agentes ignorantes de su crucifixión, aquellos que eran parte de la esfera humana. Satanás sabía lo que hacía más que cualquier humano, incluyendo Judas, Caifás, Herodes, o Pilato. Los demonios también estaban totalmente conscientes de sus acciones. Antes de que Satanás y sus demonios se rebelaran en contra de Dios, habían sido ángeles santos que contemplaron la gloria que el segundo miembro de la Trinidad compartía con el Padre “antes que el mundo fuese” ([Jn. 17:5](#)). Anteriormente, todos ellos lo habían adorado individual y colectivamente. Ignorancia no era la base de los ataques de estos seres, únicamente la maldad que en ellos había. “Verdaderamente éste era Hijo de Dios” ([Mt. 27:54](#)) —ellos sabían eso antes y durante la encarnación de Jesús.

Como vimos en el capítulo anterior, frecuentemente las Escrituras presentan acontecimientos importantes en la esfera humana, mientras que también muestran la fuente espiritual buena o maléfica que está involucrada pero oculta. En otras palabras, lo que frecuentemente ocurre en la esfera humana tiene un elemento espiritual irremplazable, que es tan importante (o aún más importante) como las actividades terrenales. Sin la base espiritual, muchas veces el elemento humano nunca hubiera actuado. Un ejemplo de esto es la tentación de Eva por la serpiente. Ciertos personajes físicos jugaron su papel, pero el lado espiritual (en este caso uno malo) también estuvo presente. Otro ejemplo es Pedro declarando la verdad con Dios como la fuente y momentos después, recriminando a Jesús, siendo Satanás la fuente de lo que dijo. Muchos otros ejemplos podrían ser citados, especialmente varias cuestiones que tienen que ver con el nacimiento de Jesús.

Sin embargo, frecuentemente pasamos por alto esto en las Escrituras, sin valorar de manera plena su importancia. [Juan 14](#) tiene una ilustración de esto. Este capítulo registra algunas de las últimas palabras que Jesús les dijo a sus discípulos antes de su arresto. Todos ellos “celebraron” la cena de la Pascua, o mejor dicho, participaron de la comida de la Pascua. El término celebración habría sido algo extraño para los sombríos discípulos esa noche, especialmente para el Varón de dolores que “se conmovió en espíritu” ([Jn. 13:21](#)). Jesús usó esta festividad misma de la Pascua para instruir a sus discípulos acerca de verdades espirituales más profundas, que tenían que ver con Él y con lo que estaba a punto de cumplir. La atmósfera de esa reunión habría sido permeada de gran tristeza y confusión. En su discurso del aposento alto ([Jn. 13–17](#)), Jesús nos da un vistazo de cómo se relacionaron asuntos que estaban llevándose a cabo en ese momento, con su sufrimiento pendiente.

Para el momento en el que Jesús estaba terminando la última cena con sus apóstoles, mucho había sucedido ya. El siervo de Yahvéh había humildemente lavado sus pies. Había predicho e identificado al traidor, y luego había expulsado a Judas de la presencia de ellos. Jesús había informado a los discípulos de su regreso anticipado al Padre, como también de su retorno subsecuente por ellos ([Jn. 14:1–3](#)). Él había prometido el advenimiento del Espíritu Santo, quien moraría en ellos para siempre, llenando el vacío que su ausencia causaría. Después, en [Juan 14:29](#), Jesús sintetizó el por qué había hablado acerca de tantos temas diferentes: “Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis”. Jesús sabía que sus discípulos tenían poca fe, la cual, aunque no madura, sobrepasa inmensamente la ausencia de fe. La poca fe puede ser multiplicada y crecer; la ausencia total de fe no puede. Mientras que poseían poca fe, gran consternación y confusión ahogaba a los discípulos en esos momentos. Jesús aún les enseñaría

muchas más verdades antes de su ascensión, pero ahora no era el momento apropiado —un enemigo se acercaba rápidamente.

Jesús conocía a profundidad la situación que se estaba desarrollando, aún mientras le hablaba a sus discípulos. Este era el caso con respecto a las actividades tanto de los seres espirituales, como de los que estaban en la esfera humana. No obstante, desde el punto de vista de Jesús, la esfera espiritual era el núcleo de los acontecimientos terrenales. En unos cuantos momentos, Él le revelaría a Pedro que Satanás había recibido permiso por parte de Dios, para zarandearlo como a trigo. Le explicaría también que el Padre le había dado a Satanás y a las fuerzas de las tinieblas, un periodo de tiempo específico, durante el cual expresarían su hostilidad abierta en contra de Él. Más adelante, cuando estuvo ante Pilato, Jesús le informó a este gobernante gentil, que no tendría autoridad en absoluto a menos de que le hubiera sido dada de arriba ([Jn. 19:11](#)). Aún en esos momentos, en sus últimas enseñanzas durante la comida de la Pascua, Jesús revelaría cómo veía los acontecimientos pendientes de su traición, arresto y crucifixión. En [Juan 14:30](#) Jesús explicó, “No hablaré ya mucho con vosotros; *porque viene el príncipe de este mundo*, y él nada tiene en mí”. Desde el punto de vista de Jesús, no era Judas el que venía, ni eran los principales sacerdotes y escribas, ni los oficiales del templo, ni los soldados romanos los que venían; ni siquiera era Herodes o Pilato. “El príncipe de este mundo” venía, y permaneció al frente de los pensamientos de Jesús. Esa designación ocurre tres veces en esta sección de las Escrituras ([Jn. 12:31](#); [14:30](#); [16:11](#)). Al igual que Jesús identificó a la fuente original cuando Satanás lo tentó mediante Pedro, una vez más Jesús reveló el verdadero poder detrás de las actividades terrenales. Jesús estaba plenamente consciente de quién venía y por qué. Tomando a sus discípulos con Él, después de sus oraciones en Getsemaní, se levantó para encontrar al enemigo en el campo de batalla que el Padre había predeterminado ([Jn. 18:1](#)).

En este tiempo precipitado y en su estado mental confuso, los discípulos pudieron haber concluido que la afirmación anterior de Jesús acerca del príncipe de este mundo, se refería a Pilato porque él era el representante de César. El rey Herodes no podía considerarse apropiadamente el príncipe de este mundo, o si hubiera sido el caso, sólo en el sentido más restringido. Desde la perspectiva de un zelote judío, Israel era el centro del mundo y el pináculo de las naciones y el que gobernara Israel, en teoría, gobernaba el mundo. No importaba si en ese entonces Roma reinaba sobre un Israel conquistado; los judíos apropiadamente se veían a sí mismos como el pueblo del pacto de Dios, de quien su Mesías prometido se levantaría y ejercería dominio mundial ([Sal. 2](#)). El hecho de que Jesús se refiriera repetidamente a su gloria futura, no aclararía nada para los discípulos que estaban presentes; simplemente los confundiría más. Mientras que Israel tenía el beneficio de los pactos y promesas eternas hechas por Dios, no era su tiempo establecido de supremacía mundial durante el reinado del Mesías. Más bien vivían en la época designada como “los tiempos de los gentiles” ([Luc. 21:24](#)). Roma era la potencia mundial de la época; el que gobernara a Roma, en un sentido gobernaba al mundo.

Es factible pensar que los discípulos entendieron que Jesús se refería a Satanás como el príncipe de este mundo que venía, pero en este momento, lo único que podían hacer era tratar de mantener su racionalidad lo mejor que pudieran, y rápidamente estaban perdiendo esa la batalla. Se encontraban en una corrida espiritual, en descenso vertiginoso, sin poder encontrar dónde sujetarse, y la dificultad y velocidad aumentarían aún más antes de su final estrepitoso. Cada revelación y explicación que Jesús daba, hacía que las preguntas fueran más profundas y más serias. Los discípulos tenían que asimilar contradicciones aparentes: gloria pero también crucifixión; Jesús reconocido pero rechazado; el Rey en medio de ellos, pero sin reino presente; el Hijo de Dios declarado, pero golpeado por los hombres; habiendo prometido tronos de honor

en el reino, pero sin embargo regresando a su Padre, solo. Estos conceptos, y otros, no tendrían sentido alguno para el pequeño rebaño del Pastor, sino hasta después de la resurrección, y sólo después de que Jesús exhalara en ellos el Espíritu Santo ([Jn. 20:22](#)) y les abriera el entendimiento para entender las Escrituras ([Luc. 24:45](#)).

Sin embargo, el relato en [Juan 14:30](#) presenta otro detalle vital para tener un mejor entendimiento de la persona del Mesías. Jesús alentó a sus seguidores al mostrarles que aunque el príncipe de este mundo venía, no debían temer porque “nada tiene en mí”. Independientemente de cómo hubieran entendido esta afirmación los discípulos, Jesús se refirió a Satanás y a la confrontación pendiente. Satanás no encontraría absolutamente nada en Él: ningún acceso para entrar, ningún defecto que pudiera llevar al pecado y a la destrucción. Esta doctrina la podemos concebir en nuestras mentes, tanto como podemos percibir a nivel infantil la expansión de la creación de Dios: Jesús era totalmente perfecto y santo. Sin mancha, sin imperfecciones, la totalidad de la santidad divina encerrada en humilde ropaje humano. Aún si Satanás hubiera tenido diez mil años para examinar y buscar la manera de hacerlo caer, no habría encontrado debilidad alguna. Aún si el adversario le hubiera ofrecido a Cristo mundo sobre mundo y reino sobre reino, ninguna tentación habría echado raíz. Si existieran doce legiones de ángeles caídos iguales en fuerza a Satanás, colectivamente no encontrarían brecha, debilidad o imperfección alguna. El oro puro es puro oro; un diamante es un diamante, tanto en el núcleo como en la superficie.

Mil años antes del advenimiento de Jesús, David escribió, “El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; Los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; Y dulces más que miel, y que la que destila del panal. ([Sal. 19:8b-10](#)). Siglos antes de que Cristo caminara en la tierra, el salmista escribió, “Sumamente pura es tu palabra” ([Sal. 119:140](#)). En este mismo salmo él también escribió, “Mucha paz tienen los que aman tu ley, Y no hay para ellos tropiezo” ([Sal. 119:165](#)). Nadie conoció y amó la Palabra escrita de Dios tanto como la Palabra viva encarnada, Jesús. Él nunca tropezaría. Su naturaleza misma lo impediría.

Satanás no podía conocer o entender esto, ni intelectual ni experimentalmente. La santidad que lo rodeaba en el pasado, había sido destrozada mucho tiempo atrás, y había sido completamente despojado de ella en su rebelión inicial y expulsión subsecuente del cielo, siendo reemplazada por la maldad encarnada en todo su ser. Los que somos parte de la esfera humana no entendemos experimentalmente la santidad pura, ya que nosotros mismos estamos profundamente afectados por los efectos del pecado. Pero de la misma manera, debido a que somos creados a imagen de Dios, tampoco entendemos la capacidad de una maldad totalmente ausente de toda bondad o gracia. La santidad de Cristo solo acentuó la impiedad total de Satanás, la presencia misma de Jesús habría sido tan repulsiva para Satanás, como también causa de temor.

El hecho de que Satanás no encontrara nada malo en Jesús, de ninguna manera redujo la intensidad de su ataque —por el contrario. No sabemos exactamente cómo es que el diablo y sus demonios atormentaron a Jesús; lo único que sabemos es que lo hicieron. Si comparamos el mundo espiritual con el mundo físico, concluiríamos que lo que sucede en el espiritual es mucho más fuerte. El primer elemento de la copa que sólo Jesús podía tomar, y el por qué su crucifixión excedería grandemente a los demás, estaba por comenzar. El Cordero de Dios estaba pronto a soportar el tormento causado por el ataque combinado de las fuerzas satánicas durante la hora de tinieblas permitida por Dios. Solamente cuando lleguemos al cielo entenderemos completamente lo que ahora únicamente comprendemos en parte, así como en la actualidad

vemos en un espejo oscuramente ([1 Co. 13:12](#)).

En [Apocalipsis 9:4-6](#) vimos que, cuando Dios se lo permite, los demonios poseen la capacidad de infligir tremendo tormento en sus víctimas. El tormento que infligirán durante la tribulación será tal, que “en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos” ([Ap. 9:6](#)). Claro que la fuente de este tormento no será observable para el mundo en general, y habría permanecido desconocida aún para los elegidos, a menos de que Dios escogiera revelarlo en su Palabra.

No obstante, aún en su hora de tinieblas designada, se esperaría que los demonios se acercaran al Cristo crucificado con mucho cuidado. A lo largo de su ministerio terrenal, cada vez que Jesús estuvo en contacto con los seres demoniacos, estos reconocían quien era Él y expresaron su temor con respecto al castigo que les esperaba. “¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” ([Mr. 5:7](#); [Mt. 8:29](#)). Incluso, “Y le rogaban que no los mandase ir al abismo” ([Luc. 8:31](#)), esto es, un lugar donde Dios ya ha confinado a un grupo de demonios en un lugar de tormento. Los demonios temieron a Jesús mientras caminaba sobre la tierra. [Santiago 2:19](#) indica que aún le temen; los demonios creen y tiemblan. Continuamente creen; continuamente tiemblan.

En la crucifixión, es muy probable que inicialmente los demonios se acercaran a Jesús con mucho cuidado. Los santos ángeles y serafines cubrían su rostro en la presencia de Dios ([Is. 6:1-3](#)), un capítulo que el Espíritu Santo luego nos revela que se refiere a la persona de Jesús. Después de citar [Isaías 6](#), [Juan 12:41](#) explica, “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él”. ¿Acaso los ángeles depravados harían menos que esto? Además, Jesús había hablado libremente aún durante su crucifixión. Los demonios temían la palabra hablada de Jesús, nos muestran los relatos evangelísticos. Jesús no necesitaba echar mano de la esfera satánica o estar de pie en una posición en particular, listo para el ataque. La absoluta autoridad de su comando verbal era suficiente para confinar y atormentar a los demonios en el abismo, esperando el castigo final que vendría si Cristo fuera el vencedor.

Quizás las legiones y rangos del mundo demoniaco inicialmente se movieron por sus rangos designados, teniendo a los demonios de menor rango ordenados primero. ¿Hay algún voluntario que esté listo para atormentar al segundo miembro de la Trinidad?

Comprendemos algo de la naturaleza y tácticas de Satanás, simplemente al hacer un contraste entre estos y Dios y sus atributos. Por ejemplo, [1 Juan 4:16](#) afirma, “Dios es amor” —no que Dios ama (lo cual es cierto), sino más bien que el amor es un atributo de su ser. Satanás es la realidad opuesta. No sólo que Satanás odia (lo cual es cierto), sino más bien que el odio lo consume a tal grado, que se convierte en parte de su ser y su dominio. Por lo tanto, debido a que no existe el amor en la esfera de Satanás, los demonios sirven a Satanás por temor; no lo aman ni se aman entre sí. Los demonios no tienen amigos. El odio, la envidia, la desconfianza y los celos son condiciones normales de operación en el régimen demoníaco. Aunque de ninguna manera lo sirven, los ángeles santos de Dios respetan el poder de Satanás ([Jud. 9](#)). ¿Acaso los demonios, quienes están bajo su autoridad, harían menos que esto? Las masas demoníacas pudieron haber enfrentado un tremendo predicamento en la crucifixión de Cristo, teniendo dos opciones poco envidiables: atacar al Hijo de Dios o estar sujetos a la ira de Satanás. Por lo que, aun si vacilaron al principio, sea por temor a la autoridad de Satanás o meramente como consecuencia de su naturaleza malvada, eventualmente los demonios atacarían. No obstante, para sorpresa de ellos, el Mesías nunca respondió; nunca se defendió. Jesús se rehusó a usar su palabra de autoridad que había hablado repetidamente en contra de ellos a lo largo de los relatos en los Evangelios. Quizás los temores de los demonios no eran justificados. Conforme la maldad permeó el área, una

mentalidad de grupo prevalecería, parecida al relato en el que los demonios causaron que los cerdos se arrojaran al barranco ([Mr. 5:13](#)). Un acelerado torbellino de congregación demoniaca previamente desconocida en el mundo estaba creciendo, pero estaba completamente oculta a la muchedumbre ignorante congregada en el Calvario. Aun así, durante el combinado ataque satánico, el Hijo permaneció firme y fiel. Su naturaleza misma lo determinaba —mientras bebía voluntariamente este primer elemento de la copa que el Padre le había dado.

Satanás no podía ganar —ni en miles y millones de años hubiera ganado. No obstante, mientras que en el pasado su maléfica naturaleza, le había dado una falsa esperanza de triunfo, en algún momento durante la crucifixión, él debe haberse dado cuenta de que no prevalecería. Por casi tres horas Satanás derramaría sobre Jesús la fuerza total de su maligno poder y autoridad. Nada había trabajado hasta ahora. Aunque obviamente físicamente debilitado a este punto, la resolución y determinación de Jesús no habían disminuido para nada. Conforme se acercaba la derrota, Satanás seguía su ataque, pero probablemente por una razón diferente. [Apocalipsis 12:12](#) revela lo que Satanás hará eventualmente durante el tiempo de la tribulación, siendo expulsado del cielo: “Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros *con gran ira*, sabiendo que tiene poco tiempo”. Hacia el final de la tribulación, la ira de Satanás será derramada con una intensidad previamente desconocida, y el resultado final será “ay de los moradores de la tierra”. Si Satanás todavía no lo había hecho, y si acaso había retenido algo (lo cual es poco probable), de la misma manera habría derramado la totalidad de su ira sobre Jesús, durante su hora designada de tinieblas. No es sorprendente entonces que Jesús les dijera a sus íntimos seguidores, lo mismo que les dijera a sus enemigos: “A donde yo voy, vosotros no podéis [no tienen la capacidad de] ir” ([Jn. 13:33](#)). Sólo Él podía.

Entonces como un niño consentido que rompe juguetes, simplemente porque no quiere que nadie juegue con ellos porque él no puede, Satanás también desahogaría su odio contra Jesús, derramando la totalidad de su ira sobre el Cordero. ¿Acaso soportar esta ira no resultaría, en gran parte, en que fuera “desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres” ([Is. 52:14](#))? Con toda probabilidad, Satanás, alcanzaría un punto en su furia contra Jesús, en el que su ataque cambiaría de los esfuerzos por evitar que Jesús concluyera su curso Mesianico, a un bombardeo de maldad por causar maldad, de dolor por causar dolor. Hacer esto sería acorde con su naturaleza.

Qué frustrante debe haber sido para Satanás, el haber usado su arsenal entero contra Jesús durante su hora de tinieblas, y no cumplir nada de lo que había esperado. No sólo Jesús se rehusó a evocar a sus huestes angelicales, sino que llegó a demostrar actos de gracia divina y bondad en medio de su propia agonía. Satanás atacó furiosamente; Jesús oró por perdón para las la multitud ignorante que lo crucificó. Legiones de demonios luchaban con todo rigor en contra del Cordero; Jesús extendió gracia a uno en la cruz adyacente, prometiéndole que ese día estarían juntos en el paraíso ([Luc. 23:43](#)). La declaración de Jesús fue una promesa de victoria para el Cordero y sus seguidores, y una declaración de derrota para el mundo demoniaco; Jesús estaría en el paraíso *ese mismo día*. Satanás y sus demonios no tenían autoridad para ir ahí, ni ese día ni nunca. Si Jesús llegaba al paraíso, solo iría como el Vencedor absoluto. El odio se había desencadenado, pero el amor divino reinaba. Aún en medio de la intensidad de la batalla, en lugar de ver su propia miseria, el Hijo amorosamente encomendó el cuidado terrenal de su madre, en las manos confiables de su amado discípulo Juan ([Jn. 19:25–27](#)). El complot de Satanás estaba desenredándose. Estaba perdiendo su gran apuesta. Su única oportunidad se estaba desvaneciendo. El Cristo, el Hijo del Dios Viviente aún se mantenía en curso. ¿Cuánto tiempo

más tenía Satanás? Quizás no estaba seguro de cuánto tiempo le quedaba, pero sabía que el reloj eterno de Dios estaba avanzando progresivamente, conforme su hora de las tinieblas divinamente permitida se acercaba a su término.

Los ángeles de Dios también vieron esta carnicería espiritual. Miles y multitudes de ángeles guerreros divinos estaban en posición —armados, listos, testigos de una gracia desplegada que ellos mismos no podían empezar a comprender. Ciertos pasajes de las Escrituras nos permiten echar un vistazo limitado a las mentes de los ángeles, para ver cómo habrían visto a Jesús en el Calvario. Por ejemplo, algunos de los versículos más reveladores los encontramos en [1 Pedro 1:1–12](#). En su primera epístola, Pedro les escribió a cristianos perseguidos y desanimados, acerca de la grandeza de la salvación de los creyentes. Pedro describe la salvación dada por Dios como “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible” ([1:4](#)). Alienta a las iglesias que estaban bajo su cuidado, diciéndoles que su fe activa es mucho más preciosa que el oro ([1:7](#)). Punto tras punto Pedro exhorta y les recuerda a sus lectores de la profundidad del regalo de Dios en la salvación. Tal salvación es tan maravillosa, tan grandiosa en su magnitud, que continuamente interesa e intriga a los ángeles. En referencia a la revelación divina en el Antiguo Testamento, [1 Pedro 1:12](#) explica lo siguiente acerca de los profetas que Dios usó para comunicar su Palabra: “A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo”. Después Pedro añade este elemento cuya importancia es vital: “cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”. Lo que los ángeles santos de Dios anhelan (“anhelan” es la misma palabra griega que se traduce “codiciar”, pero aquí es usada en un sentido bueno) son cuestiones que se relacionan con la salvación; no belleza física, ni poder mundano o dominio, no riquezas —sino salvación. Los ángeles han sido testigos de todo lo que ha sucedido a lo largo de la historia: la caída de Satanás, la creación, Adán y Eva, reinos terrenales en apogeo y decadencia. Sin embargo, la salvación es lo que los ángeles desean explorar. Tienen buena razón para estar tan interesados. A pesar de todo lo que conocen y han visto con respecto a Dios y su gloria, sólo han sido espectadores con respecto a la salvación, nunca han sido beneficiarios de la gracia imputada de Dios.

Una razón por la que los ángeles no conocen la gracia de Dios mediante la salvación, es que la Palabra no se convirtió en ángel —la Palabra se convirtió en carne. En referencia a Jesús, el autor de Hebreos afirma, “Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia [simiente] de Abraham” ([Heb. 12:6](#)). Ningún ángel ha experimentado jamás la gracia y el perdón de Dios, primordialmente porque no tienen el beneficio de un sacrificio, ni de una expiación sustitutiva. Cuando es considerado desde la perspectiva de los ángeles, es razonable ver que la salvación llene sus pensamientos. Un pecado en un momento en la historia pasada, y un tercio de sus colegas se convirtieron en ángeles de Satanás, eternamente transformados en demonios, esperando el infierno que fue originalmente preparado para ellos ([Mt. 25:41](#)). El cambio ocurrió instantáneamente; no necesitó de proceso alguno. De manera inmediata, su maldad fue completa, tan malos como su nuevo amo Satanás. En lugar de pertenecer a la esfera del Dios de amor, los demonios se convirtieron en habitantes —y participantes— de la esfera satánica.

Aquellos que leyendo esto, piensen que estas son conclusiones presuntuosas, deben considerar algunos principios de la carta a los Colosenses. Con respecto a nuestra salvación, Jesús “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” ([Col. 1:13](#)). Qué asombroso y apropiado es que la frase “la potestad de las tinieblas”, sea igual a la que se usa en el relato de [Lucas 22:53](#) en el arresto de Jesús. Él soportó la totalidad de ese

dominio para que pudiéramos ser librados de él. Lo inverso obviamente también es verdad: si Él no hubiera soportado, nunca habríamos sido librados de él.

Pero hay más. En [Colosenses 2:13–14](#), Pablo escribió: Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz.

Tres cosas fueron clavadas a la cruz ese día, dos visibles para aquellos que estaban presentes y una oculta: Jesús mismo, el letrero sobre la cruz, y el certificado de deuda que consistía en decretos en contra nuestra. Esta es una de las secciones más ricas de las Escrituras y que evocan mayor asombro, pero debemos avanzar.

Pablo continúa su pensamiento en el siguiente versículo. Ligado a lo que escribió acerca de ser clavado a la cruz, algo más sucedió ese día, algo que en ese momento estaba totalmente oculto al mundo: “y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” ([Col. 2:15](#)). La gran mayoría de eruditos bíblicos, están convencidos de que en este versículo la frase “los principados y las potestades”, incluye a *toda* la jerarquía demoníaca que Satanás tiene a su disposición, tales como los que se mencionan en [Efesios 6:12](#). Pero el despojo ocurrió *después* de que su hora de las tinieblas hubiera terminado —no durante ella.

La palabra griega que se traduce “despojando” ocurre únicamente dos veces en el Nuevo Testamento, aquí y en [Colosenses 3:9](#) (“*habiéndooos despojado* del viejo hombre con sus hechos”) y por lo tanto, no hay otros ejemplos para ver cómo es usada esta palabra. No obstante, es interesante notar que muchos eruditos entienden la voz media en griego de esta palabra, como algo que indica “despojándose de sí mismo”. Algunos añaden que seguramente los demonios, de alguna manera, se habían aferrado a sí mismos a Jesús, en un intento por causarle mayor dolor o destrucción. Otros ven esta frase como un retrato de un luchador que se ha quitado de encima a su adversario en victoria total. Quizás lo primero es más preciso de lo que pensamos, al describir lo que Jesús logró en su cruz. Nuevamente, no tendríamos idea de que esto ocurrió a menos de que Dios considerara apropiado mostrarlo en las Escrituras. Para quitarse a los demonios de encima, de alguna manera tuvieron que estar “pegados” a Él. Pero antes de que Jesús los despojara, se les permitió usar la autoridad total que se les había concedido en su hora de tinieblas, lo cual es un componente de la copa que sólo Él podía tomar.

Noten bien, amados: aunque no conocemos la magnitud de lo que Jesús soportó, un aspecto de lo que Él logró en ese día, fue despojar de sí mismo a los principados y a las potestades de la esfera demoníaca. Esto nunca volvería a suceder a lo largo de la eternidad, porque no habría necesidad; sólo se le concedió una hora de tinieblas al maligno y a sus fuerzas y perdieron inexorablemente.

Es muy probable que los santos ángeles de Dios hubieran conocido y quizás hasta hubieran hecho amistad con muchos de los ángeles que se habían transformado en demonios. Estos ángeles desobedientes habían pecado, contaminándose de manera permanente, sin esperanza alguna de perdón por su pecado o de salvación. A partir de su pecado de desobediencia, entraron a un estado de enemistad permanente con Dios. No obstante, para los redimidos del linaje de Adán, existe una escena diferente: pecado sobre pecado, millones y millones de veces, y sin embargo recibimos el perdón purificador y completo de Dios. Gracia sobre gracia repetidamente reemplaza pecado sobre pecado, todo cubierto por la magnitud divina del sacrificio perfecto del Cordero. Aún más allá de esto, Pablo le informó a la iglesia corintia que terminarían juzgando

ángeles en una posición de autoridad (junto con otros cristianos) ([1 Cor. 6:3](#)). Aquí tenemos un concepto paradójico difícil de entender y valorar plenamente: pecadores redimidos, con multitudes de pecados, recibirán posiciones de autoridad sobre ángeles, que nunca han pecado, ni siquiera una vez. No es sorprendente que los ángeles estén tan interesados en las cosas que se relacionan a nuestra salvación. Así como ellos no la entienden totalmente, nosotros no podemos conocer o experimentar el estado de santidad de los ángeles. Sabemos de ello, pero no lo conocemos. Los ángeles aceptan el lugar que el Dios Padre les ha dado sin murmuración ni queja, y lo hacen con una obediencia gozosa.

En contraste a las obras de algunos pintores, los ángeles no son niños regordetes con alas, contemplando con pereza la sustancia de las nubes. En toda instancia registrada en las Escrituras en la que un humano se encontró con un ángel manifestándose como ángel, el resultado fue siempre el mismo: un temor aterrador espantoso. *Toda persona*, desde encuentros en el Antiguo Testamento a María y los soldados que cuidaron la tumba de Jesús, todos respondieron de manera similar. Tenían toda razón para temer. Ya hemos visto la referencia de [2 Reyes 6:17](#), en donde los ojos del siervo de Eliseo fueron abiertos para ver que “el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego”. La Biblia describe también a los ángeles que sirven a Dios como “los ángeles de su poder, en llama de fuego” ([2 Tes. 1:7-8](#)), ángeles santos que ejecutan sus juicios, tales como los dos ángeles que destruyeron Sodoma y Gomorra en [Génesis 19](#). Las Escrituras presentan a los ángeles como llama de fuego ([Heb. 1:7](#)), enviados por Dios mismo a servir para el bien de aquellos que heredarán salvación ([Heb. 1:14](#)). Entonces aunque el hombre en la actualidad durante un tiempo es hecho poco menor que los ángeles ([Sal. 8](#)), ellos mantienen un ministerio de servicio a los elegidos. De esta manera, no hay nadie en toda la creación a quien anhelan asistir más que Aquel a quien adoran, Jesucristo: “Y otra vez, cuando introduce al primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios” ([Heb. 1:6](#)). Pero durante la hora de las tinieblas concedida por Dios, Aquel a quien adoran estaba siendo intensamente atacado. ¿Había alguna manera en la que pudieran ser testigos de la crucifixión de Cristo, sin que estos santos experimentaran gran turbación interior, estos a quienes la Biblia también denomina “hijos de Dios” ([Job 1:6](#); [2:1](#); [38:7](#))?

Más adelante en las Escrituras vemos que Dios, entre otras cosas, tenía a los ángeles en mente con lo que ocurrió en la cruz y sus resultados continuos:

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él ([Ef. 3:8-12](#)).

Aunque con frecuencia nos gusta pensar en la salvación en términos de lo que recibimos, [Efesios 3:10](#) revela un entendimiento totalmente diferente de la razón por la que Dios permitió la muerte de su Hijo: “para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”. No conoceríamos esto a menos de que fuera afirmado en las Escrituras; Dios mostró específicamente su sabiduría para que *ahora* fuera dada a conocer a, en este caso no a la humanidad, sino más bien “a los principados y potestades en los lugares celestiales” ([Ef. 3:10](#)). Y aún más allá de esto, fue “conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor” ([Ef. 3:11](#)). No podemos

saber con seguridad si “los principados y potestades en los lugares celestiales” en este versículo se refiere a los ángeles santos o a los ángeles caídos. Muchos eruditos concluyen que se refiere a ambos, lo cual parece ser más probable. Esto ofrece aún mayor apoyo bíblico de que con la muerte de Cristo, Dios estaba dando a conocer al mundo angelical su multiforme sabiduría conforme a su propósito eterno. Estos seres angelicales *deben* haber observado la crucifixión conforme se llevaba a cabo.

Los ángeles veían esto, tenían una comprensión mental de lo que Dios estaba haciendo, pero no tenían una base empírica con la cual relacionarlo. Nunca antes en toda la eternidad, los ángeles habían visto a un miembro de la Trinidad sujeto a una audacia brutal de esta magnitud, por parte de los poderes malignos. La conclusión razonable es que si hubiera dependido de ellos, los ángeles de Dios se habrían involucrado instantáneamente en la batalla, de la misma manera en la que una madre se aventaría frente a un auto a toda velocidad, para salvar a su hijo que está frente a un auto. Pero el Padre no se los permitió; fueron divinamente restringidos de intervenir. En su estado de santidad, los ángeles no fueron tentados a desobedecer el mandato del Padre. No obstante, este estado mismo de santidad, les habría causado una consternación profunda, ya que eran testigos de una maldad horrenda manifestada de una manera previamente desconocida para ellos. De manera parecida al momento en el que el Cordero eventualmente romperá el séptimo sello durante la tribulación futura ([Ap. 8:1](#)), es muy probable que hubo un silencio total en el cielo conforme Dios el Hijo moría.

Desde la perspectiva de los ángeles la muerte de Jesús seguramente parecería ser una experiencia sumamente dura y larga; el tiempo no habría pasado rápidamente. No obstante, los ángeles no se quedaron viendo sin hacer nada; estuvieron ahí en obediencia activa a Dios, aún en contra de su propia inclinación a interceder. Esto era algo que Pedro aún no había aprendido en el arresto de Jesús. Los ángeles santos de Dios estuvieron ahí sin intervenir mientras veían a Jesús sufrir, pero fuera del mandato del Padre, su naturaleza misma no se los permitía.

Finalmente, con el Hijo amado clavado a la cruz por horas, habiendo soportado lo que un hijo caído de Adán no pudo soportar ni siquiera por una fracción de la velocidad de la luz, en la cúspide misma de la ira de Satanás, el Padre entró en acción. Aún los agentes humanos que estuvieron presentes en la crucifixión, entendieron que algo tremendo y terrible estaba a punto de acontecer, pero no sabían qué era exactamente. Mucho menos habrían entendido el por qué.

Los ángeles de Dios habrían notado este movimiento inmediatamente, así como es visto a lo largo de Ezequiel capítulo [1](#). Satanás y sus fuerzas pudieron o no haberlo notado. Eventualmente ellos también entendieron que Dios mismo se estaba acercando al Calvario. ¿Acaso el Padre venía a rescatar a su Hijo herido? ¿Se había terminado la hora de Satanás? ¿Acaso era este el final de la batalla y el tormento? En poco tiempo, toda entidad espiritual, tanto santa como demoníaca, se daría cuenta de que todas las actividades previas únicamente habían sido rondas preliminares. Ahora comenzaba el ataque final en esta batalla épica, y la siguiente mitad sería tan brutal y horrible, que la primera mitad palidecería para siempre en comparación a este nuevo episodio.

La totalidad tanto de la esfera celestial como las fuerzas malignas observó conforme Dios el Padre se dirigió a Dios el Hijo.

CAPÍTULO TRES

LAS TINIEBLAS

La definición elemental de la palabra tinieblas es ausencia de luz. Las tinieblas en sí mismas son absolutas. No existen grados de tinieblas; la única variable es la cantidad de luz presente, si es que hay algo de luz. Sólo la luz, no el calor, afecta las tinieblas. El infierno es tan caliente como oscuro ([Mt. 8:12](#); [Luc. 16:22-24](#)).

La luz es la antítesis de las tinieblas. La luz siempre gana. Un simple cerillo en una cueva subterránea aún rompe las tinieblas más profundas que encuentra. Irónicamente, las tinieblas más profundas simplemente le dan a la luz la oportunidad de manifestarse aún más. Las tinieblas recuperan su dominio cuando la luz deja de brillar, pero las tinieblas en sí mismas no son la razón por la que la luz es apagada.

Frecuentemente las verdades en el mundo físico están asociadas con la esfera espiritual. En realidad, lo inverso es más correcto. Lo que es verdad en la esfera espiritual, la cual existió antes de que el mundo comenzara, frecuentemente es ilustrado en el mundo físico. Estas mismas verdades que tienen que ver con la luz y las tinieblas, son verdad acerca de Jesucristo, la Luz del mundo, especialmente cuando son comparadas con Satanás, líder de las fuerzas de las tinieblas. Jesús encarnaría la profecía de [Isaías 9:2](#), “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz” —y así fue. Esta Luz brilló en medio de tinieblas espirituales profundas. Así como es una realidad en el mundo físico, así también lo es en el espiritual; la luz de menor intensidad ilumina las tinieblas más profundas. ¿Cuánto más brillaría la Luz del mundo, en un mundo que necesitaba la luz de manera tan desesperada? Las tinieblas espirituales son el mejor trasfondo para manifestar la Luz. El apóstol Juan entendió estos conceptos. En un idioma simple, escribió estas verdades inmensamente profundas acerca de Jesús “La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella [no la vencieron]” ([Jn. 1:5](#)). En referencia a Juan el Bautista, el apóstol Juan declaró, “No era él la luz, sino [vino] para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo” ([Jn. 1:8-9](#)). Debido a que Jesús ha regresado al cielo, esa Luz es difundida de manera diferente en la actualidad, pero brilla con la misma intensidad.

La luz que brilla en las tinieblas también divide lo que está iluminado de lo que permanece en tinieblas. No obstante, dicho advenimiento de luz en medio de las tinieblas no es siempre bienvenido, porque su presencia misma fuerza a uno a escoger con qué sector se ha de alinear. En lugar de deleitarse en la gloria de la Luz, algunos prefieren las tinieblas. Juan escribió esto en [Juan 3:19-21](#): “Y ésta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios”. El advenimiento de la luz de Cristo entonces, se convierte en la verdad más grande que uno jamás encuentra —o en la más horrenda. La luz permanece igual para ambos; la respuesta del que está expuesto a la verdad se convierte en la cuestión principal.

Con tantas analogías escriturales entre la luz y las tinieblas (hay docenas más), se nos presenta una pregunta simple pero confusa: *¿Por qué las tinieblas cubrieron la tierra en la crucifixión de Jesús?* Debido a que tres Evangelios registran este fenómeno, debe ser teológicamente importante. Principalmente, ¿qué quiere Dios que aprendamos de esto?

Así como en muchos casos en las Escrituras, la respuesta más repetida tanto por laicos como

por eruditos es, “Bueno, no sé. Realmente nunca lo he pensado”. Por ejemplo, muchos comentarios señalan que hubo tinieblas pero no dicen nada acerca de su significado. Esto puede ser apropiado. Dios ciertamente puede escoger revelar asuntos en las Escrituras, sin dar explicaciones, como sucede en [Daniel 12:1-9](#), en donde el mismo profeta de Dios no entiende el significado de lo que le acaba de revelar.

Sin embargo, luego de alguna reflexión, emergen varios intentos por explicar las tinieblas en la crucifixión. Una respuesta identifica las tinieblas con la inmensa congregación de fuerzas satánicas que estuvieron presentes. La explicación es que debido a que Satanás ejerce autoridad en el dominio de las tinieblas ([Col. 1:13](#)) y en particular durante su hora dada por Dios ([Luc. 22:53](#)), habría habido tinieblas sobre la tierra cuando reunió su mayor fuerza demoníaca. Otra posición ve las tinieblas como el testimonio de Dios a individuos, tales como el centurión romano que estaba ahí. Las tinieblas mostraron a aquellos que no tenían interés en las cosas de Dios, que ésta no era simplemente otra crucifixión de un criminal cualquiera. Si aquéllos que estaban presentes no entendían lo que estaba sucediendo o las declaraciones de Jesús con respecto a sí mismo, Dios Padre dio testimonio de la gravedad del acontecimiento enviando tinieblas sobre la tierra, quizás cubriéndose sobre el mundo entero —tal fue la magnitud de la muerte de Cristo. Otra interpretación dice que las tinieblas enfatiza más la presencia de la Luz en la cruz. En otras palabras, las tinieblas aparecieron porque la Luz del mundo estaba muriendo. Jesús mismo dio testimonio a la multitud, de que la luz no siempre estaría en su presencia. Apenas unos días antes, en [Juan 12:35-36](#) Jesús había advertido, “Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz”. La cruz sería la partida de lo que Jesús advirtió. Al usar una simple analogía de la naturaleza, si la luz es quitada, las tinieblas deben manifestarse.

Una de las interpretaciones tiene muchos defensores. Aquéllos que reciben la Biblia como la verdad de Dios, entienden que se llevó a cabo una separación divina. La base de esta interpretación explica que un Dios santo no puede ver el pecado y debe voltear su rostro ante el pecado. Por lo tanto, conforme Jesús se volvió pecado por nosotros ([2 Cor. 5:21](#)), Dios le dio la espalda al Hijo. Las explicaciones que se presentan para mostrar cómo es que Dios le dio la espalda a su Hijo, y cómo se relaciona con las tinieblas en la cruz (si es que existe tal relación) varían considerablemente. Muchos ven el voltearse como un suceso que se llevó a cabo al final de la crucifixión, cuando Jesús clamó, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ([Mt. 27:46](#); [Mr. 15:34](#)). Otros, en cierta manera por defecto o por no enfrentar la pregunta, infieren que la separación del Padre duró todo el tiempo de la crucifixión. [Gálatas 3:13](#) es uno de esos versículos que ve la crucifixión como un todo y cómo Dios vio a Jesús: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, *hecho por nosotros maldición* (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”.

Obviamente, algo enormemente significativo ocurrió al final de la crucifixión. Llegaremos a esto en el próximo capítulo. Pero primero necesitamos considerar otros asuntos. Para comenzar, ninguna Escritura afirma explícitamente que Dios no puede tolerar la vista del pecado y por lo tanto debe volverle la espalda, sin embargo esto es citado con frecuencia en sermones. La Biblia contiene muchas referencias al acto judicial de Dios, de volver su rostro o esconder su rostro de gente que está involucrada en pecado abierto, rebelde, pero no contiene ninguna que muestre que no puede ver los pecados que cometen. Algunas personas dicen que [Habacuc 1:13](#) apoya el hecho de que Dios no puede ver el pecado: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal”. Sin embargo, el contexto indica que este versículo tiene que ver con la idea de que Dios ve el pecado

sin responder al mismo, no con la idea de que Dios debe volver su rostro del pecado. Adán y Eva no habrían llegado a la misma conclusión de que Dios no podía ver el pecado ([Gn. 3](#)). Considere una pequeña muestra de las múltiples referencias bíblicas, que hablan de la capacidad que Dios tiene para ver el pecado: [Génesis 6:5](#): “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra”; [Éxodo 3:7](#): “Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias”. Y siglos después, al condenar los terribles pecados que eran cometidos en su propio templo, Dios, mediante su profeta, pregunta y responde: “¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre? He aquí que también yo lo veo, dice Jehová” ([Jer. 7:11](#)). Estos son algunos ejemplos. Después de todo, Él verdaderamente es el Dios que ve ([Gn. 16:13](#)).

En realidad, lo opuesto es el caso. En lugar de que Dios no pueda ver el pecado, el hombre no tolera el ver su propia pecaminosidad a la luz de la santidad de Dios. Isaías vio la gloria de Dios y concluyó, “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” ([Is. 6:5](#)). Después de que Jesús enseñó a las multitudes y bendijo el esfuerzo pesquero de Pedro, un Pedro convencido de su pecado rogó diciendo, “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” ([Luc. 5:8](#)). Cuando el apóstol Juan vio al Cristo glorificado, lo describió como Aquél cuyos “ojos [son] como llama de fuego” mostrando la mirada penetrante del Dios Todopoderoso que todo lo conoce ([Ap. 1:14](#)). Jesús no se volteó y le dio la espalda a Juan. Este amado discípulo que reposo amorosamente su cabeza en Jesús durante la última Pascua ([Jn 13:23](#)), más adelante cayó como un hombre muerto ante Aquél quien lo vio con los ojos santos, ardientes, que todo lo traspasan, de Dios ([Ap. 1:17](#)). Todas estas referencias describen las reacciones de siervos amados de Dios. ¿Cuánto más fuerte sería la respuesta de alguien como Judas, Nerón o Hitler?

Dios debe retener la capacidad de ver el pecado. Después de todo, el Juez de este mundo necesita un sentido de referencia para juzgar apropiadamente. Toda persona debe rendir cuentas a Dios por toda palabra pronunciada ([Mt. 12:36](#)). El juicio del gran trono blanco de [Apocalipsis 20](#), presenta a los condenados de pie ante Jesús y los libros divinos de contabilidad serán abiertos, y todos serán juzgados “según sus obras” ([Ap. 20:12](#)). Dios ciertamente no se volverá y le dará la espalda a estos pecados. Además de esto, si Dios no pudiera ver el pecado, entonces nunca hablaría con Satanás, especialmente cuando la Biblia de manera repetida presenta a Satanás como el “maligno” ([Jn. 17:15](#); [Ef. 6:16](#); [2 Ts. 3:3](#); [1 Jn 3:13-14](#)). Las Escrituras indican que Dios ha interactuado con el maligno en el pasado ([Job 1-2](#); [Zac. 3](#)), y lo más probable es que continúe haciéndolo debido a que en la actualidad Satanás continúa siendo el acusador de los hermanos ([Ap. 12:10](#)). No hay nada en estos relatos que indique que Dios le ha dado la espalda al diablo. Finalmente, si llevamos esta lógica a su extremo, Dios nunca salvaría a alguien. El buen Pastor nunca buscaría a las ovejas perdidas porque después de todo, las ovejas perdidas son notoriamente pecadoras. Teniendo todo esto en cuenta, me parece que necesitamos encontrar una explicación más sustanciosa para lo que ocurrió en la cruz, especialmente al final. Pero antes de hacer esto, necesitamos explicar por qué las tinieblas cubrieron la tierra mientras Jesús estaba clavado en la cruz.

Como es sabido, el estudio bíblico profundo demanda que regresemos al mundo de los que estuvieron presentes y tratemos de “ver con sus ojos y oír con sus oídos.” También debemos examinar la evidencia incluida en las Escrituras antes de llegar a conclusiones. El asunto no es tanto, “¿Por qué crees que las tinieblas cubrieron la cruz?” sino más bien, “¿Qué es lo que la

Palabra de Dios dice al respecto?” En otras palabras, esperamos determinar información relevante que Dios ha revelado en su Palabra. Excavaremos en la mina de tesoros escrita de Dios —y lo que nos dice acerca de las tinieblas puede sorprenderle.

La Biblia no presenta una abundancia de información con respecto a la muerte de Cristo. La crucifixión de Jesús duró aproximadamente seis horas, de las 9:00 de la mañana a las 3:00 de la tarde ([Mr. 15:25](#), [33](#)). Esta no fue una crucifixión de larga duración, por el contrario. El tiempo relativamente corto que Jesús agonizó en la cruz antes de que muriera, sorprendió a Pilato ([Mr. 15:44-45](#)). Es importante señalar que las seis horas de la crucifixión de Cristo se dividen en dos segmentos de tres horas cada uno. La división principal comienza con el advenimiento de las tinieblas. Mateo, Marcos, y Lucas colocan las tinieblas de manera específica alrededor de la sexta hora, esto es, a mediodía ([Mt. 27:45](#); [Mr. 15:33](#); [Luc. 23:44](#)). Lucas proporciona detalles adicionales de cómo el sol “se oscureció,” traducido literalmente “fallando” ([23:45](#)), un asunto que retomaremos más adelante. Así que las tinieblas llegaron al mediodía y permanecieron durante las últimas tres horas de la crucifixión. Hay una observación importante que debemos hacer: excepto por el clamor de “Dios mío” del [Salmo 22:1](#) y unas pocas declaraciones al final, todas las palabras registradas de Jesús toman lugar en las primeras tres horas de la crucifixión, esto es, antes de la llegada de las tinieblas. Antes de las tinieblas, Jesús oró, “Padre, perdónalos” ([Luc. 23:34](#)), interactuó con el ladrón en la cruz quien finalmente creyó, y le encargó a Juan que cuidara de su madre. Después de que las tinieblas llegaron, Jesús ya no habló sino hasta momentos antes de su muerte.

Además es importante señalar que los tres escritores de los Evangelios añaden un marcador de tiempo específico con respecto a las tinieblas. Mateo, Marcos y Lucas emplean la misma palabra “hasta” para describir las tinieblas. Por ejemplo, [Mateo 27:45](#) afirma, “Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra *hasta* la hora novena.” Las tinieblas tuvieron un principio y fin definidos. Además, es significativo notar que el grito de “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ([Mt. 27:46](#); [Mr. 15:34](#)) ocurrió al final de tiempo de tinieblas, no durante ellas. Por lo tanto, eliminando las posibles soluciones dadas, las tinieblas no pudieron haber estado presentes porque el Padre volvió la cara al Hijo; el tiempo de tinieblas ocurrió durante tres horas antes del clamor final.

Las tinieblas permanecieron sobre la cruz, y el Hijo crucificado mantuvo silencio. Una vez más, la pregunta simple es: ¿por qué?

Desde Génesis hasta Apocalipsis, las Escrituras presentan a Dios en relación a la luz. Si a esto añadimos palabras correlacionadas, tales como “gloria”, “brillo”, “resplandeciente”, o “ardiente”, las referencias bíblicas son cerca de mil. [Santiago 1:17](#), que se refiere a las buenas dádivas que Dios da, presenta a Dios como “el Padre de las luces” —esto es, el originador de todas las “luces buenas,” sean lo que sean esas luces. La frase final de [Santiago 1:17](#) muestra que la luz de Dios es una constante, “en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.” Primera de Juan simplemente afirma, “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.” En su esencia y atributos, no reside rastro alguno de tinieblas en Dios. Puro, santidad perfecta, sin fallas ni defectos. Añada a esto la descripción que Dios hace de sí mismo en [Malaquías 3:6](#): “Porque yo Jehová no cambio” y vemos la eternidad de su luz. Dios no intenta brillar, Él es Luz. El brillo refulgente de su gloria existe simplemente porque Dios es quien es.

Sin embargo, junto con todos estos versículos y cientos más, ocasionalmente la Biblia también asocia a Dios con las tinieblas, y lo que es aún más sorprendente, conecta las tinieblas con la presencia misma de Dios, no su ausencia. Aquí está la clave: Dios puede usar las tinieblas

conforme lo considere apropiado y puede tenerlas cerca de Él conforme Él lo determine, pero no es parte de su naturaleza esencial o atributos divinos. Por ejemplo, en referencia a Dios, David escribió: “E inclinó los cielos, y descendió; Y había tinieblas debajo de sus pies” ([2 Sa. 22:10](#); con [Sal. 18:9](#)). También, “Puso tinieblas por su escondedero [o pabellones] alrededor de sí; Oscuridad de aguas y densas nubes” ([2 Sa. 22:12](#); [Sal. 18:11](#)). Quizás las tinieblas rodean a Dios para encubrir su gloria. En el tiempo presente, Dios muestra su gloria en grados enormemente reducidos porque su gloria total consumiría su creación, de una manera muy parecida a como tuvo que restringir su gloria manifiesta ante Moisés en [Éxodo 33](#).

Además de los ejemplos dados, existen dos relatos más en las Escrituras que asocian a Dios con las tinieblas. En ambos pasajes las tinieblas definitivamente indican la presencia especial de Dios, no su ausencia. Ambas historias establecen un fundamento que se volvería a manifestar cuando en el Calvario las tinieblas cubrieron la tierra más de mil años más tarde.

Abram vivía en Ur de los caldeos cuando Dios lo llamó a que fuera a una tierra que Dios le mostraría ([Gn. 12:1-2](#)). Esta historia, sin embargo, tiene más que ver con Dios que con Abram. Desde la caída del hombre, Dios había estado cumpliendo gradualmente su plan redentivo. El hombre estaba corrompido y contaminado delante de Él. El pecado había entrado en el hombre —y finalmente en toda la creación ([Ro. 8:20-22](#)), creando una situación irremediable. Varios siglos después de la caída, Dios levantó a un pueblo de quien en última instancia vino Cristo, el pueblo judío que se convertiría en la nación de Israel. Ellos serían su pueblo único, bendecidos de manera particular en su origen, su relación con Dios, y sus privilegios espirituales ([Ro. 9:1-5](#)). Además, tal como aprendieron repetidamente, la enorme cantidad de luz divina que se les había dado, hacía que los judíos tuvieran una responsabilidad única delante de Dios. Las historias bíblicas y seculares dan testimonio de innumerables tragedias vividas por el pueblo hebreo al no conformarse al estándar de justicia de la Luz y las terribles consecuencias que enfrentaron como resultado.

Cuando Dios llamó a Abram no existían los judíos. Abram se convertiría en el primero. Multitudes judías seguirían, pero todos vendrían de un origen extraordinario. Dios quería que el mundo supiera que lo que llevó a la existencia de Israel, no era parte de la vida cotidiana de la humanidad. Dios levantó a su pueblo, pero lo hizo de tal manera que por un lado, demostrara su fidelidad y por otro lado, produjera una fe profunda en el progenitor de los judíos ([Dt. 7:6-8](#)). Dios cambiaría el nombre de Abram, que quiere decir “padre exaltado”, a Abraham, “padre de una multitud.” Al cambiarle el nombre a Abram, Dios buscaba darle una promesa alentadora —lo cual así fue— pero Abram enfrentaría tiempos difíciles antes de que recibiera el cumplimiento inicial de esta profecía divina. Ambos nombres se convirtieron en recordatorios dolorosos del hecho de que Abram y su esposa permanecían sin hijo. En [Génesis 12:4](#), Abram ya tenía setenta y cinco años de edad, y no estaba rejuveneciéndose. Este improbable candidato a la paternidad tendría cien años de edad cuando su heredero prometido finalmente llegaría ([Gn. 21:5](#)). La fe de Abram sería probada considerablemente durante esta espera de veinticinco años para el nacimiento prometido de Isaac.

En [Génesis 12:3](#) Dios le declaró a Abram, “serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. Qué raro hacerle una promesa a un nómada de setenta y cinco años, que vivía como vagabundo, en una tierra que se le había prometido, pero una tierra nunca recibida de manera total ([Heb. 11:8-13](#)). Repetidamente Dios le hizo promesas a Abram de que tendría una descendencia de una magnitud innumerable. Sin embargo estas promesas mismas de generaciones futuras turbaban a Abram. ¿Cómo podría él ser el padre de multitudes cuando todavía no había sido padre de su primer hijo? ¿Cómo pueden todas las naciones de la tierra ser

bendecidas en él? Abram tenía una riqueza considerable, de acuerdo al estándar de esos días, pero ¿quién llegaría a oír de él en las naciones que rodeaban su lugar de nacimiento en Ur, a cientos de kilómetros de distancia de su morada presente, mucho menos en los países desconocidos más allá de su horizonte? Esto debe haber confundido a Abram. Seguramente tenía muchas preguntas, pero nunca tuvo una actitud desafiante ante Dios ([Ro. 4:19–21](#)).

Al pasar de un año a otro año en la vida de Abram, una constante permanecía: no hijo, no simiente, no heredero, no linaje. Abram contempló su condición y respondió como nosotros lo hacemos con frecuencia: le ofreció ayuda a Dios para resolver la situación. El contexto es el siguiente: Dios se apareció a Abram en una visión en [Génesis 15:1](#) anunciando, “No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande.” Dios conocía el corazón de Abram y el dolor de su alma. Dios abrió la puerta para que Abram comunicara su dolorosa perplejidad. [Génesis 15:2–3](#) nos dice que Abram respondió, “Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?... Mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa.” Esta conclusión tiene sentido a nivel humano. Dios había prometido generaciones futuras, pero no existía generación actual. Si Abram iba a tener generaciones futuras, la única solución lógica era adoptar a su siervo como heredero —y le molestaba profundamente pensar que lo tendría que hacer.

Dios respondió a la oración de Abram con una promesa específica. Después de llevar a Abram afuera de la tienda, Dios dijo, “No te heredaré éste, sino un hijo tuyo será el que te heredaré... Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar... Así será tu descendencia.” ([Gn. 15:4–5](#)). La siguiente afirmación que se encuentra en el verso [6](#), es un versículo monumental en las Escrituras: “Y [Abram] creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.” Tanto el apóstol Pablo como Santiago usaron este versículo como evidencia para los lectores del Nuevo Testamento, de la necesidad absoluta de acercarse a Dios a través de la fe, aún en el Antiguo Testamento ([Ro. 4:1–3](#); [Gá. 3:1–6](#); [Stg. 2:21–23](#)).

Dios usó este contexto para mostrar un aspecto importantísimo de su revelación progresiva. Junto con la bendición de la simiente, Dios también le había prometido a Abram una bendición de tierra ([Gn. 12:7](#); [13:14–17](#)). En [Génesis 15:7](#) Dios le recordó, “Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra.” Abram respondió, “Señor Jehová, ¿en qué conoceré que la he de heredar?” ([15:8](#)). Dios entonces instruyó a Abram que preparara ciertos animales designados para un evento especial; Dios mismo estaba a punto de entrar en un pacto con Abram. Después de que Abram preparó los animales, un sueño profundo cayó sobre él ([15:12](#)). Dios no reprendió a Abram por dormir, así como Jesús lo hizo más adelante en Getsemaní con Pedro, Jacobo, y Juan ([Mr. 14:32–40](#)). En esta ocasión el sueño fue por determinación de Dios. Dios tenía la intención de que su pacto con Abram fuera inalterable, a tal grado, que sólo Él quería tener la responsabilidad de su cumplimiento. Este no sería un pacto entre dos partes, condicionado por la conducta de ambas partes, así como el pacto que más tarde fue hecho entre Jacob y Labán en [Génesis 31:43–49](#). Todo pacto hecho tenía que ser ratificado, esto es, debía tener un punto oficialmente designado y reconocido en el cual entrara en vigor y así fue con este. [Génesis 15:18](#) afirma de manera concisa, “En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram.” Debemos señalar que sólo Dios ratificó su pacto; sólo Él asumió la responsabilidad de cumplirlo. Abram fue un instrumento humano de este pacto, pero las promesas fueron de tal magnitud, que sólo Dios podía garantizar su cumplimiento. Abram por sí solo no podía garantizar el cumplimiento de ninguna de las promesas del pacto —de la tierra, los descendientes, o la bendición a todas las naciones de la tierra— sólo Dios podía. Sin la

intervención activa y bendición de Dios, el pacto abrahámico nunca llegaría a cumplirse.

Mientras Abram dormía, Dios se preparaba para ratificar su pacto. [Génesis 15:12](#) contiene una descripción inusual de la presencia de Dios. La frase comienza con dos palabras cortas: “he aquí”, las cuales frecuentemente son pasadas por alto pero son cruciales. Sin exagerar, uno podría traducir la palabra en el original, “Ahora, ¡mira! ¡Esto es importante! ¡Presta atención!” —pero rara vez lo hacemos. Quizás la razón por la que la frase “he aquí” ocurre en este versículo es que la descripción de la presencia de Dios en las Escrituras es tan diferente a la mayoría de las otras descripciones. [Génesis 15:12](#) afirma, “he aquí que el temor de una grande *oscuridad* cayó sobre él.” O sea, el terror *era* la oscuridad. Entonces aquí, en esta declaración de la presencia de Dios, en el día en el que Dios ratificó el eternamente importante pacto abrahámico, lo hizo mediante oscuridad, tinieblas. Dios pudo haberse manifestado con luz, así como cuando su gloria llenó su tabernáculo y más adelante su templo, pero Él no escogió hacerlo así. En este caso Dios se reveló mediante tinieblas. Esto no encaja con nuestro entendimiento de Dios —y por buena razón— pero aún así es verdad. De hecho, la Biblia presenta otro ejemplo más en el que la presencia de Dios es acompañada por tinieblas, y es casi tan sorprendente como esta ratificación del pacto abrahámico de [Génesis 15](#).

Moisés le escribió a la generación que estaba lista para entrar en la tierra prometida. La generación original del éxodo había muerto en el desierto debido a su desobediencia y falta de fe en Dios. La nueva generación estaba lista para recibir la tierra que Dios le había prometido a Abram más de cuatrocientos años antes ([Gá. 3:15–17](#)). Gran parte de la historia del libro de Deuteronomio es el relato de Moisés como testigo ocular y en algunos casos les da información más específica de la mencionada en Éxodo, Levítico, o Números. Pero la razón primordial por la que el libro fue escrito era para encomendar a esta segunda generación. ¿Había aprendido algo la nueva generación de los fracasos de sus padres? Dios se había mostrado a sí mismo fuerte y fiel, pero también como quien ciertamente juzgaba los pecados cometidos contra Él. ¿Acaso la respuesta de la asamblea presente diferiría de la de sus padres? ¿Seguirían avanzando con fe en las buenas promesas de Dios, o ellos también se desviarían de Dios y recibirían un castigo parecido? A lo largo de Deuteronomio Dios presenta advertencia tras advertencia con la intención de que le temieran y le obedecieran, de que guardaran sus mandamientos, que caminaran humildemente delante de Él —y sobre todo, que nunca olvidaran que sólo Él era Dios. En la mayoría de los casos, esta generación obedecería, distinguiéndose por tener al noble Josué como su líder humano. Aunque estuvieron muy lejos de ser perfectos, fueron mucho mejores que la mayoría de las generaciones hebreas que los siguieron.

Después del éxodo de Egipto, Dios trajo a su pueblo físicamente redimido al monte Sinaí ([Éx. 19:1](#)). Dios instruyó y preparó a la nación de Israel para otro pacto que estaba a punto de hacer con ellos. Frecuentemente este pacto es llamado el pacto mosaico, la ley mosaica, o simplemente la ley.

[Éxodo 24:1–7](#) presenta el relato de la ratificación del pacto mosaico:

Dijo Jehová a Moisés: Sube ante Jehová, tú, y Aarón, Nadab, y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y os inclinaréis desde lejos. Pero Moisés solo se acercará a Jehová; y ellos no se acerquen, ni suba el pueblo con él.

Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho.

Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un

altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel.

Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová.

Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos.

Así entró la nación de Israel en un pacto obligatorio con su Dios hacedor y guardador de pactos. Este pacto difiere del pacto abrahámico en que Dios estableció requisitos obligatorios, que resultarían en que la nación fuera bendecida o maldecida por Dios.

Como mencionara antes, el relato en Deuteronomio ofrece detalles omitidos en el libro de Éxodo. Después del recuento de la historia de Israel comenzando con el envío de los espías en Cades-barnea, una vez más Moisés congregó a la nación de Israel para recordarles de sus obligaciones estipuladas en el pacto mosaico. En la entrega original de la ley, Dios se había manifestado a sí mismo al pueblo. Aunque esta no fue la única manera, una vez más Dios usó tinieblas como un aspecto de su presencia ante el pueblo. Moisés relató la manera en la que el pueblo se había acercado al monte Sinaí, y como “el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con *tinieblas*, nube y oscuridad” ([Dt. 4:11](#)). En el siguiente capítulo Moisés vuelve a señalar las tinieblas, diciendo, “Y aconteció que cuando vosotros oísteis la voz [de Dios] de en medio de las tinieblas...” ([Dt. 5:23](#)). Así como había sucedido con Abram cientos de años antes, la nación entera respondió a la presencia de Dios con gran temor ([5:25–27](#)). Al ratificar el pacto mosaico, el estándar por el cual Dios juzgaría al pueblo de su pacto, Israel, Dios volvió a usar tinieblas como un aspecto de su presencia especial. Las tinieblas no fueron el único medio registrado en Deuteronomio que Dios escogió para revelarse a sí mismo, ni fue el único medio que Él tenía a su disposición. Pero en dos incidentes en los que Dios ratificó pactos eternamente significativos, lo hizo rodeado por tinieblas.

De la misma manera, siglos después, el autor de Hebreos usó esta misma descripción. En [Hebreos 12:18–21](#), el escritor recordó a sus lectores lo aterrador que había sido el advenimiento de Dios en el monte Sinaí: “Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las *tinieblas* y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando.” Dios desplegó su presencia en el Sinaí, pero una porción importante de ella consistió en tinieblas terribles, oscuridad, y temor.

Pero el autor de Hebreos no quiso permanecer en el terrible despliegue de Dios demostrado en el pasado; si no que enfocó su interés en el otro pacto que Dios había ratificado. Al hacer un contraste entre el pacto mosaico y la era presente, el autor de Hebreos escribió lo siguiente en el capítulo [12:22–24](#):

“sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.”

Unas horas antes de su muerte, estando Jesús solo con sus discípulos, se desvió de la celebración normal de la pascua y les reveló esta verdad con implicaciones eternas: “Esto es mi

cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí... Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” ([Luc. 22:19–20](#); [1 Cor. 11:25](#)). Lo que Jesús dijo asombró a sus discípulos que con él estaban esa noche. Es muy probable que hasta hubieran exclamado con sorpresa, tal era la magnitud del pronunciamiento de Jesús. Los once que estaban con Jesús sabían exactamente de que hablaba; no necesitaban información adicional. No obstante, con frecuencia, nosotros leemos afirmaciones tremendamente significativas en la Palabra de Dios, sin comprender su importancia. Regresemos a su mundo para ver cómo sus discípulos habrían respondido en asombro total a lo que Jesús acababa de decir.

Parte de la estipulación del pacto mosaico era que si la nación de Israel obedecía a Dios, Él los bendeciría; si desobedecían, Él incrementaría progresivamente la disciplina con juicios más intensos. Por ejemplo, [Levítico 26](#) y [Deuteronomio 28](#) presentan bendiciones y consecuencias directamente relacionadas con la conducta de Israel ante su Dios. Una de las últimas cosas que Dios prometió fue que después de castigarlos repetidamente por sus pecados, si la nación aún se rebelaba, Dios eventualmente enviaría al pueblo al exilio en una tierra extraña ([Lv. 26:27–33](#); [Dt. 28:63–65](#)). Tal como el Antiguo Testamento frecuentemente muestra, aunque hubo generaciones que obedecieron, el pueblo de Dios rechazó tanto a Él como a su Palabra una y otra vez. Gran parte del ministerio de los profetas de Dios en el Antiguo Testamento consistió en llamar a la nación pecaminosa de regreso a la obediencia y a las estipulaciones del pacto mosaico, que habían establecido con Dios en el monte Sinaí. No obstante, mientras que ocasionalmente la nación se arrepentiría, así como durante los reinados del rey Ezequías ([2 Re. 18](#)) y el rey Josías ([2 Re. 22–23](#)), los avivamientos fueron breves y el pecado y la desobediencia más profunda seguían. Siendo fiel a su Palabra, Dios estaba a punto de enviar a la nación fuera de la tierra prometida al exilio a Babilonia, culminando con la destrucción de Jerusalén y el templo en el año 586 a.C.

El profeta Jeremías vivió en Jerusalén durante las últimas décadas antes del exilio babilónico. Fielmente llamó a Judá de regreso a la obediencia del pacto a su Dios —pero pocos prestaron atención. Dios le había revelado a Jeremías y a otros que Él había levantado a los babilonios para ser usados como un instrumento para castigar a su pueblo. El libro de Jeremías expresa la terrible pecaminosidad de Judá y las advertencias de la destrucción venidera de Jerusalén. Incluye un breve relato de la caída de la ciudad, y también de la situación miserable después del exilio. Sin embargo, en medio de la denuncia y condenación ya prometida pero pendiente, inmediatamente antes de que los invasores paganos llegaran, Dios presenta cuatro capítulos que apuntan a la restauración y bendición futuras para la nación de Israel ([Jer. 30–33](#)). El mismo Dios quien estaba a punto de traer un juicio severo, también prometía que Él mismo bendeciría, reedificaría, y restauraría lo que había juzgado tan severamente ([Jer. 31:27–28](#)). Antes de la primera violación, homicidio, y saqueo de la ciudad santa, Dios apuntó más allá de la disciplina de ese entonces, a un tiempo futuro de bendición para la nación. Es en este contexto en donde Dios revela algo asombroso, un acto de pura gracia: Dios haría un nuevo pacto con la casa de Israel y la casa de Judá ([Jer. 31:31](#)). El aspecto futuro de esto es visto en que tres veces en este contexto Dios comienza con la frase profética, “He aquí vienen días” ([Jer. 31:27](#), [31](#), [38](#)). Dios hizo un contraste entre el nuevo pacto que haría y el pacto bajo el cual la nación vivía en ese entonces, y que repetidamente violó, esto es, el pacto mosaico.

Esto es lo que Dios prometió en [Jeremías 31:31–34](#) a su pueblo que estaba por ser exiliado:

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui

yo un marido para ellos, dice Jehová.

Pero éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.

Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”

¡Qué promesas de pacto de Dios tan asombrosas! Él escribiría su ley en sus corazones; perdonaría sus iniquidades, no se acordaría más de sus pecados. Sin embargo, debemos señalar que Dios repetidamente usó el tiempo futuro (“haré”, “escribiré”, etc.) en referencia a este pacto. Dios había prometido que haría un nuevo pacto. Esta es una profecía y promesa como lo es cualquiera de las profecías mesiánicas tales como [Isaías 9:6–7](#). Dios había prometió que haría un nuevo pacto con la casa de Israel y la casa de Judá, pero en el libro de Jeremías no reveló cuándo lo haría.

Más de seiscientos años habían pasado desde que [Jeremías 31](#) fue escrito, y Dios aún no había ratificado el nuevo pacto. La nación había sido exiliada y luego regresó: pero sin el nuevo pacto. Las promesas quedaron como algo futuro —sin ser cumplidas. Juan el Bautista proclamó la llegada del Mesías —pero por lo menos de acuerdo a lo que se registra en las Escrituras, nunca incluyó el nuevo pacto en su enseñanza. El Mesías comenzó su ministerio prometido en la tierra. El nuevo pacto no mencionado en ninguna de las enseñanzas de Jesús.

Jesucristo nunca hizo referencia a este pacto de importancia eterna prometido por Dios, *hasta* que, estando solo con sus once discípulos, poco antes de Getsemaní, Jesús alteró la ceremonia sagrada de la pascua. Tal como [Lucas 22:20](#) lo señala, habiendo acabado de participar del pan, les presentó una bomba de revelación divina: “De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.” Décadas más adelante, al describir el relato que recibió del Señor acerca de esa noche, el apóstol Pablo escribió en [1 Corintios 11:25](#), “Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí.” Debemos señalar dos asuntos importantes. En primer lugar, ambas referencias al nuevo pacto incluyen el artículo definido “el”: es *el* nuevo pacto—el pacto específico, prometido por Dios, no meramente algún pacto nuevo de Dios en un sentido genérico. En segundo lugar, Jesús usó un tiempo presente para describirlo. Las referencias futuras ya no serían apropiadas en espera del pacto. Dicho de una manera simple, el nuevo pacto se convertía en un “es”, no un “será.”

Los otros pactos de Dios necesitaban ratificación para ser eficaces; el nuevo pacto de Dios también. Pero no sería durante la comida de la Pascua. La ratificación del nuevo pacto no se llevó a cabo la noche en la que Jesús fue traicionado. Lo que Jesús afirmó sucedería al día siguiente con la muerte del verdadero sacrificio de Pascua de Dios ([1 Cor. 5:7](#)). La sangre del nuevo pacto sería derramada en pocas horas; o dicho de otra manera, la ratificación del nuevo pacto ocurriría el día siguiente conforme Jesús ofrecía la copa del nuevo pacto en su sangre durante la crucifixión.

Dios usó tinieblas para manifestar su presencia cuando ratificó el pacto abrahámico y el pacto con Moisés. Las tinieblas no son necesarias para que un pacto de Dios sea ratificado. Por ejemplo, cuando Dios ratificó el pacto con Noé en [Génesis 9](#), no hay mención de tinieblas. Sin embargo, como hemos señalado, Dios puede escoger que haya tinieblas con Él. Como

consecuencia, no debe sorprendernos encontrar también tinieblas asociadas con la ratificación del nuevo pacto. Después de señalar que las tinieblas cubrieron la tierra, Lucas escribió que “el sol se oscureció” ([Luc. 23:45](#)). Este es el intento de un traductor por encontrar la armonía entre este versículo y la ciencia moderna o intentar expresarlo apropiadamente en español. Literalmente la frase dice, “el sol falló”, o “el sol falló de manera total”. El sol tenía una buena razón para fallar. Conforme la gloria de Dios ilumina cualquier tipo de tinieblas, así también las tinieblas de Dios oscurecen cualquier fuente de luz —sea el sol o cualquier otra cosa. Lo que ocurrió no se debió a una ausencia de luz; sino que más bien fue por el advenimiento de las tinieblas de la presencia de Dios. Este es el único ejemplo registrado en las Escrituras de las tinieblas conquistando la luz, y Dios quiso que notáramos la excepcionalidad de este evento. Algo extraordinario estaba ocurriendo dentro de las tinieblas en la cruz, y ese aspecto en particular nunca volvería a suceder de esa manera.

En respuesta a por qué las tinieblas cubrieron la cruz y toda la tierra, podemos resumirlo de esta manera: de la misma manera en la que los pactos con Abraham y con Moisés estuvieron rodeados de tinieblas cuando fueron ratificados, así también Dios usó tinieblas al ratificar su nuevo pacto en la sangre de Jesús. Esto obviamente demanda la presencia de Dios en la cruz. ¿Acaso Dios podía estar ausente de un pacto que Él mismo ratifica?

Ya hemos visto [Isaías 53](#) y cómo nos ayuda a entender lo que sucedió mientras Jesús colgaba en la cruz. Como recordatorio, [Isaías 52:13–15](#) es el comienzo y es parte importante del capítulo [53](#). Pero hay más. Algo más ocurrió en la cruz, algo que el mundo nunca habría conocido sin la revelación de Dios. Parte de lo que hizo que la copa que Jesús tomó, fuera diferente de todas las demás y también añadió a la tortura que desfiguró su cuerpo de manera extrema, fue este segundo elemento que sólo encontramos en Él: *Dios el Padre afligió e hirió a Dios el Hijo*. Satanás y la rebeldía del hombre jugaron un papel en particular en el crimen, y cada parte en particular es responsable ante Dios por sus acciones. No obstante, el Padre jugó un papel único en el sufrimiento de Jesús. [Isaías 53:4](#) afirma, “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por *herido* [o literalmente, “derribado”] *de Dios* y abatido.” Las personas descritas en este versículo, cuyas enfermedades fueron llevadas, entendieron claramente que Dios estaba juzgando divinamente a éste, pero erróneamente concluyeron que era debido a su propia iniquidad. [Isaías 53:6](#) muestra que de hecho, fue Dios hiriéndolo, pero con un propósito totalmente diferente: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; *mas Jehová cargó* [literalmente, “encontrarse”] en él el pecado de todos nosotros.” El lenguaje empleado en este versículo es asombrosamente similar a los eventos relacionados con el día de la expiación. [Isaías 53:10](#) afirma de manera concisa, “*Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento.*” Esto es más que permiso divino; esto es actividad divina. La segunda parte de este versículo ofrece la razón teológica por la que Dios tomó esta acción hacia su Hijo: “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje [literalmente, “simiente”], vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.” Dios bendeciría al Hijo por su obediencia aún hasta la muerte, pero la bendición vendría en algún momento designado en el futuro. La cruz fue el momento de azotar, no levantar. La Palabra lo demanda —en alguna manera única que *sólo* Dios lo podía hacer— y lo hace aún más allá de lo que [Isaías 53](#) revela.

Después de cantar un himno para cerrar el tiempo de la Pascua, Jesús se fue a Getsemaní con sus once discípulos ([Mt. 26:30](#)). El siguiente versículo, [Mateo 26:31](#) (también [Mr. 14:27](#)), afirma lo siguiente al citar una profecía mesiánica de [Zacarías 13:7](#): “Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas

del rebaño serán dispersadas.” La palabra griega que se traduce “heriré” de hecho significa golpear o derribar. Mientras que puede tener un sentido más suave de “toque” o “toque ligero” (como cuando el ángel toca el muslo de Pedro en [Hechos 12:7](#)), generalmente es usada para describir un golpe fuerte o derribar. Por ejemplo, la misma palabra se usa de Moisés “hiriendo al egipcio” en [Hechos 7:24](#). Juan también usa la misma palabra en referencia al regreso del rey, en donde la espada del Mesías será el medio por el cual va a “herir con ella a las naciones” ([Ap. 19:15](#)). Cuando Jesús estaba pronto a ser arrestado, los discípulos llenos de pánico clamaron, “Señor, ¿heriremos [misma palabra] a espada?” ([Luc. 22:49](#)). Uno de ellos no esperó que le diera permiso: “Pero uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo [misma palabra] a un siervo del sumo sacerdote, le quitó la oreja” ([Mt. 26:51](#); también [Mr. 14:47](#); [Luc. 22:50](#)). [Juan 18:10–11](#) identifica al atacante como Pedro.

Pero necesitamos ver más de cerca lo que Jesús dijo. El Mesías usó un pronombre en primera persona singular: “heriré”, no el plural “heriremos”: “Heriré al pastor”, no “Herirán”. ¿A quién se refiere la palabra “heriré”? La cita completa de [Zacarías 13:7](#) demanda de manera única el involucramiento activo del Padre: “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hierre al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y haré volver mi mano contra los pequeñitos.” Mientras que los agentes humanos y satánicos estuvieron involucrados, la Palabra demanda que en forma deliberada y específica el Mesías del Padre fuera herido por el Padre mismo —algo que nunca sabríamos a menos de que Dios lo revelara. En algún momento en la narración de la crucifixión, para que las Escrituras se cumplieran, debe haber una herida divina al Pastor de Dios por parte de Dios mismo. Muchos comentaristas que han escrito acerca de [Zacarías 13:7](#), mientras que no hablan de sus ramificaciones, señalan que de la misma manera que el pastor inútil de [Zacarías 11:17](#) será herido, ahora será el Pastor de Dios el que es herido. En cierta manera sorprendidos por lo que el versículo revela, pero deseando evitar el desviarse de la Palabra de Dios, muchos concluyen que aparentemente El que usa la espada contra el Hijo es Dios mismo.

Y así fue. El arresto preparó el escenario para el uso de la espada de Dios, pero había mucho más por venir todavía.

Las películas que representan los eventos de la crucifixión, concentran su atención primordialmente en el dolor físico causado por agentes humanos, porque eso es algo que aún los incrédulos entienden acerca de los horrores de una crucifixión. La brutalidad física es el foco de atención porque frecuentemente eso es todo lo que pueden comprender. El lado espiritual —al cual Jesús repetidamente se había referido— permanece escondido al mundo en general, pero aun así es una realidad y una gran parte del dolor que Jesús soportó en la cruz. Aún de manera más directa, la agonía del dolor espiritual fue la razón primordial por la que su imagen fue más desfigurada que la de cualquier otro hombre, conforme el Hijo soportaba esta porción de la copa que el Padre le había dado en la eternidad pasada, la que sólo Él podía tomar.

Si regresamos al tiempo de las seis horas cruciales de la crucifixión, el siguiente escenario emerge. Satanás y sus fuerzas atacaron a Jesús durante las primeras tres horas. Después, en medio de su ataque atroz, Dios el Padre se acercó a Dios el Hijo. Satanás y sus legiones no sabrían exactamente por qué el Padre había venido a la cruz. Si los ángeles santos habían tenido dificultad en entender lo que Dios estaba por hacer ([1 Pe. 1:12](#)), ¿cuánto menos el mundo demoníaco? Habiendo temido siempre al Hijo aún en su humildad, ¿cuánto más temblarían los demonios en la presencia del Dios Todopoderoso? ¿Podrían haber concluido que el Padre había venido para vengar a su Hijo? Debido a que temían a Dios, es muy probable que se hayan dispersado rápidamente en terror, de igual manera en que lo habían hecho repetidamente cuando

se encontraron con el Hijo en su humildad a lo largo de los relatos de los Evangelios.

Parece mejor entender que la hora de autoridad de Satanás concedida por Dios hubiera concluido a esta altura. A partir de este momento, él ya no jugaría un papel importante en la crucifixión; las Escrituras ya no vuelven hacer referencia a él en relación a la crucifixión. Lo que sucedería a continuación quedaba únicamente en las manos del Padre. Jesús había soportado tanto ya, y solo la mitad del tiempo de su crucifixión había transcurrido. Los dos aspectos más horribles de su sufrimiento estaban comenzando. Nadie necesitaba explicarle ni a la esfera angelical ni demoníaca la pregunta clave: ¿qué haría Dios Padre una vez que se acercara al Hijo?

Para el asombro del mundo angelical y seguramente para la absoluta incredulidad de Satanás y sus ángeles, el Padre comenzó a herir al Hijo con ira —violenta ira, venganza divina derramada sobre la única ofrenda de transgresión capaz de recibirla ([Is. 53:10](#)). Aproximadamente dos mil años antes en [Génesis 22](#), Dios había instruido a Abraham que debía sacrificar a Isaac, su hijo, con su propia mano. La instrucción no fue para que otra persona realizara el sacrificio. En una orden que resonaría como la de otro Padre y su amado Hijo, revelado más tarde en [Juan 3:16](#), Dios mandó al padre, Abraham diciéndole: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” ([Gn. 22:2](#)). En el relato de Génesis, el Ángel de Jehová intervino para detener el sacrificio de Abraham; muchos siglos después, con su propio Hijo, el Padre no detendría la ejecución. Manteniendo la imagen del retrato profético establecido por Abraham e Isaac, Dios levantaría su propia mano contra su Hijo, su único Hijo a quien amaba.

Jesús permaneció en silencio durante esta fase de su sufrimiento —el cordero en silencio delante del Príncipe de los trasquiladores ([Is. 53:7](#)). Durante tres horas Jesús soportó un tormento inenarrable, únicamente comparable con la capacidad santa del Padre de herir con tanta severidad al que amaba de una manera tan infinita.

Jesús logró tanto en el día de su muerte, mayormente revelado por Dios más adelante en las epístolas. Una certeza vital que sabemos ocurrió: el Hijo llevó la ira total de Dios al grado necesario para satisfacer el estándar de santidad de Dios. Nosotros que tenemos una perspectiva limitada, no podemos entender ni lo sublime que es la santidad de Dios, ni la enormidad del sacrificio necesario para expiar aún *un* solo pecado, que por cierto, un pecado fue suficiente para la resultante muerte, maldición y expulsión de la presencia de Dios, en el relato de [Génesis 3](#). Sólo Jesús podía entender de manera empírica lo que se necesita para llevar el peso del pecado al grado necesario de apaciguar a un Dios santo. ¿Cuánto menos podemos nosotros comprender el peso de los pecados cumulativos de una vida entera, y mucho menos si incluimos el pecado otros? Quizás este es un aspecto del deseo de Pablo en [Efesios 1:17–19](#), “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos.” Parte de este entendimiento viene en una percepción más profunda de la entrega magnánima del Padre de su Hijo al mundo, como también la entrega noble del Hijo de sí mismo —y lo que el Hijo recibió en nuestro lugar excede universalmente cualquier descripción que cualquiera pudiera imaginarse.

Cuando uno inicialmente considera, el hecho de que Dios mismo derramara su ira sobre su propio Hijo podría parecer imposible o absurdamente cruel para algunos. Después de todo, esto difícilmente se oye como un Dios amoroso. Parte de la razón por la que este concepto parece tan extraño es que muchas iglesias y aún de las que se consideran en un cristianismo ortodoxo, han virtualmente erradicado el concepto de la ira de Dios de sus enseñanzas. El hombre natural nunca

entiende verdades doctrinales tan profundas, ni las evalúa apropiadamente ([1 Cor. 2:14](#)), porque dicho concepto se origina en la persona y mente de Dios —no en la mente del hombre caído. El hecho de que Dios en realidad muestra ira santa es con frecuencia, ignorado deliberadamente en iglesias padeciendo de hambruna espiritual, y que diluyen la enseñanza bíblica, pero nunca ha sido borrado de la persona de Dios o de su Palabra —y eso es todo lo que importa.

La ira de Dios ha sido apropiadamente definida como un profundo arraigado y ardiente enojo en contra del pecado cuando se contrasta con la santidad perfecta de Dios. Las Escrituras indican que el espectro de la ira de Dios es inmensamente amplio, como [Romanos 1:18](#) indica: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres”. Este es un concepto que de ninguna manera debemos pasar por alto ni tomarlo a la ligera; la ira de Dios está en contra de *toda* impiedad y *toda* injusticia. Esta ira no es sólo en contra de lo que consideramos hechos despreciables cometidos por el más vil de los viles, sino en contra de *toda* impiedad y *toda* injusticia. Esto incluye nuestros pensamientos y acciones pecaminosas: cada uno de ellos —los peores y aún los más pequeños y simples. Buscando un contraste entre la posición espiritual de los salvos y los no salvos, el apóstol Juan escribió, “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la *ira de Dios está [permanece] sobre él.*” ([Juan 3:36](#)). Juan empleó un verbo en presente en el griego; la ira permanente de Dios es una condición continua y perpetua que ni cambia ni puede cambiar por su propia iniciativa. En esta etapa, los perdidos normalmente no entienden —o no creen— que la ira de Dios está actualmente sobre ellos. No obstante, así es. A menos de que este estado sea drásticamente alterado mediante una nueva vida en Cristo, la condición solo cambia de ira presente posicional a la ira de Dios permanente experimental. En otras palabras, la ira que ya está sobre ellos pero no es manifestada al momento, entonces se convertirá en la tortura experimentada por la eternidad, la cual con toda certeza conocerán por los siglos de los siglos.

La ira de Dios involucrará hechos catastróficos para aquellos que están en la tierra, pero eso no es todo. La muerte no es un escape de la ira de Dios; por el contrario, aquellos que no obtienen salvación durante su vida terrenal entrarán a la ira eterna, permanente y activa de Dios. Las Escrituras demuestran esto. Por ejemplo, en [Apocalipsis 6:16–17](#), después de los primeros seis sellos, los aterrados habitantes durante el tiempo de la tribulación clamarán a las montañas y rocas, “Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; *porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?*” Dicho de una manera diferente, el derramamiento de la ira de Dios no es sólo un evento sino más bien la entrada a una condición eterna. El destino eterno de los perdidos puede ser visto en [Apocalipsis 14:9–11](#):

Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, *él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira;* y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.

El contexto del pasaje previo se relaciona con los adoradores de la bestia durante la tribulación, pero esta descripción no necesita ser restringida a este grupo debido a que no serán los únicos que beberán la fuerza total de la ira de Dios y que serán atormentados para siempre. [Apocalipsis 19:15](#) describe el regreso de Jesús de esta manera: “De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y *él pisa el lagar del*

vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso". Un aspecto de esta ira divina sigue más adelante con el juicio del gran trono blanco ([Ap. 20](#)), el cual culmina con la condenación eterna de los no redimidos siendo arrojados al lago de fuego.

Nosotros que somos salvos debemos registrar esto en lo profundo de nuestro ser: *toda* referencia a la ira de Dios que será derramada sobre los no redimidos, nosotros merecemos. *Toda* referencia acerca de recibir la ira total de Dios fue verdad en un tiempo para nosotros —y estuvo sobre nosotros en un tiempo—y sería tan real para nosotros ahora a menos de que Dios hubiera aceptado un sacrificio satisfactorio para remover su ira de nosotros. ¡Cuán grande entonces es nuestra salvación para aquellos que estamos en Cristo Jesús!

En [Romanos 5](#) el escritor comienza declarando que los redimidos poseen paz con Dios ahora ([5:1](#)), luego Pablo sigue desarrollando aún más el enorme privilegio que Dios le concede a sus redimidos: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, *por él seremos salvos de la ira*” ([Ro. 5:8–9](#)). Los verdaderos hijos de Dios nunca tienen que preocuparse por la ira de Dios en referencia a su identidad y destino eternos; es una imposibilidad bíblica que la ira de Dios esté sobre un verdadero hijo de Dios. [Primera de Tesalonicenses 1:10](#) afirma que es Jesús “quien nos libra de la ira venidera”. Más adelante en la misma carta, Pablo escribió, “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” ([5:9](#)). No obstante, la ira de Dios debe permanecer en la mente de un creyente debido a dos razones importantes: en primer lugar, en gratitud a Dios por quitar su ira de sobre ellos y en segundo lugar, al presentar oración intercesora por los perdidos sobre quienes la ira de Dios permanece en el presente.

Un intercambio sin medida se lleva a cabo cada vez que alguien es salvo. Qué enorme es la transición para alguien que, dice literalmente en el texto, “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” ([Col. 1:13](#)). La redención no se restringe meramente al escape del infierno. La salvación incluye el llevarnos a una relación correcta entre pecadores corruptos y contaminados y un Dios puro y santo. Dicho de una manera simple, en el momento de la salvación, uno es totalmente reconciliado con Dios, conforme él quita para siempre su ira de sobre nosotros. [Segunda de Corintios 5:14–20](#) proclama de una manera tan hermosa esta verdad eterna:

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así.

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.

Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.”

Dios reemplazó su ira con una *total* reconciliación entre Él y nosotros, los redimidos. El contraste entre las dos condiciones emite continuamente sus diferencias a lo largo de la

eternidad: muerte —ahora vida; ira divina permanente —ahora paz; condenación total —ahora reconciliación.

No obstante, la verdad de [2 Corintios 5:18](#) no debe ser algo que leemos de manera ligera y después la hacemos a un lado en nuestros pensamientos: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo”. Necesitamos entender esto mejor y valorar lo que sucedió en la cruz. Nuestros pecados no se fueron por sí mismos, no se evaporaron. Nuestros pecados no desaparecieron mediante algún tipo de borrador divino. Nuestros pecados fueron llevados por Aquel de quien la Escritura habla. Como hemos visto previamente, [Colosenses 2:13–14](#) apoya esto: “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y *clavándola en la cruz*”. Nuestros pecados fueron clavados a la misma cruz a la que Jesús fue clavado. *Él* estuvo ahí; y en una manera reconocida únicamente por Dios, también estuvieron nuestros pecados.

Las Escrituras afirman una y otra vez que Jesús llevó nuestros pecados en su cruz. De nuevo, los pasajes de [Isaías 53](#) revelan esto: “Ciertamente *llevó él* nuestras enfermedades” ([Is. 53:4](#)). En el mismo capítulo: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y *llevará las iniquidades de ellos*. Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo *él llevado el pecado* de muchos, y orado por los transgresores” ([Is. 53:11–12](#)). El apóstol Pedro se refirió a este mismo concepto cuando escribió su primera epístola, afirmando que, “*llevó él mismo* [enfático en el griego] *nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero*, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” ([1 Pe. 2:24](#)).

Jesús llevó nuestros pecados en la cruz —no sólo al final de la crucifixión cuando murió. A lo largo de su crucifixión *Él* los llevó, pero de una manera única, las últimas tres horas de la cruz fueron las más intensas. Debemos recordar que “la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia” ([Ro. 1:18](#)). Entonces, ¿cómo derramó el Dios santo su ira sobre Jesús por toda nuestra impiedad e injusticia? Las Escrituras lo afirman claramente con una oración que nos llevará toda la eternidad entenderla de manera plena —si es que llegamos a hacerlo. La última oración en [2 Corintios 5](#) resume lo que Pablo ha estado explicando. La razón por la que somos reconciliados con Dios se reduce a esta verdad revelada y eternamente sublime: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” ([2 Cor. 5:21](#)).

Frecuentemente y de manera casual cantamos canciones o leemos acerca de que “la ira de Dios fue totalmente satisfecha” en Jesús, y esto muchas veces sin considerar la magnitud de esa afirmación. Pero debemos detenernos y considerar esto porque es vital importancia para nuestra reconciliación con Dios. ¿Acaso la ira de Dios fue en realidad totalmente satisfecha a través de la sangre de Jesús? Obviamente esto es verdad como lo es evidente a partir de múltiples referencias que hemos visto. Pero consideremos esto: para que Jesús satisficiera la ira de Dios, en algún punto *Él* tuvo que recibir la ira de Dios. Para *recibir la ira de Dios*, Dios tuvo que *derramar su ira* sobre su Hijo. Entonces la pregunta es: ¿en qué momento recibió Jesús la ira de Dios? ¿Mediante quién la recibió? La ira de Dios debe venir *de* Dios. Este debe ser un acto directo de Dios; *no puede* ser un hecho secundario. Mientras que Dios puede usar ángeles para administrar su ira ([Ap. 15:1](#)), aún es su ira. No hay otros seres que posean la ira de Dios. Los ángeles buenos no pueden. La ira de Satanás de ninguna manera se equipara a la ira de Dios. ¿La humanidad

caída? Difícilmente. La ira de Dios viene únicamente de Dios.

Consideremos entonces lo absurdo de la siguiente pregunta: ¿Acaso aquellos que finalmente reciban la ira de Dios, la notarán, la sentirán, o responderán de alguna manera cuando ocurra? ¿Acaso aquellos en quienes la ira de Dios permanece actualmente ([Jn. 3:36](#)), pero aún no reciben sus consecuencias totales, cambiarán de alguna manera cuando finalmente la reciban de manera total? [Mateo 25:30](#) describe aquellos que están atormentados como viviendo en un lugar en donde “será el lloro y el crujir de dientes”. En [Apocalipsis 14:10–11](#) vemos que cada uno de los adoradores de la bestia, beberá “del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos”. Es interesante señalar que el pasaje de [Apocalipsis 14](#) usa la misma terminología de beber de la ira de Dios de una copa dada a ellos por Dios.

Completamente vivos y totalmente conscientes —y completamente atormentados— cuando la ira de Dios es derramada. ¿Sería algo menor para Jesús? ¿Lo notaría? ¿Lo sentiría? El Cordero de Dios conocería y sentiría cuando Dios derramara su ira sobre Él, de una manera eternamente mayor de lo que tenemos la capacidad de comprender.

Jesús llevó nuestros pecados, pero también llevó la ira de Dios por todos los creyentes.

La Biblia no revela la manera exacta en que Dios derramó su ira sobre su Hijo. A partir de la Palabra sólo sabemos que lo hizo porque vemos que su sacrificio fue suficiente y aceptado. El Hijo agotó la ira de Dios para los redimidos. Fuera lo que fuera que Dios demandó para que su ira fuera recibida y satisfecha, *Él* tenía que derramarla, así como lo hará en [Apocalipsis 14](#) y en otros lugares. Lo que Dios demandó para que su ira fuera recibida y satisfecha, Jesús lo logró de manera total, entera y completamente en la copa del nuevo pacto en su sangre —como parte de la copa que sólo Él podía beber.

Dios no hizo de Jesús un pecador, Dios no trató a Jesús como si fuera pecaminoso.

“Al que no conoció pecado...”

Tenemos tal sumo sacerdote, santo, inocente, sin mancha,
Apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos ([Heb. 7:26](#)).
Tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado ([Heb. 4:15](#)).
Quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca ([1 Pe. 2:22](#)).
Y quien no hay pecado ([1 Jn. 3:5](#)).

“...por nosotros lo hizo pecado...”

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo
Contra toda impiedad;
Contra toda injusticia ([Ro. 1:18](#)).
Porque la ira de Dios estuvo una vez —sobre Él— quien se convirtió en pecado por nosotros ([Jn. 3:36](#); [2 Cor. 5:21](#)).

“...para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

La ira de Dios derramada en Jesús hizo del tormento previo por parte de Satanás, algo minúsculo en términos de comparación. Lo que Satanás le hizo a Jesús de ninguna manera se compara con lo que el Padre podía hacer —y, de hecho, lo que el Padre hizo.

Dios demandó apaciguamiento por el pecado —no Satanás.
Sólo Dios tiene un estándar divino de justicia —no Satanás.

Sólo Dios tenía la capacidad de derramar ira *divina* —no Satanás.

Sólo Dios se preocupó por la expiación de los pecados de los redimidos —no Satanás.

Dios colocó la totalidad del pecado del mundo en su Hijo; Jesús llevó la totalidad del pecado del mundo ([Juan 1:29](#)). Conocemos este concepto en principio, pero debemos detenernos aquí. Nuestras limitaciones actuales nos fuerzan a esperar hasta que lleguemos al cielo, para que Jesús nos los explique personalmente porque nadie más que Jesucristo conoce por experiencia lo que se necesita para apaciguar la justicia de Dios y absorber su ira aún por *uno* de nuestros propios pecados, mucho menos por los pecados acumulados de nuestra vida entera. Aquellos de nosotros que hemos sido redimidos, disfrutamos de esto que ha sido hecho a nuestro favor; los ángeles nunca han experimentado personalmente la gracia y el perdón. Aquellos que soportarán el infierno eterno no habrán satisfecho la demanda de un pecado que hayan cometido aún después haber estado ahí por mil años. Solo Jesús por experiencia conoce lo que se necesita.

El mero pensamiento de la carga acumulada del pecado de uno —por no mencionar el peso de todo pecado cometido desde Adán en adelante— nos abrumba. Por lo menos el ofensor más vil que recibirá la ira de Dios, no llevará la ira que otros merecían. Para aquellos que dicen que la muerte de Jesús únicamente fue por los elegidos, aún la magnitud de lo que llevó va más allá de nuestra capacidad de comprensión: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de *todo* linaje y lengua y pueblo y nación” ([Ap. 5:9](#)). No poseemos facultades espirituales o mentales para entenderlo completamente. Nos sería más fácil pensar en numerar los granos de arena de todas las playas en el mundo, nombrando a cada grano en particular, y después recordar el nombre de cada grano de arena. Multiplique esto por billones, y comenzará a entender algo de la profundidad del amor de Dios a través de Jesucristo. Ni siquiera podemos empezar a comprenderlo —la magnitud de una propuesta como esa descansa únicamente en la Deidad. No es sorprendente que los ángeles fervientemente desean mirar las cosas relacionadas a la salvación. Ningún otro acontecimiento en la historia pasada o presente, siquiera se compara de manera remota al amor divino demostrado en ese día oscuro —conforme el siervo de Yahvéh fue desfigurado más de lo que cualquier persona ha enfrentado o vivirá.

Dios no le dio la espalda a Jesús conforme el Cordero expiaba por los pecados. Durante las tinieblas, el Padre miró fijamente al Hijo. Cada uno sabía lo que el otro estaba haciendo durante este segundo aspecto de la copa que el Padre había determinado que su Hijo debía beber. ¿Es sorprendente que fue desfigurado más que cualquier hijo de Adán lo había sido ([Is. 52:14](#))? ¿Cómo era posible que Él no lo estuviera?

Durante tres horas —la ira divina azotó y fue recibida por el único que podía recibirla.

Durante tres horas —sumisión silenciosa, deliberada por parte del cordero de Dios, el siervo de Yahvéh.

Durante tres horas —Jesús llevó la carga completa de pecados pasados, presentes, y futuros.

Durante tres horas —el Padre hirió al Hijo con la ira total que sólo Él podía derramar.

Y luego —se detuvo.

CAPÍTULO CUATRO

LA SEPARACIÓN

Éste es el capítulo más corto que jamás he escrito. No digo esto como una queja; algunas veces una verdad profunda presentada por sí sola, sobresale más que si estuviera en medio de otras verdades relacionadas. Frecuentemente la gente pone más atención a un diamante solitario colocado en un terciopelo negro, que a varios diamantes agrupados entre otros artículos de joyería. Espero que esta verdad amarga por un lado y dulce por otro en este capítulo, también sobresalga por sí sola. Puede estar aislada, pero no será olvidada. De hecho, me atrevo a predecir que usted ponderará esta verdad muchas veces a lo largo del resto de su vida.

Comenzamos la tercera y última fase de lo que hizo que la copa de Jesús fuera de manera única lo que sólo Él podía beber, como también lo que hizo que su apariencia fuera diferente a la de cualquier otro. Las dos fases previas han acabado; en primer lugar, el soportar la ira de Satanás durante su hora de las tinieblas permitidas por Dios, y en segundo lugar, y mucho más intensa que la primera, el Hijo soportando la ira total de Dios a un grado suficiente como para expiar por los pecados. Sin embargo, por más horrendas que estas dos fueron, un elemento quedaba pendiente. La tercera parte de su copa fue la última; la tercera parte fue la más corta —y al mismo tiempo la tercera fue incalculablemente la más insufrible.

Mateo, Marcos y Lucas registran las tinieblas sobre la cruz de Cristo, que cubrieron la tierra entera desde alrededor del mediodía hasta alrededor de la novena hora, esto es, las 3:00 de la tarde. Como ya hemos visto previamente, los tres autores usan la palabra *hasta* al describir las tinieblas: las tinieblas duraron *hasta* la novena hora ([Mt. 27:45–46](#); [Mr. 15:33](#); [Luc. 23:44](#)). Es en la hora novena que Jesús clamó, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ([Mt. 27:46](#); [Mr. 15:34](#)). La inferencia que cada escritor de los Evangelios da, es que las tinieblas cesaron antes de que Jesús clamara a Dios Padre. A partir de la información dada en las Escrituras parece que las tinieblas tuvieron un advenimiento y partida específicos; se acercaron, permanecieron, y después se fueron. Quizás su llegada fue instantánea; quizás llegaron lentamente pero de manera notoria. Quizás las tinieblas se podían ver desde lejos, conforme se acercaban; quizás hasta se sintieron como en [Éxodo 10:21](#): “Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tanto que cualquiera las palpe”. No tenemos suficiente información para estar seguros, pero las tinieblas tuvieron un principio definido que habría sido notorio para los testigos de la crucifixión. También habrían notado la partida de las tinieblas —y fue sólo eso, un alejamiento. Las tinieblas no se desvanecieron en la luz; las tinieblas se quitaron del escenario. El advenimiento de unas tinieblas previamente desconocidas habría alarmado a toda la gente de la tierra. La desaparición de unas tinieblas inexplicables también habría causado gran asombro para aquéllos que estuvieron presentes. El efecto general que esto habría tenido en la gente nunca los habría dejado, aún si no comprendían lo que estaba ocurriendo. [Lucas 23:48](#) señala, “Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el

pecho”. Obviamente sabían que algo único se había llevado a cabo en medio de ellos.

El clamor de Jesús a Dios Padre fueron sus primeras palabras registradas en tres horas. Su grito habría sacudido a los sombríos testigos y observadores. Sin duda alguna, la llegada de las tinieblas habría asustado a algunos que antes habían estado blasfemando y ridiculizando a Jesús. Quizás pensando que una tormenta intensa se aproximaba, probablemente muchos regresaron al refugio de sus hogares. Después de todo, Jesús no se iría a ningún lado.

Luego, después del prolongado silencio, después de las tinieblas, la Luz del mundo clamó en agonía a Dios el Padre, “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” Algo terrible había sucedido —una separación divina nunca antes experimentada, y una que nunca volvería a ocurrir. Desde ese momento único en la historia, los eruditos bíblicos han debatido el significado e importancia de este abandono del Hijo por parte del Padre. Como con prácticamente todo tema en estudios bíblicos, varias respuestas emergen como posibles soluciones. En base a lo que hemos aprendido en los capítulos anteriores, podemos considerar una explicación lógica y bíblica.

Adán, el primer hombre, conoció la separación de Dios y la contaminación resultante después de la caída. Con el primer pecado de la humanidad, el hombre entró en una relación dislocada con el Padre celestial. Adán reconoció inmediatamente este estado alterado, teniendo una base experimental a partir de la cual podía hacer una comparación. No atravesó por una separación total de Dios, pero de igual modo, tampoco volvió a disfrutar de la comunión pura, incontaminada con su Creador mientras vivió en la tierra caída. Eventualmente en el cielo, Adán renovaría lo que una vez poseyó con Dios —e infinitamente más allá de lo que había experimentado previamente. Sin embargo mientras vivió en la tierra, Adán disfrutó únicamente de una comunión fracturada. La comunión con Dios existía, pero el pecado distorsionó su capacidad de manifestarse a sí misma plenamente, como aún sucede en nuestro caso el día de hoy. De la misma manera, aquellos que somos salvos, actualmente disfrutamos de comunión con Dios ([1 Jn. 1:3](#)), pero hay un fuerte contraste con lo que viviremos en el cielo. Un día veremos a Jesús cara a cara ([1 Co. 13:12](#)), y seremos como Él ([1 Jn. 3:2](#)). En cierto sentido para nosotros es mejor que Adán debido a nuestra ignorancia espiritual, es decir, no conocemos por experiencia propia la riqueza de la comunión total con Dios sin resto alguno o efecto del pecado, y la agonía subsecuente de que nos sea quitada de nuestra vida en la tierra.

Pero Jesús sí la conoció. [Juan 1:1](#) afirma, “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”. Al escribir “el Verbo era *con Dios*”, Juan usó una frase griega más elaborada que presenta una comunión íntima, cara a cara. A lo largo de la eternidad pasada, la Trinidad se deleitaba en una comunión recíproca. No obstante, en el punto en que María concibió a Jesús, una separación de esta comunión celestial se llevó a cabo. El pecado no jugó parte alguna al robarle a Jesús su comunión con Dios Padre y Dios Espíritu Santo; su separación de la gloria total de Dios surgió de gracia y amor. La salvación demandaba el sacrificio necesario, y el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo poseía de manera única esta capacidad. Pero para llevar a cabo la liberación de la humanidad, Jesús tuvo que hacer a un lado su relación íntima, cara a cara, de comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Mientras estuvo en la tierra, Jesús tuvo una comunión libre con el Padre como ningún otro hombre desde Adán la había tenido —y mucho más allá de lo que Adán había conocido. Sin embargo, la comunión total de la Deidad no podía ser disfrutada mientras Cristo caminaba sobre la tierra como hombre.

En [Filipenses 2:6–7](#) el apóstol Pablo describe el tremendo paso descendente que Jesús dio de la gloria a la encarnación: “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante

a los hombres”. Cuando Jesús se vació a sí mismo, abandonó su comunión total, íntima con el Padre en su esfera de gloria, rodeado por la adoración de sus huestes celestiales, y escogiendo caminar entre —y aún convertirse en parte de —su propia creación. Aunque tenía comunión con su Padre a lo largo de su ministerio terrenal, Jesús anhelaba la comunión profunda que la Trinidad había disfrutado previamente a lo largo de la eternidad pasada. Apenas horas antes de su muerte, en su oración sacerdotal de [Juan 17](#), Jesús ofreció su perspectiva —la cual nunca habríamos conocido a menos de que Él la hubiera revelado: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” ([17:5](#)). Cristo compartía una comunión gozosa con el Padre durante su humillación, pero con la excepción de la Transfiguración, no compartía su gloria. Cuarenta días después de su resurrección ([Hec. 1:3](#)), Jesús recibiría una vez más la gloria que apropiadamente merecía; de hecho, gloria aún más allá de la que hizo a un lado cuando vino a la tierra, regresando al cielo como el Conquistador divino ([Ap. 4-5](#)).

Pero antes de regresar a la gloria divina y al deleite de su comunión restablecida —comunión que no podremos comprender hasta que estemos absortos en ella en el cielo— Jesús enfrentó un momento de separación total de Dios Padre.

Pregúntele a cualquier persona lo que piensa acerca del infierno y muchos le dirán que el infierno es el lugar en donde las personas malas van para ser castigadas por el diablo. Sin embargo, las Escrituras no dicen esto. De hecho, lo opuesto sucederá. Dios originalmente preparó el infierno para Satanás y sus ángeles ([Mt. 25:41](#)). Satanás no es el amo soberano del infierno; el infierno es el destino final de Satanás, el lugar en donde será atormentado día y noche a lo largo de toda la eternidad ([Ap. 20:10](#)). Satanás teme el infierno; tiene buena razón para hacerlo. Otros que son cuestionados acerca del infierno describen las llamas y la agonía, la cual las Escrituras apoyan ([Mr. 9:43-49](#)). Mientras que estas cosas son verdad acerca del infierno, otros pasajes bíblicos ofrecen otra perspectiva que quizás no hayamos considerado.

Jesús presentó una descripción diferente que generalmente no es señalada ni usada por la mayoría de las personas cuando describen el infierno. En tres ocasiones diferentes en Mateo, Jesús se refirió al infierno como “las tinieblas de afuera”. [Mateo 8:12](#) registra a Jesús diciendo, “mas los hijos del reino serán echados a *las tinieblas de afuera*; allí será el lloro y el crujir de dientes”. [Mateo 22:13](#) y [25:30](#) expresan lo mismo usando palabras idénticas para describir las tinieblas. Cada una de las tres referencias en el texto griego tiene un artículo definido antes de la palabra *tinieblas* y antes de la palabra *afuera*, describiéndolas como *las tinieblas de afuera*. Cada referencia es seguida por la palabra “allí” o “en ese lugar” (“*en ese lugar* será el lloro”). Cada referencia tiene la preposición “a” antes de ella (“serán echados *a las tinieblas de afuera*”).

La triple referencia por parte de Jesús a las tinieblas de afuera es una descripción intrigante. “Afuera” o “de más afuera” es un término de especificidad. La palabra se usa sólo en estos tres versículos del Nuevo Testamento griego y por lo tanto, no podemos buscar en otros lugares para comparar otros términos o encontrar mayor claridad. Pero la descripción misma da pie a ciertas consideraciones. Si las tinieblas de afuera existen, por implicación debe haber algo con lo cual compararlas. En otras palabras, algo hace que sean las tinieblas de *afuera*. De otra manera sólo existirían las tinieblas.

Posiblemente las tinieblas de afuera es el lugar en donde aquéllos que residen en tinieblas internas van en su muerte. Al escribir a los efesios, Pablo advirtió a los lectores a no vivir sus vidas como las habían vivido antes de recibir a Cristo: “que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios” ([Ef. 4:17b-18a](#)). De manera aún más específica, Pablo le recordó a los Efesios que “en

otro tiempo erais tinieblas” ([5:8](#)). Pablo escribió de una condición o identidad, no un ambiente. Ellos en otro tiempo eran tinieblas —no que meramente estaban *en* tinieblas. Antes de recibir la salvación toda persona existe en este estado de tinieblas espirituales. Si esta condición no es remediada por la salvación a través de la Luz del mundo, aquellos que mueren con tinieblas internas existirán para siempre, atormentados en las tinieblas de afuera.

Hay otra posibilidad con la que podemos comparar las tinieblas de afuera como contraste, lo cual puede presentar una mejor solución. Como siempre, tesoros en la palabra de Dios demandan que escarbemos y profundicemos para llegar a ellas.

Una manera de definir las tinieblas de afuera es contrastarlas con lo que no son. Debido a sus naturalezas opuestas, la mejor descripción del infierno sería la diferenciación entre el infierno y la gloria de Dios, ya que la gloria de Dios es un aspecto del dominio de Dios (tal como en [Isaías 6](#)). Como vimos en [Juan 17:5](#), el Hijo fervientemente anhelaba reunirse en gloria con el Padre. La gloria de Dios se extiende infinitamente más allá de la tierra, porque la tierra es sólo una parte pequeña de la creación de Dios —o aún posiblemente, las creaciones de Dios. El [Salmo 19:1](#) afirma, “Los cielos cuentan la gloria de Dios, Y el firmamento anuncia la obra de sus manos”. Todo aspecto de los cielos que Dios creó —sean el número que sean y lo majestuoso que sean— cuentan su gloria.

La gloria de Dios se extiende a dondequiera que Él está, y dondequiera que Dios está es todo. La gloria de Dios es masivamente inmensa; actualmente sólo la presenciamos parcialmente. Mientras que Dios despliega en el presente aspectos de su gloria, tal como lo hace en los cielos ([Sal. 19:1](#)), también en la actualidad esconde o vela la mayor parte de su gloria por la simple razón de que la gloria total de Dios, sería demasiado abrumadora para que los mortales pudiéramos verla. Además, Dios llama a los justos a vivir por fe y no por vista. Parte de esta fe incluye creer que la gloria de Dios existe, aun cuando no podemos verla de manera total y creer que Dios es digno de ser seguido, aun cuando Él parece estar lejos de nosotros. Dios nos llama a creer que la gloria que un día nos revelará, sobrepasa inmensamente cualquier dificultad y tinieblas de esta época actual ([2 Cor. 4:17–18](#)). Eventualmente veremos y experimentaremos la gloria total que Dios anhela revelarnos cuando entremos en su presencia en el cielo: comunión abundante, ininterrumpida, entre los redimidos y el Redentor. Sin pecado, sin divisiones, sin celos, sin limitaciones humanas, sin contaminaciones por parte de Satanás —simplemente la comunión no adulterada que la Trinidad comparte ahora en plenitud y multiplicada miles de millones de veces.

Sin embargo, en algún lugar de su gran expansión, Dios preparó una porción muy pequeña en donde Él escoge no mostrar su gloria. Mientras que el infierno tendrá llama y tormento, [Segunda Tesalonicenses 1:9](#) da quizás la mejor descripción del infierno en toda la Biblia. Escribiendo acerca de aquellos que no obedecen el evangelio de Jesús, Pablo escribió, “los cuales sufrirán pena de eterna perdición, *excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder*”. Esto entonces es la descripción simple, pero profunda del infierno: la separación eterna para los condenados de la presencia de Dios y la gloria de su poder. El cielo es el cielo únicamente debido a la presencia de Dios. Quita la presencia de Dios del cielo y todo lo que queda es un parque de diversiones de deleites que consiste primordialmente de juegos de niños. Uno no tiene comunión con cosas —uno tiene comunión con seres vivos. Y debido a que el cielo es el cielo debido a la presencia de Dios, entonces sería correcto concluir que el infierno es el infierno debido a la ausencia de Dios —o por lo menos, la percepción de la ausencia de Dios. De hecho, Dios aún estará de alguna manera presente dentro de estas tinieblas de afuera. [Apocalipsis 14:10](#) explica que aquellos que estén en el infierno serán atormentados “con fuego y azufre delante de

los santos ángeles y del Cordero”. Mientras que las tinieblas de afuera están a la vista plena de Dios, no obstante quitará cualquier indicación o demostración de su presencia o gloria. Para aquéllos encarcelados en el infierno, el efecto resultante será separación eterna de Dios y su gloria, perpetuamente atormentados a lo largo de la eternidad en las tinieblas de afuera.

Como señalamos, la Biblia afirma que el infierno fue originalmente preparado para Satanás y sus ángeles ([Mt. 25:41](#)). Necesitamos considerar lo que la palabra “preparado” significa. Este aspecto de la creación de Dios difiere de su creación de los cielos y la tierra presentado en Génesis. Hablando en términos técnicos, Dios no creó el infierno —lo preparó, empleando la misma palabra de la que Jesús habló en [Juan 14:3](#) en donde le dijo a sus discípulos acojados, “Y si me fuere y os *preparare* lugar”. En referencia al infierno, Dios no dijo, “¡Hayan tinieblas! ¡Haya tormento! ¡Haya fuego! ¡Haya castigo!” Más bien simplemente seleccionó una porción relativamente pequeña de su expansión infinita y quitó de manera deliberada cualquier evidencia de su presencia y gloria. El resultado final es el infierno. Las tinieblas, tormento, y fuego —las cuales con toda certeza están ahí— son meramente efectos de la ausencia de la gloria de Dios, de igual manera que uno no crea tinieblas; uno quita la luz. Quizás los diversos grados de castigos para aquellos en el infierno estén relacionados con lo lejos que uno estará de la gloria de Dios en las tinieblas de afuera. Entre más lejos esté, mayor será la agonía.

La separación de Dios, entonces, describe mejor lo que Jesús experimentó en la cruz en este tercer componente espiritual de la copa que debía beber; la separación total y la remoción de la presencia de Dios. Su separación fue únicamente temporal, pero una separación agonizante de manera única para uno tan puro, para el que conoció en la medida más profunda lo que significó tener comunión con Dios. Un día en el cielo, nosotros también tendremos esta misma plenitud de la presencia de Dios. Mientras tanto, no podemos comprender esta bendición futura como no podemos entender plenamente la santidad y amor de Dios. Nuestra perspectiva humana caída simplemente nos limita. El Cordero sin mancha, el Hijo santo, quien disfrutaba de manera total la gloria reservada sólo para la Deidad ([Juan 17:5](#)), entendería mejor que cualquier otra persona jamás nacida la profundidad del dolor resultante de que Dios le diera la espalda. Ni siquiera Adán en su estado previo a la caída conoció las profundidades agonizantes de este tipo de separación. La separación momentánea de Dios quizás no se oiga tan mal para nosotros; no obstante, no hemos conocido la comunión divina que Jesús conoció —actualmente no poseemos la capacidad de ver esto como Él lo veía. La ausencia del Padre sería la agonía más inexpresable que nuestro Salvador encontraría. Quizás aún el pensamiento de esto causó en Jesús el terrible dolor en su lucha espiritual en Getsemaní. En alguna forma en el Calvario, de alguna manera reservada solamente para el único capaz de sobrevivirlo, Jesús experimentó separación total del Padre.

La intensidad de la progresión que Jesús soportó nos asombra.

El ataque físico de los golpes, azotes, y crucifixión fue horrendo, especialmente para el Cordero de Dios sin mancha. Sin embargo, por tremendo que haya sido —y ciertamente no por tomarlo a la ligera— fue relativamente leve en contraste al arsenal de la furia de Satanás y sus huestes arrojado en contra del Hijo durante la hora que Dios le asignó de tinieblas. El dolor espiritual siempre sobrepasa por mucho al dolor físico, así como lo vimos con la agonía que Jesús soportó en Getsemaní. Además por horrendo que haya sido el ataque satánico, también palidece cuando es comparado con la ira total de Dios que Jesús recibió durante tres horas. Nos postramos en perplejidad total ante lo que Él soportó —y aún más por quienes lo soportó. Pero a pesar de la intensidad del dolor físico y el tormento satánico, y después la ira de Dios derramada sobre Él, Jesús no abrió su boca al enfrentar todo esto. El aspecto final —la separación de Dios— fue por mucho la más insoportable. Que quede claro esto, querido lector: con todo lo que

había soportado previamente, sólo en esta porción faltante de su copa Jesús exclamó en intensa agonía.

Esta separación de Dios nos da una mejor idea de lo que Cristo logró en su sacrificio expiatorio, pero tristemente también nos da una mejor idea de cómo es el infierno. Quite del escenario el amor, la bondad, el gozo, la paz, la esperanza —y esto comienza a describir el infierno. Añada llamas de tormento en un lago de fuego, y el infierno nos parece más real porque podemos percibir las llamas rugientes, violentas en la tierra —y nos asustan. Pero asegúrese de que añada a su definición del infierno la separación de la presencia del Señor, lejos de la gloria de su poder. Cuando lo hacemos, nos topamos contra una pared en nuestra mente. No podemos comprender esta separación ni aún en principio debido a que nosotros, que somos salvos, estamos eternamente seguros en Cristo. Dicho de una manera simple, es una imposibilidad bíblica para los redimidos estar separados de Dios. En un magnánimo gesto, con respecto a sus hermanos israelitas, el apóstol Pablo escribió en [Romanos 9:3](#), “Porque deseara yo mismo ser anatema, *separado de Cristo*, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne”. Claro que Pablo sabía que esto nunca podría suceder. Por medio de una hipérbole Pablo simplemente expresó su gran amor por sus hermanos judíos. Pablo sabía que aún si pudiera, no existía posibilidad alguna para aquellos en Cristo de estar separados de Dios. Unos cuantos versículos antes en [Romanos 8:35–39](#) había escrito, “¿Quién nos *separará* del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles [los malos], ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada [y eso nos incluye a nosotros] nos podrá *separar* del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”. Como expresáramos antes, con razón los ángeles anhelan conocer lo tocante a la salvación; no tiene paralelo en su demostración activa de la gracia y el amor de Dios.

La última agonía que Jesús experimentó antes de su muerte fue literalmente el infierno en la tierra. Él experimentó “las tinieblas de afuera” conforme Dios Padre se alejó de Dios Hijo. Estas tinieblas no necesitan tener llamas; únicamente necesitaban que Dios alejara su presencia y su gloria. Jesús tenía que experimentar separación de Dios sólo temporalmente; no necesitó permanecer dentro de sus confines. No obstante, *cualquier* otro ser humano o espiritual que soportará esta separación eterna, tendrá un cuerpo resucitado o un cuerpo espiritual (así como los demonios lo tienen) capaz de soportar las tinieblas de afuera. *Él* no lo tenía. *Él* es el único en toda la historia que tuvo parte de las tinieblas de afuera en la fragilidad de un cuerpo humano. Como hemos visto tantas veces antes, ¿es sorprendente que “fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres” ([Is. 52:14](#))? ¿Cómo no podría ser así?

Este concepto del infierno debe motivar fuertemente a los creyentes, a compartir activamente la luz del evangelio e interceder en oración por los perdidos que actualmente se dirigen hacia las tinieblas de afuera. Mientras que no podemos comprender de manera total el concepto de eternidad en el cielo, mucho menos podemos comenzar a concebir la eternidad en el infierno.

Aquellos de nosotros que pertenecemos al mundo cristiano, pronto nos descuidamos, empezando conmigo. Nuestros queridos parientes, buenos vecinos, amigos y conocidos esperan un destino del cual Dios nos dio, en Cristo, una vista previa. Aún un encuentro momentáneo causó que Jesús clamara en tormento a Dios Padre. ¿Cuánto clamarán aquéllos que están condenados eternamente? Ayúdanos Señor, a ser luz a tu luz. Carga nuestros corazones por aquéllos que no te conocen —y con toda probabilidad, no saben ni creen en la separación eterna que les espera en las tinieblas de afuera.

CAPÍTULO CINCO

LOS LÍMITES

“Consumado es”. Jesús lanzó su grito de victoria instantes antes de entregar su espíritu a Dios el Padre. Sin duda estaba consumado: el Siervo de Jehová había entregado su vida en rescate por muchos. El Cristo crucificado. ¡Miren! ¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo! El legítimo parámetro de justicia del Padre había sido satisfecho cuando Dios derramó su ira en la copa del nuevo pacto. El Hijo había aplastado la cabeza de la serpiente. Se había llevado a cabo la reconciliación divina. Sin dudas, había terminado el día más extraordinario en la historia de la humanidad.

Los que habían estado de alguna manera involucrados con Jesús y su crucifixión, tanto amigos como enemigos, tenían todas las evidencias de que, en efecto, Jesús había muerto, y había dejado atrás este mundo. Sin embargo, sin tener en cuenta las diversas valoraciones que hubieran tenido de Él, la muerte de Jesús no fue una mera ejecución más como producto de algún descontento político. Los evangelios relatan una serie de sucesos singulares relacionados con la crucifixión, muchos de los cuales durante décadas provocaron conversaciones y debates entre quienes estuvieron presentes. El velo del templo que ocultaba el Lugar Santísimo, y el acceso a Dios, se desgarró de arriba a abajo ([Mt. 27:51](#)). Un tremendo terremoto sacudió la tierra. Pocos días después, varios santos del Antiguo Testamento, muertos siglos atrás, “salieron de los sepulcros, entraron en la santa ciudad y aparecieron a muchos” ([Mt. 27:53](#)).

Algunos de los seguidores de Jesús, quebrantados por el dolor, rápidamente hicieron los preparativos para el entierro. De manera similar los jefes de los sacerdotes y los fariseos se preocuparon por el entierro, pero por razones completamente diferentes. [Mateo 27:62–64](#) explica sus intenciones:

Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato y le dijeron: “Señor, nos acordamos que aquél mentiroso, estando en vida, dijo: ‘Después de tres días resucitaré’. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos de noche, lo hurten y digan al pueblo: ‘Resucitó de entre los muertos’. Y será el último engaño peor que el primero.”

Ante su pedido, Pilato ordenó que una guardia sellara la tumba de Jesús y la vigilara. Es una ironía que los enemigos de Jesús hayan entendido mejor las predicciones de levantarse de la tumba que sus amados discípulos. Ninguno de sus seguidores, varones o mujeres, esperó cerca de la tumba con el propósito de testificar esta profecía frecuentemente anunciada del regreso de la Vida.

Si bien la Biblia ofrece detalles adicionales para completar algunos tramos de narración, en esencia se limita a marcar el énfasis en tres aspectos de la muerte de Jesús: el Cordero de Dios fue sacrificado; el Mesías muerto fue enterrado; el León de Judá resucitado volvió a la vida tres días más tarde. Luego vinieron las apariciones subsiguientes. Este es el orden en que Pablo las menciona en [1 Corintios 15:3–5](#): “Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce”. También sabemos que después de la resurrección Jesús “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios” ([Hec. 1:3](#)). Al final de los cuarenta días de enseñanza, Jesús ascendió al cielo, donde actualmente

habita ([Sal. 110:1](#); [Hec. 1:9–11](#); [Heb. 8:1](#)), desde donde regresará pronto ([Fil. 3:20–21](#)).

Aunque los evangelios ofrecen información en cuanto a algunos sucesos y personas después de la muerte de Jesús, quedan grandes lagunas en el relato. Uno de los temas más importantes, como hemos mostrado repetidamente en los capítulos anteriores, es el de los enemigos espirituales de Jesús. Aunque Satanás y sus legiones se mantuvieron activos hasta que Jesús fue llevado a la cruz y agregaron enorme peso a su tormento, prácticamente no se los menciona después de la muerte de Jesús. Considerando todo lo que la Biblia revela acerca de la hora de Satanás y del poder de las tinieblas antes de la muerte de Jesús, uno esperaría que apareciera por lo menos alguna declaración explicativa —pero los evangelios no dan ninguna. Esto es extraño. Los evangelios entretejen los factores humanos y satánicos implicados en la muerte de Cristo, y luego pasan a enfocar solamente personas y actividades terrenales. Satanás había presenciado todos los acontecimientos de la Cruz. ¿Qué hizo cuando Jesús murió? ¿Dios un grito de triunfo, o se quedó a un lado en un despreciable silencio de perplejidad? ¿Huyó de la Cruz por temor, por miedo o por ira cuando Dios el Padre se acercó, o después del grito victorioso de Jesús? ¿Comprendió Satanás la importancia de lo que había ocurrido? ¿Pensó que había ganado, o llegó a la conclusión que había perdido por completo? ¿Previó Satanás la resurrección, y en ese caso, intentó retener a Jesús en la tumba? Las Escrituras ya no dan información sobre la mayoría de estos asuntos; por lo tanto, si bien su consideración puede despertar interés, no conducen a un estudio fructífero. La especulación humana nunca se equipara con “así dice el Señor”.

Sin embargo, sí sabemos que Jesús estuvo activo antes de su resurrección física: su espíritu se mantuvo vivo, tal como ocurre con cualquier ser humano que muere. Jesús le había dicho al malhechor que moría a su lado: “De cierto te digo que *hoy* estarás *conmigo* en el paraíso” ([Lucas 23:43](#)), no “tres días después, cuando resucite”. También sabemos que Jesús todavía no había ascendido al Padre cuando María Magdalena lo vio por primera vez después de la resurrección: “Jesús le dijo: ‘¡Suéltame!, porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” ’ ” ([Juan 20:17](#)). De modo que, si bien no se limita a estas cuestiones, las Escrituras señalan que Jesús fue al paraíso después de su muerte, vivo en su espíritu, a la espera de que la resurrección reuniera su cuerpo y su alma. Aquí está entonces la pregunta central que debemos considerar: *¿Revelan las Escrituras alguna otra cosa que Jesús haya hecho entre su muerte y su resurrección?*

La Biblia contiene mucho humor, pero tal como ocurre con cualquier forma de humor, a fin de apreciarlo, uno necesita entender la cultura, la gente, y el contexto. Una de las declaraciones Bíblicas más divertidas es la que hizo Pedro en referencia a Pablo en [2 Pedro 3:15–16](#): “... como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito en casi todas sus epístolas, hablando en ella de estas cosas; *entre las cuales hay algunas difíciles de entender* ...” Pedro reconocía que la revelación de Pablo provenía de Dios, consideraba a sus epístolas como parte de las Escrituras, y sin embargo confesaba que Pablo escribía conceptos tan profundos que era necesario estudiarlos con mucho cuidado para captar su significado. Lo irónico es que si bien Pedro dijo tener dificultades para entender algunas de las cosas que Pablo había escrito, el propio Pedro escribió una de las páginas más (tal vez *la* más) controversiales de la Biblia. En [1 Pedro 3:18–20](#), después de referirse a la muerte vicaria de Cristo, Pedro reveló una de las actividades que Jesús realizó después de su muerte y antes de su resurrección: Jesús fue “vivificado en espíritu; y en espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca”. En estos versículos *todo* es controversial, y se han producido volúmenes de comentarios. ¿Quiénes son los espíritus encarcelados: espíritus humanos o seres

demoníacos? ¿Predicó Jesús u otro? ¿Cuál era el contenido del mensaje predicado? ¿Por qué predicar a estos espíritus en particular y no a otros? Cuando pensamos en predicar, con frecuencia pensamos en oportunidades de salvación. ¿Fue éste el énfasis del mensaje? En ese caso, y si los espíritus encarcelados son humanos, ¿sugiere esto que las personas (o al menos algunas personas) recibieron una segunda oportunidad de salvación después de muertos? Además, ¿qué tiene que ver Noé con la muerte de Cristo? Es cierto que Pablo presentó en sus epístolas conceptos teológicos sublimes y complejos, pero no cabe duda que Pedro lo igualó en complejidad cuando escribió [1 Pedro 3:18–20](#).

Cuando consideramos las circunstancias que atravesaban aquellos a quienes Pedro escribió su carta, este pasaje produce aun más confusión. La declaración de Pedro de que Cristo predicó a los espíritus no sólo resulta intrigante, sino que está ubicada en un lugar de las Escrituras donde no la esperaríamos. Pedro escribió su primera epístola a un grupo de iglesias que en ese momento estaba sufriendo y enfrentaba la probabilidad real de que aumentara la persecución, y que aun murieran por su fe en Jesús. Había cambiado el tenor de los tiempos. Los cristianos ya no eran tolerados como una secta religiosa entre rara y extraña. Ahora eran considerados enemigos del estado. Miles de cristianos enfrentaban una persecución terrible. El perverso emperador romano Nerón, los asesinaría en masa y a menudo usaba a los cristianos como parte de los espectáculos o a sus cadáveres como antorchas para iluminar las orgías en los jardines de su palacio. El carácter bárbaro de los pecados de Nerón nos descomponen. ¿Cuál sería tu plegaria si vieras a un amigo o a un ser amado empalado, rociado con aceite, y prendido fuego para que el pervertido emperador pudiera entretener a sus igualmente pervertidos allegados? ¿No te preguntarías donde estaba Dios durante esa carnicería cruel? ¿Cómo podía Dios permitir semejante hostilidad contra aquellos que buscaban en Él a su Señor y salvador, y especialmente consideraban a Jesús como su Protector.

Fue durante ese tiempo que Pedro escribió a varias iglesias cristianas en Asia Menor, relatando que Cristo murió y que predicó a los espíritus encarcelados. ¿Por qué? ¿Por qué escribir ahora acerca de los espíritus encarcelados a creyentes que estaban sufriendo y que enfrentaban el probable martirio? Aun si estos cristianos no sufrían en forma personal, sin duda sufrían el trauma de ver que muchos de sus seres amados se convertían en los parias del imperio romano. También enfrentaban el temor de sufrir, ese miedo opresivo con el que vive la gente cuando las circunstancias son abrumadoras. La probabilidad de que sus peores temores se hicieran realidad sofocaba cualquier esperanza. ¿Qué escribiría usted a tales creyentes si tuviera la oportunidad de hacerlo? ¿Qué les diría a cristianos en la actualidad, que quizás no sufren la persecución del imperio pero están atrapados en sufrimientos de todo tipo? ¿Entraría usted a una habitación del hospital, y le diría a un amigo cuya muerte es inminente: “antes de irme quiero recordarte que Jesús fue y predicó a los espíritus encarcelados”? Por lo general uno elige cuidadosamente las palabras cuando ministra a aquellos que están abrumados por el temor o por la angustia. ¿Incluiría su teología consoladora esta declaración de [1 Pedro 3:18–20](#) referida a los espíritus encarcelados?

Eran para Pedro. Escribió esta verdad espiritual a creyentes dolidos y perplejos como una manera de consolarlos y de fortalecer su fe. Aun así parece estar fuera de lugar en el contexto de 1 Pedro, y no hay en el resto de la Biblia ninguna otra referencia correlativa a esta particular actividad de Cristo. Como el pasaje es tan controversial el efecto sobre los lectores parecería ser el de ofuscarlos, en vez de consolarlos. Pedro era un apóstol anciano cuando escribió este pasaje, y él mismo estaba apenas a pocos meses o semanas de su propio martirio. Siendo una persona fortalecida en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesucristo, inspirada por el Espíritu Santo,

Pedro consideró que era esencial informar a los lectores bajo persecución que Jesús había predicado a los espíritus desobedientes ahora encarcelados.

Otra vez la pregunta: *¿por qué?*

Tanto Pedro como Pablo describen la vida cristiana como una guerra. Los cristianos no están en guerra contra individuos o grupos de personas, si bien estos pueden ser usados en el marco del conflicto. La guerra esencial es contra Satanás y las fuerzas del mal. En [1 Pedro 5:8](#) el apóstol exhorta a sus lectores: “Sed sobrios y velad, porque *vuestro adversario el diablo*, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. La palabra “adversario” bien podría traducirse “enemigo”. Enemigos son aquellos que se oponen a usted, buscan obtener la victoria sobre usted, y el principal antagonista de todo cristiano es Satanás. Cada vez que arrecia la auténtica guerra espiritual, no importa en qué grado hubiera agentes humanos involucrados, retroceda cuánto quiera en sus huellas y encontrará las de Satanás. Pablo advirtió a los efesios: “no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” ([Ef. 6:12](#)). Pablo describió “las armas de nuestra milicia” necesarias para la batalla espiritual ([2 Cor. 10:4](#)). La razón de esta guerra se hace evidente en el contexto de estos versículos: “Aunque andamos en la carne, no militamos según la carne, porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas” ([2 Cor. 10:3-4](#)). Adversario, enemigo, batalla, armas de la milicia: cada ítem apunta a una guerra en la que, nos guste o no, los cristianos somos participantes en la primera línea.

Recuerdo haber leído estos pasajes cuando era un creyente nuevo. Los aceptaba y los creía, pero no los entendía ni remotamente. ¿Por qué alguien querría ser mi enemigo? ¿Qué había hecho yo para merecer alguna enemistad? Jesús nos ordenaba amar, no odiar. ¿Cómo puede uno estar en guerra y a la vez no odiar a aquellos que participan en ella? Por supuesto, se trataba de la perspectiva limitada de un jovencito, que oscurecía el consejo de Dios con palabras carentes de sabiduría ([Job 38:2](#)). Existen razones válidas para esta guerra, Satanás odia a Jesús con una pasión impía y enérgica. La sola existencia de personas salvadas en Cristo es motivo más que suficiente para provocar el odio de Satanás, simplemente porque al odiar a Jesús, Satanás aborrece a todos y a todo lo que se asocia con Él. Cada vez que una persona se salva, Dios la está redimiendo “del poder de las tinieblas” y la traslada “al reino de su amado Hijo” ([Col. 1:13](#)). Y aun más allá se encuentra el hecho de que aquellos que el Señor ha redimidos hemos llegado a ser pruebas eternas de la gracia de Dios que nos ha alcanzado por medio del triunfo de Jesús ([Ef. 1:3-12](#); [1 Ti. 1:15-16](#)), y el enemigo sobre el cual Jesús triunfó fue, por encima de todos, Satanás. Esta guerra continua y prolongada entre Dios y las fuerzas del mal se extendió por muchos miles de años, hasta llegar al grito triunfante “Consumado es”.

Para entender el mayor conflicto espiritual de todos los tiempos, necesitamos regresar al principio (es decir, el principio tal como Dios lo reveló; lo que ocurrió antes de Génesis está fuera de nuestro conocimiento a menos que Dios quiera revelarlo, cosa que en gran medida no ha hecho). Lo que Dios sí decidió revelar son los motivos para la batalla, los participantes y el final prometido.

[Génesis 1-2](#) registra el pináculo de la creación de Dios, concretamente la humanidad: varón y hembra. Después, Dios descansó de su actividad creativa. Hombre y mujer existían en los comienzos en perfecta unión y compañerismo entre ellos y con Dios. Sin embargo, [Génesis 3](#) muestra que también existían otros seres creados por Dios, y que parte de ello es maligno. También estaba allí la serpiente, presentada luego en las Escrituras como el medio por el cual

Satanás tentó a Eva y la indujo a pecar ([2 Cor. 11:3](#)), y ella a su vez condujo a Adán a desobedecer el mandato de Dios. La pareja sin pecado dejó de ser inmaculada; los seres creados se habían rebelado contra su Creador. Dios expulsó de su huerto a Adán y a Eva, y “y puso querubines al oriente del huerto de Edén, y una espada encendida que se revolvía por todos lados para guardar el camino del árbol de la vida” ([Gn. 3:24](#)).

El relato de la Caída del ser humano es la más trágica revelación de parte de Dios. Después de dos breves capítulos sobre la perfección de los Comienzos, los acontecimientos de [Génesis 3](#) cambiaron la eternidad para siempre. Lo más sorprendente es la entrada del mal en una creación que en otro sentido era “buena”. Dios creó todas las cosas y luego pronunció la evaluación divina: “Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera” ([Gn. 1:31](#)). El hombre y la mujer, creados en una santidad que no se mantuvo, disfrutaban de una perfecta plenitud y comunión con el Creador y con todos los aspectos de su creación. Entonces... aparece un enemigo. Entonces... la tentación. Entonces... la Caída. Entonces... las consecuencias y el castigo severo. Adán y Eva nunca más experimentarían en la tierra la perfección de su estado original en la creación. ¿Dónde surgió la fuente del mal? ¿Por qué estaba allí?

El resto de la Biblia describe repetidamente a Satanás como el enemigo presente, así como también el enemigo en el presente ([Apoc.s 12:9](#)). Sin embargo Dios da muy pocos atisbos en las Escrituras acerca del pasado de Satanás. Y son menos aun los versículos que muestran las actividades de Satanás anteriores a [Génesis 3](#). [Ezequiel 28:11-9](#) ofrece claves en cuanto al origen de Satanás. Aunque en este texto se lo nombra como el rey de Tiro, la descripción de este ser deja en claro, además de la mención de que estaba “en Edén, en el huerto de Dios” ([Eze. 28:13](#)), que se trata de otro ser y no de un rey terrenal. Este ser era el “querubín grande, protector”. Aunque muchos artistas representan a los querubines como bebés rellenitos sobre las nubes, la Biblia no los describe así. Los querubines son ángeles privilegiados de alto nivel, seres con poder y autoridad para custodiar el Huerto del Edén ([Génesis 3:24](#)), cuyas representaciones formaban parte del Arca del Pacto ([Éx.o 25:18-19](#)), quienes acompañaban a Dios cuando su gloria abandonó el templo ([Eze. 10:9-19](#)). Sin embargo, Dios descubrió impiedad en uno de los querubines y lo arrojó de su monte santo ([Eze. 28:15-16](#)). La raíz del pecado de Satanás fue su vana jactancia acerca de su esencia e identidad: “Se enaltecí tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor” ([Eze. 28:17](#)). Pablo hizo eco a esta verdad siglos más tarde en [1 Timoteo 3](#), cuando habló de los requisitos del obispo y dijo que no debía ser “un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo” ([1 Ti. 3:6](#)). Si bien Dios expulsó a Satanás del cielo, tanto [Job 1-2](#) como [Zacarías 3:1-2](#) indican que Satanás puede visitar los dominios celestiales de Dios, pero solo según la voluntad y propósitos de Dios. Eventualmente, en la Tribulación, Satanás ya no tendrá acceso a la presencia de Dios, lo cual provocará su respuesta en la forma de una descarga de ira contra aquellos que habitan en la tierra ([Apoc. 12:7-13](#)).

Si Satanás hubiera pecado solo, el relato de lo ocurrido antes de la creación sería suficientemente trágico. Sin embargo, además de su pecado, las Escrituras dicen que “su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra” ([Apoc. 12:4](#)). Como vimos en un capítulo anterior, aunque no conocemos muchos detalles, se sabe que un tercio de las huestes angelicales eligieron obedecer a Satanás en lugar de Dios, convirtiéndose en ángeles de Satanás —más conocidos como demonios. Estos ángeles están destinados al infierno que fue “preparado para el diablo y sus ángeles” ([Mt. 25:41](#)). Cualquiera que dude de la magnitud del poder de Satanás para tentar debería considerar lo siguiente: los ángeles santos en la santa presencia de Dios, rodeados por la majestad y la gloria de la Deidad y de su entorno, sin embargo

fueron engañados por la seducción y las promesas vacías del maligno. Dios no nos dice lo que Satanás ofreció, pero sea lo que fuere, funcionó. ¿Cuánto más deberíamos nosotros estar alerta por temor a desviarnos de nuestro Salvador a causa de engaños similares, tomando en cuenta que ya estamos contaminados por el pecado y que tenemos un cuerpo capaz de ceder a la lujuria de la carne, al deseo de los ojos, y a la vanagloria de la vida?

Las Escrituras nos informan que ambas fuerzas angelicales, buenas y malas, se mantienen extremadamente activas en los asuntos de la humanidad. Dios emplea a sus ángeles, a aquellos que no sucumbieron a la tentación de Satanás, para llevar a cabo sus juicios e implementar sus planes ([Heb. 1:7, 14](#)). Satanás se opone usando a sus demonios en un intento de desbaratar el proyecto redentor de Dios. Las huestes angelicales y demoníacas son numerosas. No es ilógico pensar que de ambos lados se cuenten por millones o billones, muchos más de lo que algunos podrían pensar. [Efesios 6:12](#) revela que las legiones de Satanás tienen jerarquías en cuanto a rango y a capacidades: “porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. No tenemos explicaciones detalladas, pero la Biblia indica que las legiones de Satanás están organizadas con algún tipo de estructura jerárquica. Este versículo también describe gráficamente la lucha del cristiano contra Satanás y sus ángeles, y Pablo empleó la palabra griega que denota combate personal cuerpo a cuerpo. En [Efesios 6](#), los creyentes no se describen enfrentando a alguna ideología o sistema filosófico, como por ejemplo, el comunismo. De alguna manera, los cristianos luchan contra seres demoníacos. Probablemente hemos batallado en este mundo espiritual sin saberlo, sin percibir plenamente la naturaleza de la lucha. Cuando vayamos a estar con el Señor, seremos conscientes de aspectos de esta lucha cuyo origen tal vez nunca atribuimos a Satanás. Quizás la lucha demoníaca de la que habla [Efesios 6:12](#) sea la fuente principal del desánimo en la fe y en el andar del creyente, ya que los ángeles de Satanás acosan a los santos induciéndolos a la fatiga o al cansancio, a la tentación y al desaliento. La advertencia de Pablo es que nos mantengamos firmes en el Señor, y que empleemos adecuadamente las armas de la guerra espiritual que Dios ha provisto a sus amados ([Ef. 6:14-18](#)).

Los demonios también actúan en la vida de los incrédulos, ayudando a Satanás a impedir que la gente reconozca y reciba el Evangelio de Jesucristo. En [2 Corintios 4:3-4](#) leemos: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”. Uno de los medios principales por los cuales se vendan los ojos de la gente es la exposición de las doctrinas de demonios ([1 Ti. 4:1](#)). Estas incluyen la idolatría y las falsas religiones, que de hecho son bases fundacionales desde donde operan los demonios ([1 Cor. 10:20-21](#)). A esto se debe que la oración sea esencial cuando se testifica. En el corazón y en la mente de los que no creen se despliega una feroz batalla espiritual, mientras Satanás hace todo lo que está a su alcance para mantener a los perdidos en su ceguera y esclavitud. A causa de los agentes satánicos involucrados, la victoria espiritual sólo se alcanza mediante el poder del Evangelio y las armas de la guerra espiritual: no la sabiduría ni la filosofía humana; no la apariencia ni los talentos naturales; no el poder de la personalidad y por cierto no el dinero. Si bien respaldamos abiertamente la esperanza que hay en nosotros ([1 Pe. 3:15](#)), la victoria espiritual solo se alcanza mediante la gracia y el poder de Dios, quien hace posible que cualquiera que se acerque a Él, nazca de nuevo, no “de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de varón, sino de Dios” ([Jn. 1:13](#)). Enfrentar la batalla de otra manera, es hacerlo sin la armadura provista por Dios y Satanás se deleita en esa situación. Los

cristianos que no dependen de la armadura completa de Dios para la batalla espiritual están ante Satanás como lo estuvieron Adán y Eva, y con la perspectiva segura del mismo resultado.

Hay otro motivo de enemistad de Satanás contra aquellos que aman al Señor. Quizás el odio de Satanás contra Dios se iguale con su odio a los redimidos a causa de la verdad fundacional que encontramos en [Génesis 3](#). En la Caída, se produjo una digresión lógica en la asignación de culpas: Adán culpó a Eva; Eva culpó a la serpiente. Sin duda hubiera sido muy revelador que Dios continuara el diálogo y le preguntara a la serpiente qué papel había cumplido en este pecado, pero Dios optó por no hacerlo. No sabemos con precisión qué hubiera respondido la serpiente, pero es razonable suponer que diría: “Satanás me engañó”. La Biblia no revela lo que Satanás pudo ofrecer para seducirla, pero da la impresión que apeló a la belleza del animal ([Gn. 3:1](#)), de manera similar a la que la belleza de Satanás lo llevó a la perdición ([Eze. 28:17](#)).

Pero es en la sentencia de Dios donde descubrimos otra clave de la ira de Satanás contra los creyentes. Cuando maldijo a la serpiente, Dios pronunció una verdad cuyas implicaciones son de largo alcance y llegan a lo más profundo de la eternidad: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón” ([Gn. 3:15](#)). Aquí, en la cuna de la historia de la humanidad, Dios definió los límites de la guerra espiritual, así como el resultado final y los medios por los que alcanzaría la victoria. Si bien Satanás lograría un triunfo temporal (“la herirás en el talón”), Uno que vendría de la simiente de la mujer alcanzaría el triunfo definitivo (“te herirá en la cabeza”).

El relato del Génesis no destaca la presencia de Satanás en el momento en que Dios emitió sentencia: pudo o no haber estado allí. Sin embargo, podemos pensar que se mantuvo cerca, aun cuando Dios no lo hubiera citado al Huerto. Su destino y su fin dependían del inminente juicio de Dios. Además, Satanás quería ser testigo de su gran victoria sobre la raza humana. Satanás no lo sabía todo, ni siquiera demasiado acerca de Dios. Pero sabía por experiencia personal que Dios no toleraba el pecado; en consecuencia, la preciosa pareja creada por Dios, aun Adán el hijo de Dios ([Luc. 3:38](#)), eran ahora pecadores corrompidos y manchados. Satanás era consciente que Dios había ordenado al hombre que no comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal, y había escuchado a Dios advertirle a Adán que “el día que de él comas, ciertamente morirás” ([Gn. 2:17](#)). Satanás se deleitó en el hecho de que Dios ya no podría decir que todo cuanto había hecho “era bueno en gran manera”.

Satanás tal vez anticipó que recibiría lo más duro del juicio de Dios; aun así, todavía consideró que valía la pena arruinar la perfección de lo creado por Dios, provocando la muerte de su obra maestra: los únicos dos seres físicos en este universo portadores de la imagen de Dios. Satanás sufriría las consecuencias de su pecado, pero su lógica impía consideraba que la condena colectiva superaba largamente a la servidumbre humillante. Y además había logrado con muy poco esfuerzo manchar la perfección de lo creado. Sin demasiado esfuerzo había logrado que Adán y Eva, sin pecado, siguieran el curso de su pecaminosa rebelión. Satanás prometió a Eva que los ojos de ella y de Adán serían abiertos y que llegarían a ser como Dios, concedores del bien y del mal ([Gn. 3:5](#)). Esto era cierto en parte; los ojos de Adán y Eva serían abiertos y conocerían el bien y el mal. Reconocieron que Dios era bueno, pero supieron que Satanás y ellos mismos eran malos. El pecado se convirtió en la prisión perpetua de la que no podían liberarse por sí mismos. Más aun, Adán y Eva, llegaron a ser parte del pecado y de la oscuridad ([Ef. 5:8](#)). No fueron simplemente víctimas del pecado; agregaron a la mezcla sus propias transgresiones. Antes de la Caída, la primera pareja comenzó su existencia sin mancha del pecado; ahora estaban tan sucios y contaminados como Satanás. Es probable que con su pervertida expectativa, Satanás aguardara la descarga de la ira de Dios sobre sí y sobre las dos criaturas humanas corrompidas.

Seguramente Satanás no habría conocido el contenido del juicio divino hasta que Dios lo revelara, pero la sentencia fue contraria a la expectativa de Satanás. Dos aspectos de la intervención de Dios sorprendieron a Satanás y le provocaron notable confusión. Una de esas acciones divinas tuvo relación con Adán y Eva; la otra con Satanás. Para su confusión, el enemigo fue testigo de algo que no llegó a captar plenamente en aquel momento ni llegará a comprenderlo por toda la eternidad: contempló la gracia de Dios en acción. Satanás conocía por experiencia el juicio de Dios, como también lo habían experimentado el resto de los ángeles caídos. Pecaron, y Dios los castigó. Ahora Satanás vería por primera vez la gracia de Dios, pero solo desde la distancia y desde el lugar ventajoso de un espectador curioso. Adán y Eva sufrirían múltiples consecuencias de su pecado, aun la de comunicar su condición pecaminosa a cualquiera que naciera según la forma natural de engendrar un niño. Ellos no murieron el día en que pecaron, por lo menos no de la manera en que Satanás esperaba que ocurriera. En cambio, Dios llevó a cabo lo inexplicable: pasó por alto momentáneamente su pecado, y trasladó esa culpa colectiva a un animal inocente que habitaba en el Huerto. Por la gracia divina —no por la ira divina— Dios mismo llevó a cabo el primer sacrificio de sangre, y así vistió a la primera pareja cubriéndolos de una manera muy superior de la que ellos habían intentado vanamente ([Gn. 3:21](#)). Aunque Satanás y los dos beneficiados por la gracia de Dios no comprendieron la profundidad de esta acción divina (y como siguen sin entenderla las huestes angelicales o demoníacas) a los ojos de Dios era suficiente cubrir temporalmente los pecados de Adán y Eva, y eso era lo que realmente importaba.

Es muy probable que Satanás se haya quedado pasmado por la forma en que Dios reaccionó, especialmente por el hecho de que no existía nada que le permitiera hacer una comparación entre la actitud de juicio y la de gracia de parte de Dios. Satanás conocía de primera mano el poder de venganza de Dios. El Shaddai había expulsado del cielo a Satanás y a sus seguidores inmediatamente después de su rebelión. Aunque ciertamente habrá aborrecido su degradante expulsión, Satanás debería haber reconocido que la reacción de Dios era coherente con la santidad de su carácter. ¿Repetiría Dios el proceso, expulsándolo esta vez de la tierra y deportándolo a los temibles abismos del mundo inferior?

No, Dios tenía otro plan. Esta segunda sorpresa de Satanás tuvo que ver con el veredicto que se le aplicó. Si hubiera querido, Dios, con todo derecho podría haber confinado a Satanás encarcelándolo de inmediato. Dios no necesitaba intermediario para dar a conocer su juicio, y su poder no tenía rival en toda la creación. Sin embargo, Dios eligió otro medio para alcanzar la victoria prometida, y postergó la sentencia hasta algún momento futuro todavía no revelado. De la eterna sabiduría y consejo de Dios, del “determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” ([Hec. 2:23](#)), la Deidad resolvió que Uno de la simiente de la mujer derrotaría definitivamente a Satanás y lo enviaría a su tormento eterno, además de deshacer la maldición pronunciada en [Génesis 3](#). No sería Dios el Padre quien lo hiciera en un indescriptible despliegue de poder y de gloria. Tampoco lo haría una miríada de ángeles, alineados en formación de batalla para guerrear contra Satanás y sus demonios. Uno, alguien singular, nacido de mujer, uno de la raza humana hecho poco menor que los ángeles ([Sal. 8](#); [Heb. 2:7](#)), y, en consecuencia, poco menor que Satanás. Uno, una simiente prometida para algún momento futuro, derrotaría al enemigo aplastando la cabeza de la serpiente.

Satanás no necesitó esperar a que David escribiera el [Salmo 8](#) para discernir la vasta diferencia entre seres angelicales y humanos. Aquellos nacidos de mujer no eran criaturas de majestad angelical. La raza de Adán no brillaba. No podían aparecer y desaparecer a voluntad; tampoco podían volar y ni permanecer suspendidos en el aire. Estos eran seres mortales, creados

del polvo; podían morir, y morirían. Los seres angelicales no mueren. El linaje de Adán, ni siquiera podía alejarse de los confines de su pequeño planeta; es decir, si llegaban a darse cuenta de que vivían en un planeta. No podían ascender al cielo; no podían ver la expansión de lo creado por Dios desde la perspectiva del cielo. Satanás sí lo había hecho. Satanás había habitado previamente en la presencia de Dios. Había sido testigo, y en algún momento hasta había sido parte del portentoso despliegue de las huestes angelicales, y había sido testigo privilegiado de la incomparable gloria de Dios. Por todo lo que pudiera impresionar la creación de Adán y de Eva, eran seres de carne y hueso, creados del polvo de un planeta antes carente de vida. Satanás era plenamente consciente de las limitaciones de esas criaturas, y en especial de la ofensa divina de que Uno de la simiente de esas criaturas lo enviaría al tormento eterno.

Quizás Satanás haya sonreído con satisfacción al escuchar la promesa de una victoria obtenida por medio de la simiente de la mujer. Habrá suspirado con alivio. Más allá de cualquier confusión que hubiera surgido al escuchar el misterioso veredicto de Dios, hay un dato que Satanás percibió de inmediato: Dios no le aplicaría en ese mismo momento el juicio retributivo. Tampoco lo confinaría en alguna prisión lejana a los seres espirituales caídos. Satanás estaría libre para manipular, y en efecto lo haría. Es más, no podría acusarse a Dios de haber actuado injustamente en beneficio de Adán y Eva, otorgándoles gracia en lugar de castigarlo tal como lo esperaba Satanás; Dios también había otorgado a Satanás una posición especial. Conforme con algunas de las razones reveladas más adelante a medida que se desplegaba el plan de Dios para la redención, había actuado una vez más de una manera que nos hubiera dejado boquiabiertos de asombro en caso de estar presentes, porque la medida era contraria a nuestra comprensión de la persona de Dios y de su bondad: *en lugar de disminuir la posición de Satanás después de la Caída, Dios en realidad la elevó*. No sabemos si Dios le informó su decisión a Satanás en ese momento, o se eligió alguna otra forma de revelársela. La Escritura emplea simplemente dos términos diferentes para describir el elevado cargo de Satanás: en [2 Corintios 4:4](#) Pablo describe a Satanás como “el dios de este mundo” (literalmente “de esta época”). Décadas antes, Jesús se había referido a Satanás como “el príncipe de este mundo” ([Jn. 12:31](#); [14:30](#); [16:11](#)). En su significado más profundo, ambas expresiones describen capacidades reservadas solo a la Deidad. Sin embargo, en su soberana sabiduría, Dios otorgó a Satanás una exaltación temporal que con certeza no merecía, y le permitió operar aunque solamente bajo los límites y el control soberano de Dios.

Con el juicio diferido hasta algún momento no especificado en el futuro lejano, Satanás comenzó de inmediato a reorganizar su estrategia de ataque. Antes de la Caída, Satanás había apelado a Adán y a Eva cuando todavía eran inocentes. Ahora podía tentarlos y ponerlos a prueba en su condición caída, una naturaleza mucho más lujuriosamente receptiva a sus múltiples seducciones. Antes Adán y Eva estaban cómodos y relajados en su perfecta unión con Dios, consigo mismo y con su entorno. Ahora *Dios mismo* expulsa a sus hijos del Huerto, comienza el conflicto en el matrimonio, y la tierra manifestó numerosos efectos de la maldición de Dios ([Ro. 8:18–21](#)). Las malezas reemplazaron a la vegetación generosa; los animales, verdaderas mascotas de la primera pareja a las que Adán había dado nombre, se volvieron asustadizas o feroces. Y lo que era más grave, Dios ya no caminaba con la pareja cuando soplabla la brisa fresca de la tarde ([Gn. 3:8](#)). Por horribles que fueran las otras consecuencias de la Caída, la más profunda fue la fractura de la relación con el Creador. Más aun, todos los otros efectos dolorosos del pecado, son meras secuelas subsidiarias de esta relación quebrada.

Si yo fuera Satanás hubiera tenido que esforzarme por reprimir una sonrisa al escuchar el veredicto de Dios. Tomando todo en cuenta, mis chances parecerían buenas. Puedo sentir miedo

de Dios, pero no de su hijo Adán, ni de mi primer blanco: Eva. Aun antes de que cayeran en y desde su condición espiritual inmaculada. Ahora su mundo había implosionado a causa de las ramificaciones de su propio pecado. Antes, Adán y Eva habían caído ante una mera sugerencia, un empujoncito suave y habían caído a pesar de estar en un ambiente perfecto. La pareja no había respondido adecuadamente en el marco de la libertad que Dios le había otorgado. Adán no había protegido a Eva cuando ambos vivían en prístina inocencia. Eva no había confiado en Adán cuando Satanás la sedujo. Ahora su deseo estaría sometido al de su esposo, pero no de la manera de que Dios originalmente había dispuesto. Ahora en el centro de su corazón, Adán y Eva se habían desviado hacia una actitud de auto-preservación y auto-gratificación. Satanás advertiría esta vertiente egoísta en sus víctimas porque reflejaba más su propia imagen que aquella del Dios que los había creado.

En esas circunstancias, Dios dejaba a Satanás satisfecho, que se preparaba para la guerra a pesar de la ofensa que le producía la promesa respecto a la simiente anunciada. Provisto de su enorme arsenal, su odio creció hasta el rojo incandescente aventado por su vano orgullo y su perversa autovaloración. “¿Mi destrucción provocada por *la simiente de la mujer*? Veamos si esta simiente de la mujer puede sobrevivir a mi ataque. O mejor, veamos si la raza corrompida de Adán consigue sobrevivir en la convivencia.” Satanás comenzó de inmediato a urdir múltiples nuevas maneras de asegurarse de que la simiente prometida jamás tuviera oportunidad de aplastarle la cabeza.

A lo largo de los Evangelios, los demonios se acobardaban cada vez que se encontraban con Jesús. Reconocían quien era, y desde su limitada perspectiva sabían por qué había venido a la tierra. A menudo se dirigían a Jesús antes de que él los interpelara. Con frecuencia, el solo hecho de estar en la presencia de Jesús provocaba que los demonios exclamaran con terror: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” ([Mt. 8:29](#)). Escribiendo con posterioridad a la crucifixión, Santiago dijo que los demonios creen en Dios y tiemblan ([Santiago 2:19](#)); usó la palabra griega que representa la figura de “erizar los cabellos” por el miedo, como cuando un gato muestra susto. Los demonios conocen mucho acerca de la Deidad, y lo que saben hace que se ericen de miedo. Tienen motivos para sentirse así; todos ellos serán un día juzgados por el Hijo y destituidos al merecido lugar de tormento eterno.

A pesar de su miedo a Dios, los demonios todavía pecan constantemente. Nunca se cansan del mal; nunca se arrepienten. No hay en ellos ninguna pizca de bien. Los demonios pecaron (tiempo pasado, cuando eligieron la mentira de Satanás en lugar de la verdad de Dios), y los demonios pecan: una acción entiempos presente, reiterada y constante.

Sin embargo, más allá de estas verdades, la Biblia señala que hay un particular subgrupo de demonios que traspuso la frontera del pecado de Satanás y de sus ángeles. Algún grupo de demonios cometió un acto tan abominable a los ojos de Dios, que decidió intervenir para quitarlos del “campo de juego” terrenal y los confinó en abismos de tormento en las tinieblas reservadas para el día del juicio. ¿Qué hicieron estos demonios en particular? ¿Por qué Dios reaccionó con tanta fuerza? ¿Por qué encarcelar a ese grupo pero dejar a una vasta multitud de otros en libertad de seguir haciendo el mal? ¿Qué acción tan perversa podrían haber provocado que Dios exclamara “¡Basta! ¡Suficiente!”?

Hay tres pasajes bíblicos que revelan que Dios ya encarceló a ciertos demonios. El que ya vimos en [1 Pedro 3:19–20](#) declara que Jesús fue y “predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé”. Estos versículos plantean cuestiones intrigantes. Los demonios son *siempre* desobedientes

al Padre, no solamente cuando alguna persona de la Deidad pronuncia una orden directa. ¿Qué hicieron estos demonios que pudiera superar la continua perversidad hasta ahora tolerada por Dios? Más aun, el que Dios decidiera encarcelar a este grupo de demonios es para Pedro un asunto tan esencial que lo repite en la descripción del corredor de la muerte en 2 Pedro. Relativamente pocos días antes de su propia muerte, cuando la mayoría de las personas tenderían a escribir o hablar acerca de los asuntos más importantes para ellos, Pedro se refiere una vez más al destino de aquellos demonios: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a prisiones de oscuridad, donde están reservados para el juicio” ([2 Pe. 2:4](#)). Como antes, Pedro escribió acerca de cierto grupo de demonios al que Dios por el momento encierra y castiga; no se refiere a la multitud completa de demonios. Además, [Judas 6](#) describe un subconjunto de ángeles, en este caso demonios, “que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día”. Una vez más el énfasis está en lo que Dios hizo. Atrapar, poner prisionero y confinar a un particular destacamento de ángeles caídos.

Habrà ocurrido algo importante. Tomando en cuenta cuántos acontecimientos se registran una sola vez en las Escrituras (por ejemplo el relato sobre David y Goliat), los espíritus encarcelados reciben notable atención. Dos escritores bíblicos se ocupan de esta verdad. Pedro, a quien Jesús enseñó durante más de tres años, consideró este asunto de tanta importancia y valor estratégico en su enseñanza que lo incluyó en sus dos epístolas. Y aun más *el Espíritu Santo* consideró necesario que el tema quedara incluido en la eterna Palabra de Dios. ¿Qué pecado tan terrible pudieron haber cometido los demonios? No fue asesinato ([Jn. 8:44](#)). Tampoco fue la mentira (también [Juan 8:44](#)). No pudo ser el pecado de incitar a las naciones a la guerra ([1 Re. 22](#); [Apoc. 16:13–14](#)). La idolatría y la falsa religión no pudieron haber provocado esa reacción de Dios, ya que estos males continúan presentes en todo el mundo ([1 Cor. 10:20–21](#)). Debe ser algún otro pecado en particular el que se ha tomado en cuenta. ¿Cuál fue?

Y quedan otras preguntas. Judas escribió acerca de los falsos maestros y de su destino, de modo que quizás la mención de que Dios castigará a los ángeles que pecaron podía ser pertinente en este contexto. Los falsos maestros finalmente compartirán el mismo destino que los ángeles caídos que no obedecieron a Dios. Pero Pedro escribió a una audiencia completamente diferente y en distintas circunstancias. Se dirigía a cristianos que estaban sufriendo por causa de su fe, y se sentían profundamente dolidos. Aun así, dos veces les escribió acerca de que Dios no perdonaría a los ángeles que habían pecado sino que los confinaría a los abismos de las tinieblas. Esta enseñanza contiene teología fascinante, y ambas referencias aumentan y amplían nuestra teología. Los complicados pasajes de Pedro brindan abundante alimento para un estudio bíblico semanal en las casas o para el debate teológico, pero no es exactamente lo que uno esperaría que se dijera a los santos del Señor que sufren persecución y enfrentan la clara probabilidad de ser torturados y enviados al martirio por su fe.

Pedro, y especialmente el Espíritu Santo, debieron haber tenido una muy buena razón para incluir esta enseñanza en sus dos epístolas. Sin embargo, queda pendiente la pregunta: ¿Por qué?

CAPÍTULO SEIS

EL COMLOT

Las Escrituras presentan numerosos contrastes significativos entre ángeles y demonios. Algunas de las diferencias resultan fácilmente visibles, tales como que los ángeles buenos obedecen a Dios en tanto que los demonios sirven a Satanás, y que los ángeles de Dios se mantienen en santidad mientras que los demonios de Satanás son completamente maléficis. Sin embargo, quizás no se haya advertido una diferencia importante. A lo largo de las Escrituras, los ángeles de Dios han demostrado repetidamente ser capaces de manifestarse físicamente a fin de ser vistos y de interactuar con los miembros de la raza humana. No ocurre lo mismo con los demonios. Dios ha permitido que sus ángeles se manifiesten una y otra vez en el mundo de los seres materiales: primero colocó al querubín para custodiar el acceso al huerto ([Gn. 3](#)), luego dos de sus ángeles compartieron una comida con Abraham y el Señor ([Gn. 18](#)), Lot y los habitantes de Sodoma y Gomorra tuvieron un encuentro con dos mensajeros angelicales ([Gn. 19](#)), el sirviente de Eliseo a quien se le abrieron los ojos para que pudiera ver a los guerreros celestiales que los rodeaban ([2 Re. 6:16-17](#)), varios profetas del Antiguo Testamento, tales como Isaías ([Isa. 3:1-2](#)), Daniel ([Da. 9:20-21](#)), y Zacarías ([Zac. 4:1-2](#)); Zacarías padre de Juan el Bautista ([Luc. 1:11](#)), en la anunciación a María ([Luc. 1:26-29](#)), los pastores que contemplaron a una multitud de la huestes celestiales ([Luc. 2:8-15](#)), las mujeres que llegaron muy temprano a la tumba vacía de Jesús ([Mt. 28:1-8](#)), a los once presentes durante la ascensión de Jesús ([Hec. 1:9-11](#)), todos ellos vieron físicamente ángeles.

Los seres humanos han podido ver, tocar, conversar, y compartir la comida con diversos ángeles en distintos momentos a lo largo de la historia humana. Como vimos en un capítulo anterior, un ángel tocó a Pedro físicamente, para que se despertara ([Hec. 12:7-9](#)). El escritor de Hebreos dijo a sus lectores que algunos de ellos “sin saberlo, hospedaron ángeles” ([Heb. 13:2](#)), indicando que los ángeles tienen la capacidad de aparecer como seres mortales y a la vez mantener oculta su verdadera identidad.

Los demonios, en cambio, nunca se exhiben visiblemente. La razón más sencilla es que no les está permitido hacerlo. Por la razón que sea, Dios no permite que los demonios se manifiesten en forma física en nuestro mundo, tal como les permite hacer a sus ángeles. No sólo es un hecho que los demonios nunca se manifiestan de manera visible, sino que además, a lo largo del relato bíblico los demonios deben contar con un vehículo o canal a través del cual hablar si se proponen ser escuchados (los ángeles santos no requieren de tal médium). Seres humanos comunes, tales como los diversos individuos poseídos por demonios que presentan las Escrituras, ocupan esta función de vocero demoníaco. Uno de los pasajes más fascinantes en la Biblia es el relato del endemoniado gadareno que se encontró con Jesús ([Luc. 8:26-34](#)). Los ángeles caídos que habían poseído a este hombre rogaron a Jesús que les permitiera entrar en un hato de cerdos que estaba en las cercanías, en lugar de ser expulsados al abismo. ¿Por qué necesitaban esos demonios el cuerpo físico de los cerdos que de inmediato se ahogarían? ¿Sería qué las limitaciones impuestas por Dios les hacían necesario contar con la mediación de algún tipo de ser físico a fin de

funcionar como lo desearán? ¿Sirvieron los cerdos como un conducto temporal para los demonios, antes de afligir a otra persona? Dios nos permite solamente atisbos, y no la manifestación completa, por razones que sólo él conoce. Hay cosas secretas que, sin duda, todavía pertenecen al Señor nuestro Dios ([Deut. 29:29](#)).

Al parecer, las mismas restricciones físicas se aplican a Satanás. En ningún lugar de la Biblia se nos dice que Satanás se hubiera manifestado físicamente, ni siquiera durante la tentación a Jesús. Aunque es siempre visible para Dios, las únicas ocasiones bíblicas durante las cuales Satanás pudo ser observado fueron visiones otorgadas por Dios: a Zacarías ([Zac. 3:1](#)) y al apóstol Juan ([Ap. 12:7-9](#); [20:2](#), [7-10](#)). Satanás ronda y recorre la tierra ([Job 1:7](#)), pero lo hace sin que los seres humanos lo perciban de manera física. Esta verdad se mantiene desde Génesis hasta Apocalipsis. En su primer encuentro con la humanidad, Satanás maniobró por medio de la serpiente ([Gn. 3](#)). Aun en la cúspide de su poder durante la gran tribulación, Satanás empleará a los agentes humanos para llevar a cabo su plan: el anticristo y el falso profeta ([Ap. 13](#)), y él mismo se mantendrá invisible a las masas humanas.

Como ya mencionamos, [Efesios 6](#) presenta el reino de Satanás organizado según rangos y capacidades: “porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. Dios es el que debió divulgar esa información acerca del reino demoníaco. Más allá de preguntarnos acerca del efecto a largo plazo del mal y del pecado, no sabríamos nada de la jerarquía demoníaca si Dios no la hubiera desenmascarado. Esta doctrina requiere inspiración divina, no lógica humana o razonamiento mundano. Que los demonios operen sin ser vistos en el mundo físico no significa que no tengan éxito. Después de todo, a lo largo de casi toda la historia, cuando Dios interviene por lo general se manifiesta a sí mismo o a sus agentes muy por debajo de su capacidad total de revelarse. Esto no nos llevaría a la conclusión de que el Dios invisible es también ineficaz en lo que se propone. En realidad, obrar por encima de la percepción humana otorga mucha más libertad de operación, especialmente para los seres demoníacos que desean el mal. Aquellos que se consideran cristianos, pero no creen en la existencia del adversario, no representan ofensa alguna para Satanás, porque ni remotamente participan en el campo de batalla.

Las Escrituras revelan algunas de las áreas en las que transcurren las actividades maléficas de Satanás. El diablo y sus ángeles están en constante guerra contra cada creyente, buscando a quien devorar espiritualmente ([1 Pe. 5:8-9](#)). Los demonios diseminan falsas doctrinas que rompen la armonía en la iglesia y mantienen a muchas personas alejadas de la gracia del evangelio de Dios ([1 Ti. 4:1](#)). Satanás y sus legiones colocan enormes obstáculos para perturbar y desanimar a los siervos de Dios ([1 Tes. 2:17-18](#)), para segar a los incrédulos a la verdad del evangelio ([2 Cor. 4:3-4](#)), y para llevar a cabo otros numerosos males que la Escritura no revela ([2 Cor. 2:11](#)); todo esto se logra sin ser percibidos sensorialmente por los habitantes de este mundo.

Contra este trasfondo analizamos la enigmática enseñanza de [Judas 6](#): “Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día”. Un determinado grupo de ángeles caídos traspasó de alguna manera el límite que Dios les había dispuesto. Obviamente, no son los demonios que hasta el presente se mantienen activos, como los que describe [Efesios 6:12](#). Los demonios a los que Judas se refiere ya no cumplen ningún papel en los asuntos de este mundo. De alguna manera este subconjunto de demonios entró en un lugar al que no entra el resto de los ángeles caídos. Cuando eso ocurrió, Dios intervino y los expulsó de la tierra, trasladando e impidiendo cualquier contacto futuro con ese ámbito al que habían entrado ilegítimamente. Este

es un versículo intrigante, que plantea tantas preguntas como da respuestas. ¿A qué ámbito entraron esos demonios? ¿Lo hicieron por su propia iniciativa, o los sedujo Satanás para que lo hicieran? Aun si Dios revelara las respuestas a estas preguntas, todavía no lo entenderíamos en su totalidad. Después de todo, una cosa sería saber en forma general qué fue lo que esos demonios encarcelados hicieron (aunque no se explica cómo consiguieron entrar en otro dominio). Otra cosa muy diferente sería saber por qué lo hicieron.

Dios mantiene control soberano sobre toda su creación. Esto incluye a Satanás y a su reino. Si bien Satanás es inmensamente poderoso (el arcángel Miguel lo atestiguó en [Judas 9](#)), sólo Dios es Dios, y no tiene rival. Por el momento Dios ha encarcelado a un grupo de demonios, pero permite que otros continúen con sus actividades perversas. En un despliegue de su omnipotencia, Dios les da pleno dominio a Satanás y a sus legiones, aunque no tienen libertad para hacer todo lo que quieren. Esta separación entre demonios activos y prisioneros ayuda a explicar los ruegos de los demonios en [Lucas 8](#). Eran consientes de los que representaba el abismo, sabían que era un lugar donde serían confinados y atormentados. Los demonios en [Lucas 8](#) suplicaban fervorosamente a Jesús “que no los mandara al abismo” ([Luc. 8:31](#)). ¿En qué consiste este lugar, y porque les evocaría semejante terror la sola idea de ser enviados allí?

El abismo aparece de diversas maneras en las Escrituras. En un sentido general el abismo puede hacer referencia ya sea al lugar o a la condición de los muertos. Pablo escribió acerca del abismo en referencia a Jesús, en [Romanos 10:7](#): “o, ‘¿quién descenderá al abismo?’ (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos)”. Sin embargo, la palabra también tiene connotaciones siniestras y se refiere a un lugar de tormento, mucho más restringido, relacionado particularmente con Satanás y sus huestes. La Biblia revela que algunos demonios a los que Dios ya había puesto prisioneros serán liberados temporalmente por él y saldrán del abismo para atacar y atormentar a los no redimidos, durante la tribulación ([Ap. 9:1-2, 11](#)). Estos podrían ser los demonios de [Judas 6](#) o algún otro grupo confinado, cuyos detalles Dios no revela en las Escrituras. También el anticristo saldrá de alguna manera del abismo en los tiempos finales ([Ap. 17:8](#)). Por último, Dios encerrará a Satanás en el abismo durante mil años ([Ap. 20:1, 3](#)), el mismo abismo que aterrorizaba a los demonios en [Lucas 8](#). Es importante observar que el abismo no es el infierno; Satanás será liberado finalmente del abismo y poco después será arrojado al lago de fuego donde quedará para siempre ([Ap. 20:7-10](#)).

Volvamos al tema que estamos considerando. En este momento Dios ha puesto como prisioneros en el abismo a un determinado grupo de demonios. ¿Qué hizo este grupo de ángeles caídos? Las Escrituras nos dicen que salieron del primer dominio en el que estaban, pero exactamente ¿qué significa esto? Y lo que es más importante, ¿por qué lo hicieron? Tanto Pedro como Judas escriben acerca de ángeles caídos que ahora están prisioneros ([1 Pe. 3:20](#)), que han sido arrojados al infierno (literalmente *tartarosas* —no el lago de fuego final de [Apocalipsis 20](#)) que “los entregó a prisiones de oscuridad” ([2 Pe. 2:4](#)), que “los ha guardado bajo oscuridad” ([Jud. 6](#)). Si bien la palabra “abismo” no se usa en forma explícita en las epístolas de Pedro, el lenguaje es notablemente similar al de las referencias al abismo que aparecen en [Apocalipsis 9](#) y [20](#). Todos estos pasajes se refieren a esclavitud y prisión, a ser retirados de la actividad en el mundo, y a fosas de tinieblas. Si la referencia de Pedro y de Judas no se aplica a demonios confinados al abismo, entonces carecemos por completo de una revelación de Dios que nos explique estos tres relatos, y quedamos en total incertidumbre respecto a su inclusión en la Biblia. Si se trata de referencias al abismo, como piensa la mayoría, entonces nos lleva a las mismas preguntas que planteamos en el capítulo anterior. Si estos versículos presentan enseñanzas tan misteriosas en el terreno de la teología, ¿por qué enviaría Pedro esta instrucción a

iglesias que estaban soportando una tensión enorme? ¿Qué esperaba lograr al referirse dos veces a este tema? ¿Qué relación guarda este asunto con el resto de sus epístolas? ¿Por qué escribiría Judas sobre el mismo tema?

Debemos ocuparnos de otro elemento importante: ambas epístolas de Pedro mencionan a Noé. En su primer epístola dijo: “Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; y en espíritu fue y predicó a *los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé*, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua” ([1 Pe. 3:18–20](#)). La segunda epístola presenta básicamente la misma verdad “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a prisiones de oscuridad, donde están reservados para el juicio. *Tampoco perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé*, pregonero de justicia, con otras siete personas” ([2 Pe. 2:4–5](#)). También esto plantea muchas preguntas. ¿Qué tiene que ver Noé, o las personas o los sucesos de la época de Noé, con los demonios ahora encarcelados? ¿Cuál es la conexión? Pedro se refiere a este asunto en las dos epístolas, de modo que debe haber ocupado un lugar importante en su razonamiento. ¿Pero qué quería decir? Y como ya dijimos, ¿de qué forma podía ser esto un estímulo para los santos de Dios perseguidos y afligidos?

Hace algunos años al despertar me encontré casi lisiado a consecuencia de lo que luego se me diagnosticó como artritis reumatoide. Pase casi una semana en el hospital mientras un gran número de médicos intentaba definir qué era lo que estaba asolando mi cuerpo. Los pies se pusieron de un color negro azulado repugnante; los glóbulos blancos aumentaron enormemente, y las articulaciones quedaron afectadas sucesivamente desde los pies hasta la mandíbula. En un primer momento ninguno de los médicos estaba seguro del diagnóstico exacto. Lo que hicieron, en definitiva, fue aplicar el procedimiento científico de eliminación. Planteaban una hipótesis de lo que podría ser mi enfermedad, pero cuando los interminables exámenes y análisis no respaldaban esa idea, inmediatamente reemplazaban la hipótesis por otra. En pocas palabras, primero tenían que comprobar lo que yo *no* tenía, para poder avanzar hacia la confirmación de lo que sí tenía.

El mismo procedimiento también es válido en la investigación bíblica. Debemos investigar qué nos muestran las evidencias. Surgen varias hipótesis. Quiénes o qué son los espíritus ahora encarcelados es un asunto del que se han hecho numerosos comentarios a lo largo de casi dos mil años, y los intentos de explicarlos son abundantes y muy variados. Aunque no es el propósito principal de este capítulo, quizás nos sea útil entender algunas de las opciones y de sus refutaciones, en el curso de desenredar este misterio. Estas variadas interpretaciones no son todas las que se encuentran disponibles, pero por lo menos permiten que nos informemos acerca de la manera en que otros han bregado con estos versículos a lo largo de los siglos. Necesitamos examinar algunas soluciones posibles, pero como un buen detective, debemos filtrar la información a través de la evidencia que Dios nos ha dejado a fin de que podamos comprender este gran misterio. De igual importancia será que, si una conclusión no concuerda con la evidencia firme, tendremos que abandonarla y buscar otra.

Una de las opciones define a los espíritus ahora encarcelados como los espíritus de las personas incrédulas ya fallecidas. Según esta perspectiva, estos espíritus están ahora aguardando el día del juicio, y que Cristo descendió hasta ellos y les hizo una proclamación victoriosa después de su crucifixión. Si bien esta hipótesis parece viable a primera vista, tiene muchas debilidades. Hay que ocuparse del papel que juega Noé en este argumento, ya que Pedro lo

menciona dos veces como vivo en el contexto del pasaje. Si se debe entender que los espíritus son de personas que murieron en tiempo de Noé, entonces surge un nuevo problema: ¿Por qué Cristo limitó su proclamación a un determinado grupo de personas muertas? ¿Por qué no predicar a todos los que habían muerto desde el momento en que Caín mató a Abel hasta la muerte del mismo Cristo? Y si esta perspectiva es correcta, ¿cómo podría ser de estímulo para la audiencia original de Pedro?

Una segunda interpretación considera a los espíritus acerca de los que escribió Pedro como los espíritus de las personas que no hicieron caso de la predicación de Noé antes del diluvio. Según este punto de vista, Jesús fue y ofreció a éste grupo una segunda oportunidad de salvación. Otra vez, se plantean serios problemas. Por mucho que les gustaría a algunos, no hay base bíblica que respalde ningún ofrecimiento adicional de salvación después de la muerte; una y otra vez la Biblia advierte que la única oportunidad de recibir la gracia de Dios es durante esta vida. Pero aun si esta interpretación fuera correcta, ¿por qué presentar una segunda oportunidad de salvación exclusivamente a un subgrupo de la humanidad? ¿Por qué limitar este ofrecimiento póstumo de vida eterna a la generación de la época de Noé pero no a otras generaciones, por ejemplo aquellas que vivían cuando Dios juzgó a Sodoma y a Gomorra? ¿Qué tiene de singular esa generación de incrédulos, para que Dios los considerara merecedoras de una segunda oportunidad? Igual que antes, debemos tomar en cuenta otro elemento: ¿Cómo podría el hecho de dar una segunda oportunidad de salvación a las personas no regeneradas ser de consuelo a las iglesias severamente perseguida en Asia Menor? Esto vale tanto si se trata de los que vivían en tiempos de Noé como de aquellos que perseguían a los creyentes siglos más tarde. En efecto, Pedro estaría consolando a los posibles mártires con estas palabras: “No se preocupen de su inminente tortura y su probable muerte. Aquellos que rechazan a Jesús y que los matan a ustedes y a sus familias tendrán una segunda oportunidad de convertirse al cristianismo después de la muerte.” Si bien esta sería una reacción noble, similar a la oración de Jesús “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” ([Luc. 23:34](#)), sería difícil imaginar en las personas que estaban sufriendo una prueba tan severa, un corazón palpitando por el anhelo de dar a los incrédulos una segunda oportunidad de salvación. Piense también en lo siguiente: si la intención de Pedro era informar a los lectores que aquellos que se obstinaban en desobedecer a Dios recibirían una segunda oportunidad de salvación después de la muerte, podríamos esperar que no le diera importancia a que los creyentes permanecieran firmes en Cristo, obedecieran a Jesús y se mantuvieran fieles aún hasta la muerte. Al fin de cuenta, si todos tendrán una segunda oportunidad de recibir a Jesús después de la muerte, ¿por qué no abandonar temporalmente la causa de Cristo, vivir esta vida libre de persecución, y entonces recibir la salvación después de la muerte? Resulta difícil pensar que este sea el propósito de Pedro, especialmente si se toma en cuenta que cierra su primera epístola con un mandamiento contundente: “Estad firmes” ([5:12](#), LBLA).

Un tercer enfoque hace una lectura alegórica; es decir, los elementos que Pedro enumera son figura de significados espirituales más profundos. Algunos interpretan que los espíritus son seres humanos todavía vivos que rechazan el evangelio. La prisión en la que están confinados es la prisión de sus propios pecados. Sin embargo, esta interpretación simbólica debería hacerse con mucha cautela, porque plantea muchos problemas. En primer lugar, si [1 Pedro 3:19–20](#) es un texto simbólico, ¿por qué limitar el simbolismo solamente a estos versículos? ¿No deberían considerarse en forma simbólica la mayoría o todos los capítulos de la epístola? Además, Pedro escribía para dar ánimo a sus lectores. Si usaba un simbolismo velado para comunicar las verdades de Dios, ¿cómo sabría que sus lectores cosecharían el significado que intentaba darles?

La comunicación simbólica puede resultar ambigua e indefinida, al menos que existan realidades con las cuales hacer una comparación. Pedro estaría aventurando que las iglesias interpretarían el simbolismo de la misma manera que él, en lugar de presentar claramente su enseñanza. A causa de las terribles circunstancias que enfrentaban las iglesias, esta sería una propuesta de lo más riesgosa. Además, hay tres factores adicionales que juegan en contra de esta perspectiva. En primer lugar, en ningún lugar de la Biblia se utiliza la palabra “cárcel” como descripción establecida de la condición espiritual de un individuo perdido. Por cierto, la Biblia contiene frases como “me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” ([Ro. 8:2](#)) y “vendido al pecado” ([Ro. 7:14](#)), pero el término “cárcel” nunca se refiere al estado espiritual de un individuo. Sin embargo, la Biblia muestra el abismo como un lugar concreto de encarcelamiento, para demonios según [Apocalipsis 9](#), y finalmente para Satanás, según [Apocalipsis 20](#). Argumentar a favor del sentido simbólico de un lugar concreto es, cuanto menos, cuestionable. Además, los demonios de los que habla [Lucas 8](#) obviamente entendían el abismo como un lugar concreto; su temor no era el de ser arrojado a una condición pecaminosa más profunda. En segundo lugar esta y cualquier otra interpretación debe guardar armonía con la doble mención a Noé. Si esta es la interpretación correcta ¿qué tiene que ver Noé con personas actualmente prisioneras de su propio pecado? Por último, como ya hemos dicho, ¿cómo podía la idea de que algunas personas quedan atrapadas en sus pecados, servir de consuelo a los creyentes que sufrían persecución? ¿Cualquier conclusión debe armonizar con el doble propósito de Pedro de exhortar y animar a los santos que atravesaba pruebas?

Una visión popular es que los espíritus encarcelados eran personas del tiempo de Noé a las que Jesús predicó antes de su encarnación. Si bien el Hijo de Dios predicaba, lo hacía por medio del agente humano Noé. Sería algo similar a los profetas del Antiguo Testamento ungidos por “el Espíritu de Cristo” cuando anunciaban la revelación de Dios. Pedro da fe de este rol de los profetas en [1 Pedro 1:10–11](#): “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos”. Según esta visión, la generación malvada a la que se refiere Pedro en el capítulo [3](#) rechazó la prédica hecha por Cristo por medio de Noé, y actualmente han sido encarcelados por Dios y aguardan el juicio final del que habla [Apocalipsis 20](#).

Quizás sería útil recordar lo que efectivamente declaran estos versículos sobre los espíritus encarcelados. El texto de [1 Pedro 3:18–20](#) es un solo párrafo, y los versículos deben ser examinados en conjunto porque forman parte de una unidad más amplia. Los versículos [18](#) y [19](#) dicen “Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; y en espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados...”. Hay un par de factores extremadamente importantes. Para comenzar, Pedro dice que Cristo era el predicador, no Noé. También deben mantenerse la cronología de los versículos. A Cristo se le dio vida en el espíritu *después* de su muerte. En otras palabras, la predicación a los espíritus tuvo lugar *después* de la muerte de Cristo, no antes. Lo que sea que haya ocurrido tuvo lugar después de la cruz, y no fue por medio de alguien que hubiera vivido miles de años antes de la encarnación de Jesús. Una vez más, y siempre de primera importancia, está la reiterada pregunta que se resiste a desaparecer: ¿cómo podría esta visión servir como un estímulo enérgico a los primeros lectores de la epístola? Es factible que las iglesias pudieran recibir algún estímulo en el hecho de que Dios finalmente juzgaría a quienes lo rechazaran, así como había juzgado a quienes rechazaron su Palabra en

tiempos de Noé; pero no tiene un vínculo con los miedos y terrores inmediatos de los lectores. Dicho simplemente, temían el resultado final de sus actuales circunstancias más de lo que temían el justo juicio de Dios sobre otras personas.

A pesar de todos los inconvenientes y riesgos interpretativos, hay un hecho que permanece: estos versículos aparecen en las dos epístolas, fueron inspirados por Dios, y están allí con un propósito divino. Pedro sin duda tenía en mente algo que sus afligidos oyentes entenderían de inmediato, una verdad divina que les daría fortaleza y valentía en medio de las tremendas pruebas que les aguardaban. Pero ¿de qué se trataba?

La interpretación más antigua, y que todavía tiene muchos adherentes, ofrece una explicación diferente de los espíritus ahora encarcelados. A lo largo de los siglos algunos estudiosos han entendido que los espíritus encarcelados son demonios que abandonaron su dominio y de alguna manera convivieron con mujeres. Esta enseñanza no solo se encuentra en las dos epístolas de Pedro y de Judas, sino también en [Génesis 6](#), donde dice que los hijos de Dios tomaron mujeres para sí ([Gn. 6:2](#)). Debido a que estos ángeles caídos ingresaron a un dominio prohibido, Dios los arrestó y los condenó al abismo.

Por extraño que esto pueda parecer a quienes nunca lo hayan pensado, este punto de vista tiene fuerte respaldo. No debemos pasar por alto un factor importante: Pedro esperaba que sus lectores comprendieran lo que quería decir. Se supone que si Pedro presentaba una revelación nueva y desconocida para sus lectores, hubiera dado suficiente explicación acerca del significado. El que escribiera tan brevemente en ambas epístolas indica que esperaba que las iglesias entendieran con bastante claridad el mensaje.

¿De qué modo entendería estos versículos una comunidad cristiana primitiva, especialmente una con raíces judías o una versada en el Antiguo Testamento? El que los demonios alguna vez habían convivido con mujeres durante los tiempos de Noé era, en efecto, un contenido de la teología judía ampliamente sostenido. Al explicar el relato de [Génesis 6](#), el historiador judío Josefo, que seguía las enseñanzas de los fariseos se refirió a la convivencia de ángeles caídos con mujeres. Josefo no inventó alguna novedosa historia de fantasía sino que presentó el hecho como algo bastante conocido entre los judíos. Varios escritos judíos de aquella época, incluyendo el popular *Libro de Enoc*, hacían referencia al mismo acontecimiento de [Génesis 6](#) sobre la cohabitación de demonios con mujeres que dieron a luz hijos. Si bien esas obras no son de inspiración ni autoridad divina, reflejan el pensamiento judío popular sostenido casi universalmente en los tiempos de Cristo. Pedro tenía mucho contacto con los fariseos y con otros líderes religiosos judíos; en consecuencia habría conocido esta convicción ampliamente difundida. Si había riesgo de algún error interpretativo, podría haberlo aclarado fácilmente con una sola frase explicativa, por ejemplo “Cristo fue a predicar a los espíritus ahora encarcelados, pero no de la manera en que los líderes judíos lo entienden...” Que Pedro supiera que esta visión popular tenía adhesión mayoritaria y no se expresara en contra de ella, y además era consciente de que sus lectores la conocían, nos permite concluir que no era necesaria ninguna corrección.

La refutación típica contra esta perspectiva es la que aparece en [Mateo 22:30](#). En el contexto de [Mateo 22](#), los saduceos intentaron tender una trampa a Jesús preguntándole quién, en el momento de la resurrección, se casaría con una mujer que había tenido varios maridos durante su existencia terrenal. Jesús respondió que ninguno de ellos sería su marido, “pues en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo”. Dado que los ángeles no pueden casarse ni darse en casamiento, debería deducirse que los pasajes de [Génesis 6](#), 1 y 2 Pedro, y Judas no pueden referirse a ángeles caídos.

Si bien este versículo de [Mateo 22](#) a primera vista parecería descartar la convivencia de

demonios con mujeres, se debe hacer un examen más cuidadoso. Jesús declaró que los que resuciten no se casarán, si no que “serán como los ángeles de Dios *en el cielo*”. Existen otros ángeles que no están en el cielo ([Mt. 25:41](#)), y Jesús no declara nada en cuanto a ellos. Por lo pronto, la especificidad de la declaración de Jesús respalda el argumento de que los espíritus encarcelados son ángeles caídos. Si Jesús hubiera dicho “son como los ángeles”, hubiera estado incluyendo a los ángeles puros y a los ángeles caídos. [Mateo 22:30](#) no limita lo que pudieron haber hecho los demonios, y en consecuencia podría respaldar la afirmación de que, efectivamente, convivieron con mujeres.

A partir de las evidencias en las Escrituras, la mejor explicación sobre los espíritus ahora encarcelados es la que los identifica con aquellos que abandonaron su dominio y cohabitaron con mujeres. Si bien Dios elige no explicar los detalles de cómo pudo haber ocurrido, nada en las Escrituras (ni siquiera el tan citado versículo de [Mateo 22:30](#)) excluye la posibilidad de que este pecado haya ocurrido. El que ocurriera en tiempos de Noé armoniza el relato de 1 y 2 Pedro, Judas, y [Génesis 6](#).

Aunque la visión de los demonios que abandonaron su dominio y convivieron con mujeres es fascinante, no debemos perder de vista la escena más amplia. Los demonios *nunca* trabajan independientemente de Satanás; nunca operan fuera de su control. En otras palabras, lo que ocurrió no fue un accidente. En consecuencia, sería lógico entender que Satanás jugó un papel importante al enviar a esos demonios fuera del dominio al que Dios los había confinado —un dominio, digamos de paso, que Satanás mismo prefirió no abandonar. La Biblia no revela como los convenció. ¿Forzó Satanás a un grupo de sus ángeles a cohabitar con mujeres? ¿Fue su enorme poder y autoridad lo que acobardó a sus seguidores ante la sola idea de desobedecerlo? ¿Tendrían miedo de cómo reaccionaría la Deidad? Quizás Satanás hizo uso de su táctica de engaño repetidamente probada. ¿Engañó a sus secuaces prometiéndoles gloria y posición exaltada si cumplían con éxito su misión? ¿O estarían más que deseosos de ir, y sólo esperaban un permiso o una señal? No lo sabremos en esta vida. Tendremos que esperar a que Dios nos lo revele cuando lleguemos al cielo.

Sea por imposición o por engaño acompañado de tentación, el hecho es que hubo un complot satánico en el reino espiritual de la maldad. Una confabulación demoníaca encubierta tomó como blanco al mundo espiritualmente ignorante. No todos los demonios invadirían el dominio humano; la mayoría de ellos se mantendría en su terreno y continuaría desde allí sus ataques maléficos. Sin embargo, un grupo selecto de demonios se alejaría del dominio ordenado por Dios para ellos, y de alguna forma se infiltraría en la tierra cruzando fronteras que ningún otro demonio había intentado cruzar. Confabularon y diseñaron su estrategia. La apuesta tenía consecuencias eternas para el reino de Satanás, para el reino humano, y para el proyecto redentor de Dios.

A pesar de todo esto, estamos todavía lejos de comprender la historia completa. La opinión de que los demonios convivieron con mujeres (si es esa la interpretación correcta) sólo plantea nuevos interrogantes, algo así como el intento de sofocar un incendio grande que entonces se divide en varios más pequeños. Una cosa es saber lo que hicieron esos demonios encarcelados (vinieron a la tierra y cohabitaron con mujeres), pero otra muy distinta es saber porqué lo hicieron. ¿Qué los motivaba? ¿Cuál era su meta? ¿Qué importancia tenía el que tuvieran éxito en sus intenciones? Pareciera que era de gran importancia, porque Dios intervino con suma violencia, si bien esperó con paciencia hasta que Noé terminó de construir el arca. En el presente Dios soporta temporalmente los continuos actos pecaminosos de las huestes demoníacas. ¿Qué hubo en este particular acto para que Dios reaccionara tan drásticamente, siendo que ahora tolera

innumerables actos impíos cometidos por los ángeles de Satanás?

Más allá de estas preguntas que permanecen sin respuesta, nos mantiene perplejos algo más. Hay una pieza del rompecabezas, separada de las demás, y negándose a desaparecer: *¿por qué Dios, el Espíritu Santo, consideraba tan esencial esta enseñanza sobre los demonios, para comunicarla por medio de Pedro a las iglesias de Asia Menor durante la hora más candente de su prueba y su persecución?*

CAPÍTULO SIETE

LA AYUDA

Algunas de las secciones de 1 Pedro habrán parecido duramente contradictorias a quienes recibieron inicialmente esta sagrada epístola. Tomando en cuenta la gravedad de sus circunstancias, en caso de no conocer o no confiar en Pedro, mucho de lo que les escribió les hubiera parecido especialmente cruel. El texto de [1 Pedro 3:13](#) es un ejemplo de algo escrito por Pedro que parece chocar con la difícil condición de los lectores: “¿Quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?”. Una reacción natural de parte de las iglesias podría haber sido: “¿Quién podrá hacernos daño! ¿Está Pedro tan loco como Nerón? ¿Quién podrá hacernos daño?” Pues bien, está el ejército completo del imperio romano, para empezar. Gobiernan al mundo entero con garra poderosa, y destruyen a los ejércitos y a las naciones que se les oponen. Con cuánta más facilidad podrían devorar a las ovejas del rebaño de las iglesias dispersas. “¿Quién podrá hacernos daño?” Tan sólo mira por tu ventana, Pedro; te sería muy fácil encontrar candidatos potenciales.”

Un versículo anterior también parecería burlarse de los que están débiles y espiritualmente heridos, en lugar de consolarlos. En el capítulo [1, verso 5](#) escribió que los creyentes están “guardados por el poder de Dios”, y empleo el tiempo presente para señalar el cuidado continuo de Dios. No hay momentos en que Dios interrumpa su divina protección sobre aquellos que le pertenecen. Si bien esta verdad brinda un estímulo poderoso, las presiones y los sucesos horribles provocados por la creciente persecución de Roma contra los cristianos podría hacer que los rebaños perseguidos batallaran contra muchos temores internos: “¿Protegidos por Dios, cuando es imposible dormir de noche por temor a que irruman en mi casa los funcionarios del gobierno y nos arresten a mí o a mis familiares? ¿Protegidos por Dios, cuando se me impide vender mis productos o comerciar en el mercado para alimentar a mi familia? ¿Protegidos por Dios, cuando mis vecinos discriminan a mi esposa, y cuando mis hijos son objeto de la burla de otros niños instigados por sus padres llenos de odio? ¿Protegidos por Dios, cuando mi hijo llora y me muestra donde lo hirió la piedra arrojada por algún atacante anónimo, y le quedó el rastro de sangre? ¿Protegidos por Dios, cuando el loco de Nerón reina en Roma, y satura la tierra con la sangre de los mártires? ¿Protegidos por Dios, durante los azotes, la tortura, y quizás aún el martirio? ¿Protegidos por Dios, cuando tengo que mirar a los ojos de mi pequeña hija, esperando contra toda esperanza que ese miedo profundo que siempre manifiesta no sea el mero reflejo del miedo profundo que hay en mis propios ojos? ¿Protegidos por Dios, cuando reúno a mi familia e intento asegurarles que no hay razón para temer, y les miento que todo terminará bien? ¿Protegidos por Dios?”

Aunque esa reacción pudiera ser natural en personas viviendo en condiciones tan opresivas, los destinatarios de la epístola conocían a Pedro. Sabían que se sentía uno con ellos, que no se había enclaustrado para protegerse del peligro que los acosaba. Estaban plenamente al tanto de la vida de Pedro, de sus sufrimientos, de su ministerio generoso, y muy probablemente conocían la profecía del Señor en cuanto a la muerte venidera de Pedro ([Juan 21:18–19](#)). Y lo que es más

importante, estas iglesias vinculadas por la fe no sólo conocían a Pedro sino que también conocían por experiencia a Dios. Aunque afligidos y oprimidos, odiados por el mundo, experimentaban la vida eterna independientemente de su actual contrariedad y sus crecientes temores. Estos que residían en esta tierra como extranjeros eran más que vencedores por medio de la sangre de Jesús, así como Él había sido más que Vencedor en beneficio de ellos.

Lo que escribió Pedro seguramente les trajo consuelo divino y la unción de aceite del Buen Pastor. ¿Protegidos por Dios?, no lo duden, amados de Dios, protegidos en una medida que quizás nunca imaginaron, porque a menudo Dios obra por encima de nuestra percepción extremadamente limitada. Buena parte de la manera en que Dios nos protege nos será revelado después de esta vida cuando estemos ante su presencia en el cielo. Sin embargo, antes de la revelación completa, Dios nos ha dejado claves sobre su protección divina entretejidas en su Palabra por ejemplo, esta misma epístola que habla de la protección de Dios sobre los creyentes también contiene el relato de que Cristo fue a predicar a los espíritus ahora encarcelados. ¿Hay alguna correlación entre estos versículos? Además, si Pedro se refirió dos veces a Noé cuando escribía acerca del confinamiento de los demonios rebeldes, tenemos que volver al relato sobre el diluvio para intentar reconocer el vínculo. Más aun, tal como hizo la iglesia perseguida en el primer siglo, tenemos que dar un paso atrás y maravillarnos ante las profundidades del amor de Dios y su constante protección por medio de nuestro Buen Pastor, Jesucristo.

Pregúntele a la gente que cree en la Biblia por qué envió Dios el diluvio, y con frecuencia la mayoría responderá con una paráfrasis de [Génesis 6:5-7](#): “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal; y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Por eso dijo Jehová: ‘Borraré de la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo, pues me arrepiento de haberlos hecho’ ”. El relato de Génesis pone de manifiesto que la humanidad se volvía cada vez más perversa hasta que llegó un punto en que Dios llevó a cabo un juicio purificador. Sólo sobrevivirían Noé y sus parientes cercanos.

Las Escrituras revelan que el mundo se volvió tan corrupto que Dios intervino con juicio, pero a menudo se nos escapa el significado más amplio del diluvio, especialmente cuando iniciamos el estudio a partir del diluvio. Sin bien es cierto que los habitantes de la tierra eran cada vez más pecadores, esto fue un proceso. Siglos, o por lo menos décadas de desobediencia creciente aumentaron el cúmulo de pecado de la humanidad. En lugar de comenzar con el diluvio mismo, debemos retroceder hasta el comienzo de la humanidad para comprender el sentido mayor. El diluvio es un acontecimiento crucial en la batalla global entre la verdad de Dios y las mentiras de Satanás; pero es sólo un suceso, una batalla en el marco de un conflicto más grande. La guerra había estado presente desde muchos años atrás.

Cuando Adán y Eva pecaron contra Dios en [Génesis 3](#), Dios decretó el castigo sobre los diversos sujetos involucrados. Al poder oculto tras las serpientes, Satanás, la serpiente antigua ([Ap. 12:9](#); [20:2](#)), Dios le pronunció este veredicto: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el calcañar” ([Gn. 3:15](#)). De esta manera Dios no solo estableció las fuerzas de la batalla sino que definió su resultado final: la simiente de la mujer, es decir, Uno nacido de mujer, aplastaría a la descendencia de la serpiente. Dios pronunció una declaración de hecho ya verdadera en su soberana voluntad, no alguna posibilidad lejana contingente a las circunstancias o la intervención humana.

Dios podría haberse ocupado en forma directa de Adán, de Eva y de Satanás, destruyéndolos a todos si lo hubiera deseado, y arrojándolos a las tinieblas de afuera. En lugar de eso, en su soberanía, Dios eligió actuar conforme a su sabiduría eterna. Aunque todavía no se revela en esta sección inicial de su revelación progresiva, Dios sabía desde antes de la creación del mundo que el hombre iba a caer ([Hec. 2:22–23](#)). También conocía el destino final de Satanás ([Mt. 25:41](#)). En forma gradual, Dios reveló en las Escrituras aspectos de su grandioso plan, comenzando con el veredicto en [Génesis 3](#). Uno nacido de mujer llegaría en algún momento no especificado en el futuro, para completar el juicio de Dios contra Satanás. Dios decidió no utilizar a los ángeles para llevar a cabo su juicio. Tampoco usaría a un gran número de los descendientes de mujer; sólo uno sería necesario: Él (no “ellos”) aplastaría definitivamente la cabeza de la serpiente.

Póngase en el lugar de Satanás: Usted ha experimentado el poderoso juicio de Dios y ha sido expulsado del cielo. Usted sabe que Dios siempre dice la verdad. Más aun, Dios está comprometido con su propia palabra. Y si bien usted no es lo suficientemente fuerte como para enfrentarse uno a uno con El Shaddai, en este momento vislumbra una pequeña esperanza en cuanto a su propio destino. Dios ha decretado que su derrota final será por medio de la descendencia de la mujer. Aunque usted no tiene poder para derrotar a Dios, quizás pueda derrotar al instrumento por medio del cual Dios traerá el juicio. Quizás pueda destruir por completo la simiente de la mujer de la faz de la tierra. Después de todo, estas criaturas humanas tienen ahora una naturaleza tan rebelde como la de usted. Tenían una inocencia santa y usted les indujo a pecar, ahora serán blancos todavía más fáciles, a causa de su naturaleza caída asociada con innumerables deseos profundos que constantemente los seducen al pecado.

Desde este momento en adelante, la simiente de mujer ocupó el centro de los pensamientos y los planes de Satanás. De ahora en adelante, su objetivo principal sería destruir al linaje humano. No importaba en qué forma lo destruyera, con tal de conseguirlo. Con la expectativa de que alguna de sus numerosas estrategias resultara en la extinción de la simiente, Satanás emplearía su potente arsenal.

Aunque contiene muchas tragedias, [Génesis 3](#) también presenta un rayo de luz para la humanidad. Después de todo, Dios tenía mucho en juego en este drama entre Satanás y la humanidad. Había declarado que Satanás sería finalmente derrotado por medio de la simiente de la mujer. Dios decretó una verdad divina; no presentó una mera probabilidad. Dios decidió no contar con un plan alternativo en caso de fallar el primero. En consecuencia, Dios debía proteger a la descendencia de la mujer contra cualquier artimaña o ataque que Satanás pretendiera hacer —una protección divina que el ser humano en ese momento no era consciente ni conocía. Si Dios no protege soberanamente la descendencia de la mujer, si Satanás puede destruirla, entonces el diablo gana para siempre.

Adán y Eva también escucharon la promesa de Dios de un liberador que de alguna forma vendría por medio de Eva. Cuánto comprendían o cuánto más les informó Dios, la Escritura no lo dice. Sin embargo, parece evidente que Dios decidió no revelar a Adán y a Eva, y tampoco a Satanás en qué momento llegaría esa simiente. Aquella primera pareja no tenía como pensar que deberían esperar miles de años en el futuro, ya que no tenía una base de experiencia para comparar. Su necesidad era inmediata, ya que ahora vivían bajo la maldición de Dios. Lo más probable es que Adán y Eva hubieran esperado que esa redención llegara por medio de alguno de sus dos primeros hijos: Caín o Abel. Sin embargo, si esos primeros padres esperaban que la simiente de liberación llegara por medio de uno de los dos primeros candidatos potenciales, sufrieron una terrible desilusión. Caín asesinó a Abel. Uno de los potenciales redentores muerto; el otro descalificado para siempre y desterrado por Dios.

De esta manera, comenzó Satanás su táctica inicial de destruir a la descendencia: procurando que los descendientes se destruyeran unos a otros. Miles de años más tarde, Jesús puso en evidencia el papel que jugó Satanás detrás del escenario en la tragedia de Caín y Abel. En [Juan 8:44](#) Jesús describió a Satanás como “homicida desde el principio”. El asesinato de Abel por parte de Caín es el primero que se registra en la historia, y por la revelación de Jesús pareciera que Satanás tuvo un papel estratégico en su concreción. El asesinato no era tanto un objetivo para Satanás sino un medio, especialmente en referencia a la promesa de la simiente.

A la luz de todo esto, este primer encuentro con la simiente de la mujer después de la caída, satisfizo a Satanás: dos candidatos, dos eliminaciones. Con esta victoria inicial Satanás podía pensar que no estaba más amenazado ahora por la simiente de la mujer de lo que lo había estado en el huerto. Sin embargo, los sucesos que se presentarían muy pronto, lo modificarían todo.

[Génesis 4](#) termina con el nacimiento del tercer hijo de Adán y Eva, y pone de manifiesto la esperanza renovada de esta pareja: “Conoció de nuevo Adán a su mujer, la cual dio a luz a un hijo, y llamó su nombre Set [en hebreo *sheth*], pues dijo: ‘Dios me ha dado [*shath*: designar, apartar] otro hijo [literalmente, semilla] en lugar de Abel, a quien mató Caín.’” ([4:25](#)). Después de perder a dos hijos, Eva deseaba fervorosamente el advenimiento de la simiente prometida, y anhelaba que su hijo recién nacido fuera el elegido por Dios. Puesto que el reino y la autoridad de Satanás dependían de que la descendencia de la mujer no estuviera en posición de alcanzar una potencial victoria, Satanás advertiría de inmediato la importancia de aquel nombre. No confiaría en nadie al que se le diera el nombre de “simiente designada.” Mucho más alarmante sería una mención adicional en [Génesis 4:26](#), que Satanás no podía pasar por alto: “Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová”.

Satanás se enfrentaba entonces con dos secuelas significativas en el desarrollo de la historia de la simiente. En lugar de asesinarse y eliminarse unos a otros, esta semilla se multiplicaba en número. Además, parte de esa descendencia comenzó a invocar el nombre del Señor. Satanás había sido testigo de la gracia de Dios en acción en [Génesis 3](#), y esta gracia *siempre* se presenta como algo ajeno e ilógico a la mentalidad de Satanás, algo que reiteradamente lo confronta como el elemento menos predecible de los actos de Dios. Satanás desprecia la gracia de Dios; pero aun así, le *teme* a la gracia de Dios. Pese a todos sus esfuerzos, es imposible para Satanás razonar como es que Dios puede operar en el terreno de la gracia. Las manifestaciones de la gracia de Dios siempre maravillan a los ángeles, tanto a los buenos como a los malos ([1 Pe. 1:12](#)), y aunque temporalmente ocupe una posición exaltada, Satanás todavía es un ángel. Aunque todavía no podía saber el resultado de las oraciones de los hombres a Dios, el que la humanidad invocara *por nombre* a un Dios de gracia y de amor seguramente alarmaría al maligno.

Pero el acontecimiento que finalmente motivó a Satanás a entrar en acción fue el nacimiento de alguien a quien se describe en [Génesis 5:28–29](#): “Vivió Lamec ciento ochenta y dos años, engendró un hijo y le puso por nombre Noé, pues dijo: ‘Este nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos en la tierra que Jehová maldijo’ ”. Satanás entendió de inmediato la importancia de esta predicción. No sólo la tierra había sido maldecida por Dios; Satanás también era parte de esa maldición. Si Dios usaba a este recién nacido para anular la maldición, la simple lógica indicaba que Dios también lo utilizaría para aplastar a Satanás. Éste no sabía si Noé era la simiente prometida o no, porque al fin de cuentas, la proclamación de Lamec no estaba acompañada por las palabras “así dice el Señor”. Pero Noé podía ser el prometido. Uno nacido de la simiente de mujer, cuyo nombre y momento de aparición Dios todavía no había revelado, provocaría la caída de Satanás. ¿Podía ser este bebé el prometido? Y si bien lo que Lamec declaró no era una cita directa de Dios, pone en evidencia la espera activa de por lo menos un

hombre que aguardaba el cumplimiento de la promesa que Dios había hecho en el huerto. Tanto la maldición como el liberador prometido estaban presentes en la mente de muchas personas. ¿Cómo podrían olvidarlo? Con cada nueva muerte, con las múltiples evidencias de una tierra maldecida, con cada tragedia que afligía a la raza caída, la cadena de la humanidad añadía otro eslabón de miseria. Quizás Lamec sí recibió una palabra del Señor. Quizás éste era el grito de batalla de Dios proclamando que el reino de Satanás pronto llegaría a su fin, cuando uno de la simiente de mujer se levantara y lo destruyera tanto a él como a su reinado.

Estos cambios en las circunstancias forzarían a Satanás a actuar, y a hacerlo pronto. Ahora debía modificar su estrategia. Aunque hasta el momento había obtenido varios éxitos sobre la raza humana, el linaje de la simiente (y la promesa de la simiente) continuaba. Además, la gente había comenzado a clamar al Dios de la gracia, aun por nombre, lo cual indicaba que de alguna manera Dios había puesto a su alcance algún conocimiento concreto de su persona. El resultado era que por lo menos algunos lo reconocían como su Dios. Y ahora nacía uno cuyo padre proclamaba que pondría fin a la maldición y que daría descanso a la tierra y a sus habitantes. El fin de la maldición significaba el final del reinado de Satanás y el comienzo de su prisión y su tormento. Cuando se ve frente a una crisis de vida o muerte, un hombre desesperado actúa en desesperación. Lo mismo haría el desesperado líder de las tinieblas.

El escritor de la carta a los Hebreos muestra la total insuficiencia de los sacrificios de animales para redimir a la humanidad de su esclavitud espiritual. “Porque es imposible [no “difícil”] que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados” ([Heb. 10:4](#), LBLA). Hay una razón lógica de esta imposibilidad divina. Dios creó a la humanidad a su imagen, varón y hembra los creó. Un aspecto de esta imagen era su diferencia de y su dominio sobre todos los demás animales. “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra” ([Gn. 1:26](#)). Ningún otro animal fue creado a la imagen de Dios; sólo los humanos. En consecuencia, por decisión divina, ni siquiera un sacrificio colectivo de todos los animales del mundo podría quitar un solo pecado de una sola persona, mucho menos los pecados acumulados a lo largo de la historia, porque los animales son criaturas inferiores. Dios demandó los diversos sacrificios del Antiguo Testamento como un recurso temporal hasta que llegara el sacrificio final por medio de su Hijo ([Ro. 3:21–26](#)). Eso es lo que el escritor de Hebreos desarrolla detalladamente a lo largo del capítulo [10](#). Así es, para que se produzca una redención adecuada debe haber una correspondencia uno a uno. La humanidad debe ser redimida por alguien que tenga la imagen de Dios, algo que los animales no tienen.

La misma lógica se aplica a los seres humanos y los ángeles. El [Salmo 8](#) revela que el hombre fue hecho poco menor que los ángeles. Aunque esta posición cambiará en el futuro, en este momento los seres humanos no están en un pie de igualdad con los ángeles (los ángeles tienen una posición elevada). En consecuencia, ningún ángel podría redimir a la humanidad ya que no hay correspondencia uno a uno. Otro problema obvio surge de la condición eterna de los ángeles; los seres espirituales nunca mueren, como lo hace la carne.

A partir de la información general que Dios da en las Escrituras, estas verdades parecieran ser la base sobre la que actuó Satanás. Si bien no comprendía la redención, Dios había declarado que uno de la simiente de la mujer le aplastaría su cabeza. Satanás se había esforzado constantemente para destruir la simiente de la faz de la tierra, pero esa simiente seguía allí. El nacimiento de Noé, el posible libertador, forzó a Satanás a tomar medidas drásticas, y decidió aplicar dos estrategias. La primera implicaba el empleo de un subgrupo de demonios, quienes

abandonarían el dominio que Dios le había decretado y de alguna manera cohabitarían con mujeres de la raza humana. Los demonios nunca antes habían intentado esto. Jamás la Trinidad había tolerado semejante pecado.

Dios brinda información muy limitada acerca de lo que ocurrió. Menos aun revela cómo ocurrió, y ese silencio bien puede tener el propósito de protegernos. En las Escrituras sólo encontramos el suceso y los resultados. Sin embargo, a partir del relato bíblico se hace evidente con qué intensidad ocurrió: destruir mediante contaminación y envilecimiento el medio designado por Dios para destruir a Satanás, es decir, la simiente de mujer. Que no hubiera simiente significaba que la cabeza de Satanás no sería aplastada; no habría destrucción. La intensidad, entonces, no era tanto la lujuria sexual; la intensidad satánica era producir una mezcla híbrida que en algún momento volviera inviable la descendencia humana. Dios había anunciado el juicio por medio de la simiente de la mujer; no por medio de la descendencia de algún vástago humano-demoníaco. Dios se había comprometido por su palabra; el juicio *debía* venir por el medio que Él había establecido, y ese medio era un miembro de la raza humana. De modo que en un intento por alterar de manera permanente la simiente de mujer, la estratagema de Satanás era poner a Dios en la situación de destruir la descendencia (y con ella la promesa) o bien tolerar alguna simiente híbrida, arruinando así la redención uno a uno necesaria para el hombre.

La segunda versión de la estrategia parece más bien un resguardo del plan o plan alternativo. Dicho en pocas palabras, el segundo plan procuraba incrementar la manifestación del mal a tal punto que Dios mismo decidiera intervenir y destruir la simiente que Él mismo había creado. Cualquiera de los enfoques llevado hasta sus últimas consecuencias lograría el cometido; el linaje se volvería perversamente contaminado, y de esa manera quedaría abolido el medio por medio del cual debía llegar la simiente prometida. Satanás seguiría reinando. Las promesas de Dios quedarían nulas. La oscuridad vencería a la luz *para siempre*.

[Primera Pedro 3:20](#) parece decir que Satanás tenía inicialmente motivos para deleitarse en sus esfuerzos. Dios conoce todos los movimientos de Satanás. Él tenía pleno conocimiento cuando los demonios abandonaron su dominio para entrar en otro que les estaba prohibido. Sin embargo, en lugar de actuar de inmediato, tan pronto como el primer demonio invadió el ámbito terrenal, Dios decidió esperar antes de reaccionar. Al referirse a los espíritus ahora encarcelados, que en otro tiempo desobedecieron, Pedro explica “*cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca...*” Dios no ignoraba la confabulación demoníaca ni los pecados del mundo; espero estratégicamente. Tampoco pasó Dios por alto la contaminación de la tierra; esperó pacientemente con una diligente atención divina. El tiempo imperfecto en el verbo en griego expresa algo de la prolongada espera de Dios, es decir, que esperó repetidamente una y otra vez.

[Génesis 6:3](#) da una indicación de cuánto esperó Dios. Inmediatamente después de los pecados mencionados en [Génesis 6:1-2](#) aparece esta declaración de Dios: “Entonces dijo Jehová: ‘No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; pero vivirá ciento veinte años’ ”. Durante ciento veinte años Dios esperó el momento adecuado para actuar: tiempo suficiente para que se multiplicara al extremo la confabulación demoníaca; tiempo suficiente para que la maldad dirigida por Satanás saturara la tierra; tiempo suficiente para que Noé naciera veinte años más tarde y contemplara el arca cien años después.

Si Dios decidió no revelar su plan a los ángeles celestiales, sus huestes habrán contemplado el drama terrenal en gran asombro. Habrán observado el absoluto descaro de un contingente de ángeles caídos que abandonaban el territorio establecido para ellos por Dios, y sin embargo Yahvé no intervenía. Habrán sido testigos de la convivencia prohibida y de la descendencia

corrompida resultante, pero Dios seguía en actitud de espera. Los ángeles celestiales presenciaron o percibieron la maldad que invadía toda la tierra en proporciones nunca vistas. Conocían cabalmente la declaración de Dios de un juicio por medio de la simiente de mujer y sin embargo ese linaje se estaba corrompiendo casi al punto de desaparecer. Cuando Dios finalmente respondió, lo que dijo parecía contradecir precisamente la promesa que había empeñado años antes. En [Génesis 6:7](#), Dios declaró: “Borraré de la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo, pues me arrepiento de haberlos hecho”. Si esto fue lo que los ángeles o Satanás oyeron, en ese momento, Dios no estaba haciendo excepción alguna. La aniquilación de la raza humana significaría también la aniquilación de la simiente de mujer, y quedaría erradicada la promesa de Dios. Si Dios no daba a conocer su plan, los ángeles estarían estupefactos, quizás hasta temerosos de la imposible idea de que triunfara Satanás, el vil usurpador. Quizás lo conversaron entre ellos, de manera semejante a la que los discípulos de Jesús miles de años más tarde conversarían sobre los procedimientos de Dios.

Si Satanás escuchó la sentencia de Dios de [Génesis 6:7](#), se habrá llenado de júbilo. El Dios Jehová, el amante creador, *Él mismo* eliminaría de la tierra la creación de sus manos, incluyendo la descendencia de la mujer. Satanás no necesitaría actuar, y además no tenía capacidad para hacerlo —pero Dios mismo lo haría. No solo una pero ambas estrategias de Satanás habían funcionado: La confabulación demoníaca estaba rápidamente anulando la simiente de mujer, y la maldad se multiplicaba en tal medida que muy pronto Dios pondría fin a todo lo que estuviera asociado con la tierra.

Satanás *había* puesto en marcha su plan. Los resultados eran quizás mejores de lo que previamente había anticipado.

Pero también Dios había puesto en marcha su plan, de una manera mucho más sutil y sustancial.

El escritor de Hebreos desarrolla majestuosamente la difícil cuestión de la imprescindible correspondencia uno a uno necesaria para la redención. Muestra repetidamente que un animal no podía redimir de manera plena al hombre caído, porque no era un igual. Dios es superior a los ángeles, y los ángeles son superiores al hombre. ¿Cómo podía el Dios excelsa redimir a alguien inferior? Dios lo logro humillándose a mí mismo hasta el nivel de aquellos a quienes vino a salvar: “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos” ([Heb. 2:9](#)). Más aun, [Hebreos 2:14–15](#) expresa: “por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”. De manera casi incomprensible, el Hijo descendió del cielo hacía su creación, eligiendo volverse un poco menor que *sus propios* ángeles, a fin de poder identificarse plenamente con el hombre caído. En pocas palabras, nació hombre y fue parte del linaje de mujer.

El escritor de Hebreos revela todavía más. En [Hebreos 2:16](#) escribe una frase explicativa muy intrigante: “porque ciertamente no ayuda a los ángeles, sino que ayuda a la descendencia [literalmente, “semilla”] de Abraham” (LBLA). Dos veces en este versículo el escritor emplea la misma palabra griega que significa “ayuda”. Esta palabra puede traducirse de dos maneras, y en consecuencia agrega otra controversia. El término significa “apropiar; apoderarse; tomar para sí”. Usada de esta manera esta palabra describe lo que se conoce como la “asunción” del Hijo, es decir, que Él tomó cuerpo humano. Así traduce este versículo la Reina Valera 1909: “Porque

ciertamente no tomó a los ángeles, sino a la simiente de Abraham tomó”. Otros estudiosos concluyen que la palabra significa “venir en auxilio de; ayudar; socorrer”. Entendido de esta manera, el versículo dice: “porque ciertamente no ayuda a los ángeles, sino que ayuda a la descendencia [o ‘semilla’] de Abraham” (LBLA). Sin duda continuará en debate cuál de estas acepciones es la correcta. Sin embargo, el contexto de [Hebreos 2](#) trata sobre la encarnación, es decir, que podría prevalecer el sentido de que Cristo no asumió la naturaleza de los ángeles sino la naturaleza humana. De todas maneras, la idea de ayuda, incluso o quizás especialmente la de ayudar asumiendo la naturaleza humana, también puede verse en este pasaje.

De modo que, aunque ambos sentidos concuerdan con el texto, por discutir lo tangencial con frecuencia pasamos por alto lo obvio. Sea que el énfasis es que Jesús no tomó la naturaleza de los ángeles o que no ayudó a los ángeles, la esencia fundacional de una verdad que no debe pasarse por alto es que los ángeles buenos no necesitaban ayuda; los ángeles malos la necesitaban, pero nunca la recibirán. Si bien este pasaje no habla en forma directa de que Cristo hiciera una proclamación a los espíritus ahora encarcelados, estas palabras son un recordatorio más del gran amor de Cristo por la humanidad. Dios desplegó su más activa exhibición de amor, no en el reino angelical sino en el de la humanidad caída. Los ángeles, tanto celestiales como demoníacos, sólo contemplan este amor en condición de espectadores, no de participantes, porque la ayuda no fue dada para ellos.

Dios nos ha protegido, no sólo por lo que destruyó sino también por lo que preservó. No sólo aniquiló los efectos de la confabulación demoníaca sino que además protegió y sustentó el linaje de la simiente, en medio del diluvio. No lo olvide, amado lector: La protección de la simiente familiar y su existencia continua es tan importante en el relato bíblico como la destrucción de los malvados, pero pocas veces lo reconocemos. Por ejemplo, muchas de las personas que leen la Biblia aman los cuatro primeros capítulos de Génesis, que hablan de la grandeza de la creación de Dios y la tragedia de la revelación del hombre. Sin embargo llegan a [Génesis 5](#) y el relato se vuelve más arduo, y a menudo se refieren a este tramo como “esas genealogías aburrida”. La revelación de Dios nunca carece de propósito. Tomemos nota, en primer lugar, de que [Génesis 5:3](#) narra que Adán engendró un hijo, Set. La manera en que se registra es importante. Set es el tercer hijo de Adán no el primero. Los dos primeros fueron Caín y Abel pero Moisés los omite en la genealogía. Es decir que [Génesis 5](#) desvía nuestra atención. Su propósito no es el de darnos una historia detallada de Adán y sus descendientes; lo que busca es trazar la evolución del linaje de la simiente. Miles de años después, en lo que algunos consideran “otra de esas aburridas genealogías”, en el Nuevo Testamento, Lucas nos recuerda que Dios había estado actuando desde el Edén en adelante. Comenzando en [Lucas 3:23](#) con Jesús, Lucas sigue el rastro del linaje hacía atrás, pasando por David ([3:31](#)), Judá ([3:33](#)), Jacob, Isaac y Abraham ([3:34](#)), y cada uno de estos descendientes habiendo recibido grandes y gloriosas promesas de parte de Dios. Pero Lucas va aun más allá y retrocede hasta “Noé, hijo de Lamec” ([3:36](#)), y aun más hasta “Set, hijo de Adán, hijo de Dios” ([3:38](#)). Cada uno de los nombres registrados en la genealogía, al igual que los muchos nombres omitidos, agrega un enlace y una historia al desarrollo de la promesa que Dios había hecho en el momento de la caída. Y cada historia agrega un recordatorio más del Dios fiel que lleva todas las cosas hasta su plenitud en el cumplimiento del tiempo ([Gál. 4:4](#)).

Cuando mi hija Lauren era pequeña era raro que pasara un mes sin que me pidiera que le contara acerca del día en que había nacido. Esa era su historia favorita. La sabía de memoria y me corregía en el acto si omitía hasta el más pequeño detalle que hubiera incluido en un relato previo.

—Papi, cuéntame de cuando nací.

—Todo comenzó temprano un sábado de septiembre en Dallas, Texas. Mamá y yo estábamos durmiendo... durante varios días no habíamos recibido el diario, y después de muchos reclamos a la oficina del diario, el repartidor se aseguró de que supiéramos que el diario había llegado arrojándolo contra la puerta de vidrio de nuestro dormitorio que daba al patio. El proyectil de papel sonaba como la explosión de una granada, y provocaba que Betsy y yo diéramos un salto sentándonos al unísono en la cama. Aunque esa mañana nos habíamos propuesto dormir hasta más tarde, al habernos despertado de un salto finalmente comenzamos nuestras actividades algo antes de las 5 de la mañana. A Betsy le faltaban dos semanas para la fecha del nacimiento, y todavía había muchos preparativos por hacer antes de la llegada de nuestra primera hija.

Cada uno hicimos nuestras actividades. Betsy hizo compras y preparó el ajuar de bebé. Yo estudié y luego salí a correr y orar. Ese sábado por la noche fuimos a una fiesta y después de regresar a casa y acostarnos, Betsy me informó que era tiempo de ir al hospital.

—Y eso era para que yo naciera, Lauren medio preguntaba, medio alardeaba.

—Y eso era para que tú nacieras, asentía yo.

Con frecuencia Lauren modulaba en silencio las palabras o frases más queridas para ella. Es su historia de amor, y nunca se cansa de escucharla.

—¿Y después que pasó, papito?

Yo volvía a relatarle como conducimos al hospital después de media noche y lo atareados que estaban el médico y las enfermeras. Compartía mis recuerdos acerca del momento especial cuando uno ve llegar a su primer hijo, no una ecografía, no la curvatura en el vientre de mamá, sino un niño real y vivo, con vida y espíritu.

—Esperé junto a la camilla hasta que naciste. Y cuando finalmente te vi, supe que nunca antes había visto a nadie tan hermosa. Desde ese primer instante, supe que te amaba de una manera tan profunda que no amaría a ningún otro ser vivo.

Lauren resplandecía.

Le recordaba cómo había dejado de llorar apenas la colocamos sobre el pecho de mamá. Ella me recordaba que los abuelos, Nana y Pop Pop, vinieron en automóvil desde Cary, Carolina del Norte, sólo para verla. Y como nos quedábamos todos ante el vidrio de la sala neonatal sólo para contemplarla.

—Y ¿qué pasó después?

—Pocos días después mamá y tú pudieron ir a casa. Empacamos nuestras cosas, y yo me detuve a la salida para pagar la cuenta del hospital.

Aunque Lauren había escuchado su historia decenas de veces, el hecho de que habíamos pagado dinero para que ella viniera a casa y viviera con nosotros se le había pasado por alto en los relatos anteriores. Ahora tenía algo más de edad y sabía que no podía conseguir un helado cuando pasaba el heladero a menos que alguien tuviera el dinero necesario.

—¿Quieres decir qué te *costé* algo, papá?

—No es en tiempo pasado, querida; sigues costando algo cada día. Pero sí, mamá y yo tuvimos que pagar a los médicos y al hospital para poder traerte a casa a vivir con nosotros.

—Y ¿qué hubiera ocurrido si no pagaban por mí?

—Ah, no sé, supongo que seguirías allí.

Yo había dicho estas últimas palabras en broma, pero no le parecieron graciosas a una niña de cuatro años y medio. Apenas salieron de mi boca, lamenté haberlas dicho. Sin querer había lastimado a mi niña amada. Un temor y dolor invadió a Lauren mientras su mente de niña captaba el concepto más horrendo que pudiera imaginar: vivir para siempre separada de mamá y papá. Nuestros mellizos habían muerto apenas unos meses antes. El concepto de la separación

era algo que Lauren ahora conocía por experiencia, y lo aborrecía.

Reaccionó intempestivamente suplicando con lágrimas: —Pero papito, ¡no quiero vivir sin ti y sin mamá!

—Lauren, ya sabíamos que Dios nos había dado una niña hermosa, y mamá y yo preparamos con anticipación todo lo necesario para traerte a vivir en casa con nosotros. Aun antes de que nacieras, sabíamos que tendríamos que pagar. Fuimos al hospital preparados. Pagamos lo que correspondía, y hubiéramos pagado mil veces más con tal de traerte a casa. ¿Y quieres saber algo? Lo pagamos todo. No quedó ninguna deuda y nadie vendrá jamás a arrebatarte de nosotros. Nunca escucharás del hospital nada al respecto de esto.

—Pero yo no lo sabía, papi.

—No tenías que saberlo, amorcito. Era el precio que pagábamos nosotros, no ti.

A veces la mejor reacción llega cuando el diálogo se detiene. Una luz se encendió en el interior de Lauren cuando relatamos su nacimiento esa vez. Comprendió mejor cuán amada y valorada era. Me retuvo en un abrazo prolongado como si quisiera apretarme hasta el final. Saboreé inmensamente ese momento.

Más tarde esa noche, cuando la arropaba en su cama, podía adivinar que Lauren todavía estaba pensando en nuestra conversación. Yo sabía que querría escuchar la historia otra vez. Ahora tenía una base más profunda de experiencia que le permitía apreciarla mucho más. Volveríamos a hablar de aquello, pero no esta vez. En lugar de repetir la historia, la arropé con su manta y con un pensamiento final.

—Lauren, te protegí antes de que existieras como alguien a quien quería proteger, y lo sigo haciendo.

—Cuéntame de cuando nací, Señor.

—Bueno, igual que con la historia de Lauren los acontecimientos que se asocian con tu nacimiento comenzaron mucho antes de que nacieras; en realidad nacieron en el pasado eterno. Ibas a nacer en un mundo enormemente cargado con la maldición resultante de la desobediencia de Adán. Ibas a entrar en un mundo severamente afectado por alguien que me odia a mí y a todos los que están alineados conmigo. Tengo un enemigo, y puesto que me perteneces, él y los suyos también te odian activamente.

—¿A qué se debe eso, Señor?

—En parte se debe a su naturaleza: mis enemigos sólo conocen el mal y el odio. Querían apartarte a ti y a todos de mí. Pero en gran medida, su odio nace del miedo. Mucho antes de que nacieras hice la promesa de que la redención de la humanidad llegaría a través de un miembro de la raza humana. Una simiente prometida alcanzaría la victoria sobre la serpiente y lograría su destrucción aplastándole la cabeza. Durante siglos el enemigo y sus legiones confabularon continuamente para destruir la descendencia prometida, a fin de que esta victoria declarada nunca se hiciera real.

—¿Estuvieron cerca de lograrlo?

—A los ojos humanos, estuvieron extremadamente cerca. Según mi juicio, es como si nunca lo hubieran intentado. Yo soy el Dios todopoderoso, el principio y el fin. Soy omnisciente. Supe de su artero plan antes de que siquiera lo concibieran en sus mentes perversas, y lo supe siempre, desde la eternidad. Satanás convenció a algunos de sus ángeles a infiltrarse y a contaminar la descendencia humana a fin de que Aquel prometido nunca pudiera llegar. Los observé llevar a cabo toda su perversión durante ciento veinte años, pero lo toleré solamente hasta que tu antepasado Noé completara la construcción del arca y yo trajera los animales para entrar en ella ([Gn. 6:20](#)).

“Este fue el momento cumbre de las artimañas de Satanás para impedir que llegara la simiente prometida. Pero aunque fue lo mejor que Satanás y sus legiones pudieron armar después de muchos años de estrategia, nada de lo que hicieron me sorprendió. Me adelanté a cada paso, y hasta usé sus acciones como un medio para castigarlos a ellos y al mundo.

“Destruí a esa mezcla de simiente y al mundo impío mediante el diluvio. Más aun, yo *había creado* mi tierra muchos años antes para que estuviera preparada para cuando Satanás intentara su ataque desvergonzado. No sólo mandé lluvia con el diluvio sino que abrí “las fuentes del gran abismo” que yo había formado como parte de mi creación ([Gn. 7:11](#); [8:2](#)). No tuve que hacer nada nuevo ni reaccionar de alguna manera singular. Mi Sabiduría creó las fuentes del gran abismo mucho antes de que Satanás hiciera su intento, y lo hice contigo en mente. Sólo yo sabía que existían. Como dije más tarde en [Proverbios 3:19–20](#), “con sabiduría [fundé]... la tierra, con inteligencia estableció los cielos. Con su conocimiento *los abismos fueron divididos* y los cielos destilan rocío” (LBLA). Mis ventanas y mis fuentes estaban preparadas para mi propósito mucho antes de que Satanás concibiera su complot. Sólo necesité esperar hasta que fuera el momento apropiado.

“No sólo juzgué al hombre rebelde sino que además preservé la simiente a través de Noé y su familia, protegiéndolos a ellos e instalándolos en un mundo limpio y renovado.

“Castigué a los demonios culpables con extrema severidad para que ningún otro demonio se atreviera a desobedecer tan flagrantemente. Además, nunca más esperaré ciento veinte años antes de responder. Y nunca más toleraría que abandonaran el ámbito confinado que les había asignado.

“No sólo eso, sino que fui a predicar a los espíritus ahora encarcelados, y declararé victoria en cuanto a lo que habían intentado impedir. Su confabulación demoníaca había fracasado. No sólo había continuado el linaje de la simiente sino que la Simiente había triunfado. La cabeza de la serpiente había sido fatalmente aplastada.

“Satanás y sus demonios subestimaron severamente no tanto mi poder sino las profundidades de mi amor, y los confines eternos a los que llegaré con el propósito de traer a mis amados a mi hogar.

“Yo sabía que vendrías a casa a vivir conmigo, y pagué lo necesario para que estuvieras conmigo para siempre.”

Como Lauren, yo también con frecuencia susurro ciertas palabras o frases cada vez que escucho esta historia de amor. Igual que un niño, no importa con cuanta frecuencia la escuche, siempre percibo elementos nuevos que nunca antes había advertido.

—¿Quieres decir que te *costé* algo, Señor?

—Ah, sí, me costaste mucho.

—¿Y qué hubiera ocurrido si no hubieras pagado por mí?

—Hubieras estado para siempre separado de mí. Tú y el resto de los habitantes del mundo hubieran quedado para siempre bajo el dominio de Satanás aún después de la muerte, y hubieran sido eternamente atormentados en el infierno originalmente preparado para el diablo y sus ángeles.

—¡Pero yo no quiero estar separado de ti, Señor!

—No tienes que preocuparte. Satanás y sus demonios no pueden dañarte otra vez. Nada ni nadie puede arrebatarte de mí. Me perteneces. Estas destinado a estar conmigo para siempre, y en una manera maravillosa que todavía no comprendes cabalmente, estás destinado a ser semejante a mí ([1 Jn. 3:2](#)).

“El proceso de tu llegada a casa es con frecuencia difícil, ya sea por la crueldad del imperio

romano o por las dificultades de la vejez, o por la enfermedad, o por la soledad del desierto. Pero estas pruebas son sólo momentáneas; eres un extranjero en estas tierras. Nuestra relación y todo lo que tiene que ver con ella es eterna.

“Tu fe está en este momento siendo probada por fuego, pero no tu identidad. *Eres mío y yo soy tuyo*. Ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles (los malos), ni los principados, ni las cosas del presente, ni las que vendrán, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada —y eso te incluye a ti, e incluye a Satanás— tiene el poder de separar o de alejar de mí a aquellos que me pertenecen ([Ro. 8:38–39](#)).

“Hijo amado, te he protegido antes de que existieras para protegerte y sigo haciéndolo.

“Yo soy Jehová Dios, El Shaddai, Dios Todopoderoso. Siempre, *siempre*, guardo mi palabra. Y siempre, *siempre*, cumplo lo que me propongo.”

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcitable, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final. Por lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que, sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro (el cual, aunque perecedero, se prueba con fuego), sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo. Vosotros, que lo amáis sin haberlo visto, creyendo en él aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.

[1 Pedro 1:3–9](#)

Mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal. Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; y en espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.

[1 Pedro 3:17–20](#)

CAPÍTULO OCHO

EL INTERCAMBIO

La tragedia de la caída del hombre en [Génesis 3](#) estalla contra las glorias de la creación divina de [Génesis 1](#) y [2](#). En la Biblia sólo dos capítulos relativamente breves muestran al mundo y a sus habitantes en paz consigo mismos y con su Creador; muy poco tiempo después se presenta la gran caída de la humanidad. Todos y todo cambió. La imperfección reemplazó a la perfección; la pureza se transformó en un instante en corrupción. Pecado. Crimen. Enfermedad. Muerte. Guerra: todos ellos componentes activos en un mundo vanamente degradado por las ramificaciones salvajes del pecado del hombre. Aún por encima de estas trágicas reverberaciones, el cambio más severo fue la brecha que el pecado introdujo entre el Creador y sus criaturas. Dios y sus hijos, creados a su imagen, ya no disfrutarían más de las caminatas en la frescura del huerto. El pecado produjo separación, y todavía la produce. Dios respondió a la caída en coherencia con su santidad. Después de decretar en [Génesis 3](#) su sentencia contra la humanidad, contra la tierra, y contra Satanás, Dios expulsó del huerto a la primera pareja, y en cierto sentido, de su presencia.

¿Qué pensamientos habrá tenido Adán esa primera noche en su condición ahora caída? Con cuánta rapidez este mundo y él mismo habían cambiado. A cuánto había renunciado, y cuánto había entregado al Enemigo. Los que pertenecemos al mundo humano no conocemos por experiencia lo que significa una relación perfecta con otros, con nuestro mundo, ni siquiera con nosotros mismos. Lo único que conocemos es la contaminación del pecado, porque hemos sido concebidos y nacemos en pecado ([Sal. 51:5](#); [Efe. 2:1-3](#)).

Adán sí conocía la diferencia. Conocía de primera mano lo que antes había tenido. Y aún más conocía lo que antes había sido: un ser sin pecado, sin mancha, santo. Por el resto de sus días en la tierra tendría siempre una base de comparación conocida solo por él y por Eva. Adán había disfrutado anteriormente la unión perfecta con la esposa que Dios le había dado, la que era huesos de sus huesos. Juntos habían habitado en un ambiente que no tenía rastro alguno de los efectos letales del pecado. Y aun más que esas bendiciones (y en armonía con la declaración de Jesús miles de años más tarde, de que el hombre no sólo vive de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios), Adán alguna vez se había deleitado en radiante comunión con su Padre y Creador, en una unidad prístina no condicionada por el pecado. Sus demás bendiciones, tales como Eva y su medio ambiente, eran mayormente externas y temporales. La relación de Adán con Dios, tal como las Escrituras pondrían de manifiesto una y otra vez a medida que se desarrollara la revelación progresiva de Dios, surge de adentro hacia afuera, y es eterna.

En la tenebrosa oscuridad de la primera noche lejos del Edén, un Adán despojado se preocupaba por su situación. Aún si Eva estuviera sentada a su lado, sería como si ella nunca hubiera existido. Tamaña búsqueda en su ser interior requerían que Adán revisara su propio corazón antes de tomar en cuenta el aporte de algún otro. Un enemigo había dado un golpe, un devastador los había saqueado, juntos el primer hombre y la primera mujer se alejaron de Dios hacía un campo de pecado del que no podrían volver. Aunque Adán y Eva compartían las

responsabilidades propias de una pareja casada, la carga de la condición caída del mundo pesaba exclusivamente sobre Adán. Aunque era Eva quien había entrado primero a este nuevo reino de desobediencia, Adán, en lo profundo, sabía que se encontraba en esta situación por su propia decisión como consecuencia de sus propias acciones. Nadie lo había engañado; por su libre voluntad había elegido a la criatura antes que al creador ([Ro. 1:25](#)). La muerte previamente profetizada resultó tal como Dios lo había anunciado: espiritualmente en ese momento, a lo que la muerte física le seguiría en algún momento incierto del futuro. Adán estaba allí ahora sentado en la oscuridad, quizás con un fuego o alguna antorcha que procuraba iluminar su entorno recién oscurecido. Pero dondequiera que miraba, salvo los primeros y magros atisbos de la Luz, lo único que veía era oscuridad. La esperanza se había convertido en un recuerdo lejano, no tanto en el tiempo como en su percepción.

La existencia de Adán transcurría ahora en medio de una maldición que había estropeado todo lo bueno que alguna vez había experimentado o poseído. El mismo suelo sobre el que estaba sentado, así como todos los demás aspectos de toda la creación física, ya había comenzado a dar el fruto contaminado de su pecado. Su matrimonio había cambiado para siempre, y nunca recuperaría la relación perfecta que Dios se había propuesto que tuvieran en [Génesis 2](#). Las pruebas, el esfuerzo, las preocupaciones, y el dolor marcarían los días de la vida de Adán, acosándolo de diferentes formas, como sigue haciéndolo hoy con toda su prole. Cada día presentaría nuevas evidencias de su condición caída: algunas leves, otras severas. Con el tiempo Adán conocería una nueva profundidad de la congoja cuando su primer hijo, Caín asesinara a Abel, su segundo, y este crimen fácilmente rastreado a su propia desobediencia de Dios. Muchos conocen la inmensa carga que uno lleva como consecuencia de sus propios pecados; una miseria más profunda aun reside en aquellos cuyos pecados envuelven a aquellos que aman, y Adán experimentó esas tinieblas antes que ningún otro. También soportaba la carga de no tener experiencia previa ni el ejemplo de otros de los cuales aprender, o en quienes ver la obra de Dios procurando obtener algo bueno aun en medio de las cenizas residuales de sus trágicos pecados.

Después de haber vivido Adán novecientos treinta años ([Gn. 5:5](#)), experimentando tanto las alegrías como las aflicciones de la vida, murió en el sentido físico, así como antes había muerto espiritualmente en el momento cuando transgredió contra Dios. Este ser alguna vez majestuoso, la mitad del pináculo de la creación de Dios, un aspecto de la obra que el propio Dios había declarado “muy buena” ([Gn. 1:31](#)), finalmente volvió al polvo del cual Dios lo había creado ([Gn. 3:19](#)). Sin embargo, antes de llegar a este final anunciado, no importa cuán bueno hubiera sido cualquier segmento de la vida de Adán, nunca recuperaría lo que alguna vez había tenido en el huerto. Algunas personas sueñan; Adán *recordaba*. Su condición caída permanecía como una espina demasiado hundida en su alma como para poder quitarla por su propio esfuerzo, sentado en el entorno de un nuevo mundo de oscuridad.

Otra verdad que le produjo a Adán un sufrimiento profundo fue el hecho de cambiar la autoridad establecida por Dios en preferencia de la servidumbre a otro ser. El propósito original de Dios asignaba a la primera pareja la capacidad de gobernar toda la tierra: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga *potestad* sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra” ([Gn. 1:26](#)). Fue una absurda ironía, no cabe duda, la que se instaló en la mente de aquella pareja real: uno de los animales sobre los cuales Dios le había dado autoridad (la serpiente) había cumplido una función decisiva en su destrucción. Un nuevo sufrimiento comenzó a acompañarlos: por lo menos uno de los amados animales asignado a su cuidado se

convirtió en objeto de sacrificio en su favor, al ofrecer la vida en lugar de la de ellos, ya que Dios vistió a la corrompida pareja con la piel del primer sacrificio de sangre realizado en el mundo ([Gn. 3:21](#)).

El [Salmo 8](#) presenta una descripción aun más majestuosa del grandioso diseño original de Dios para la humanidad. Un milenio después del Génesis, probablemente desde las hermosas colinas sobre Belén, David contrastó la expansión del dominio de la creación de Dios con la frágil limitación del hombre:

*¡Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!
¡Has puesto tu gloria sobre los cielos!*

*De la boca de los niños y de los que aún maman,
fundaste la fortaleza a causa de tus enemigos,
para hacer callar al enemigo y al vengativo.*

*Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que tú formaste,
digo: «¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria,
y el hijo del hombre para que lo visites?»*

*Lo has hecho poco menor que los ángeles
y lo coronaste de gloria y de honra.
Lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
todo lo pusiste debajo de sus pies:
ovejas y bueyes, todo ello,
y asimismo las bestias del campo,
las aves del cielo y los peces del mar;
¡todo cuanto pasa por los senderos del mar!
¡Jehová, Señor nuestro,
cuán grande es tu nombre en toda la tierra! ([Salmo 8:1-9](#))*

Aunque después de la caída Adán todavía retenía rasgos de la autoridad de Dios, su reinado presente apenas se asemejaba a su anterior capacidad. No sólo eran diferentes las circunstancias, él era diferente. Adán percibía esta maldición en lo profundo de su ser. Por su propia elección había entregado la autoridad que Dios le había dado a otro ser, y había intercambiado la comunión y el cuidado amoroso de su Creador y Protector por la perversa tiranía de un lobo voraz.

[Lucas 4:6](#) es uno de los versículos más inspiradores de las Escrituras. Al tentar a Jesús, Satanás le ofrece autoridad sobre todo el mundo, argumentando: “A ti te daré todo el poder [autoridad] de estos reinos y la gloria de ellos, porque a mí me ha sido entregada y a quien quiero la doy”.

Dios no nos da detalles explicativos en la Biblia en este caso, y por eso un versículo como este resulta tan intrigante. La palabra *todo* en [Lucas 4:6](#) plantea interrogantes. Por ejemplo, para empezar, ¿es verdad lo que Satanás argumenta? ¿Le había sido entregada la autoridad en el mundo? Satanás es mentiroso desde el principio, su naturaleza es ser mentiroso ([Jn. 8:44](#)). Sin embargo, ¿sería Satanás tan descarado como para mentir al encontrarse con Jesús? Por otro lado, si la afirmación es verdadera, surge otra pregunta: ¿quién le entregó la autoridad o el poder a Satanás: Adán o Dios, o ambos?

El testimonio abrumador de las Escrituras es que la tierra y todo lo que hay en ella pertenece al Señor ([Da. 4:17](#), [25–26](#), [34–35](#)). La historia del mundo —pasado, presente y futuro— descansa firmemente en las manos de Dios ([Is. 46:8–10](#)). Aún, el futuro Anticristo, el que ejercerá el máximo dominio Satánico en el mundo, en realidad entrará en la historia sólo después de que Jesús rompa el primer sello ([Ap. 6:1–2](#)), y Dios le otorga autoridad para dominar sobre todo el mundo durante un lapso limitado ([Ap. 13:7](#)).

Aún así, aunque el alarde de Satanás nos cause repugnancia, las Escrituras respaldan parte de su pretensión. Por extraño que parezca, el que más se benefició en un primer momento de la caída de Adán fue Satanás, ya que recibió un incremento de su autoridad, dominio y gobierno. Jesús subrayó la enorme autoridad de Satanás al referirse tres veces a él como el príncipe de este mundo. En [Juan 12:31](#), Jesús declaró: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el *príncipe de este mundo* será echado fuera”. Más adelante, la noche en que iba a ser entregado, después de haberle dado a Judas permiso para retirarse, Jesús se dirigió nuevamente a sus angustiados discípulos, diciéndoles: “No hablaré ya mucho con vosotros, porque viene el *príncipe de este mundo* y él nada tiene en mí” ([Jn. 14:30](#)). Al referirse a la nueva función que tendría el Espíritu Santo poco después de la ascensión de Jesús al cielo, les dijo: “y de juicio, por cuanto el *príncipe de este mundo* ha sido ya juzgado” ([Jn. 16:11](#)). También Pablo describió a Satanás como alguien que ocupa una posición elevada, refiriéndose a él como el “príncipe de la potestad del aire” ([Efe. 2:2](#)), y aun más, “el dios de este mundo” ([2 Cor. 4:4](#)). El apóstol Juan, décadas después de la victoria de Cristo en la cruz todavía escribía: “el mundo entero está bajo el maligno” ([1 Jn. 5:19](#)). Adán perdió, Satanás arrebató... todo con el permiso de Dios. Cuando pensamos en ello, el relato de la caída no parece justo o apropiado. Satanás, el instigador de la tentación del hombre y de su condición corrompida, se aleja de la escena de juicio en [Génesis 3](#) con mucho *más* de lo que tenía al llegar. Resulta debatible si Satanás podía haber anticipado la reacción de Dios. No sabemos si Satanás calculaba esta nueva posición exaltada, o si tan sólo esperaba el juicio severo de Dios. Sin embargo, las Escrituras reiteradamente dan testimonio de un hecho: Satanás gana de manera increíble y sustancial después de la caída de Adán. El intercambio que tuvo lugar es tan grande que parece injusto. Satanás tentó a Eva quien a su vez tentó a Adán, y la humanidad en forma colectiva cayó de su condición de santa inocencia a la de perversa depravación. El ladrón robó y Dios le permitió *a él* retener lo que había robado. Por otro lado, Adán y Eva, además de la serpiente recibieron inmediatamente severas sentencias del Dios Todopoderoso. En cambio la serpiente antigua, oculta tras la serpiente terrenal, no recibió en ese momento ningún juicio, salvo un velado anuncio de su aniquilación futura. Adán y Eva volverían en algún momento al polvo del cual habían sido creados ([Gn. 3:19](#)). Qué cambio para la obra magna de la creación de Dios, que su condición de reyes degenerara al polvo y volviera al suelo que hombres y animales hollarían después. Agrava el insulto el hecho de que las generaciones futuras de animales y de seres humanos no estarían informadas de quiénes en el pasado habían agregado su polvo residual a la senda sobre la que hoy caminaban. Mucho después de que Adán y Eva murieron y sus cuerpos fueron descompuestos, Satanás continuaría rondando la tierra, buscando a quien devorar ([1 Pe. 5:8](#)), y ejerciendo su maligno poder en un mundo que él mismo había ayudado a contaminar.

No parece en absoluto justo ni imparcial. No parece el acto justo de un Dios bondadoso.

Cuando uno contrasta las grandezas de la creación en [Génesis 1](#) y [2](#) con las sombrías realidades de [Génesis 3](#), se filtran algunas preguntas, que seguramente no expresaríamos en compañía de otros creyentes. Quizás las preguntas más molestas se originen en la simple pregunta “¿Por qué?” ¿Por qué había Dios permitido que Adán y Eva gustaran la perfección y la

gloria de la creación, y luego permitió que lo cambiaran por una vida de corrupción, de esfuerzo y de sufrimiento? ¿Por qué reaccionó Dios con tanta firmeza y severidad ante un solo acto de desobediencia de Adán? ¿Por qué un solo pecado tuvo como consecuencia la devastación y la contaminación de todo el mundo, tanto espiritual como física ([Ro. 5:15-18](#))? Los horrores de ese pecado se transfieren a miles de millones de seres humanos nacidos en los años que siguieron. Adán eligió pecar; nosotros nacemos en un mundo de pecado que no elegimos pero que afecta toda nuestra existencia. Esto también parece desproporcionado, injusto. Además, ¿por qué Dios no protegió mejor a Adán y a Eva? No tenemos en las Escrituras ninguna indicación de que Dios les hubiera advertido de la presencia del adversario. ¿Permitiríamos nosotros que nuestros hijos jugaran dentro de los límites que les hemos definido, sabiendo que el maligno está al asecho para causarles la muerte, y no les advertiríamos explícitamente del peligro o intervendríamos para protegerlos? Aún si el enemigo lograra entrar y producir tamaña devastación, ¿no buscaríamos de inmediato al culpable para darle el castigo apropiado por la muerte de las criaturas de Dios y de la creación, por haber arruinado la obra maestra de la creación de Dios? Y más allá de estas preguntas queda ésta: ¿por qué le daría Dios a Satanás mucho más dominio y autoridad sabiendo que era el principal instigador del primer delito en el mundo? ¿Por qué acortó Dios los días del hombre, poniéndoles fin con la muerte, y a la vez le otorgó a Satanás milenios por delante para multiplicar el sufrimiento y la carnicería en ese mundo donde él había puesto en marcha la contaminación?

¿Por qué, Dios?

Los que vivimos en este mundo tenemos una percepción general de las realidades espirituales desde una base extremadamente limitada y de poco conocimiento, y por lo general comenzamos siendo nosotros mismos nuestro punto de referencia. “Puesto que el mundo, mediante su sabiduría, no reconoció a Dios” ([1 Cor. 1:21](#)), si Dios no hubiera revelado la verdad y a sí mismo, no hubiéramos podido encontrar a ninguno de los dos, tropezando en la oscuridad espiritual igual que Adán la primera noche después de su caída. Nuestra comprensión limitada a menudo se pone en evidencia en nuestra manera de plantear las preguntas. Por ejemplo, ¿por qué actuaría Dios con tanta severidad contra *un solo pequeño pecado*? Al expresar la pregunta de esta manera, nos estamos exaltando a nosotros mismos y rebajando a Dios, es decir, rebajándolo en nuestra percepción, no en su esencia.

Consideremos algunas de estas preguntas. Para empezar, ¿quién definió que el pecado de Adán y Eva era “pequeño”? El pecado de Adán pudo haber sido un simple acto, pero en su esencia se trataba de un acto desafiante de desobediencia. Intencionalmente, la criatura se reveló contra su Creador. Por encima de esto, hay una verdad profundamente más seria: *un solo pecado tuvo como consecuencia la muerte de Jesús, el Hijo de Dios*. ¿Clasificaría usted como “pequeño pecado” un acto que condujera al brutal asesinato de su hijo? Tampoco lo haría Dios. Si tan sólo Adán o Eva hubieran sido el único pecador en toda la historia humana, aún si los efectos de las ramificaciones del pecado no se hubieran expandido como en ondas concéntricas, lo mismo Jesús hubiera tenido que nacer como hombre a fin de redimirlos. En el plan predeterminado y en el conocimiento anticipado de Dios ([Hec. 2:23](#)), Jesús debía morir para redimir a los perdidos. Cumplir el plan de Dios para la salvación le costaría al hijo la muerte, como también su vida completa. Aun antes de su muerte sacrificial Jesús debía vivir una vida perfecta en un mundo caído, y soportar los más severos ataques de parte del gran enemigo de la humanidad. Eso hizo, viviendo con excelencia y muriendo para redimir y restaurar la raza perdida de Adán: un sacrificio perfecto y suficiente para cubrir y para recuperar todo aquello que Adán había perdido.

La redención del hombre no se obtuvo de manera automática. A Jesús le requirió

intercambiar la gloria por la humillación, un cambio para el que no existe comparación terrenal, porque significó que Dios dejara su cielo. Como había reflexionado David siglos antes mientras observaba la expansión de los cielos, ¿con quién o con qué en toda la tierra podríamos comparar a Dios o al lugar que Él habita? Jesús descendió un paso divino; no fue un ascenso. Miles de años después de que Adán y Eva canjearan su inocencia por la contaminación, Jesús voluntariamente cambió su residencia en los cielos y su condición igual a Dios ([Fil. 2:5-12](#)) por el confinamiento y la fragilidad de la carne y la sangre. Intercambió la gloria preencarnada ([Jn. 17:5](#)) por el servicio humilde ([Mr. 10:45](#)), cambió su posición exaltada como Dios ([Isa. 6](#); [Fil. 2:6](#)), por el sacrificio obediente ([Fil. 2:8](#)). Jesús hizo este intercambio con libertad, por su propia decisión, y el amor visible de la Deidad se enclaustró en forma de la raza de Adán, y vivió entre gente maldita en un planeta maldito.

Antes de considerar otros asuntos relacionados, necesitamos explorar un elemento adicional en [Lucas 4:6](#). Satanás se expresó en el tiempo verbal, pasado perfecto, alardeando de que el dominio y la gloria de la tierra le habían sido entregados. En el griego, esto indica “tarea completa”. Satanás argumentaba que aquello que se le había dado significaba un intercambio definitivo. ¿Era esto una mentira, o Satanás creía sinceramente que el traspaso del dominio de la tierra había sido irrevocable?

Satanás podía pensar que la tierra y la raza de Adán estaban para siempre en su poder, pero no así para Dios. El Cordero, y sólo Él, merece recibir la gloria definitiva ([Ap. 4-5](#)). Dios no revela qué percepción tenía Satanás de Jesús en su situación de mansedumbre, especialmente después de haberlo observado en la gloria preencarnada. Pero si Satanás consideraba que la mansedumbre era lo mismo que la debilidad, se equivocaba completamente. La transformación de Jesús en un siervo humilde era algo temporal, que duraría solamente lo necesario para aplastar la cabeza de la serpiente, lo necesario para redimir a la raza caída de Adán. El grito de victoria de Jesús, “¡Consumado es!”, dio comienzo a su propia secuencia de círculos concéntricos, de manera similar al pecado de Adán, sólo que en el rumbo opuesto. La victoria de Jesús comenzó a expandir ondas de victoria, de salvación, de gloria, reclamando todo lo que Adán había entregado al enemigo. Puesto que Jesús había triunfado sobre el pecado, sobre la muerte y sobre Satanás, todas las partes afectadas por la caída en [Génesis 3](#), incluyendo los objetos inanimados, aguardan el intercambio ordenado por Dios para el fin de los tiempos.

Un intercambio decidido con anticipación aguarda al “vencedor” inicial en el huerto. Un día, cuando Cristo regrese, cambiará su posición de poder usurpado por una de encierro y finalmente por el tormento eterno ([Ap. 20:1-10](#)). Ya no será llamado “el dios de este mundo” ([2 Cor. 4:4](#)), porque ese tiempo ya habrá pasado, y con él su “dios”. Un día Satanás recibirá lo peor del infierno originalmente preparado para él y sus ángeles ([Mt. 25:41](#)). Como ya hemos dicho, contrariamente a la creencia popular, Satanás no gobierna ahora sobre el infierno, y nunca lo hará. El infierno es el lugar donde Satanás reconocerá cabalmente el peso de su pecado. Las personas más rebeldes y descaradas por lo menos tienen una sola vida de la cual dar cuenta a Dios. Satanás tendría que dar cuenta de *todas* sus actividades pecaminosas desde que fue expulsado del cielo hasta su lanzamiento en el lago de fuego. Nadie ha pecado más que Satanás; pero no sólo eso: nadie ha pecado habiendo tenido tanto conocimiento de la grandeza y gloria de Dios. Nadie más ha pecado contra tanta luz. Dicho en pocas palabras nadie sufrirá en el infierno tanto como Satanás, ni siquiera remotamente cerca.

Desde el punto de vista eterno se vuelve evidente que el juicio de Dios es recto y justo. La tierra es temporal; el infierno es eterno. ¿De qué aprovechará al hombre —o a Satanás— si ganara todo el mundo y perdiera su alma? ¿Qué podría haber en todo el mundo que valiera tanto

para disfrutarlas por un tiempo, si el resultado final fuera la terrible ira de Dios durante toda la eternidad? Desde esta perspectiva, el castigo de Dios sobre Adán y Eva tiene un alcance mucho mayor de gracia que si dejara el pecado sin sanción por un tiempo extendido. Dios fue severo con la humanidad, pero su juicio más devastador caerá sobre la serpiente antigua. Cuando esto suceda Dios no cubrirá la desnudez del ofensor, ni ofrecerá esperanza alguna de que la Luz le rescate y redima. No habrá un Cordero sacrificial que ocupe el lugar de Satanás para redimir a quien nunca lo aceptaría ni siquiera si Dios le ofreciera su gracia mientras agoniza en el infierno. Satanás prefiere su propio dominio, aún sufriendo el tormento, que cualquier oficio en el reino de Dios. Tal vez no tiene sentido para nosotros, pero, como ya sabemos, fuimos creados a imagen de Dios, y no podemos razonar como lo hace el maligno.

Aunque ahora no podemos imaginarlo, llegará el día en que los efectos de la maldición de la tierra serán eliminados, e intercambiará su actual corrupción por una gloria renovada. [Romanos 8:19–21](#) revela que si bien la caída del hombre corrompió *todo* lo que se asocia con la tierra, la glorificación de Cristo también alcanzará hasta lo último de la tierra: “El anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Por tanto, también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios”. En algún momento definido en el futuro, Dios restaurará la tierra a la majestuosidad primitiva que disfrutó brevemente. Pero más allá de esta bendición, así como los que están en Cristo son nuevas criaturas ([2 Cor. 5:17](#)), un día Dios creará un nuevo cielo y una nueva tierra ([Ap. 21–22](#)) parecidos en algunos sentidos a los viejos pero mejores: nuevos, más puros, y sobre todo, llenos de gloria.

El cuerpo físico de los miembros de la raza de Adán, marcado por el pecado, antes coronado por Dios con honor, también recibirá indescriptibles beneficios de la victoria de Cristo. Cambiando lo mortal por inmortal ([1 Cor. 15:50–53](#)). No importa en qué medida el hombre exterior decaiga ([2 Cor. 4:16](#)), los que hayan sido salvos por Jesús tendrán el cuerpo de resurrección prometido por Dios ([2 Cor. 5:1–6](#)). Aunque en este momento una aflicción leve bombardea constantemente a los amados del Señor ([2 Cor. 4:17](#)), este ataque es sólo temporal, aunque con frecuencia las aflicciones no parecen leves ni momentáneas. Los que están en Cristo ya tienen vida eterna; además un día recibiremos un cuerpo que el pecado y la muerte no podrán tocar. Más aun tendremos un cuerpo específicamente creado para que podamos disfrutar la irreprochable comunión con la Deidad, un compañerismo infinitamente más grande que aquella experiencia limitada de Adán.

En última instancia, en el gran diseño de Dios, Jesús, el segundo Adán ([1 Cor. 15:45](#)) deshará la maldición y las calamidades conseguidas por Adán, recuperará todo lo perdido —y más. La vida eterna y plena reemplazará a la muerte y a la alienación. La tierra bajo maldición recibirá la renovación grandiosa que Dios se propuso. Satanás se enfrentará con toda la fuerza de la ira de Dios; la victoria prometida apenas como una señal en [Génesis 3:15](#), será alcanzada por completo. Satanás será condenado por toda la eternidad; quedará eternamente alienado, eternamente separado de la gloria de Dios; y después de [Apocalipsis 20](#), Satanás nunca más será una amenaza para los de la raza de Adán, y es probable que su nombre nunca vuelva a mencionarse.

Nosotros, los que fuimos redimidos por Cristo de la maldición, anhelamos aquel día de la restauración victoriosa. Con la muerte de cada ser amado, con nuestras fragilidades físicas y espirituales, con nuestra pecaminosidad, con los peligros presentes en el mundo, con la apostasía futura anunciada para antes del regreso de Cristo, sin duda reflexionamos en nuestra condición actual de manera muy semejante a la de Adán aquella primera noche. Pero nuestra senda es

diferente de la de Adán: vivimos de este otro lado de la cruz, y hemos recibido mayor revelación de la Luz. Sabemos cómo, y lo que es más importante, sabemos Quién; lo único es que Dios ha decidido no revelarnos cuándo. Por lo tanto, nos mantenemos firmes. Andamos por fe. Esperamos con ansias su venida, tal como lo han hecho los hijos de Dios desde la ascensión de Cristo: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” ([Fil. 3:20–21](#)).

Sin embargo, aunque los aspectos asociados con el regreso de Cristo son algo deseable en lo cual reflexionar, nos aguarda otro cambio divinamente establecido; será un intercambio que, cuando lo percibamos plenamente, nos dejará sin aliento.

[Génesis 1:26–27](#) y [Salmo 8](#) describen la autoridad que Dios se había propuesto dar a la humanidad. [Hebreos 2:8–9](#) explica de qué manera Jesús cumplió plenamente los requisitos del [Salmo 8](#): “En cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no le sea sujeto, aunque todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos”. Lo que Adán podría haber retenido para toda la eternidad, lo recibe Jesús. Y siendo Jesús quien es, con gozo comparte el fruto de su victoria con aquellos a quienes ha redimido.

Pero el cambio que ofrece Jesús supera vastamente aun esta realidad de que Dios restaurará a la humanidad a su posición de gobierno terrenal. Dios reserva grandezas mayores para aquellos que lo aman.

La Biblia solo nos deja entrever algo de lo que Dios da a los creyentes en Jesucristo. Podemos percibir parcialmente algunas de esas bendiciones; otras las entenderemos cuando estemos en su presencia. Algunas de las verdades pueden ser contempladas mejor mediante una comparación. Por ejemplo, como ya hemos dicho, [1 Pedro 1:12](#) dice que los ángeles anhelan conocer o investigar las cosas que se relacionan con la salvación del creyente. Esto se debe en parte, sin duda, al hecho de que ningún ángel recibió jamás la gracia y el perdón de Dios. Pero hay otro aspecto también evidente: los ángeles se dan cuenta de que los creyentes recibirán retribuciones enormemente superiores al reinado terrenal del que ahora forman parte. Aunque fueron hechos temporalmente un poco menor que los ángeles, los redimidos en Cristo serán exaltados por encima de la esfera que los ángeles ocupan actualmente. Pablo escribe que en el cielo los cristianos ejercerán la función de jueces sobre los ángeles ([1 Cor. 6:3](#)). La Palabra promete que aun ahora, los creyentes son bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús ([Efe. 1:3](#)). Por el momento tenemos la certeza de que Dios nos ha garantizado semejante privilegio. Algún día lo entenderemos y lo recibiremos en todo su significado. Pablo, a quien Dios le otorgó una visión anticipada del cielo, concluyó: “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” ([Ro. 8:18](#)). Ese versículo viene a continuación con la promesa de que ahora somos hijos de Dios, “y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” ([Ro. 8:17](#)).

[Apocalipsis 2:26–28](#) explica algunos de los cambios que esperan a los hijos de Dios. Al que venciere, Jesús le promete:

Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de

alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana.

Una cosa es que Adán y Eva gobiernen la tierra antes de la caída; otra muy distinta es reinar con Jesús después de la caída. Jesús cita el [Salmo 2](#), un salmo mesiánico que promete que reinará sobre todas las naciones. Sin embargo, el Salvador toma ese salmo que se aplica a su persona, y lo extiende para incluir a sus hijos.

A pesar de ser esto tan maravilloso, todavía hay más.

En la promesa final hecha en Apocalipsis al vencedor, Jesús elevó el dominio anunciado en las promesas anteriores. Una cosa es reinar con Él en la tierra; otra muy distinta es reinar con Él en el cielo. Si no fuera porque viene directamente de la Palabra de Dios, consideraríamos blasfema esta declaración: Jesús mismo promete *“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.”* ([Ap. 3:21](#)). Pasaremos el resto de la eternidad con Jesús, comprendiendo en toda su plenitud lo que abarca esta sola promesa de nuestro Salvador.

Herederos y coherederos, bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, reinando con Jesús... todo esto excede cualquier comparación terrenal.

¡Pero por difícil que sea de creer, todavía queda mucho más en lo que ofrece el Señor! Otra simple promesa queda por considerar.

¿Qué otra cosa podría compararse con el hecho de reinar con Jesús en su trono? Quizás la exaltación incomparable de los creyentes pueda sintetizarse en la promesa divina de [2 Tesalonicenses 2:14](#): *“Para esto él os llamó por medio de nuestro evangelio: para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”*. Es imposible comprender esta promesa; nada se compara ni remotamente con ella. Tomemos nota de que en el texto griego no hay artículos, lo cual significa que el versículo podría traducirse: *“Para alcanzar gloria de nuestro Señor Jesucristo”*. Recibiremos alguna gloria de Jesús, pero no toda, lo cual es coherente. Quizás las variadas medidas de la gloria de Cristo correspondan con el grado de retribución a los creyentes. Sin embargo, el recibir cualquier medida de la gloria de Dios, supera grandemente cualquier cosa disponible en la tierra. Seres humanos caídos, llenos de pecado, bajo la maldición de Dios, cambian su depravada corrupción por la eterna gloria de Jesús, tal como la Deidad lo anheló continuamente con una pasión santa.

La gloria que los redimidos reciben de Jesús muestra un asombroso contraste con el dominio originalmente otorgado a Adán y a Eva. Después de crear al hombre y a la mujer, Dios concedió a la primera pareja autoridad para gobernar la tierra. Cuando Jesús venció a Satanás y a su reino, su victoria se extendió a todos los cielos y la tierra ([Ap. 4-5](#)). Después de todo, Satanás tuvo su origen en el cielo, y actualmente ocupa y despliega sus actividades en el espacio que existe entre el cielo y la tierra. La Biblia lo presenta como el “príncipe de la potestad del aire” ([Efe. 2:2](#)). Parte de su dominio es el de las “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” ([Efe. 6:12](#)). Jesús conquistó por completo ese ámbito, y se deleita en compartir su merecido dominio con sus hermanos y hermanas. Su victoria es nuestro premio. Ningún intercambio en reino alguno puede compararsele. Lo que Jesús libremente da es miles de millones de veces más de lo que Adán y Eva originalmente poseían. En otras palabras, Jesús transforma y extiende casi al infinito el dominio que entrega a aquellos que lo aman. La tierra es apenas una partícula microscópica en el sistema solar, y mucho menos entre los incontables sistemas solares en el espacio. Los sistemas solares en conjunto probablemente parecen pequeñas motas cuando se tiene la perspectiva ventajosa del cielo, y toda su gloria combinada son un agujero negro en contraste con la gloria del Señor que Él libremente comparte con los que le pertenece. El pecado

nos degradó; Jesús nos exaltará. Satanás arrastró a la humanidad hacia abajo; Jesús nos elevó, aun hasta y en sí mismo.

Originalmente Dios coronó a la humanidad con gloria y honor, y entregó a sus hijos el reinado de la tierra. Pero eso fue lo único que les otorgó en ese momento, no hay mención de que la humanidad tuviera autoridad en algún otro lugar: no prometió bendiciones celestiales; no dijo nada respecto al cielo; no profetizó que reinaríamos con Él; no declaró que recibiríamos su gloria. Sin embargo, después del triunfo de Cristo, Dios concede libremente esto y mucho más a los que están en Jesús, dándoles en abundancia lo que Satanás deseaba con lujuria pero nunca pudo obtener. Al final de los tiempos, Dios extenderá la autoridad de los redimidos para abarcar el ilimitado dominio de Jesús, un dominio que excede tanto nuestra comprensión que no hay en el presente con qué compararlo. Quizás se pueda expresar con la simplicidad que nuestra mente de niño puede entender, diciendo que el dominio de Jesús incluye todos los sitios y todas las cosas creadas por Dios. Esto es lo que Él da, *junto con su persona*, a todos los que se lo pidan con fe y crean que Él es capaz de hacer lo que promete.

Dios no sólo ampliará inmensamente nuestro espacio de autoridad y de gobierno; también nos transformará para que lleguemos a ser todo lo que verdaderamente somos en Jesucristo. Llegará un día en que Dios nos hará nuevos, en la gloria incomparable, la gloria que se origina de su propia esencia. “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; *pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es*” ([1 Jn. 3:2](#)).

Un pecado de Adán: depravación universal.

Un sacrificio de Cristo: redención suficiente para todos aquellos que invoquen su nombre para salvación.

La raza de Adán: la multiplicación del pecado, contrarrestada por la multiplicación de la gracia, hasta ser hechos nuevas criaturas en Cristo.

La tierra: temporal, contaminada, que perece —transformada en nuevo cielo y nueva tierra.

Aquellos a quienes Dios hace nuevas criaturas, eternamente unidos con Dios por medio de Jesucristo, también hace coherederos con Jesús sobre todo su dominio.

Considerando todo lo que Jesús ya poseía, el ofrecimiento que Satanás le hizo en [Lucas 4](#) de recibir el dominio del mundo era apenas una mota de polvo en la expansión total de los dominios de Dios. Pero Jesús debía triunfar a fin de llevarnos a usted y a mí con Él hasta la presencia misma de Dios.

¡Cómo no asombrarnos con Pablo cuando ora en [Efesios 1:17–21](#) pidiendo “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, *el Padre de gloria*, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él; alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles *las riquezas de la gloria de su herencia en los santos* y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos!

Como un recordatorio del extenso dominio de los creyentes, Pablo continuó: “según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”.

¡Ven pronto, Señor Jesús!

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a

fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

[Efesios 3:14–21](#)

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.

[Apocalipsis 21:1–5](#)

CAPÍTULO NUEVE

EL POSICIONAMIENTO

Jesús había designado como apóstoles a los doce menos uno ([Mt. 10:1-4](#)), comisionándolos con la autoridad de Dios para tener posiciones de autoridad en su iglesia, que estaba por nacer. Si bien Dios les había otorgado autoridad como líderes, todavía seguían siendo principalmente discípulos ([Mt. 18:16](#)), aprendices de su Señor, y seguirían siéndolo durante toda su vida terrenal y aún por la eternidad. A esta altura su Maestro todavía tenía mucho para enseñar a sus aplicados alumnos antes de dejarlos y volver al Padre.

Habían ocurrido muchas cosas en los últimos días. Se habían desplegado verdades divinas y profecías en rápida sucesión en presencia de muchos testigos. Cada suceso monumental o cada discurso sería luego comentado repetidamente y estudiado a lo largo de los años, tal como sigue ocurriendo hoy: la grandiosa entrada del Mesías en Jerusalén, los debates con los religiosos rivales, la enseñanza en privado a los doce, la cena pascual, el Getsemaní, el arresto, el juicio, la crucifixión, y la resurrección.

[Hechos 1:3](#) presenta una declaración sintética que cubre el lapso desde la resurrección de Jesús hasta su ascensión: “a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios”. En este versículo, Dios comunica tres verdades sustanciales que no encontramos en ningún otro lugar de las Escrituras. La primera es que Jesús apareció a los discípulos; Lucas emplea un término griego poco frecuente que significa “ser visible” o “aparecer”. La implicación es que Jesús se les apareció y luego los dejó, tal como hizo con los dos discípulos camino a Emaús, quienes, cuando sus ojos fueron abiertos, reconocieron a Jesús, y entonces “mas Él se desapareció de su vista” ([Luc. 24:31](#)). El segundo detalle divinamente revelado es que el período que transcurrió desde la resurrección hasta la ascensión fue de cuarenta días. Asociada con la verdad de sus apariciones, este dato es importante. Jesús no se quedó con sus discípulos todo el tiempo; repetidamente aparecía y desaparecía, y a menudo los dejaba solos (y en un sentido nuevo, solos con Él) por lapsos indefinidos. La Biblia presenta diversas apariciones posteriores a la resurrección, ocurridas durante este período de aproximadamente seis semanas. Quizás hubo más, pero si así fue, Dios decidió no revelarlas, por lo que es mejor limitarnos a lo que las Escrituras manifiestan. La tercera verdad que encontramos en este versículo revela el contenido de la enseñanza de Jesús, “acerca del reino de Dios” ([Hec. 1:3](#)), y lo que resulta de suma importancia es que era el contenido de su primera prédica pública en [Mateo 4:17](#). La diferencia es que en esta nueva ocasión la enseñanza sobre el reino de Dios no incluía la expresión “está cerca”; ahora el Rey volvía a su hogar y luego regresaría para reinar.

Llevaría toda la eternidad aprender los alcances y los matices de lo que Dios reveló sobre sí mismo y sobre su sagrado programa, en cada frase pronunciada o en cada acto desde la cruz hasta la ascensión. Sin embargo, en el conjunto de apariciones posteriores a la resurrección registradas en las Escrituras, hay una sesión que se destaca entre todas. Todas las manifestaciones son importantes, pero hay una extremadamente importante, porque Dios la

enfatisa una y otra vez. Sin embargo los lectores casuales de la Biblia que muchas veces saltan este relato, con frecuencia no captan claves importantes que Dios intencionalmente dejó en su Palabra. Como antes, también descubriremos que al identificar las claves se nos presentan preguntas adicionales, que nuevamente nos llevan a misterios más profundos.

En tres ocasiones diferentes la Biblia menciona un encuentro entre Jesús y sus discípulos que tendría lugar en algún momento después de la resurrección. La primera referencia a este encuentro preestablecido tuvo lugar antes de la crucifixión, inmediatamente después de la última cena. [Mateo 26:30](#) relata que después de que Jesús y sus discípulos cantaron el himno final de la pascua, salieron al monte de los Olivos. Fue en ese momento que Jesús les reveló sombríamente, estas palabras que ya hemos analizado: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, porque escrito está: ‘Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas’ ” ([Mt. 26:31](#)).

A continuación Jesús agregó un detalle muy importante: “Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea” ([Mt. 26:32](#)). Aquí, entonces, están las sencillas directivas de Jesús a sus discípulos, y la primera mención del lugar a dónde iría después de su resurrección. Galilea era la tierra natal de la mayoría de los apóstoles y del mismo Jesús. También era la región en la que Jesús había desarrollado la mayor parte de su ministerio terrenal. Galilea estaba aproximadamente 90 kilómetros al norte de Jerusalén, donde esa noche estaban Jesús y sus discípulos. Un viaje desde Jerusalén a Galilea generalmente llevaba dos o tres días de camino, según el apuro que uno tuviera y la ruta que eligiera.

Sin embargo, los discípulos no podían dejar de pensar en las primeras palabras de Jesús, de que todos lo abandonarían, y especialmente Pedro. Él y los demás amaban a Jesús. En sus corazones no había la menor intención de abandonarlo. El versículo siguiente registra la expresión de alarde de Pedro: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo [pronombre enfatizado en el griego] nunca me escandalizaré” ([Mt. 26:33](#)), distanciándose de los demás. Pedro estaba declarando implícitamente que él era más fuerte que la Palabra escrita de Dios, pronunciada por la Palabra encarnada, de que *todos* lo abandonarían esa misma noche. A su vez, Jesús profetizó que antes de que cantara el gallo, Pedro lo negaría tres veces. Pedro consideró hasta absurda la posibilidad de caer, insistiendo en que estaría dispuesto a morir en el lugar de Jesús antes que abandonarlo. Los demás discípulos añadieron de inmediato sus voces a este grito ignorante y presuntuoso.

No obstante, las palabras de Jesús se mantuvieron: “Iré delante de vosotros a Galilea.” Con la trepidación de aquel oscuro atardecer y la aceleración de las tareas de la crucifixión, y con las intrigas de cada grupo, era bastante fácil que los discípulos pasaran por alto las instrucciones concretas de Jesús. En el relato nada muestra que le hayan preguntado algo respecto a ese encuentro en Galilea. Era tan intenso el patetismo del momento, que podemos comprender a estos discípulos que tenían el corazón destrozado y pasaron por alto esta declaración aparentemente intrascendente. Sin embargo, Jesús tenía toda la intención de ir antes que ellos a Galilea, tal como acababa de decir.

El plan de Dios de que los discípulos dejaran Jerusalén en algún momento inminente y se encontraran con Jesús en Galilea era tan firme que fue parte del primer diálogo el día de resurrección, entre las mujeres que habían llegado a la tumba vacía y los testigos angelicales enviados por Dios. En respuesta al intenso temor que aquella discípula manifestara, el deslumbrante ángel comenzó: “No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” ([Mt. 28:5-6](#)). Después de ver el sepulcro donde no había ningún cuerpo, las mujeres recibieron la siguiente instrucción: “E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los

muertos y *he aquí va delante de vosotros a Galilea*; allí lo veréis. He aquí, os lo he dicho” ([Mt. 28:7](#)). El pasaje paralelo de Marcos revela un interesante dato adicional: “Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo” ([Mr. 16:7](#)). Tal vez, dado que apenas unos días antes Pedro había intentado diferenciarse de los “todos” que traicionarían a Jesús, el Salvador resucitado, mencionó separadamente a Pedro, quizás como un leve reproche. Es más probable la siguiente razón: esta mención le comunicaría a Pedro una palabra de ánimo, de que el Señor de ningún modo lo había descartado, a pesar de su insistencia de que ni siquiera conocía a Jesús.

Antes de continuar necesitamos observar una cuestión muy importante en este texto. Como hemos visto, la palabra *mirad* es una expresión importante en la Biblia para llamar la atención. A veces se traduce “he aquí”, y con frecuencia la pasamos por alto; sin embargo, no debíamos hacerlo jamás. *Mirad* denota un énfasis. Podría traducirse “¡Observen esto cuidadosamente! ¡Presten atención! ¡Esto es importante!” Por lo menos deberíamos leer esta palabra añadiéndole siempre los signos de exclamación: “¡Mirad!” Difiere enormemente de la lectura melodiosa “he aquí”, que parece suavizar las palabras del versículo. *¡Mirad!* es una expresión que procura atraer nuestra atención hacia algo importante que está a punto de decirse.

La repetición de las palabras “He aquí” en la expresión del ángel a las mujeres frente la tumba no sólo reforzaba la importancia de la frase (“*Y he aquí, Él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí os lo he dicho*”), sino que además debe haber forzado a los receptores originales de esta orden divina a retomar la conversación. Normalmente, la visión de un ángel de aspecto “como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve” ([Mt. 28:3](#)) hubiera sido uno de los sucesos más impresionantes en la vida de aquellas mujeres. Pero el ser las primeras en ver la tumba vacía, donde la muerte fue literalmente vencida por la Vida, era más de lo que hubieran podido digerir de inmediato. Es muy probable que al razonar aceleradamente no hubieran absorbido lo que el ángel les decía, a menos que hubiera agregado cierto énfasis, tal como hizo: “E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho.”

Las mujeres reaccionaron como lo haría la mayoría de nosotros. El relato paralelo en [Marcos 16:8](#) describe “Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo”. [Mateo 28:8](#) agrega que estas fieles mujeres seguidoras de Cristo respondieron obedientemente a la orden del ángel: “Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos”.

Y luego, mientras iniciaban su carrera excitadas, para hacer el gran anuncio, el Jesús resucitado les salió al encuentro y las saludó. Las mujeres lo adoraron con el corazón arrebatado por el amor, y acercándose a su salvador, “abrazaron sus pies, y le adoraron” ([Mt. 28:9](#)). Entonces, en lugar de un discurso revelador pronunciado por aquel que es la Resurrección y la Vida, en el que les expusiera verdades doctrinales nuevas y profundas, la Biblia registra una sola frase dicha por Jesús: “No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán” ([Mt. 28:10](#)). Esta tercera mención difiere en que, si bien las dos anteriores consistían en una declaración de lo que iba a ocurrir, en esta ocasión se trata de una orden: “Dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea”.

Las Escrituras, entonces, registran instrucciones concretas en tres ocasiones independientes de que los discípulos debían ir de Jerusalén a Galilea para encontrarse con Jesús. Cada advertencia ocurre durante acontecimientos trascendentales: después de la última cena y momentos antes de Getsemaní, dicha por el ángel a las mujeres que fueron a la tumba vacía, y por Jesús mismo en la primera aparición después de su muerte. Obviamente el encuentro en

Galilea era muy importante para la instrucción que Jesús quería dar a sus discípulos, y sin embargo pocos resaltaron aquel encuentro.

Hay algo extraño aquí. La reiterada mención por parte de Jesús y de los ángeles nos haría pensar que Galilea sería el lugar donde el Señor resucitado se manifestaría por primera vez a sus discípulos. Sin embargo, para cuando los discípulos llegaron a Galilea, Jesús ya se les había aparecido varias veces. [Lucas 24:13](#) relata que después de aparecerse a las mujeres ante la tumba, Jesús se apareció a dos discípulos cuyos nombres no se mencionan quienes “iban *el mismo día* a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén”. Este dato es importante porque más tarde durante esa primera mañana de la resurrección, Lucas nos dice: “Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos, que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón” ([Luc. 24:33-34](#)).

Aunque se menciona a los once en [Lucas 24](#), es evidente que Simón Pedro no estaba presente cuando los dos discípulos que se habían encontrado con el Señor informaban con entusiasmo de lo que habían sido testigos. No hubiera sido necesario decir que el Señor se había aparecido a Simón si Pedro estaba en la habitación. Tal vez se había ausentado de allí, o tal vez su Señor y Maestro le había dado órdenes para que hiciera alguna otra cosa. Años más tarde, al escribir el capítulo más extenso en la Biblia sobre la importancia absoluta de la resurrección, Pablo relata las apariciones en el siguiente orden: “y que apareció a Cefas [otro nombre para Pedro], y después a los doce” ([1 Cor. 15:5](#)). Jesús le otorgó a Pedro un encuentro especial y único. Dios no nos da ninguna información adicional sobre cuándo se apareció Jesús por primera vez a Pedro, aunque sería enriquecedor que lo hubiera hecho. Fue una aparición más después de la resurrección, en algún sitio en o cerca de Jerusalén pero no en Galilea.

El relato de Lucas acerca de lo que ocurrió ese preciso día continúa con el informe de los discípulos que iban camino a Emaús acerca de los asombrosos acontecimientos que habían presenciado: “Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan” ([Luc. 24:35](#)). Luego, para agregar respaldo divino a ese testimonio, “Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: ‘¡Paz a vosotros!’ Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu” ([Luc. 24:36-37](#)). La descripción de Juan de esta primera aparición de Jesús a sus apóstoles nos brinda los siguientes detalles: “Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros.” ([Jn. 20:19](#)). Esta es la misma porción de la Biblia que dice: “ero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.” ([Jn. 20:24-25](#)).

Es decir que, en lugar de hacerlo en Galilea, Jesús apareció a los once menos Pedro y Tomás, el domingo de resurrección, en Jerusalén (no en Galilea, en el norte). Una segunda aparición tuvo lugar en Jerusalén una semana más tarde: “Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros.” ([Jn. 20:26](#)).

Hubo también una aparición del Señor en Galilea, pero no se trataba de la reunión declarada en el momento de la resurrección. [Juan 21:1](#) dice: “Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias [Galilea]; y se manifestó de esta manera”. Este es el capítulo que nos muestra a Jesús comiendo con sus discípulos, y de su diálogo con Simón Pedro

durante el cual tres veces le preguntó a este discípulo que había dado un traspié, si realmente lo amaba. Esto significa que ir a Galilea debió haber tenido otra motivación importante que la de ver inicialmente al Señor resucitado. Puesto que las Escrituras señalan en tres ocasiones hacia esta particular reunión, es razonable pensar que Dios quiere que nosotros también le prestemos atención.

Podríamos pensar que Jesús querría encontrarse con sus discípulos en Galilea a fin de volver sobre sus pasos y al hacerlo revivir algunos de sus recuerdos más extraordinarios de las palabras y las obras del Mesías. Si bien no tenían total madurez todavía, sin duda eran mejores vasijas que apenas dos días antes, especialmente desde que recibieron una unción preliminar del Espíritu Santo, cuando Jesús se les apareció por primera vez ([Jn. 20:22](#)) y les abrió el entendimiento para que pudieran entender las Escrituras ([Luc. 24:45](#)). Todo lo que había ocurrido durante su andar con Jesús se les hizo claro ahora, y cada momento adquiría un nuevo sentido a través de su nueva mirada de fe. “¡Ahí! Junto a ese árbol, Jesús había sanado a dos hombres ciegos. Sobre esta colina la Palabra viva de Dios había pronunciado la Palabra viva de Dios a las multitudes reunidas. En esta aldea un hombre recibió otra vez con vida a su hija que había muerto.” Los apóstoles probablemente vieron el camino que conducía hacia los odiados samaritanos, un camino que antes evitaban pero por el cual Jesús los llevó para cumplir el propósito divino con aquella mujer junto al pozo ([Jn. 4](#)). Es posible que hubieran preferido evitar también ahora ese camino, aunque no tanto por el desprecio que antes tenían hacia los samaritanos. La salvación de las masas no era su preocupación en este momento. Tenían con Jesús un reencuentro privado divinamente establecido. En esta coyuntura de su travesía espiritual, cualquier otra actividad hubiera sido una fastidiosa distracción.

De modo que se dirigieron al lugar que Jesús repetidamente les había indicado. Tal vez también nosotros deberíamos reunirnos con los once en Galilea. Quizás podamos aprender con ellos lo que con tantas ganas Jesús deseaba mostrar a sus primeros discípulos, y a todos sus discípulos a través de la historia.

Moisés confundido luego de recibir su comisión, tenía muchas preguntas para hacer al Dios desconocido que se encontró con él en medio de una zarza ardiente. Uno de los misterios principales en su mente concernía la identidad de Dios. En [Éxodo 3:13](#) Moisés preguntó que debía responder cuando los hijos de Israel lo interrogaran por el nombre del Dios que le había enviado. Dios le respondió “YO SOY EL QUE SOY... Así dirás a los hijos de Israel: ‘YO SOY me envió a vosotros’ ” ([Éx. 3:14](#)). Moisés no preguntó por el significado de esta respuesta, aunque la revelación del nombre de Dios de ninguna manera satisfacía sus interrogantes. Hasta el día de hoy los estudiosos continúan debatiendo los profundos matices en la respuesta de Dios. La mayoría de ellos enfatizan los aspectos de pre-existencia eterna y de auto-sustentabilidad en este nombre basado en el verbo hebreo “ser” y su correlación con el nombre YHWH o Jehová en el Antiguo Testamento. De esa manera, las expresiones YO SOY o YHWH llegaron a ser para los judíos el más sagrado de los nombres. Usar (según su criterio, mal usar) el más sagrado de los nombres era considerado un acto blasfemo que merecía la muerte inmediata. Hasta el día de hoy muchos judíos reemplazan YHWH o YO SOY con el nombre Elohim.

A medida que pasaban los siglos y continuaba el curso de la historia, la nación de Israel se elevaba en importancia, declinaba y era llevada al exilio, y regresaba a la tierra que Dios le había dado. Aquellos que reconocían que el Dios de Israel era también el Dios de toda la creación trataban con suma reverencia el divino nombre YO SOY. Sin embargo, la fe de los fieles se veía desafiada cuando la mano de Dios descargaba aflicción sobre Israel. Estos períodos de sometimientos de Israel iban en paralelo al aumento de la dominación por parte de los gentiles.

Dicho en pocas palabras, a partir del exilio a Babilonia, los judíos vivieron “los tiempos de los gentiles” ([Luc. 21:24](#)). El dominio gentil pasó de los babilonios al imperio de los medos y los persas, y luego al de los griegos bajo el mando de Alejandro el grande, para concluir con Roma en el tiempo de la encarnación de Cristo. El poder y la influencia de los gentiles afectaban todas las áreas de la vida de Israel, incluyendo su lengua. El griego era la *lingua franca* (el idioma común) de la época, y esa fue una de las razones por las que Dios presentó el Nuevo Testamento original en griego: en ese momento podría ser ampliamente recibido y entendido.

El equivalente griego del hebreo YHWH o YO SOY es *ego eimi*. La primera parte de esta expresión se traduce “YO” y es de donde derivamos nuestra palabra “ego”; la segunda parte simplemente se trataba de la forma verbal en la expresión “Yo soy”. El verbo *eimi* solo podría traducirse como una frase genérica, por ejemplo, “yo soy joven”; si se agregara la partícula *ego* antes de *eimi*, la frase estaría enfatizando quién era el protagonista de la acción. Las palabras también podían tener la connotación del nombre hebreo de Dios YO SOY, de modo que un judío meticuloso tendría extremo cuidado de no pronunciar esta enunciación y descripción divina del Dios santo. Deberíamos observar, sin embargo, que buena parte de esta práctica procedía de la tradición de los hombres más que de los mandamientos de Dios. Por ejemplo, cuando Moisés preguntó cómo debía responder a los israelitas cuando preguntaran “¿Cuál es su nombre?” Dios le dijo “Yo soy el que soy”. Y añadió: “Así dirás a los hijos de Israel: ‘Yo soy’ me envió a vosotros” ([Éx. 3:14](#)). No hay nada en el pasaje que indique que Dios hubiera querido que Moisés se negara a pronunciar en voz alta este nombre; nada en el pasaje sugiere que debiera inventar un nombre sustituto, para no ofender a Dios. Sin embargo, surgió la tradición y con frecuencia reemplazaba a los mandamientos originales de Dios. Un judío fiel *nunca* pronunciaría el nombre YO SOY ni toleraría que nadie lo hiciera, siempre que pudiera hacer algo para impedirlo.

Imagínese como les caería cada vez que Jesús usaba este nombre santo de Dios. La primera ocasión en la que Jesús utilizó la expresión *ego eimi* o YO SOY es una que por lo general pasamos por alto. Observe cuán diferente es la implicación cuando se usa la frase, especialmente en referencia al nombre de Dios. En [Mateo 14](#), después de alimentar a los 5000, Jesús insistió que sus discípulos se metieran en la barca y cruzaran al otro lado del mar de Galilea. No pudieron llegar a la otra orilla, porque se desató una tormenta feroz que ponía sus vidas en peligro. En medio de la tempestad, Jesús se acercó a los aterrorizados discípulos que estaban en la barca mientras él caminaba calmadamente sobre el mar que él mismo había creado. En el versículo anterior los discípulos llenos de terror habían gritado: “¡Un fantasma!” Jesús les respondió: “¡Tened ánimo! Soy yo [literalmente, el “soy yo” es la traducción de *ego eimi*, YO SOY], no temáis” ([Mt. 14:27](#); [Mr. 6:50](#); [Jn. 6:20](#)). Expresado de otra manera, una paráfrasis más extendida podría ser: “Tengan ánimo, YO SOY (Jehová) —y YO SOY está con ustedes, de la misma manera que Moisés estuvo en la presencia de YO SOY. No tengan miedo”. Jesús no se presentó con su identidad terrenal cuando se acercaba a sus aterrorizados discípulos; lo que hizo fue revelarles su esencia, y les dio a sus discípulos una lección objetiva en cuanto a su deidad. El entendimiento de los discípulos fue avanzando, tal como Jesús lo deseaba: ¡Tormenta! ¡Fantasma! ¡Jesús! ¡Dios! Entonces recibieron a Jesús en su barca, y esta es la primera ocasión registrada en las Escrituras en la que este grupo elegido por Dios adoró a Jesús ([Mt. 14:33](#)). Ese acto de adoración puede ser acertado o errado, piadoso o pecaminoso; pero no puede ser ambos o bien es un acto en obediencia a los dos primeros de los diez mandamientos de tener un solo Dios y adorarlo sólo a Él, o es todo mentira. [Gálatas 4:4](#) relata que Jesús había “nacido bajo la ley” y consecuentemente la ley lo comprometía a Él como a cualquier otro judío. No hay terreno intermedio. Deberíamos observar que Jesús no reprochó a sus discípulos cuando lo adoraron.

Un encuentro público con los fariseos, en [Juan 8](#), nos presenta otra ocasión en la que Jesús empleó el nombre divino YO SOY/*ego eimi* observe los cambios sutiles con respecto a dos versículos anteriores del mismo capítulo, donde se usa *ego eimi*. Jesús dijo a los judíos allí presentes: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; si no creéis que yo soy [*ego eimi*], en vuestros pecados moriréis” ([Jn. 8:24](#)). Los fariseos seguramente entendieron que Jesús estaba pronunciando el nombre de Dios, lo cual ellos consideraban blasfemo, aunque no necesariamente entenderían que lo usaba en referencia a sí mismo. Lo que Jesús dijo podría traducirse acertadamente así: “A menos que ustedes crean en Dios... [*ego eimi*] ...”. Los judíos opositores quizás pensaron: “¡Qué payaso! Por supuesto que creemos en Dios”. La misma frase podría entenderse de manera similar en [Juan 8:28](#): “Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy [*ego eimi*] y que nada hago por mí mismo”. Según el criterio de los fariseos, Jesús se había acercado peligrosamente a la blasfemia, pero había suficiente espacio en el contexto de lo que Jesús dijo como para que quedaran confundidos en cuanto a quién o sobre qué se había expresado Jesús.

Si quedaba alguna incertidumbre en cuanto a sí Jesús se refería a sí mismo o a Dios, o a sí mismo como Dios, las dudas se evaporaron momentos después. Más adelante en el mismo capítulo, respondiendo a los judíos que se habían burlado de Jesús por haber dicho que Él había visto a Abraham, Jesús declaró: “De cierto, de cierto [expresión usada por Jesús para subrayar la veracidad y la solemnidad de lo que está a punto de decir] os digo: Antes de que Abraham fuera, yo soy [*ego eimi*]” ([Jn. 8:58](#)). La afirmación era clara y valiente. No quedaba ninguna duda encubierta bajo alguna sutileza lingüística. Lo que Jesús reclamaba era una verdad divina o una blasfemia satánica. Los judíos entendieron esto último. Que entendieron claramente el sentido de la expresión de Jesús puede verse en el hecho que inmediatamente levantaron piedras para arrojárselas. Pero todavía no era su hora o la manera en que estaba profetizada su muerte, y el YO SOY pasó en medio de ellos ([Jn. 8:59](#)).

A partir de aquí tuvieron mucho más luz las declaraciones en el Evangelio de Juan comenzadas con “YO SOY” [*ego eimi*]. “Yo soy el pan que descendió del cielo” ([6:41](#)) parece un juego de palabras: “Dios —el pan de vida”. Los aspectos de la deidad de Cristo armonizan perfectamente en el nivel de detalle que usted quiera llevarlos. “YO SOY —la luz del mundo” ([8:12](#)). “YO SOY —la puerta” ([10:9](#)). “YO SOY —el buen pastor que da su vida por las ovejas” ([10:11](#)). “YO SOY —la resurrección y la vida” ([11:25](#)). “YO SOY —el camino, la verdad, y la vida” ([14:6](#)). “YO SOY —la vid verdadera” ([15:1](#)). Cada afirmación es una verdad acerca de Jesús; cada declaración es una verdad acerca de Dios, ya que la sagrada Trinidad nunca puede ser completamente separada.

Queda un episodio más en el Evangelio de Juan que contiene la expresión *ego eimi*/YO SOY. Este caso nos ofrece una vista a primera plana para contemplar al Jesús majestuoso tomando el control soberano de todos los asuntos relativos a su inminente muerte. Al acercarse la hora de las tinieblas, habiendo amado a los suyos hasta el fin ([Jn. 13:1](#)), el Buen Pastor dio a su rebaño una última lección visual antes de su juicio y su crucifixión.

Pedro, Jacobo y Juan acababan de presenciar una parte de los horrores de Getsemaní. Luego, junto a un Jesús sudado en sangre se reunieron nuevamente con los otros discípulos. Jesús y su rebaño temeroso podían ver a poca distancia cientos de antorchas que venían desde el área del templo hacia el monte de los Olivos. Judas acompañado por una legión de soldados y oficiales romanos, sacerdotes principales, y fariseos ([Jn. 18:3](#)), se aproximaban para arrestar a Jesús. Si Dios nos diera ojos espirituales para verlo, en la primera línea de esta turba veríamos a Satanás, Jesús mismo había revelado antes, “porque viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en

mí” ([Jn. 14:30](#)). Satanás ya había entrado en Judas ([Jn. 13:27](#)). De modo que, en un sentido muy real, cuando se aproximó Judas, se aproximaba Satanás.

La hora de las tinieblas gobernada por Satanás estaba cerca. Pronto el Pastor sería asolado, y momentáneamente las ovejas huirían aterrorizadas.

Juan nos muestra la valentía divina que puso de manifiesto Jesús. Aunque sabía todo lo que sobrevendría, siguió adelante al encuentro con sus opresores ([Jn. 18:4](#)).

—¿A quién buscáis?

—A Jesús nazareno.

—Yo soy.

Juan parece enfatizar el uso que hace Jesús del nombre divino cuando responde a la turba que lo busca. Antes de escribir los efectos de la respuesta de Jesús, Juan escribió: “Estaba también con ellos Judas, el que lo entregaba” ([Jn. 18:5](#)). Juan tenía buenas razones para tomar en cuenta la presencia de Judas. Pronunciar el nombre de Dios afectó a Judas (como así también a Satanás que había entrado en él), y también al conjunto de los enemigos: “Cuando les dijo: ‘Yo soy’ (*ego eimi*), retrocedieron y cayeron a tierra” ([Jn. 18:6](#)).

Por el solo poder de su nombre pronunciado en voz alta, los rivales de Dios (sus enemigos físicos y sus enemigos espirituales) retrocedieron y cayeron al suelo. El poder divino se manifestó de manera atenuada, no se ejerció en toda su fuerza, porque el mundo entero se hubiera consumido de manera instantánea. Satanás y sus demonios hubieran reconocido de inmediato la fuente, aunque los agentes humanos ignorantes no lo hicieran. Satanás y sus legiones ya habían experimentado un despliegue similar del poder de la Palabra de Dios cuando los expulsó de la gloria de Dios. Lo más probable es que los discípulos hayan quedado maravillados, sacudidos por la perplejidad. Los ángeles de Dios que estuvieran observando no hubieran esperado menos. En las sombras de la traición, la Luz del mundo exhibió ante sus discípulos y ante sus rivales una visión anticipada de [Filipenses 2:9–11](#): “Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el *nombre* de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Jesús podría haber continuado esta demostración tanto tiempo como hubiera querido, pero en ese momento la manifestación divina sería la de su humilde sumisión al Padre, lo cual dejaba a sus opresores en la impotencia. Jesús volvió a preguntarles a quién buscaban. Las voces de aquellos hombres ennegrecidos gimotearon una vez, más a una: “A Jesús el nazareno”, quizás mientras se sacudían el polvo de sus ropas recién manchadas, o alejándose de Jesús por temor a caer nuevamente.

Jesús les respondió con otro juego de palabras que pasó desapercibido entre los protagonistas humanos, incluyendo a los discípulos, pero no a los enemigos espirituales. “ ‘Os he dicho que yo soy (*ego eimi*); pues si me buscáis a mí, dejad ir a estos’, para que se cumpliera aquello que había dicho: ‘De los que me diste, no perdí ninguno’ ” ([Jn. 18:8–9](#)).

Unas horas antes, cuando Jesús les anunció a sus discípulos que todos ellos lo abandonarían esa noche ([Mt. 26:31](#)), utilizó una palabra griega que significa “hacer tropezar”. En efecto, Jesús utilizó el futuro pasivo para describir lo que iba a ocurrir: “los harán tropezar”. Los discípulos no tropezaron por su propia voluntad; fueron provocados a tropezar en cumplimiento de las Escrituras. Debía ser así para que Jesús estuviera solo ante las fuerzas de la oscuridad a fin de que su rebaño divinamente pastoreado pudiera conocer la profundidad de la fortaleza y del amor del Mesías, como así también su propia absoluta debilidad y fracaso separados de Él.

La segunda vez que pronunció YO SOY, Jesús podría haber paralizado a la turba por el solo

poder de su nombre divino, desde el primer miembro de la cohorte hasta el último de los soldados que quizás ni siquiera hubiera alcanzado escuchar la primera respuesta de Jesús, pero igualmente cayó al suelo. Pero el Dios encarnado permitió que la guardia ignorante se mantuviera en pie; y se permitió a sí mismo ser arrestado. Jesús se puso a sí mismo en las manos de Satanás para que el maligno cumpliera su deseo en la hora establecida de su autoridad. Pero en ningún momento fue Jesús una víctima impotente, aunque sus ovejas llenas de miedo huyeran rápidamente de la Luz hacia los confines protegidos por la oscuridad.

Y aún después de la riqueza de verdad escritural encontrada aquí, queda una circunstancia más cuando Jesús utilizó la expresión YO SOY (*ego eimi*) para instruir a sus discípulos. Esta particular forma de declarar YO SOY ocurre una solo vez en toda la Biblia, y sucedió cuando Jesús se reunió en Galilea con sus discípulos después de su resurrección.

En algún momento entre la resurrección y la ascensión, “los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado” ([Mt. 28:16](#)). No tenemos suficientes detalles de lo que ocurrió. Por la referencia de [Juan 21:1](#) sabemos que Jesús ya se había manifestado en Galilea. Allí leemos que Jesús estaba comiendo con los discípulos junto al lago, y luego mantuvo el diálogo con Simón Pedro en el que le repitió la misma pregunta tres veces ([21:1–25](#)). ¿Se quedaron en Galilea a causa del temor a las autoridades judías en Jerusalén, o volvieron de Galilea a Jerusalén, quizás para animar al rebaño inexperto que había quedado atrás? Sería hermoso saberlo, pero no se nos dice. Sin embargo, en [Mateo 28](#) es obvio que no estaban en Galilea porque “los once discípulos se fueron a Galilea” ([Mt. 28:16](#)). Es importante tomar en cuenta que si bien este es el final del Evangelio de Mateo, la ascensión de Jesús no tuvo lugar en ese momento sino poco tiempo después, en algún lugar cerca del monte de los Olivos, fuera de Jerusalén, camino a Betania ([Luc. 24:50](#)). Los discípulos se encontraron con Jesús en Galilea, y luego regresarían a Jerusalén. Aunque el relato de Mateo se ocupa específicamente de los once, muchos estudiosos consideran que esta aparición en Galilea es la misma ocasión en la que Jesús “apareció a más de quinientos hermanos a la vez” ([1 Cor. 15:6](#)). [Mateo 28:17](#) dice: “Cuando lo vieron, lo adoraron, aunque algunos dudaban”. No parece lógico que Jesús, habiendo aparecido a los once menos Tomás, habiendo tomado nota del comentario de este apóstol que dudaba, habiendo aparecido nuevamente a los once incluido Tomás y que Jesús le ofreciera la oportunidad que deseaba de palpar sus heridas, y habiendo comido con ellos en la playa, se encontrara después a solas nuevamente con los once “aunque algunos dudaban”. Probablemente la referencia sobre las dudas corresponda a algunos otros de los quinientos que se habían reunido.

Aun así, si bien esos quinientos tendrían funciones importantes en los primeros días de la iglesia, y que por alguna razón, Jesús les otorgara la oportunidad de verlo después de su resurrección, tendremos que esperar hasta el tribunal de Cristo para conocer sus historias. El interés primario de Jesús en ese momento era el de preparar a los once para su nuevo ministerio, y de prepararlos para su inminente partida para regresar al Padre.

Ninguno de los discípulos era igual a lo que había sido un año atrás, ni siquiera a un mes atrás. El Jesús resucitado se les había aparecido repetidamente y les había enseñado. Aún así, todavía sacudían la cabeza con descreimiento, aunque no de Él, sino de que hubieran sido elegidos entre millones de candidatos humanos para caminar, comer, aprender de, y amar al Dios hecho hombre. Les costaba creer que por la gracia de Dios cada uno de ellos hubiera sido uno de los elegidos ([Mt. 13:16–17](#)). Ya no alardeaban sobre cuál de ellos era el mayor. Pedro había negado a Jesús en público; todos ellos lo habían negado calladamente. Todos habían abandonado a Jesús en el momento en que fue arrestado. Confundidos, llenos de pánico, dispersos, *todos* lo

habían traicionado de alguna forma, no sólo Judas. Sin embargo, Jesús nunca los abandonó, sino que amó a los suyos hasta el fin. La primera aparición ante ellos después de su muerte comenzó con el anuncio divino, “paz” ([Jn. 20:19-21](#)). El Buen Pastor no sólo comenzó por vendar sus heridas; también fortaleció a los que estaban débiles. Jesús no mejoró a estos hombres; los hizo nuevos. Ellos serían las vasijas humanas designadas para tomar la posta de la carrera cristiana cuando Jesús dejara la tierra. Cada uno de ellos tenía por delante una ruta divinamente trazada, y así también una copa que tendrían que beber; y cada uno de ellos entregaría el tesoro del evangelio a otros que repetirían el proceso, y así continuará hasta el día que el Señor regrese en gloria.

Se encontraron en algún lugar convenido, llegando de dos o de a tres, o tal vez solos, para ponerse en marcha hacia Galilea. Si salieron desde Jerusalén, como parece inferirse en el pasaje, quizás se reunieron en el lugar donde habían compartido la última cena. ¿Se recordarían unos a otros las palabras que había dicho Jesús, o simplemente se sentaría cada uno en el lugar que había ocupado aquella noche? No causaría sorpresa que estuvieran perdidos en sus propias cavilaciones, conmovidos hasta las lágrimas con el solo recuerdo de alguna palabra, algún gesto de la mano del Salvador, algunas de sus miradas. Los dos asientos vacíos de Jesús y de Judas eran los recordatorios visuales de los días recientes y seguramente no podrían mirar los asientos sin que brotaran nuevamente las lágrimas.

Pero quizás se reunieron en Getsemaní, en las afueras de Jerusalén donde nos dice Juan que “muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos” ([Jn. 18:2](#)). Si se reunieron allí, pudieron ver a Jerusalén aproximadamente a medio kilómetro en línea recta delante de ellos, y quizás hasta podían ver el Gólgota. Quizás Pedro, Jacobo y Juan compartieron con los otros algunas de las agonías que habían presenciado en Getsemaní; quizás reflexionaron en ellas en su interior, siendo su propio fracaso demasiado reciente como para compartirlo con otros. Si se reunieron en Getsemaní, los once podían mirar hacia el sitio donde Judas se había ahorcado, y estremecerse con el recuerdo de los numerosos momentos que habían compartido con el traidor profetizado, sin darse cuenta de que en realidad nunca había pertenecido verdaderamente al Señor.

Todo lo que escuchaban, veían y olían les recordaría algún aspecto de los últimos tres años y medio que habían vivido. Tendrían una perspectiva del templo, con sus oleadas de profesantes y sus actividades religiosas. Se aproximaba la fiesta de Pentecostés, una de las tres fiestas nacionales de Israel. Resulta irónico, como siempre ocurre con las verdades espirituales más profundas, que la mayoría de los israelitas se movía atareada preparando comida y bebida, además de las ofrendas para los variados sacrificios en el templo, cuando de hecho el Pan de Vida ya había venido del cielo. Aquel que da el Agua de Vida a quien se lo pida, había habitado en medio de ellos y ahora ya había sido muerto conforme al plan preestablecido de la Deidad.

En pocos días más el Cordero de Dios estaría yéndose a su hogar. Como Jesús lo había explicado, la noche de la traición, pronto iría a preparar lugar para ellos ([Jn. 14:2-3](#)). El concepto de un lugar que Jesús les prepararía sería un pensamiento cálido y alentador en los años siguientes, especialmente durante los desolados momentos de desánimo y oscuridad. Pero aquella noche, y en alguna medida aun ahora, lo único que sabían aquellos que tanto amaban al Señor, era que Jesús volvería al cielo solo, sin ellos.

Quizás Jesús había informado a los once el día exacto de su ascensión como Elías lo había hecho con Eliseo ([2 Re. 2:1-3](#)), o quizás no. Jesús había hablado abiertamente sobre su regreso al cielo, y quizás siguió haciéndolo durante sus conversaciones después de la resurrección. Los once no tendrían la misma perspectiva que Jesús sobre este suceso inminente. Por más que lo

intentaran, no podían considerar una buena noticia que Jesús regresara al Padre; en realidad para ellos era lo contrario. En forma individual y colectiva, los discípulos habían fallado a Jesús, y repetidamente. ¿Qué expectativa podían tener de rendir mejor en su ausencia? La ascensión de Jesús también significaba la separación personal de entre los suyos. Los apóstoles no sentirían en esa circunstancia el mismo dolor que habían experimentado durante la agonía de la crucifixión, pero sí albergarían una punzada constante el resto de su vida, en espera del encuentro prometido, y sentirían ante la partida de Jesús el mismo temor que tendrían ante la partida permanente anunciada por un amigo amado, semejante a la separación entre Jonatán y David ([1 Sa. 20:40–41](#)). Cada uno de los discípulos, con excepción de Juan, tendría que esperar a encontrarse con Jesús en el cielo, para volver a contemplar su rostro y ver su sonrisa.

Jesús lo entendía, y como siempre ya había preparado a sus discípulos semanas antes de que comenzaran el traslado a Galilea, como les había ordenado.

Después del énfasis reiterado en que los discípulos se encontraran con Jesús en Galilea, uno pensaría que les ofrecería un discurso similar al del sermón del monte revelando verdades divinas adicionales desde este lado de la cruz, el lado de su victoria. Si bien no cabe duda de qué dijo más, lo que las Escrituras registran es extremadamente breve, y consiste en sólo dos oraciones breves. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” ([Mt. 28:18–20](#)). Después de todo, su triple mandato de que los discípulos fueran a Galilea, nos hace pensar que algo más acompañaría a esta declaración.

Por supuesto, las dos frases que Jesús pronunció son extraordinarias, y son la base de la mayor parte de los ministerios evangélicos en todo el mundo, y el estandarte de muchas iglesias y denominaciones. Sobre la base de su total autoridad en los cielos y en la tierra, Jesús pronunció lo que la gente llama “La gran comisión”, que gira en torno al verbo principal “hacer discípulos”. Todo lo que lo rodea (ir, bautizar a los nuevos creyentes en el nombre de la Trinidad, enseñarles que obedezcan todo lo que Jesús les había mandado) son verbos explicativos que acompañan las actividades asociadas con el hacer discípulos.

Sin embargo, la conclusión de [Mateo 28:20](#) es tan importante, sino más, que los segmentos previos del mandamiento. Por lo general nosotros tratamos esta última frase como algo añadido a lo que consideramos la enseñanza más importante de la gran comisión, centrándonos en el mandato de llevar el evangelio al mundo. Jesús no lo pensó así. Él comienza la frase de conclusión con la expresión “he aquí”, que como ya vimos, es la misma palabra griega que en otros lugares a lo largo de la Biblia se traduce “¡Mirad!” Repito, sería como si alguien palmeara fuertemente y dijera “¡Escuchen! ¡Presten atención! ¡Esto es importante!”, algo que nos llega de una manera más movilizadora que la lectura blanda y casual de la expresión “he aquí”. Aunque el mandato del evangelio es eternamente importante, lo que Jesús enfatizó es esta última frase, no la parte previa.

Parecería sumamente apropiado que en esta coyuntura crucial Jesús volviera a emplear *ego eimi*. Su expresión tendría sentido: “Y yo estoy [YO SOY] con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” o en su significado extendido: “¡Mirad! Dios con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Con todos los casos anteriores en los que Jesús usó *ego eimi*, los discípulos se hubieran sentido enormemente consolados con esa verdad: el Señor resucitado y exaltado estaría con ellos para siempre. No estarían nunca solos, nunca cesaría su atento cuidado. En un sentido el Salvador prometía estar con ellos en alguna manera en la que nunca había estado desde su

primer encuentro con Él, más de tres años y medio antes.

Jesús sí usó la auto-designación divina *ego eimi*, pero la usó de una manera que nunca lo había hecho en las ocasiones anteriores en los Evangelios. Este caso de *ego eimi* (YO SOY) se destaca por separado. El mismo Jesús y un mensajero angelical se aseguraron de que los discípulos se encontraran con el Señor en Galilea para recibir esta revelación fundacional. En tres oportunidades las Escrituras apuntaban a esta sola lección con Jesús, lo cual nos mueve a considerar su importancia. Jesús todavía convoca a todos los que leen y obedecen su Palabra, y de esa manera nos conduce a nuestro propio encuentro preestablecido con Él, a fin de que no perdamos esta declaración crucial ¡Mirad! ¡El Salvador también nos ha reunido a nosotros en Galilea. ¡Mirad! ¡Jesús tiene algo para enseñarnos a nosotros también!

[Mateo 1](#) relata cuando José recibió la revelación divina acerca del Hijo que María iba a tener. En el sueño que Dios le dio, un ángel instruyó a José para que diera al bebé por nacer el nombre “Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” ([Mt. 1:21](#)). Luego Mateo explicó el significado de esta verdad citando la profecía mesiánica de [Isaías 7:14](#) “Todo esto aconteció para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” ([Mt. 1:22–23](#)). En el desarrollo del plan redentor de Dios, esta presencia profetizada era enormemente diferente de las manifestaciones anteriores, y drásticamente necesaria. En el Antiguo Testamento, a veces se demostraba de manera visual, como cuando descendió sobre el monte Sinaí o cuando la gloria Shekinah llenó el tabernáculo y más tarde el templo. Que Dios habitara en el tabernáculo y en el templo no alcanza a describirse de manera adecuada con palabras humanas. Sin embargo, la presencia especial de Dios en estos dos lugares designados como santos, también significaba cierta separación y alienación: si bien Dios residía en un ámbito sumamente restringido, el Lugar Santísimo, la gente vivía afuera y lejos de Él. Es decir que aunque Dios estaba presente, estaba velado y, en algún sentido, alejado de su pueblo. Solo el Sumo Sacerdote designado por Dios podía entrar en su presencia, y solo una vez al año, el día de la expiación establecido por Dios. Mientras la presencia de Dios habitara en el Lugar Santísimo, nadie podía entrar bajo ninguna circunstancia sin perder la vida. Con el tiempo, y a causa de la reiterada y vergonzosa pecaminosidad del pueblo judío que pronto sería enviado al exilio, Dios abandonó su templo durante los días de Ezequiel ([Eze. 8–11](#)).

Durante el tiempo de declinación que siguió, Dios otorgó a sus profetas una creciente revelación acerca de aquél que algún día nacería. El Mesías vendría, redimiría, y reinaría, y sin embargo sería un hombre de dolores, rechazado por los suyos, siervo sufriente de Jehová. De modo que, si bien las profecías hablaban de uno que vendría, habían pasado los siglos y todavía no había llegado, y el mundo yacía en una oscuridad que muchos podían percibir pero cuya profundidad o magnitud no alcanzaban a comprender.

Después de cuatrocientos años de silencio profético, la promesa de Dios pronto entraría al mundo como un bebé. La expresión griega que se traduce “Dios con nosotros” en [Mateo 1:23](#) nos da una descripción gráfica del avance divino, ya que puede traducirse literalmente “con nosotros Dios”. Ya no más silencio: Dios está con nosotros. No más separación: Dios está con nosotros. No más tropiezo en la oscuridad espiritual: Dios está con nosotros.

Y ahora, cuando Mateo concluye su libro, Dios regresa a su hogar.

La realidad teológica es que la Palabra se hizo carne y habitó *entre* su gente, algo inmensamente diferente de su manera de habitar en el Antiguo Testamento. La realidad humana para los discípulos era que Jesús pronto los dejaría. Si bien Jesús regresaría como vencedor, a los

discípulos les parecería que la partida de la Luz dejaría al mundo tan oscuro y desolado como estaba antes de su venida. Desde la perspectiva de los discípulos, si Emanuel significaba “Dios con nosotros”, entonces el regreso de Jesús a su hogar significaría “Dios estaba con nosotros”: su ausencia les haría percibir su presencia como algo del pasado.

Entonces Jesús reúne a sus discípulos para una lección sumamente estratégica en su entrenamiento espiritual. Todos los discípulos tenían trasfondo judío y sabían el respeto que imponía el nombre YO SOY, nombre de Dios que no debía pronunciarse. Dado que todavía necesitaban desarrollar su fe y crecer en su comprensión de la persona y obra de Jesús, es muy probable que los discípulos hicieran alguna mueca cada vez que Jesús usaba la expresión *ego eimi* (YO SOY), por el temor de que ofendiera a los líderes religiosos. Pero a esta altura ya habían escuchado a Jesús emplear este término repetidamente en referencia a sí mismo como Dios, y seguramente comprendían su significado mucho mejor que al comienzo de su ministerio.

Cuando finalmente tuvo lugar el encuentro previsto en Galilea, Jesús comenzó su sesión de enseñanza recordando a sus seguidores la autoridad absoluta que tenía en todos los ámbitos. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” ([Mt. 28:18](#)). La última ocasión en que los discípulos habían escuchado a Jesús evocar *ego eimi* (YO SOY) fue en el momento de su arresto, que todavía estaría fresco en sus memorias. Ante sus ojos, el poder de la Palabra de Dios había impulsado a sus rivales hacia atrás, en una pequeña demostración de su vasto poder contenido. Esto cobraría ahora mucho más sentido para ellos, asociado con la resurrección de Jesús. Sin embargo, no era ese poder lo que oprimía sus corazones cargados de interrogantes: los afligía el separarse de Jesús.

A su vez, Jesús comisionó a los que creían en Él en cuanto al ministerio futuro, uno que al fin alcanzaría a los lugares más remotos de la tierra y a todas las naciones. Con el tiempo los discípulos adoptarían esa perspectiva, pero no ahora. Habían nacido y crecido como judíos, y el ministerio a los gentiles comenzaría en serio muchos años después. Aún después de la ascensión, del pentecostés, y del inicio de la iglesia de Cristo, Dios todavía tuvo que empujar a Pedro mediante una visión repetidas tres veces ([Hec. 10](#)) para que fuera a los gentiles. La preocupación principal en ese momento no era el papel decisivo que jugaría cada uno de ellos en la colocación de los cimientos de la fe y del futuro ministerio, especialmente a los gentiles: los afligía el separarse de Jesús.

Jesús lo sabía. Él conocía sus corazones, y sabía lo que les dolía. Entonces continuó con su enseñanza. “Y he aquí [¡Observen lo que estoy por decir! ¡Presten atención!] yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Sin embargo, en esta sola ocasión, Jesús alteró su declaración.

En [Mateo 1:23](#) Emanuel se traduce “Dios con nosotros”, o literalmente en el griego, “con nosotros, Dios”. Lo que ahora dijo Jesús había progresado en carácter y en amplitud. En lugar de decir simplemente “YO SOY con ustedes”, separa en el griego el pronombre YO del verbo SOY. Literalmente, lo que Jesús dijo fue YO (*ego*) con ustedes SOY (*eimi*): “YO con ustedes SOY”. Cristo tomó a sus amados discípulos (los que estaban presente y los que llegaríamos a serlo) y nos colocó consigo mismo, en el interior del nombre sagrado de Dios. Los discípulos que habían escuchado una y otra vez la expresión *ego eimi* (YO SOY) percibirían de inmediato la diferencia, si bien la comprensión plena de esta unión indivisible llegaría con los años. Quizás después de comenzar con la expresión “he aquí” [¡Observen! ¡Presten atención!], Jesús haya hecho gestos con sus manos para ilustrar la verdad que estaba declarando, ya que pocos días después levantaría sus manos para bendecirlos en el momento de su ascensión ([Luc. 24:50](#)). No queremos exceder los límites de las Escrituras, y tendremos que esperar hasta el cielo para saber

exactamente como se expresó Jesús; pero si empleó sus manos para hacer algún gesto, quizás levantó el índice de la mano derecha, como harían los líderes religiosos de la época al momento de hacer una declaración trascendente. “YO”, colocando ambas manos sobre su corazón, un corazón que largo tiempo atrás había incorporado a todas las personas que en todos los tiempos decidieran darle su amor. “Con ustedes”, moviendo sus brazos hacia adelante y abriéndolos para formar un círculo que los abarcaba. “SOY”, trayendo sus manos otra vez hacia su corazón, y trayendo en sus brazos a todos aquellos a quienes abraza con tanto amor y poder.

Estoy seguro que algunos de los que leen esto dirán: “Eso es ir demasiado lejos. Ya tenemos las palabras del relato de Mateo. Los gestos no importan. Es ver demasiado en el texto”. Quizás tengan razón. Sin embargo, más allá de las palabras finales de Mateo, tenemos mucho respaldo para percibir la manera en que Jesús los incluía a todos, de un modo que les era completamente desconocido hasta ese momento. Por ejemplo, recordemos la triple insistencia de parte de Dios de que los discípulos concurrieran a este lugar. Debemos destacar que esta es la única ocasión en todo el Nuevo Testamento donde aparece esta frase. También debemos observar que mínimamente Jesús usó la forma enfática cuando dijo, en esencia, “Yo (Yo mismo) estoy con vosotros”. Observemos también que Jesús ubicó aquí la expresión “y he aquí”, no al comienzo de estos versículos. Y aun más, Jesús estaba enseñándoles una vez más aquello que había comenzado a enseñarles la última noche antes que el Cordero de Dios diera su vida en rescate por muchos.

Se han escrito libros enteros sobre [Juan 17](#). Hay enorme riqueza en ese capítulo. Nos limitaremos a considerar lo que sea pertinente a nuestro tema y dejaremos de lado tesoros todavía no explorados en esta que es la oración más larga de Jesús registrada en la Biblia. En aquella enseñanza final al grupo de los doce menos Judas, y hasta después de la crucifixión, Jesús dirigió reiteradamente la atención al nombre de Dios. Cuatro veces en el texto griego Jesús se refiere específicamente al nombre de Dios. Por ejemplo, [Juan 17:6](#): “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste”. En la Biblia la palabra *nombre* a menudo se refiere a la totalidad de la persona o a su esencia, como por ejemplo en [Juan 1:12](#): “a quienes creen en su nombre”. También vale la pena notar que si bien hay muchos nombres de Dios en el Antiguo Testamento (Jehová, El Shaddai, Adonai, etc.), Jesús empleaba la palabra en singular: “nombre”, no “nombres”. El uso del singular podría expresar la condición del Dios uno, y en ese sentido la variedad de nombres en conjunto describen el nombre de Dios en un concepto unificado. O bien podría ser una referencia a uno de los nombres en particular. Si este último fuera el caso, entonces, a partir de lo que ya hemos estudiado, sin duda sería YO SOY el nombre que Jesús pronunciaba tanto para identificarse ante sus discípulos como antes sus enemigos.

En esta oración continúa el énfasis de Jesús. [Juan 17:11](#): “Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, *a los que me has dado, guárdalos en tu nombre*, para que sean uno, así como nosotros”. Jesús no pide meramente que Dios los guarde o los proteja, sino que le pide que lo haga en su nombre, el mismo nombre que le fue dado a Jesús por el Padre. De hecho, en el versículo siguiente Jesús revela algo que sus primeros oyentes ni nosotros sabríamos al menos que Él lo revelara: “Cuando estaba con ellos en el mundo, *yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste*, yo los guardé y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera” ([Jn. 17:12](#)). Jesús concluye esta sublime oración de maravilla y de gloria agregando una instancia final: “Y les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos” ([Jn. 17:26](#)).

La frase final en [Juan 17:26](#) tiene una importancia eterna: “y yo en ellos”. Jesús ya había

desarrollado en los versículos anteriores este concepto antes desconocido: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; *como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros*; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. *Yo en ellos, y tú en mí*, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” ([Jn. 17:20–23](#)).

¡Los pedidos que Dios Hijo hizo a Dios Padre son impresionantes! Como vimos, en aquel tiempo los apóstoles vivían bajo la ley ([Gá. 4:4](#)); estaban entrenados en la Torá. *En ningún lugar* del Antiguo Testamento aparece el concepto de que alguien pudiera acercarse al Dios inaccesible, excepto en el día de la expiación, y en esa ocasión solamente el sumo sacerdote *solo*, quien se presentaba con el sacrificio ordenado por Dios. Esta es la razón por la cual lo que Jesús dijo habrá sido tan asombroso para aquellos que lo escucharon por primera vez: vaya al Antiguo Testamento y vea si puede encontrar si quiera *una* profecía de que el Mesías estaría en alguna persona. El Mesías se sentaría en el trono de David ([Is. 6:7](#)) y gobernaría sobre todo el mundo ([Sal. 2:6–7](#); [Zac. 14](#)), habiendo recibido un reino eterno desde los días antiguos ([Da. 7:13–14](#)). [Salmos 110:1](#) muestra que el Hijo sería instalado a la derecha de Dios, aguardando a que sus enemigos sean puestos bajos sus pies. La oración sumo sacerdotal de [Juan 17](#) sería la primera ocasión en la que sus seguidores oyeran algo que seguramente les pareció extraño, sino imposible, tanto como lo fue la pregunta por el nacimiento planteada por Nicodemo y más tarde registrada por Juan en el capítulo [3](#). ¿Cómo podría el Mesías, a quien sus manos había tocado ([1 Jn. 1:1](#)) estar de alguna forma *en* ellos? Esta revelación divina sacudía los cimientos de su entendimiento, y si no hubiera sido que se sucedieron los acontecimientos del Getsemaní y los que se relacionaban con él, seguramente le hubieran hecho varias preguntas a aquel que había orado diciendo que ellos estarían en Él, y en Dios el Padre también.

¡Cuán extraños habrán parecido estas verdades de que, en lugar de estar en la presencia de Dios (por ejemplo cuando asistían a los sacrificios del templo), ahora los creyentes concretamente estarían *en* Dios, amados, honrados y respetados; y, no sólo eso, sino que el mismo Cristo estaría *en* nosotros, tal como el Hijo está en el Padre, y el Padre en el Hijo! ¡Ya no hay separación! ¡Miren el velo del templo rasgado de arriba a abajo! El Lugar Santísimo queda ahora abierto, abierto por Dios, y tenemos *libre* acceso al Padre por medio del Hijo.

Tú en mí, y yo en ti, para que ellos también puedan estar en nosotros.

La gran comisión es una designación o “título” dada por los hombres. Quizás un título más adecuado sería “El gran posicionamiento”.

El concepto que Jesús había comenzado en su oración en [Juan 17](#) se desarrolla más plenamente después, con revelación divina adicional. El apóstol Pablo comprendió cabalmente esta instrucción, quizás mejor que cualquier otro ser humano que haya vivido. Para Pablo estar “en Cristo” era algo real, no alguna expresión teológica etérea. En virtud de la declaración de Jesús, YO SOY, en la gran comisión, debiera resultarnos mucho más vívida la expresión “estar en Cristo”. En [Romanos 8:1](#) Pablo declara: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están *en Cristo Jesús*”. La realidad transformadora de estar en Cristo aparece nuevamente en [2 Corintios 5:17](#): “De modo que si alguno está *en Cristo*, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. Y las referencias siguen y siguen.

“Y he aquí, YO con vosotros SOY”.

El YO SOY en la zarza ardiente es luego el YO SOY que nace en Belén.

El YO SOY la Resurrección y la Vida es la fuente de vida para todos aquellos que creen y la

reciben en su nombre.

El YO SOY el Buen Pastor es también el YO SOY que continuamente envuelve a sus ovejas consigo.

El YO SOY la Luz del Mundo que arroja su luz sobre y en nuestra oscuridad.

El YO SOY el Alfa y el Omega es también el YO SOY que nunca te dejará ni te abandonará. “Y he aquí YO con vosotros SOY [estoy] con vosotros todos los días, hasta el fin de mundo”.

De la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que

Cristo en vosotros,

esperanza de gloria.

[Colosenses 1:25–27](#)

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales

con Cristo Jesús,

para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros

en Cristo Jesús.

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados

en Cristo Jesús

para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.

[Efesios 2:4–10](#)

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno;

como tú, oh Padre, en mí,

y yo en ti,

que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me

enviaste.

La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste.

Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

[Juan 17:20-26](#)

CAPÍTULO DIEZ

LA GLORIA

Por su propia naturaleza, la santidad habitualmente se destaca en contraste con la maldad. Por su sola presencia, la santidad revela la presencia del mal, como la luz cuando invade los ámbitos ocultos de la oscuridad. Cuando Satanás y los que se iban a convertir en demonios pecaron en la morada de Dios, no tenían necesidad de descubrirse o desenmascarse: quedaron expuestos en su desnudez espiritual, y su condición oscura resultó evidentes a todos. Las tinieblas de Satanás serían fácilmente descubiertas por el Padre de las luces ([Sgo. 1:17](#)), que mora en luz inmarcesible ([1 Ti. 6:16](#)), y cuya esencia misma es luz ([1 Jn. 1:5](#)). En medio de un mundo oscuro y caído Satanás puede temporalmente disfrazarse de ángel de luz ([2 Cor. 11:14](#)), porque el mundo en general no tiene una base auténtica sobre la cual comparar, y su mente espiritual oscurecida con frecuencia confunde la luz con las tinieblas y a las tinieblas con la luz. Pero los santos ángeles de Dios nunca los confundirían. Los ángeles de la luz detectan de inmediato la oscuridad donde quiera que la encuentren. Cuando se las compara con la envolvente gloria de la santidad de Dios, las tinieblas que emanan de Satanás y de sus demonios, después de que ellos pecaron por primera vez, serían tan fácilmente detectables como lo fue para el Creador el intento vano que hicieron Adán y Eva para cubrir por sí mismos su pecado; por su parte Satanás se habrá expuesto ridículamente en el ámbito de la santa presencia de Dios.

Los ángeles santos habrían percibido a la nueva creación de [Génesis 1-2](#) con el contraste inconfundible que marca la diferencia entre la luz de Dios y la oscuridad de Satanás. Desde la perspectiva celestial habrían identificado fácilmente la luz de la santidad de Dios que rodeaba al planeta recién nacido y todavía inocente. En el libro de Job, Dios lo desafió preguntándole: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra... cuando alababan juntas todas las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios?” ([Job 38:4, 7](#)). En ese pasaje Dios revela cuánto se maravillaron los ángeles ante la obra de Dios, cómo respondían instintivamente celebrando al Padre de la gloria y a su creación, ambos de una santidad que excede nuestra imaginación. Por un momento efímero la tierra exhibió solamente el sello de la santidad, estando completamente exenta de cualquier defecto producido por el pecado.

A menos que Dios les hubiera manifestado a sus ángeles lo que estaba a punto de hacer, lo cual parece poco probable, estos mismos ángeles que poco antes habían aclamado en regocijo ante la creación observarían luego con una alarma cada vez mayor a medida que las fuerzas de oscuridad que habían sido expulsadas del cielo ahora se acercaban y penetraban en el Edén de Dios. Observaron a la serpiente invadida por Satanás, siendo este el primer registro de un ser espiritual que toma residencia en uno físico. Fueron testigos de la tentación; vieron la caída del hombre, cuando rindieron la pureza que Dios les había dado, a cambio de una corrupción degradante. Después de la caída, los santos ángeles de Dios observarían con impotencia mientras las tinieblas invadían la tierra hasta envolver por completo todo lo que se asociara con el planeta. Habiendo visto antes la creación perfecta de Dios, la llegada del mal a un lugar que antes había sido inmaculado les habría resultado más que visible, y sin duda alarmante.

La expectativa razonable de los ángeles de Dios era que toda la oscuridad fuera divinamente expulsada del cielo después de la rebelión de Satanás. Ahora también la tierra estaba contaminada. Los ángeles entendían que el Padre *debía* juzgar a los habitantes contaminados de este planeta recién corrompido, así como lo había hecho en su residencia celestial. Puesto que Dios había juzgado severamente a Satanás en la rebelión inicial, los ángeles no dudaban que correspondía una sentencia todavía mayor ante esta reincidencia del maligno. En lugar de ello, Dios pronunció su juicio y se retiró... pero Satanás se quedó. Para su asombro, en lugar de ser testigos de que de inmediato se detuviera y castigara a Satanás, los ángeles vieron a las legiones de las tinieblas instalar sus fortalezas en diversos rangos en torno de la tierra ([Efe. 6:12](#)), mientras su líder Satanás se constituía ahora como “príncipe de la potestad del aire” ([Efe. 2:2](#)). No sólo que los habitantes del planeta se habían contaminado con la oscuridad sino que el planeta mismo había quedado envuelto por las tinieblas de manera similar a como está completamente envuelto por la atmósfera.

Aun antes de que se incrementara el control de las tinieblas, los ángeles espectadores también habrán visto la luz de Dios acercándose al oscurecido Edén. Quedando desconcertados cuando, en lugar de que se descargara la justa ira de Dios sobre los dos seres humanos, agentes de aquella contaminación, lo que vieron fue el brillo de dos luces menores junto a Dios. Estas dos pequeñas luces reflejaban, leve pero inconfundiblemente, la verdadera luz de Dios. Era una combinación que los ángeles nunca habían visto: seres pecadores que de alguna manera poseían y reflejaban la santidad de Dios. Cuando Dios retiró temporalmente su presencia visible de la tierra, aquellas dos pequeñas luces quedaron allí, en crudo contraste, con la nueva y profunda oscuridad de su entorno. Las pequeñas luces darían comienzo al linaje de donde saldría la simiente prometida en [Génesis 3:15](#): pequeñas luces a las que Dios mismo había vestido con la justicia del primer sacrificio de sangre. Con el tiempo, los ángeles serían testigos de que esa luz iría en aumento, pero con mucha frecuencia verían cómo las tinieblas crecían hasta casi superar a la luz.

Quizás tan intrigante como la imprevista gracia de Dios en el huerto fue la aparente falta de acción en el caso de [Génesis 6](#). Los ángeles vieron crecer a las tinieblas en una medida que nunca habían experimentado ni esperado, tinieblas de tal magnitud que parecían devorar cualquier rastro de la luz. A medida que aumentaba el pecado, el Padre lo soportaba con paciencia; pero nunca permitiría que la oscuridad gobernara la tierra por completo. Así lo había dispuesto el Dios Todopoderoso, y debía hacerse conforme a su Palabra.

Sin duda los ángeles se darían cuenta por medio de su luz reveladora de Dios, de los pasos que Él daba al avanzar en su plan redentor. Habrán escuchado las conversaciones entre Dios y Abraham, a medida que el linaje de la simiente prometida se concentraba en un pueblo que todavía no había llegado a existir. Habrán visto el nacimiento del pueblo judío, el pueblo del pacto, y luego su esclavitud en Egipto. Los mensajeros angelicales de Dios habrán percibido una nueva expresión de la luz de Dios durante el encuentro de Moisés con el Ángel del Señor, en la zarza ardiente. Los ángeles fueron testigos de la gloria *Shekinah* de Dios, cuando llenó el tabernáculo durante los días de la peregrinación en el desierto, y más tarde habitar esa misma gloria en el templo construido por Salomón. Al mundo angelical le sería inconfundiblemente visible la presencia de la gloria en la tierra —no la plena manifestación de la gloria de Dios, sin duda, pero mucho más grande de lo que hasta entonces había sido manifestada a los seres mortales. Los ángeles habrán contemplado con tristeza cuando, siglos más tarde, en forma lenta y renuente Dios retiraba su gloria, aquella gloria que en un primer momento se había suspendido sobre el arca del pacto, luego en el umbral del templo, y finalmente sobre el monte de los Olivos ([Eze. 10](#); [11:22–23](#)). El templo no volvería a albergar la singular presencia de la luz de Dios

hasta que María y José llevaran al templo reconstruido a ese bebé que era la Luz del mundo.

Los ángeles habrán sido testigos cuando Dios dispersó al pueblo del pacto durante el exilio en Babilonia, cuando se podía ver poca luz, salvo la luz que iluminaba las voces de los profetas. Sin embargo, pronto hasta la luz profética se volvería tenue por un tiempo. Durante alrededor de cuatrocientos años, la oscuridad fue en aumento a medida que Dios dejó de brindar su luz reveladora. La luz más visible durante esta etapa de las tinieblas fue la luz profética de Dios en tanto el Antiguo Testamento llegaba a su fin, y la luz de Dios que anunciaba la venida de uno que brillaría en medio de la oscuridad ([Is. 9:2](#)).

Entonces, cuando en el cumplimiento del tiempo, se produjo la concepción. La Luz del cielo nació para ser la Luz del mundo. Apareció en el firmamento la luz de la estrella de Dios, comunicando tanto a los cielos como a la tierra que una estrella había surgido de la casa de Jacob; un cetro se levantaba en Israel ([Nú. 24:17](#)). La multitud de ángeles sumó sus alabanzas ([Luc. 2:13-14](#)), y la luz que reflejaban, en un acto de adoración y alabanza más grande que el que jamás habían celebrado desde la creación, miles de años antes. Pero la verdadera Luz vino a un mundo sumido en las tinieblas. Vino a los suyos pero los suyos no lo recibieron ([Jn. 1:11](#)). Aunque muchos amaron y aceptaron a la Luz, muchos más no lo hicieron. Eventualmente la Luz recibió ataques indescriptibles: la hora de las tinieblas comenzó en el momento del arresto ([Luc. 22:53](#)); la oscuridad de las fuerzas del mal reunidas en torno al Calvario, y por último, la oscuridad de la presencia de Dios mismo sobre la cruz.

Cuán oscura habrá parecido la oscuridad reinante en la tierra a los seres angelicales que presenciaban la cruenta muerte de la Luz. Cuán oscuro habrá resultado el dominio y el futuro de la humanidad caída a aquellos ángeles que compartían el insondable dolor del Padre.

Ruido ensordecedor. Resonancias y reverberaciones podrían sentirse mucho antes de que apareciera alguna forma visible. Durante miles de años estos demonios confinados en una fosa de oscuridad, una oscuridad aun más profunda y limitante que su propia profunda oscuridad, percibieron que se acercaba algo o alguien. Por haber abandonado su reino anterior mucho tiempo atrás, estos ángeles caídos habían ingresado a los confines de las tinieblas, alejados y aislados del mundo exterior. Este sub grupo de demonios, los que habían participado en la confabulación demoníaca de [Génesis 6](#), recibieron el juicio de Dios mucho antes que los demás demonios. El estar encarcelados no era la sentencia final de Dios (el temible lago de fuego de [Apocalipsis 20](#)), pero era un abismo de tinieblas del que no podían escapar: un lugar horrendo y fantasmal de intenso tormento y sufrimiento. Hasta donde sabemos, no hay otros demonios que actualmente habiten ese abismo, salvo éstos y los demonios que serán liberados (según leemos en [Apocalipsis 9](#)); cuando lleguemos al cielo sabremos si éstos que serán liberados durante la Tribulación son o no los mismos que se mencionan en [Génesis 6](#), [1 Pedro 3](#), [2 Pedro 2](#), y Judas. Dios pudo haber sentenciado a otros ángeles caídos a ese oscuro abismo a lo largo de la historia pero, si lo hizo, decidió no revelarlo en su Palabra.

Si Dios nos lo hubiera revelado, el relato sobre la captura y confinamiento de los demonios después de los sucesos de [Génesis 6](#) hubiera sido muy ilustrativo. ¿Estaba Satanás presente durante este acto judicial de Dios? En ese caso, la reacción de Satanás hubiera sido coherente con su carácter perverso. Si Satanás presenció el encarcelamiento de sus ángeles, su presencia fue inútil, ya sea por su impotencia o por su falta de voluntad para intentar el rescate de sus subalternos caídos. En ningún caso habría considerado la alternativa de ofrecer su libertad en lugar de la de ellos, ya que la redención de otras personas sería un concepto extraño para un ser absolutamente perverso. Seguramente Satanás no hubiera sentido compasión ni remordimiento mientras Dios ejecutaba su veredicto, sino solo una ira intensificada, tal como la mostrará

eventualmente durante la Tribulación ([Ap. 12:12](#)).

Quizás Satanás estaba ausente durante el encarcelamiento de los demonios, por su propia decisión de no presenciar otro momento del justo juicio de Dios. Quizás temía estar demasiado cerca de la santa ira de Dios, ya que le ofrecía un anticipo de la retribución divina que le aguardaba si la simiente prometida en [Génesis 3:5](#) alguna vez se convertía en realidad. De cualquier manera (estuviera o no presente), lo último que vieron los demonios antes de su encarcelamiento en los abismos de oscuridad fue la ausencia de algún ser que los rescatara o los redimiera. Aunque eran seres perversamente malvados y corrompidos, en algún sentido estos demonios también se habrán sentido engañados y traicionados. Actualmente soportan el juicio divinamente impuesto, privados del instigador original de su crimen contra Dios. Algún día todos ellos serán reunidos en el lugar de tormento eterno preparado de antemano para ellos y para su amo ([Mt. 25:41](#), [2 Pe. 2:4](#), [Ap. 20:10](#)).

Dios aisló a esos demonios del resto del mundo, y les impidió conocer los acontecimientos que ocurrían en el campo terrenal. Si los demonios en [Lucas 8](#) representan la mentalidad de los demás demonios (como es probable), ningún otro demonio está en comunicación con aquellos que están encarcelados, ni siquiera aunque pudieran, porque ningún demonio sería lo suficientemente valiente como para aventurarse hasta el abismo. Los ángeles caídos que se mencionan en los relatos de los Evangelios temblaban ante la sola idea de que Jesús les ordenara ir al abismo; parece evidente que nunca intentarían ir allí por iniciativa propia. Hablando hipotéticamente aun si pudieran visitar sigilosamente el abismo sin que Dios lo notara (lo cual, es completamente imposible), los ángeles de Satanás no podrían hacer nada una vez llegados allí. Es tan segura esta fortaleza divina, que Satanás con todas sus legiones congregadas a la puerta del abismo, no representarían amenaza alguna si intentaran liberar a sus ocupantes. Leemos en [Apocalipsis 9](#) que un día un ángel de Dios recibirá una llave que le dará Dios mismo a fin de abrir las puertas del abismo durante la Tribulación. Sin esa llave, las puertas del abismo no podrían abrirse. Es imprescindible recibir la llave entregada por el Padre o bien ser lo suficientemente fuerte como para arrebatarla de las manos. Ninguna de esas opciones estaba al alcance de Satanás.

Por lo tanto, estos demonios esperan en un ámbito de tormento, rodeados por la profunda oscuridad que resulta de la ausencia de la gloria de Dios. Al haber sido aislados de todo contacto con la tierra, su información acabada cuando Dios envió el diluvio y ellos fueron encarcelados ([Gn. 7](#)). Habitan en tormento en ese abismo con una comprensión absolutamente limitada sobre la evolución del plan de Dios. Quizás esperaron expectantes que Satanás los rescatara. Quizás esperaban alguna otra estrategia demoníaca para liberarlos. En tal caso, esperaban en vano, ardiendo en un enojo airado envolvente y que refleja la ira de su amo, en cuya imagen habían sido permanentemente recreados.

Finalmente, en la distante oscuridad, los truenos. Los demonios habrán detectado de inmediato este extraño efecto tanto en ellos mismos como en su habitáculo. Tal vez llegaron a la conclusión de que se trataba del anticipo de las legiones de Satanás, acercándose al abismo para liberar a sus habitantes.

Pero, una Luz distante se aproximaba a sus tinieblas. Un poder colmaba hasta los confines del abismo: mucho, mucho más poder del que los demonios hubieran experimentado nunca antes, ni siquiera en el momento en el que fueron encarcelados. En algún momento, tarde o temprano, los demonios encarcelados entendieron que lo que se acercaba era la Luz, no la oscuridad. Eventualmente cada demonio se daría cuenta que no se trataba de un rescate o una liberación. La Gloria divina y el Poder en persona, venía hacia ellos.

Los demonios encarcelados reconocieron a la segunda persona de la Deidad cuando desplegó las características divinas de las que habían sido testigos antes de la caída: “Vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, ceñido su pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos, como llama de fuego. Sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno, y su voz como el estruendo de muchas aguas... de su boca salía una espada aguda de dos filos y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” ([Ap. 1:13–16](#)). Pero además de estos atributos de la Luz, estaban las marcas curiosas pero inconfundibles de las heridas del Cordero ([Ap. 5:4–6](#)). Estas cicatrices serían la diferencia más importante que los demonios observarían desde sus encuentros anteriores con el Señor, y por lejos lo que más los desconcertaría, aunque la curiosidad no alcanzaría para darles el coraje de preguntar por su origen en presencia del Poder que tanto temían.

Pedro escribió que después de morir, Jesús “fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé” ([1 Pe. 3:19–20](#)). Dios decidió no revelar todo el contenido de la proclamación de Jesús ante los habitantes del abismo. Escucharemos aquellas palabras originales de los labios del Salvador cuando llegemos al cielo. Pero a partir de las claves que Dios nos ha dejado en las Escrituras, podemos deducir una paráfrasis razonable sobre el contenido de la prédica de Jesús:

“Acordaos de esto, y tened vergüenza; volved en vosotros, prevaricadores. Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” ([Is. 46:8–10](#)).

“En tu maldad conspiraste con el maligno para impedir el nacimiento de la simiente de mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente para siempre ([Gn. 3:15](#)). Hoy declaro que la simiente anunciada por el Padre en el huerto tuvo continuidad mucho después que el diluvio fuera un recuerdo lejano para la humanidad. La genealogía de esa simiente persiste aun hasta hoy, a pesar de todos los esfuerzos de las tinieblas para impedirlo. La simiente anunciada en el principio por Jehová continúa viva, en tanto que ustedes permanecen confinados en abismos de oscuridad. La razón principal por la cual la simiente sigue con vida es que el Dios Todopoderoso no da socorro a los ángeles sino a la descendencia de Abraham ([Heb. 2:16](#)), la progenie de la descendencia con la que ustedes nunca se encontraron. En consecuencia, el linaje del que saldría aquella simiente permanece cuidada, protegida, plenamente capaz de dar a luz a aquél que dará descanso a la tierra bajo maldición y recuperará lo que Adán originalmente perdió.

”Ustedes abandonaron su dominio por el de otro, y la Simiente hizo lo mismo. Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, también el que era la promesa de Dios participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, aquel con quien ustedes un día compartirán el tormento eterno en el lago de fuego. La Simiente prometida entró en el mundo del hombre caído con el expreso propósito de librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda su vida sujetos a servidumbre ([Heb. 2:14–15](#)).

De manera similar a que ustedes una vez abandonaron el dominio que les correspondía para cohabitar con la raza de Adán, Yo mismo ahora entro en el ámbito donde ustedes residen, y no vengo del cielo sino de la tierra. Ustedes entraron en el mundo de la carne: la promesa de Dios también lo hizo, pero de una manera determinada y anticipada por la Trinidad ([Hec. 2:23](#); [1 Pe. 1:18-20](#)).

”No sólo continuó el linaje de la simiente y no sólo recibe la ayuda de Dios: ¡YO SOY la Simiente prometida de mujer ([Gn. 3:15](#))! ¡YO SOY la Simiente prometida de Abraham ([Gn. 3:16](#))! Aunque existí en forma de Dios, no estimé el ser igual a Dios como algo a lo cual aferrarme. Antes bien me despojé a mí mismo, tomé la forma de siervo, y me hice semejante a los hombres ([Fil. 2:6-7](#)). Ustedes solo ofrecieron muerte y encarcelamiento; YO SOY el pan de Vida que descendió del cielo, para ofrecer vida a todos los que me reciben.

”Mi victoria sobre ustedes y sobre Satanás no tenía tanto el propósito de someterlos a la impotencia, ya que esa opción ya estaba disponible cuando por primera vez se rebelaron contra mí en desobediencia. Triunfé para rescatar y redimir a los que me pertenecen, que estaban atrapados en la esclavitud del pecado. Son miles de millones los que me adorarán por su libre decisión a lo largo del tiempo, y con alegría doy a los que me pertenecen una residencia y una posición de autoridad muy superior a la que ustedes intentaron usurpar. Los que yo redima se sentarán conmigo en mi trono ([Ap. 3:21](#)), les daré autoridad sobre las naciones, la misma que yo he recibido ([Ap. 2:26-27](#)), ¡Esto es porque vencí todo lo que las tinieblas pudieron reunir contra mí, y me mantuve firme! Pronto regresaré al lugar que me pertenece junto al Padre ([Sal. 110:1](#)). Pero hay más, pronto regresaré con los míos a buscar a los que me pertenecen ([Ap. 19:11-16](#)).

”¡La simiente triunfó eternamente porque YO SOY la Simiente prometida de Dios, y le he aplastado la cabeza para siempre!”

El horrible aullido con el que reaccionaron los recién iluminados demonios, todavía hace ecos desde las distantes paredes del abismo, mucho después de que partiera la Luz y volviera la oscuridad.

La resurrección de Jesús no fue el despliegue final de la luz en el mundo angelical. Fue algo magnífico y sin paralelo pero de ninguna manera fue la última demostración. Dios tenía mucho más para mostrar, especialmente en el regreso de Jesús a su hogar. Un día Dios nos mostrará en detalle el momento exacto de ese abrazo, cuando el amado Hijo que complació a su Padre regresó a su hogar con Dios Padre y Dios Espíritu Santo, mientras millones y millones de ángeles espectadores respondían en prolongada adoración ([Ap. 5:11](#)). Hasta entonces no podemos comprender más de esa reunión de lo que podríamos comprender la plena realidad de los cielos.

Durante su ministerio terrenal Jesús habló libremente de su regreso al Padre. En [Juan 3:13](#) Jesús hizo la primera alusión a su ascenso, contrastándolo con su venida a la tierra: “Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo”. Nadie, salvo Dios por el momento, sabe cuándo fue el momento en que el niño Jesús supo que era el Hijo de Dios, pero [Juan 3](#) es la primera ocasión cuando habló de su preexistencia con Dios el Padre en el

cielo. Por consiguiente, Jesús podía decirles a sus discípulos, que tenían el corazón desgarrado aquella noche del arresto de su Señor: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis” ([Jn. 14:1-3](#)). Cuando resucitó y se apareció a María Magdalena, Jesús le dijo: “¡Suéltame!, porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y diles: ‘Subo a *mi* Padre y a *vuestro* Padre, a *mi* Dios y a *vuestro* Dios’ ” ([Jn. 20:17](#)). Ya desde ese momento Jesús comenzó a preparar a sus discípulos para el regreso que poco después haría a su hogar celestial, pero ahora les hablaba con un sentido fraternal: “Subo a *mi* Padre y a *vuestro* Padre, a *mi* Dios y a *vuestro* Dios”. La inminente ascensión era apenas la primicia de una ascensión grandiosa en la que algún día ellos serían partícipes. Después de un lapso de cuarenta días ([Hec. 1:3](#)) Jesús regresó al Padre, tal como lo había anunciado.

Sin embargo, la ascensión era algo más que el solo regreso de Jesús al hogar de su Padre. Se trataba de un desfile victorioso de proporciones celestiales. La ascensión demostró la obra terminada por el Mesías, y aceptada por el Padre. El maravilloso Salmo mesiánico, el [110](#), afirma lo siguiente en su primer versículo: Jehová dijo a mi Señor: ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’ ”. En una sección que vale oro, pero que por el momento debemos pasar por alto por amor al espacio, Jesús utilizó las palabras de [Salmos 110:1](#) para silenciar a sus críticos en [Mateo 22:41-46](#). El escritor de Hebreos muestra de manera excelsa la importancia de esta obra consumada por el Mesías, cuando escribe: “Él, que es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles cuanto que heredó más excelente nombre que ellos” ([Hebreos 1:3-4](#)).

Pablo le recuerda a Timoteo la importancia eterna que tiene la ascensión. En [1 Timoteo 3:16](#), citó lo que en la opinión de muchos estudiosos era un himno de la iglesia primitiva:

“Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad:
Dios fue manifestado en carne,
justificado en el Espíritu,
visto de los ángeles,
predicado a los gentiles,
creído en el mundo,
recibido arriba en gloria”.

Con todo lo que había ocurrido en el transcurso hacia el momento de la ascensión de Jesús, el que haya sido “visto de los ángeles” bien puede referirse al dominio angelical completo, tanto los ángeles puros como los malos. Pero muchas veces pasamos por alto la frase “recibido arriba en gloria”. Lo que en realidad dice Pablo es que Jesús fue llevado *en* gloria, no *a la* gloria, y hay una diferencia entre ambos. La frase enfatiza no tanto que Jesús haya regresado al dominio o al ámbito de la gloria que lo esperaba en el cielo, lo cual en efecto hizo, como lo testifican otros pasajes ([Juan 17:4-5](#), [22-25](#)). Más bien, lo que revela la parte final de [1 Timoteo 3:16](#) es que la ascensión de Jesús era en sí misma otra manifestación de gloria, es decir que, mientras era llevado arriba, desplegó su gloria. Generalmente no consideramos a la ascensión como una manifestación de la gloria de Dios, como lo fue la gloria *Shekinah* que llenó el templo, o la gloria que se reveló en la Transfiguración. Después de todo, para los discípulos que la presenciaron la

ascensión en sí misma fue un acontecimiento relativamente breve. Lucas registró el incidente con una sola frase, en [Hechos 1:9](#): “Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y lo recibió una nube que lo ocultó de sus ojos”. Aunque eran todavía principiantes en la fe, los discípulos entendieron que la ascensión de Jesús era un suceso temporal, e inmediatamente se consagraron a esperar el regreso en el que vendría a buscarlos.

Quizás por el hecho de que la ascensión en el fondo instaló la escena para el regreso del Señor, la Transfiguración cobró un sentido mucho más duradero para el apóstol Pedro. En su última epístola antes de su inminente martirio, el suceso de la vida de Jesús que más huella había dejado en él era la Transfiguración de Jesús, no su ascensión: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad, pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: ‘Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia’. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo” ([2 Pedro 1:16–18](#)). Quizás para Pedro la ascensión era algo que Jesús había hecho, en tanto que la Transfiguración les daba una visión anticipada de lo que Jesús era en su esencia, y por el resto de su vida Pedro no pudo olvidar esa revelación.

En su palabra Dios considera a la ascensión como un despliegue de su gloria; nosotros haremos bien en considerarla de la misma manera. Quizás, si miramos a la ascensión de Jesús desde una perspectiva diferente, podamos entender mejor la gloria que se manifiesta allí. Quizás nosotros también podamos dar un paso atrás y en alguna medida ser testigos de ese momento en que Jesús “fue visto de los ángeles ... recibido arriba en gloria”, y maravillarnos de una manera nueva ante la gloria de Dios.

Pablo describió a Satanás como el “príncipe de la potestad del aire” ([Efesios 2:2](#)). Más tarde en el mismo capítulo describe a las huestes demoníacas como “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” ([Efesios 6:12](#)). Como tantas otras declaraciones de las Escrituras, la información limitada nos deja con múltiples interrogantes. Una cosa es saber que Satanás reside actualmente como “príncipe de la potestad del aire”, y otra muy distinta es entender en alguna remota dimensión lo que esto significa o porqué es importante.

Que Satanás reina en las esferas del aire no significa que no tenga contacto con la tierra; todo lo contrario. Cuando en el libro de Job Dios interrogó a Satanás, preguntándole donde había estado, Satanás respondió: “De rodear la tierra y andar por ella” ([Job 1:7](#)). Al escribir que la lucha de los cristianos no es contra carne ni sangre, en [Efesios 6:12](#) Pablo empleó la palabra griega que se traduce “lucha” y que se refiere al combate cuerpo a cuerpo. Aunque el dominio de Satanás es de alguna en el aire, es desde allí donde fácilmente gana acceso al planeta y a sus habitantes.

Pero aun así, cuando pensamos en ello, ¿por qué habría de revelarnos Dios que parte del dominio de Satanás es en la atmósfera que rodea la tierra? No parece tener impacto sobre nuestra lucha, ¿verdad? El saber que Satanás es el príncipe de la potestad en el aire, ¿nos hace más sabios o más aptos para lucha como cristianos? Por alguna razón Dios consideró apropiado incluir esta revelación en su Palabra, de modo que debe haber allí algo importante que desea que sepamos.

Una de las razones de esta revelación de Dios es que, al darnos a conocer los diversos dominios, surgen divisiones muy claras. Satanás retiene desde el aire una posición dominante sobre la tierra, pero su condición sometida a la Deidad resulta notablemente visible. Pablo reveló que años antes había sido “arrebataado hasta el tercer cielo” ([2 Corintios 12:2](#)). Algunos estudiosos entienden que las tres secciones son respectivamente: la tierra, el dominio de Satanás

en la atmósfera y más allá de ella, y la residencia de Dios en los cielos. Cada ámbito es distinguible del otro: la tierra esta por debajo de Satanás, y temporalmente sometida su poder ([1 Juan 5:19](#)), pero los cielos están muy, muy lejos y por encima de él. Si bien es beneficioso entenderlo, si es que efectivamente describe la triple división que menciona Pablo, puede haber otra razón por la que Dios menciona que Jesús fue recibido arriba en gloria.

Puesto que los ángeles puros podían diferenciar entre santidad y maldad, con la misma precisión con que nosotros podemos diferenciar las nubes del cielo limpio, ellos podían percibir a la tierra manchada por el mal desde la Caída en adelante. La degradación abarcó a la totalidad del planeta. Ningún lugar de la tierra ofrecía esperanza de que alguna de sus partes hubiera quedado inmune ante las tinieblas del mal. Cuán majestuoso, entonces, habrá sido la ascensión de Jesús mientras los ángeles observaban. Si Satanás es el príncipe de la potestad del aire, y el mundo entero está bajo su poder ([1 Juan 5:19](#)), entonces lo contrario también es cierto. Puesto que la oscuridad envolvió a toda la tierra, cuando Jesús regresó al Padre (cuando fue recibido arriba en gloria) debió atravesar el dominio que se le había asignado a Satanás. En su ascensión, Jesús atravesó explosivamente el dominio de las tinieblas que Satanás y sus demonios mantenían sobre la tierra. No fue necesaria una lucha ni un esfuerzo de combate cuando la Gloria de Dios regresó a su hogar en su divino poder. Si esta hubiera sido una escena de guerra en una película, Jesús estaba regresando triunfante al Padre, atravesando el corazón mismo del territorio antes ocupado por el enemigo. Como lo expresó un ex pandillero que en alguna ocasión fue mi alumno, y soltó impulsivamente en una respuesta de adoración ante este versículo: “¡Recuperó el territorio!”. Sin dudas eso hizo el Mesías, el YO SOY.

Quién sabe, salvo aquellos que habitan el mundo espiritual, si el espacio al que ascendió Jesús en los cielos haya quedado abierto hasta hoy como un recordatorio visible de la victoria completa de Jesús, tanto a los ángeles de Dios como a los ángeles caídos. Quizás aun los efectos residuales de la partida del Salvador dejan una brecha irreparable entre las huestes demoníacas. Si Dios Padre rasgó el velo del templo por el medio cuando Jesús murió, ¿cuánto más se desgarraría el dominio de las tinieblas cuando el Hijo regresara triunfante? Jesús no necesitaba arrancar las tinieblas para ascender; no se trató tanto de un desgarrar activo por parte de Dios como de una dispersión de los poderes del mal a medida que el Jesús exaltado ascendía en gloria. Como vimos en un capítulo anterior, Pablo lo expresó de la siguiente manera: en la cruz no sólo fueron perdonados nuestros pecados; ese día Jesús también desarmó a los agentes espirituales. [Colosenses 2:13–15](#) dice: “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados. Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz. *Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz*”.

No fue necesario quitar del medio a los gobernadores, a los poderes, a las fuerzas de las tinieblas en el mundo, y/o a las fuerzas de maldad en lugares celestiales. Nadie tuvo que informar a las huestes demoníacas que debían desocupar el territorio para que el Rey vencedor volviera a su hogar. Tal como los demonios que antes habían recibido de la Deidad la sentencia judicial que los expulsó del cielo, estos seres reconocían al Poder ([1 Corintios 1:24](#)) cuando estaban en su presencia, y fueron tan fácilmente expulsado por ese Poder como cuando los agentes humanos fueron derribados cuando Jesús usó la expresión YO SOY en el momento de su arresto ([Juan 18:1–6](#)).

Hubiera sido aleccionador que Dios revelara dónde estaba Satanás mientras Jesús nuestro Señor era recibido arriba en gloria. ¿Estaba presente? ¿Miró a Cristo a los ojos cuando el Rey

pasaba? ¿Se postró Satanás, cumpliendo parcialmente lo que leemos en [Filipenses 2:5–11](#)? Una cosa sabemos: Satanás no entregaría voluntariamente a Jesús ningún parte de su dominio. Pero ¿por qué Satanás y los demonios no intentaron detener a Jesús? ¿Por qué no le prohibieron que pasara por su territorio? Sabemos por qué: por que los gobernadores y las autoridades derrotadas no tienen a su disposición los medios. Las fuerzas de las tinieblas en su totalidad nunca hubieran podido frenar o detener al Señor, ni si quiera por un micro segundo. La Gloria de Dios nunca puede ser restringida o disipada cuando Dios decide desplegarla. Para hacerlo, habría que ser más fuerte que Dios, y eso es simplemente imposible. El Hijo (la Simiente) regresó como Vencedor a través del territorio demoníaco de Satanás, fue instalado en su trono a la derecha del Padre, y está aguardando a que sus enemigos, incluido Satanás fuera puesto a sus pies ([Salmo 110:1](#)).

¡Qué ironía divina resultó al cabo de los tiempos! Satanás se había propuesto en su corazón: “Subiré al cielo. En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono y en el monte del testimonio me sentaré, en los extremos del norte; sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo” ([Isaías 14:13–14](#)). Pero no, sólo el Hijo ascendería y ocuparía el lugar a la derecha del Padre. Al citar el [Salmo 110:1](#) el escritor de Hebreos pregunta: “¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’?” ([Hebreos 1:13](#)). Aquello que codiciaba Satanás, Jesús estuvo dispuesto a ceder temporalmente por su libre voluntad. Nuestro salvador “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” ([Filipenses 2:6–11](#)).

Los ángeles de Dios que mucho tiempo atrás habían sido testigos cuando ocurrió el primer pecado en el cielo, habían esperado durante miles de años para presenciar esta victoria. La adoración con la que respondieron los habitantes del cielo todavía resuena en el espacio sin límites de la eternidad. Nosotros sumaremos un día nuestras voces al coro angelical, cantando: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” ([Apocalipsis 5:12](#)) y “al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” ([Apocalipsis 5:13](#)).

Todo lo merece el Cordero, quien fue “fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” ([1 Timoteo 3:16](#)).

Que él alumbre los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa.

Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales,

sobre todo principado y autoridad, poder y señorío,

y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero.

[Efesios 1:18–21](#)

Mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal. Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos,

para llevarnos a Dios,

siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu;

y en espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.

El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo,

quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios;

y a él están sujetos ángeles, autoridades y poderes.

[1 Pedro 3:17–22](#)

Por conducto de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente, amonestándoos y testificando que esta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis.

Paz sea con todos vosotros los que estáis

en Jesucristo.

[1 Pedro 5:12, 14b](#)